

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 16.

NÚM. 189.

LA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
SENADO MARCELO REB.

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

SEPTIEMBRE 1904

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020

10.041

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENE O BANCZLOMB.

EL ROMANTICISMO EN EL EJÉRCITO

Y

LA RECLUTA DE OFICIALES

PREÁMBULO NO TAN INÚTIL CUAL PUDIERA PENSARSE

En uno de los últimos artículos que sobre asuntos militares he publicado en LA ESPAÑA MODERNA, desarrollé el tema de las recompensas por méritos de campaña; y hablando sinceramente, cúmpleme confesar que lo hice con no poco recelo: no tan profundo que me llevara al disimulo, ni aun á la atenuación siquiera, de la severidad de mis juicios, no tan medroso que me desviara de sana intransigencia al proponer remedios; mas sí con el temor de chocar violentamente con ideas y opiniones nacidas al calor de conveniencias personales, robustecidas por egoístas utilitarismos, arraigadas en añejas costumbres.

Sin que me cieguen unas cuantas adhesiones (no muy pocas) al modo de pensar y sentir por *Ignotus* exteriorizado en LA ESPAÑA MODERNA, recibidas de jefes y oficiales que me son tan desconocidos cual mi nombre para ellos; sin llegar á fundar en tan liviana base un cambio de criterio sobre cuál es, en mi entender, el espíritu dominante en la oficialidad española, ni entregarme á peligrosos optimismos, no deja, sin embargo, de ser buen síntoma que, al cerrar contra intereses menudos y conveniencias individuales, surgieran adhesiones y aplausos donde pensaba recoger protestas y denuestos: algo es algo.

De sobra se me alcanza que no ha de ser unánime en la oficialidad el criterio de los firmantes de las felicitaciones, y creo firmemente que la mayor parte de ella no habría de aplaudirme á conocer estos trabajos, que no conocerá seguramente, pues la lectura seria es cosa fastidiosa para los españoles en general, y para los oficiales en particular.

Pero, con todo, si el hecho señalado no basta á cambiar mi opinión de que nuestra oficialidad es mala en conjunto (si no lo fuera holgarían estos artículos), indica, al menos, que los que no se hallan tocados de graves defectos ni extraordinarias debilidades están en mayor proporción de lo que algunos creen y yo mismo pensaba en algún tiempo. Y como ellos han de dar el punto de apoyo de la fuerza capaz de conducirnos á otro estado mejor, si la tal fuerza llega algún día á ponerse en actividad, esto es ya algo ó, mejor, mucho; porque si bien son esos, en número, los menos, en ellos se concentra principalmente la fuerza y la inteligencia del Ejército.

Y consignado esto, para que no digan mis lectores que *Ignotus* cierra sistemáticamente los ojos á cuanto no sean pesimismo, entremos en materia. Pero tolérenme otro inciso, y será el último, cual réplica á quien piense que está de más en este artículo lo dicho hasta ahora en él. No huelga, no; porque cuando se trata de descubrir y remediar achaques de organismos sociales, más importante que menudencias de reglamentos y leyes, más esencial que los detalles de forma en la organización externa, es el estudio del espíritu que anima á aquellos organismos, consecuencia del modo de sentir y pensar de los hombres que los integran; y desdeñarse de tal conocimiento y prescindir de estudiar sus almas, es cerrar el camino á toda mejora, progreso y albor de un mañana más claro y más feliz que este obscuro presente, donde, por nuestro mal, parecemos completamente resignados á andar á tientas dando tropezones.

*
* *

Habiendo hablado de las recompensas en la guerra, preciso es no olvidarse de las de la paz, no tan necesarias, sino *más necesarias* que las primeras, por aquello de *si vis pacem para bellum*, y en virtud de razones que daré en breve.

Consignado con anterioridad, en LA ESPAÑA MODERNA, mi criterio de que el ascenso debe ser en campaña excepción extraordinaria (idea al parecer un tanto paradójica), es forzoso decir cuál sea la manera más conveniente para el Estado y el Ejército de regularlo en forma que responda á su verdadero concepto, que es el de *no dejar á ningún oficial en puesto inferior á sus aptitudes, ni permitir á nadie elevarse á aquellos para los que no tenga condiciones*. Y aún hay más, que ascender á quien valga no es bastante y es menester hacerlo pronto, sin más limitación que la impuesta por la necesidad de adquirir el conocimiento y práctica, indispensables, de las funciones de los empleos inferiores.

Pero eso es la *elección*, dirá alguien asustado, con justísima causa á la verdad, de espanto, al acordarse de la elección practicada según rancias costumbres nuestras, y de la probatura del malhadado juicio de votación, único ensayo realizado en los últimos tiempos.

Dios nos libre de la elección así entendida y de aplicarla sin garantías que de no asegurar la perfección, no dable de alcanzar por los humanos, sean á lo menos prenda de justicia y acierto relativos, que eliminen siquiera encumbramientos escandalosos y pretericiones demasiado irritantes. De no implantarla así, viva la antigüedad, aun con defectos (1); viva la antigüedad, comodísimo asilo de holgazanes; viva la desmoralizadora antigüedad, que atando á un zote con un hombre inteligente, á un holgazán y un laborioso, paga igual á uno que á otro y los mide por el mismo rasero en remuneración y en recompensa, aplicándoles medida y peso muy diferentes al exigirles esfuerzos y trabajos. Sí, dure y perdure

(1) Sin defectos, previene la ordenanza; pero eso es letra muerta.

la antigüedad, aun con tales defectos, si no hemos de saber reemplazarla sino con una elección cimentada en *Santa Influencia* y *Santa Recomendación*, santas entre nosotros tan en boga, que es cosa de ir pensando formalmente en elevarlas á la categoría de patronas de todos los españoles: pues ya sólo mediante su poderosa intercesión puede alcanzarse hoy algo en esta tierra.

Y no es que falte medio de llevar la elección por cauces que no sean tan tortuosos (cual me propongo demostrar á quien tenga paciencia para seguirme), sino que ni se busca con deseo ni es posible dé fruto, una vez encontrado, si la reforma se limita á quitar y poner reglas y preceptos en las leyes de ascensos; pues el sistema de ellos ha de ser coronamiento de otras muchas reformas, no meramente de organización externa, ni reducidas á mudar de lugar los cubiletes, como las que hoy se estilan y ha muchos años nos preocupan; sino reformas hondas, de constitución íntima, capaces de influir en el espíritu de la oficialidad, en su competencia y aptitudes: reformas, en suma, que tengan por sujeto, antes que el funcionario, el hombre que va dentro del uniforme; antes que formalismos hueros, el alma del Ejército, aun más necesitada de ellas que su cuerpo, con estarlo éste mucho. De no seguir tal rumbo, resultarán ineficaces todas las pretendidas mejoras que se implanten en los organismos militares. Y dicho lo anterior, ya se comprenderá cuán imposible me ha de ser dar de golpe y porrazo remedios y recetas para erigir la elección en sistema de ascensos eficaz y satisfactorio; pues lo primero es conocer el personal sobre el que ha de ejercerse, saber si está en estado de admitir tal mejora, investigar las causas de sus deficiencias, excogitar manera de salvarlas, estudiar las transformaciones indispensables en el cuerpo de oficiales, para ponerle en aptitud de dar en abundancia la materia elegible.

Todo ello es tan complejo, que ha de tratarse con método y por partes.

Comencemos por la más esencial.

*
* *

EL ROMANTICISMO EN EL EJÉRCITO Y EL SEPULCRO DEL CID

La primera de las necesidades de una buena oficialidad es hallarse animada de levantado espíritu, derivado de *interior satisfacción* nacida del concepto social de que disfrute, de vocación por la carrera, de la esperanza en adelantos proporcionados á sus capacidades y servicios, y de absoluta confianza en su preparación técnica para dar cima gallardamente á cuantas misiones puedan confiársele: confianza no solamente individual, sino colectiva, si ha de engendrar bien entendido orgullo, que por no referirse á la propia persona, sino naciendo de la satisfacción de formar parte de colectividad estimable, deja de ser soberbia y vanidad, para convertirse en sano estímulo del cumplimiento del deber, que eleva y dignifica al oficial, realza su misión, es acicate de levantados hechos y rémora de acciones censurables.

Y ¿cómo andamos por acá de todo esto?... Medianamente, por no decir mal. Entre las muchas causas de ello, es la primera el deletéreo ambiente de egoísta utilitarismo respirado en las modernas sociedades, que, si llega á infiltrarse en la oficialidad, hace el efecto de gangrenoso virus que la corroe hasta la médula. Y es natural, porque el positivismo es enemigo irreconciliable del romanticismo, y el Ejército, para ser bueno, tiene que ser *romántico*.

No hay que reirse: romanticismo es empuñar las armas para que otros se queden en su casa; romanticismo, dormir al raso, sufrir calor y fríos, lluvias ó nieves, para que otros disfruten de sus lechos y continúen viviendo frescos en el estío y en invierno abrigados; romanticismo, pelear y morir en aras del amor á la Patria; romanticismo, derramar la propia sangre por conservar incólumes vidas y haciendas ajenas; romanticismo, sacrificarse por el honor, la gloria, la bandera y tantas otras cosas sin el menor valor en los mercados, y que son, sin embargo, garantía de la conservación y aumento de muchas cotizables.

Arrancad el romanticismo del alma de los pueblos, y no tendréis en las naciones hombres que quieran defenderlas, y no tendréis nación; cerrad, cual un ilustre pensador desea, el sepulcro del Cid con doble llave, y no tendréis Ejército, ó lo tendréis muy malo. Pero el consejo huelga: ya, ya está bien cerrada aquella tumba; y así nos fué y nos va, y así seguirá yéndonos, si Dios y nuestro esfuerzo no nos sacan del pantano.

Bueno, muy bueno, es vivir á la moderna, ¿quién lo duda?; buenísimo, archibueno, preocuparse con bienandanzas materiales y progresos positivos; pero sin olvidar por ello que los hombres son algo más que carne, que no sólo con los sentidos corporales gozan y padecen los humanos.

¡Cerrar el sepulcro del Cid, olvidarnos de Don Quijote!... Y ¿por qué?... ¿porque hemos perdido las colonias?...

Como si al Cid ni á Don Quijote les cupiera la más mínima culpa en el desastre... No, no fueron Quijotes los comerciantes sin escrúpulos, ni los venales funcionarios, ni los positivistas españoles que, preparando la catástrofe primero, precipitaron luego su fatal desenlace, echando el cuerpo fuera; no fueron Cides, salvo honrosas é inútiles excepciones, los que perdieron nuestro imperio: los Cides y Quijotes, ó quedaron allá, y sus huesos blanquean las tierras que un tiempo fueron nuestras, ó volvieron maltrechos y mohinos al ver sus esfuerzos perdidos y sus voces ahogadas por conveniencias y egoísmos y clamores de una legión de Sanchos. Sí, Sanchos fueron los que sólo veían en la guerra el medro personal; los que antes que en deberes, Patria y honor, pensaban en amañar juicios de votación para obtener empleos, ó cuando menos cruces pensionadas, y en regresar á España tan pronto *habían pescado*; los que se mancharon con algo que no era sangre enemiga; los que acá ó allá ataron las manos del ejército y embotaron el filo de sus armas por componendas políticas; los que trocaron los batallones de soldados en manadas de ovejas; los que á viles comedias sacrificaron vidas españolas en combates cuya finalidad se sabía era inútil, y el resultado de autemano pre-

visto y convenido; Sanchos, muy Sanchos fueron los que por buques de guerra nos dieron barcos casi desartillados y sin marcha, igualmente incapaces para la fuga y el combate; Sanchos, los moradores de las ciudades del litoral de España que amenazaron arbolar bandera blanca de llegar frente á ellas la escuadra americana.

¿Pensará acaso el Sr. Costa, y los que siguen su opinión, que á regir Cides las tropas españolas, y á tener un Quijote al frente del Gobierno, habría sido el mismo el desenlace? ¿Tendrá nadie por justo culpar á nuestros héroes muertos de que los vivos no hayan sabido serlo?

¿Cerrar el sepulcro del Cid?... Bueno, cerrémosle; pero en seguida comencemos por entregar nuestra soberanía á Francia, á Alemania, á Inglaterra, á quien quiera encargarse de defender nuestros hogares, territorio y derechos; y después no nos cuidemos sino de enriquecernos, si es que á la postre no resulta que alemanes, ingleses ó franceses sean entonces los enriquecidos con el trabajo de los españoles. Pero si para nosotros tiene alguna importancia el seguir siendo nación; si queremos amparar con nuestras propias fuerzas la riqueza, la industria y el comercio españoles; si ambicionamos dar seguro impulso á aquéllas y á éste, habremos menester para ello de un Ejército con instrucción y modernos elementos materiales; todo lo cual es muy interesante y proporciona mucha fuerza, siempre que no falten otras fuerzas mayores: espíritu levantado, patriotismo, abnegación, ó, dicho de otro modo, MUCHO ROMANTICISMO en los encargados de esgrimir las armas: romanticismo que es el primero y más potente resorte de bélicas empresas y cumplimiento de marciales deberes; sin el cual nada pesan los perfeccionamientos balísticos y de poco aprovechan los progresos de la industria militar, pues desde que el mundo es mundo, hasta que el mundo acabe, la más poderosa máquina de guerra ha sido, es y será *El Hombre*. Y no el hombre que cuenta, pesa y mide intereses, provechos, conveniencias, sino aquel arrastrado por pasiones á luchar y á morir en defensa de

ideas no encarnadas, de abstracciones, de utopias: el que en su alma siente un sentimiento altruísta que mata en él el individualismo.

Despojad á un ejército de todas esas antiguallas, y en el mismo momento le dejaréis inerme; pretended formarlo prescindiendo de ellas, y crearéis una sombra inconsistente: ni más ni menos que matando en el alma del artista el culto á la belleza habréis matado el arte.

*
* *

EL MEDIO AMBIENTE Y LOS FACTORES MORALES

Bien se me alcanza que las actuales sociedades, en las que impera el más feroz individualismo, donde todo se subordina al aumento de materiales bienes y de goces, no son semillero adecuado para cultivar en ellas esos romanticismos sobre los cuales han de fundarse las virtudes guerreras, *primer factor* (y por eso hablo de ellas en lugar preferente) de toda buena organización ó renacimiento militar, para que los esfuerzos y medios empleados en alcanzar la una y promover el otro no resulten baldíos. Pero precisamente esa misma dificultad opuesta por los modernos tiempos al desarrollo de las tales virtudes, debe ser aguijón que impulse á preocuparse como nunca con ellas, estudiando el modo de sustraer el elemento armado (en cuanto sea posible) á la fuerte corriente del individualismo positivista que hoy rige al mundo, para que, ya que no se logre completa separación, alcancemos al menos prudente alejamiento profiláctico.

Y cual más adelante probaré en detalle, existen medios, directos unos, indirectos los otros, de fomentar las virtudes militares y levantar el desmedrado espíritu de nuestra oficialidad, siendo los principales los que tiendan á exigir garantías de vocación á los candidatos á oficiales, y á desarrollarla; á realzar el prestigio social de quien vista uniforme; á alejar de

su ánimo las deprimentes preocupaciones de la lucha por la existencia (1); á variar el medio y la forma de vida de una gran parte de los oficiales; á evitar se perpetúe un estado de cosas que constituye á muchos de ellos en condición social, que, si no de derecho, es de hecho comparable á la del artesano, lo cual, si sería admisible para quienes en ningún caso pudieran ejercer sino funciones subalternas, es en absoluto intolerable para quienes, andando el tiempo, pueden ser llamados al desempeño de mandos superiores. Para lograr tal fin en condiciones económicas que no sean onerosas al Estado, resulta necesario hacer dos *castas* de oficiales: una, aumentando la instrucción y realzando el prestigio de los que por su aptitud para escalar los más altos peldaños de la jerarquía militar merezcan realmente aquel nombre; otra, la de los que, con más modestas aspiraciones y capacidades, no hayan de ejercer nunca sino mandos subordinados.

Castas he dicho, subrayando la palabra, que de seguro alarmará extraordinariamente á muchos, por creerla en pugna con el ambiente de nuestra época eminentemente democrática (en teoría, aun cuando en realidad sea todo lo contrario), porque tal es el nombre que les cuadra y no el de clases: pues es preciso medie entre ellas separación tan absoluta y total que no deje ni remota esperanza de que nadie pueda pasar de la una á la otra, ni franquear el abismo abierto entre ambas. No he de entrar todavía en explicaciones sobre la manera de realizar esa idea, ni en consideraciones sobre la alta conveniencia, más aún, necesidad, de llevarla á la práctica; pero una vez que, aun cuando sea de pasada, la he apuntado, debo salir al en-

(1) Conste, de pasada, que si ahora de soslayo y luego más á fondo toco este punto, es por creerlo absolutamente preciso; pero vaya por delante la afirmación de que si creo indispensable mejorar la situación pecuniaria de la oficialidad, antes que en interés de ella en el del país, creo también necesario que en conjunto sea más barata; y ya irá viéndose que no son medros individuales los que aquí se persiguen, pues muy en breve combatiré no pocos.

cuentro de la tempestad que dentro y fuera del Ejército es verosímil levantara el intento de implantarla, haciendo notar que nada tiene de nuevo, original, extraordinario ni escandaloso hacer en el Ejército lo que se verifica en diversas carreras. ¿Qué son, en realidad, los arquitectos y los maestros de obras, los ingenieros de caminos ó minas y los ayudantes de obras públicas y de minas, los geógrafos y topógrafos, sino diversas *castas* que cooperan á un mismo fin con funciones de diversa importancia? ¿Quién se sorprende de que un maestro de obras no pueda encargarse de las reservadas á los arquitectos, de que un ayudante no pueda ser ingeniero?... ¿Pues por qué habría de extrañar á nadie el que á un teniente se le vedara llegar á coronel ó general?

*
* *

RECLUTA DE OFICIALES: LA VOCACIÓN, LA PRESIÓN PATERNA,
Y LA CARRERA MILITAR COMO MEDIO DE GANARSE LA VIDA

Apuntada en conjunto la orientación general de los estudios que sobre la oficialidad, y por más importantes, he de hacer los primeros, y ya puntualizada la preferencia cronológica que voy á conceder á los de carácter moral, como base de todos los demás, comenzaré á tratar individualmente los diversos puntos enunciados en el anterior encabezamiento.

¿Cómo se forman los oficiales en la actualidad? ¿Qué garantías se les exige respecto á vocación? ¿Cuáles sobre cultura general? ¿Cuáles sobre conducta? La contestación á todas estas preguntas nos irá haciendo ver los defectos del sistema hoy empleado para reclutar la oficialidad.

Observemos lo que ocurre al anunciarse una convocatoria para proveer plazas de alumnos en las academias militares, y tal observación nos dará la medida de los quilates de vocación en los candidatos. No hace más de veinticinco ó treinta años, quien comenzaba la preparación para ingresar en el

Ejército no lo hacía para ser *oficial de cualquier cosa*, sino que desde mucho antes del anuncio de los concursos se sabía en las academias preparatorias, y lo que es más interesante, lo sabían los interesados, que Fulanito se preparaba para Ingenieros, Zutánito para Caballería, Mengano para Infantería y Perengano para Estado Mayor. Llegaba la época de los exámenes de ingreso, y el que no lograba sus deseos estudiaba otro año para tentar el vado en la siguiente convocatoria: siendo no ya frecuente, sino frecuentísimo, llegar á la tercera probatura, sin que entre unas ni otras se le ocurriera al aspirante presentarse á examen en academia militar distinta de aquella á la que le inclinaban sus preferencias; y si algunos, no muchos, ingresaban á la postre en otra diferente, era debido á causas que podemos llamar de fuerza mayor, como excesiva reiteración de fracasos, expulsión á consecuencia de repetidas pérdidas de curso, ú otras no menos apremiantes.

Hoy han variado las cosas grandemente: si se pregunta uno por uno á los alumnos de las academias preparatorias á cuál de las carreras militares se dedican, apenas unos cuantos podrán satisfacer á la pregunta, porque lo normal al anunciarse las convocatorias es que casi todos soliciten examen en todas, ó á lo menos en varias, para probar fortuna en diversas suertes: de modo que si á Perencejo, que se sabe *de buten* las papeletas N y M, y *está pez* en las R y S, le tocan las primeras al examinarse en la Academia de Artillería y las segundas en la de Administración Militar, Perencejito será artillero; mas si la ciega suerte trueca las papeletas, Perencejito será administrativo.

¿No es cierto que cualquiera advierte la similitud de aficiones y aptitudes entre las dos carreras?...

Pues así se define la vocación de los que aspiran á ser oficiales del Ejército. Y es fortuna que para doctorarse en Farmacia ú Obstetricia no se examine al aspirante de lo mismo que constituye el ingreso en las academias militares; porque á no ser por eso, en el propio muchacho tendríamos la crisálida

que, andando el tiempo, habría de convertirse ó en general bizarro ó en comadrón eximio.

Esta falta de vocación en los aspirantes á oficiales es un mal grave, como cuantos se refieren al origen de las causas, y de tal entidad, que importa grandemente penetrar en las suyas.

*
* *

El estado de atraso de nuestro país y la costumbre de esperar todo de los gobiernos, lógica secuela de la penuria de iniciativas personales y de lo mísero de nuestras aspiraciones, son las causas de que ni la juventud española ni la generación que la precede, encargada de guiarla, vea otro campo de esfuerzos ni más perspectiva de medros que los ofrecidos por lo que aquí llamamos *carreras y empleos*. En España es desconocido el tipo del hombre que, procurándose en los primeros años de la vida la instrucción técnica necesaria para moverse y luchar en esta ó la otra rama de la actividad humana, se lanza á la vida á ganarse el sustento, en competencia con los demás: sin cuidarse de títulos ni diplomas, de los que, ni fuera de aquí ni aun aquí mismo, nadie á no ser el Estado hace realmente caso alguno mientras quienes se pavonean con ellos no demuestran por sí las aptitudes que los tales papeles presuponen, no siempre con razón y motivo.

Dicho tipo, corriente en países que prosperan y van á la cabeza del progreso, es en el nuestro tan rarísimo, que bien podemos calificarlo de exótico: allá son la excepción los hombres de carrera, tal cual nosotros entendemos este vocablo; allí saben muy pocos cuánto van á ganar cada año, y aquí se considera un paria quien de antemano no tiene la certeza de que por cada mes que pase recibirá, con regularidad cronométrica, tanto ó cuánto de sueldo ó renta: ese tanto ó cuánto que, salvo rarísimas excepciones, es el sueño dorado de los padres que tienen hijos por establecer y á quienes preparar para ganarse la vida; ese tanto ó cuánto, mísero siem-

pre, por el que á cambio de la certeza de que el pan cotidiano no pelagra, se renuncia á aspirar sino á pan: esa soldada fija que mata el estímulo para trabajar y atrofia las capacidades de tantos y tantos hombres con aptitud para subir mucho más alto, sumiéndolos en la perezosa quietud, cáncer de nuestra raza, que, ahogando toda iniciativa, es enemiga de la prosperidad individual, en que se basa la nacional, y en donde radica la verdadera causa eficiente de todo progreso.

Naturalmente, ¿cómo, quien tiene seguridad de no morir de hambre, trabajará con el tesón de quien sabe que para constituir su vida necesita no cejar en la lucha ni amenguar los esfuerzos?

Tomemos al azar cien abogados, ó cien médicos, en el preciso momento de terminar su carrera. El tiempo, el carácter, los diversos talentos y los vaivenes de la suerte les marcarán después diversos rumbos; pero si al licenciarse preguntamos á ellos y á sus padres por sus aspiraciones, es seguro que con abrumadora mayoría responderán hablando de partidos municipales, de plazas en las Casas de Socorro, de médicos forenses, de Sanidad Militar, de empleos del Gobierno, Abogados del Estado, Registros de la Propiedad, Juzgados Municipales, fiscalías, oposiciones á cátedras: y así, noventa, por lo menos, de los cien, cifrarán su ilusión en la plaza ó destino remunerado con tanto fijo; en el seguro, miserable, es verdad, pero seguro al cabo, de la vida; y sólo alguno que otro, no contentándose con la bazofia oficial, aspirará al ejercicio libre de la profesión, acumulando esfuerzo sobre esfuerzo para conquistar algo más sustancioso. Tal anda de aspiraciones la juventud española, y tal medran los españoles y España, tributaria de esos extranjeros *sin carrera*, que explotan las riquezas más pingües de nuestro país.

Esta es la situación, y ésta seguirá siendo, sin que varíen los derroteros de la actividad individual, mientras el Estado, para dejar de una vez de ser tutor de los españoles, no se decida á serlo la última, adoptando resoluciones que dificulten y

encarezcan las llamadas carreras, con objeto de poner al excedente de los que á ellas se dedican en la alternativa de morirse de hambre ó resolverse á ganarse el pan luchando con la vida, buscándoselas cual se la buscan en otras partes millones de hombres.

Heroico es el remedio, se dirá; pero es el único para que España salga del atolladero en que se ahoga; fuerte sería la crisis, pero ella traería el remedio. ¿Pues qué, no resuelven el problema de su vida, unos abajo, otros en medio, otros arriba, los millares de españoles que emigran á extrañas tierras?...

¿Puede creerse que lo que allá realizan ellos no serían capaces de hacerlo los que aquí quedan en mejores condiciones, por vivir en su propio país?

.

*
* *
*

Volviendo ahora al Ejército, que no es sino una parte de la nación, y á la juventud que se encamina á las academias militares, porción asimismo de la juventud española, influida por las ideas y costumbres de ésta, examinaré la influencia ejercida por las condiciones de dicha generación en las de la oficialidad que de ella sale.

Mirada la profesión militar como carrera, y en su aspecto de medio de ganarse la vida, es indudable que, si bien extremadamente modesta, á causa de la pobreza de recursos que ofrece, suficientes tan sólo para vivir en estrechez que ni siquiera llega á medianía, tiene en compensación, para las gentes de escasas aspiraciones, la innegable ventaja de la rapidez en la obtención del mendrugo con que los tales se conforman y la seguridad de conservarlo. De aquí que la carrera militar sea en tal concepto una de las más ventajosas y apetecidas en los tiempos que corren, ofreciendo en este punto los presentes el contraste con los pasados, de que en anteriores épocas, un crecidísimo tanto por ciento de los muchachos que seguían la

profesión militar, hacíanlo por decidida vocación, venciendo resistencias de sus padres (principalmente si eran paisanos), á quienes asustaban los riesgos, movilidad y contingencias á ella inherentes, en tanto hoy, la mayor parte de los que abrazan la carrera de las armas, verificanlo por sugestión paterna, iniciada cuando por sus pocos años ni aun cuenta se dan los sugestionados de sus aficiones. Así la mayoría de los que vienen al Ejército no lo hacen seducidos por levantadas ideas, ni deslumbrados por aquel romanticismo de que he hablado ya, y que es tan necesario en futuros oficiales: llegan sin que por sus cabezas juveniles pasaran nunca visiones de épicos combates ni gloriosas hazañas; sin haber jamás pensado en banderas, ni en patria, ni en honor, ni aun siquiera en el relumbrón del uniforme; sino puesta la mente en lo que á todas horas oyen á sus papás como argumento: en que al llegar á segundos tenientes, en tempranos años, y sin necesidad de aguardar, como en otras carreras, estará asegurado, que se trabaje ó no, un puñado de pesetas que nadie les podrá quitar ya; y que aunque poco, se irá haciendo mayor, pase lo que pase, con sólo dejar correr la vida, y sin exigir esfuerzos ni preocupaciones.

Vista así la cuestión, no cabe duda, la carrera militar no puede ser más suave, y de aquí su grandísima boga entre las gentes de la clase media que disponen de recursos escasos, como empleados, militares, rentistas *venidos á menos* y *menestrales llegados á más*. Por el contrario, las clases acomodadas y las personas cuyas aspiraciones se remontan á mayor altura van de día en día retrayéndose de un modo más marcado de enviar sus hijos á las academias militares, y éstos siguiendo de buen grado sus consejos, porque rebajado el prestigio del uniforme, cada vez brilla menos el oropel con que antaño se deslumbraba la juventud; porque también va estando ya tocada ésta, por mal de España, del positivismo dominante en nuestra sociedad, y porque cada vez van viendo menos gente *de su mundo*, menos *de los suyos*, en las filas de la oficialidad. Así, con raras excepciones, debidas á irresistible vocación,

la que antes se llamaba *noble carrera de las armas* va siendo cada vez más desdeñada por las aristocracias de la sangre, del oro y del talento.

*
* *

LA PROTECCIÓN DEL ESTADO Á LOS HIJOS DE OFICIALES

Como consecuencia de lo que acabo de decir y como complemento de ello, voy á tocar un delicadísimo punto. Llámolo así porque rozándose con cierta protección concedida á la oficialidad, y ligado al porvenir de los hijos de los que la componen, claro es que al ir, cual me propongo, contra un proteccionismo dañino, en mi concepto, al Ejército y á la Nación, habré de levantar tempestades entre los beneficiados por él, quienes seguramente me colmarán de denuestos, que, doliéndome, me explico, espero y disculpo, pues me hago cargo de que muy pocos hombres conservan libertad de juicio cuando entra en juego el amor á la prole.

Tenía puesto el pensamiento al escribir el párrafo anterior en uno de los afluentes más caudalosos de esa gran corriente de *paternal previsión* que nos inunda el Ejército de muchachos sin aficiones ni espíritu militares. Los *míos* ya me han entendido con lo dicho; mas los paisanos, no enterados por lo común de nuestras cosas, necesitan que les hable más claro. Me explicaré.

Los hijos de los generales, jefes y oficiales disfrutaban en las academias militares condición privilegiada, no en cuanto al régimen escolar, mas sí en el económico; pues en cada uno de dichos establecimientos de enseñanza dedica el Estado un crecido número de pensiones, en concepto de ayuda de carrera, para distribuir las entre aquéllos. Así, mientras Juan Paisano realiza gastos como cien para convertir á su hijo en oficial, Zutano, que viste uniforme, logra lo mismo á mucho menos coste. Con no ser justo esto, pues ni los estable-

cimientos militares de enseñanza *son de la oficialidad, sino de todos los españoles*, ni el Ejército debe considerarse coto explotable en beneficio de ninguna clase; no es en esa desigualdad donde radican los muy graves inconvenientes que tal régimen ocasiona en la recluta de los futuros oficiales: el mal mayor para el Ejército y la Nación depende de otra causa, del menor gasto que al oficial le exige dar á sus hijos la carrera militar que otra cualquiera; más aún, de la imposibilidad en que la inmensa mayoría de los jefes y oficiales se hallan de sufragar los de otra que no sea la de las armas. Dados estos antecedentes, claro es que para el padre que se ve en la alternativa de dejar á sus hijos sin oficio ni beneficio, ó proporcionarles un determinado medio de vivir, sea el que quiera, la elección no es dudosa. De aquí que de cien alumnos ingresados en las academias, cincuenta por lo menos sean hijos de oficiales; y de mil hijos de militares, setecientos lo menos nazcan predestinados á encaminar sus esfuerzos por los mismos derroteros que sus progenitores. No se les consulta, no se tienen en cuenta sus aficiones, ni aun ellos mismos se sondan para hacerse cargo de cuáles sean; pues acostumbrados desde antes de salir de la niñez á oír hablar de la preparación, de la academia, el batallón, etc., etc.; sabiendo que para ellos el dilema se resume en ser oficiales ó no ser nada, se hallan en situación muy parecida á la heroína de Zorrilla, cuando en sus tiernos años «aquí está Dios», le dijeron... «aquí está el claustro y el coro»... El ser militar viene, pues, á ser para ellos como ineludible sentencia que desde la cuna pesa sobre quienes nacieron hijos de militar, sin otros medios que los proporcionados por profesión tan poco lucrativa.

No creo necesario insistir sobre cuál pueda ser en la mayor parte de los casos el entusiasmo con que abracen la carrera, ni sobre vocación, etc., etc.; mas sí hacer resaltar que en los forzados del uniforme, que constituyen el núcleo mayor de la futura oficialidad, es donde por razón lógica han de echarse de menos en superior grado las condiciones necesarias para ves-

tirlo con provecho del Ejército y la Nación. En primer lugar, son los que van más fatalmente por un camino que no eligieron; en segundo, saben perfectamente á qué atenerse respecto al triste porvenir económico que les espera, por haber visto casi todos en sus casas que tan sólo angustiosas estrecheces da de sí la remuneración del oficial; será frecuente que hayan oído á sus padres quejarse con amargura de injusticias, del desdén de la patria, de las pretericiones de que el favoritismo le habrá hecho víctima; acaso murmurar de superiores, lamentarse de la escasa consideración que nuestra sociedad concede á los militares, principal y muy especialmente porque no tienen dinero: es decir, que mientras otros acaso vayan al Ejército deslumbrados por el poco brillo externo que al Ejército queda, éstos, que lo han visto por dentro, no es probable conserven ilusiones. Excusado es decir qué ocurrirá, no más tarde de á los diez años de carrera, á quien la empieza sin calor ni ilusiones en el alma. Y esto en la profesión que exige mayores sacrificios, entusiasmo más á prueba de golpes y desengaños, abnegación de más fino temple.

No se diga que éstos son pesimismo; no se me arguya que recargo de oscuros tonos el cuadro; recapacítense en que la mayor parte de nuestros oficiales son comandantes ó capitanes en la época en que sus hijos comienzan á emprender carrera; que para hacer frente á tales gastos, á los de sostenimiento de una familia, y á los que le origina la obligación de presentarse decorosamente, con traje algo costoso, les dará el Estado setenta y tantos ó cincuenta duros mensuales, según su graduación sea una ú otra de las indicadas; y una vez visto esto, nadie podrá afirmar de buena fe que hay exageración ni pesimismo en cuanto llevo dicho.

Es natural que cuando el hijo de quien escaló aún joven los más altos peldaños de la jerarquía militar, contemple el Ejército desde lo alto de las cumbres del mérito espléndidamente recompensado, ó del éxito por su padre alcanzado, sienta entusiasmos y tenga aspiraciones, y en él se desarrolle

la vocación; pero ¿cómo han de germinar tales ilusiones ni semejante vocación en quien tiene ante los ojos al autor de sus días con la cabeza blanca, abrumado de obligaciones y familia, para las cuales no bastan los recursos que le da su carrera? ¿Cómo ha de sentir entusiasmos tal muchacho mirándose en el espejo de quien al cabo de una vida consagrada á la profesión de las armas tan sólo alcanza vegetar en posición subalterna? ¿Qué estímulos, qué concepto, qué levantadas ideas acerca del ejercicio de las armas ha de sentir ó tener el muchacho que ve á su padre dedicar su actividad á las minucias del servicio económico y de guarnición, que á todo se parecen menos á actividades guerreras? Convengamos en que el cuadro es de lo menos adecuado para desarrollar en nadie vocación militar; y así, salvo contadas excepciones de los que desde su nacimiento, y por carácter é inclinación decidida, tienen, según frase vulgar, aquella vocación en la masa de la sangre, faltan en los tales muchachos por completo las condiciones morales necesarias para hacer de ellos buenos oficiales.

*
* *

CONSECUENCIAS

Resulta, pues, que los *paisanos*, por rutina y torcida orientación de la actividad social, y los militares, por deficiencias económicas y mal dirigida protección que el Estado les dispensa, nos envían á las academias militares montones y montones de muchachos, que si, gracias al sano rigorismo escolar que, contrastando con la escandalosa lenidad entronizada en casi todos los ramos de la enseñanza del Estado, aún se conserva en nuestras academias militares; que si gracias, repito, á dicho régimen llena, generalmente, tal personal las condiciones técnicas de menor cuantía exigidas á los oficiales, carecen casi todos de la fisonomía moral indispensable para ejercer fructíferamente la carrera de las armas. Así se llenan las esca-

las de promociones en conjunto inteligentes, pero, por lo común, compuestas de apreciables jóvenes que habrían podido ser muy buenos abogados, médicos, boticarios; muy aptos comerciantes ó industriales; ingenieros distinguidos, notables arquitectos, ejemplares sacerdotes: sí, hasta eso, sacerdotes; pero que, en general, no tienen nada de guerreros; y conste que no hablo del valor, cualidad natural en el hombre, salvo verdaderas aberraciones. Así se ofrece el espectáculo de que á los pocos meses de terminados los estudios, grandísima parte de esos oficiales, en la fuerza de la juventud y en el albor de la carrera, anden buscando destinos sedentarios y rincones, sólo propios para gentes abrumadas de años y fatigadas de servicios; así se explica que las escalas de Guardia civil y Carabineros reboseen en la actualidad de personal joven, ilustrado, apenas sin servicios, que debiendo estar dedicado á otros de mayor fuste, ha limitado voluntariamente sus aspiraciones á lo que en tiempos no remotos era bello ideal de los sargentos viejos y cargados de servicios; así vemos oficiales con tal amor á la profesión, tal entusiasmo por el uniforme y tal estimación de él, que el propio día en que terminan la carrera se visten de paisano; así tenemos una oficialidad compuesta de apreciables padres de familia y aspirantes á serlo (pues sienten esos chicos verdadera é hidrófoba comezón matrimonial, apenas salen de las academias), y un ejército *aburguesado*, no ciertamente por su compenetración, que esto ya valdría algo, con el país, sino por sus hábitos y aficiones, que, hablando sin ambages ni circunloquios, se avienen mal con lo que requiere el ejercicio de la profesión militar.

IGNOTUS

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
SENADO CHILENO

RELACIONES HISPANOAMERICANAS

LA GUERRA DEL PACÍFICO

II

Queda ya dicho que la actitud de Chile fué hostil á España desde el momento en que se iniciaron las discordias entre ésta y el Perú; pero importa añadir que el Gobierno de Santiago procuró durante algún tiempo cubrir las apariencias, aunque al fin concluyó por evidenciar que participaba de los sentimientos belicosos del pueblo chileno.

La noticia de la ocupación de las islas de Chincha produjo una gran excitación en Chile. El 1.º de Mayo de 1864 hubo en Santiago una manifestación popular, dándose mueras á España.

Reclamó el ministro residente de S. M., D. Salvador de Tavira; se quejó de la actitud de la prensa; denunció el hecho de haberse impedido á un buque francés cargar carbón de piedra; y aunque todo esto lo hizo en tono amistoso, las respuestas del Gobierno chileno no dejaban lugar á dudas, pues si bien reiteraban la amistad á España, revelaban el propósito de no abandonar al Perú. «La ocupación de las islas de Chincha—decía el ministro de Relaciones exteriores (1),—por la forma en que se consumó, no sólo importaba un ataque al territorio peruano, sino también envolvía el desconocimiento de un hecho aceptado y reconocido por las principales naciones

(1) Nota del ministro de Relaciones exteriores de Chile al Sr. Tavira; fecha, Santiago, 28 de Mayo de 1864.

de Europa y América: el hecho de la existencia nacional é independiente del Perú. Aquella ocupación amenazaba turbar el equilibrio político de América, y contrariaba el principio fundamental del derecho público americano. Razón había, pues, para que Chile se alarmase y protestase de un acto que lastimaba ó ponía en peligro intereses á que no era extraño».

«El proceder excepcional de los agentes españoles—añadía (1)—en la ocupación de las islas aconseja á mi Gobierno la adopción de medidas también excepcionales que le permitan consultar juntamente los intereses legítimos del Perú, á que están ligados los suyos propios, y el mantenimiento de sus buenas relaciones con España, en cuanto sean conciliables con su honra y seguridad. Consecuente á tan plausibles propósitos, mi Gobierno no se hallaba dispuesto á proporcionar á los buques del almirante Pinzón, ni á los que deban venir á reforzarlos, los auxilios bélicos necesarios para proseguir operaciones hostiles contra el Perú, que, según el curso que tomen los sucesos, pueden llegar á afectar la independencia ó la integridad territorial de aquella República».

La insistencia de Tavira nada adelantó. Chile prosiguió favoreciendo abiertamente al Perú y siendo cada vez más hostil á España; de modo que cuando el representante español, apremiado por el general Pareja, recapituló todas las quejas y todos los motivos de agravio que legitimaban nuestras reclamaciones, no sólo pudo alegar lo ocurrido en la manifestación de 1.º de Mayo, la protesta del día 4 formulada por el ministro de Relaciones exteriores ante las Repúblicas hispanoamericanas, y la actitud pasiva del Gobierno ante los incessantes ataques de la prensa (2), sino que tuvo que enumerar

(1) Nota del ministro de Relaciones exteriores de Chile al Sr. Tavira; fecha, Santiago, 4 de Julio de 1864.

(2) Un periódico titulado *San Martín* llegó á amenazar con las iras populares á todo aquel que suministrase á los buques españoles ó á sus agentes una sola libra de harina, un trozo de carbón, una gota de agua, etc.

hechos tan significativos como los siguientes: 1.º, que al paso que se permitió al vapor de guerra peruano *Lersundi* proveerse de carbón, víveres y pólvora, y fijar cartel de enganche de gente de mar, puso obstáculos para remitir víveres á la escuadra de S. M.; 2.º, que no mandó formar la sumaria pedida por Tavira para averiguar con exactitud el objeto de la expedición de voluntarios que se reunía en Valparaíso; y que, cuando uniformada y anunciada por todos los periódicos, la permitió salir de aquel puerto para las costas del Perú, negáronse el intendente de Valparaíso y comandante de policía á embargar las armas, vestuarios, municiones y medicinas de la expedición, cuyo embargo solicitó el vicecónsul de S. M.; 3.º, que la goleta *Vencedora* fué tratada en Sota como enemiga, negándosela el carbón que necesitaba, desatendiendo el gobernador marítimo la protesta del comandante de aquélla, y aprobando el Gobierno la conducta de dicho funcionario; 4.º, que se declaró el carbón de piedra contrabando de guerra, con el exclusivo objeto de perjudicar á España; y 5.º, que sabiendo que España no se hallaba en guerra declarada con el Perú, consideró á aquélla y á éste como beligerantes.

En esta situación, una vez firmado el Tratado provisional del Callao, envió Pareja la goleta *Vencedora* á Valparaíso con una carta para Tavira (fecha 5 de Febrero de 1865), en la que le anunciaba el propósito de exigir á Chile las siguientes satisfacciones: que el pabellón español fuese saludado en Valparaíso con 21 cañonazos, saludo que sería correspondido; indemnización de tres millones de reales por haber declarado contrabando el carbón de piedra; igualación de nuestra bandera con la más favorecida, y envió á Madrid de un plenipotenciario para dar explicaciones satisfactorias. Tavira, que no había recibido órdenes del Gobierno, contestó al almirante haciéndole ver la conveniencia de esperar hasta que llegasen las instrucciones; y como Pareja se hallaba detenido entonces por la necesidad de ultimar lo relativo al incidente de 5 de Febrero en el Callao, se resignó á esperar. Insistió, sin embargo, el

12 de Marzo, en que era preciso exigir cuanto antes una reparación; pero Tavira le replicó que no podía separarse de las instrucciones que había recibido (1). Mediaron varias contestaciones entre ambos, acentuándose la disidencia, pues el general quería proceder con gran energía, y el ministro juzgaba preferible una solución pacífica.

Desgraciadamente, las gestiones de Tavira no alcanzaron feliz resultado; pero es preciso tener en cuenta que aquél sabía que el Gobierno español deseaba la paz, que se contentaba con cualquiera satisfacción y, por lo tanto, que no podía ni debía mostrarse tan exigente como pretendía Pareja (2), el cual, sintiendo acaso las censuras de que había sido objeto por el Tratado del Callao, anhelaba encontrar una ocasión, un pretexto para emplear la fuerza. Pero Tavira recibió á poco nuevas instrucciones, en las cuales se le ordenaba exigir á Chile: 1.º, saludo al pabellón español de 21 cañonazos el día en que pudiera ser contestado por un buque de nuestra escuadra; 2.º, una declaración explícita dirigida al Sr. Tavira, cuyos términos constituyesen la más cumplida satisfacción de las ofensas inferidas; y 3.º, fiel y exacto cumplimiento del Tratado de paz, especialmente á la parte que se refería á la concesión á nuestro comercio de las ventajas que obtuviese el de cual-

(1) En real orden de 24 de Febrero de 1865 se le había dicho que la satisfacción debía consistir en una declaración formal y por escrito de que no había sido el ánimo del Gobierno chileno el faltar á los deberes que respecto á España le imponían el derecho de gentes y el Tratado de paz celebrado con la misma; y que, deplorando lo sucedido, haría cuanto estuviera de su parte para que no se reprodujesen publicaciones como la del *San Martín*.

(2) En carta particular de 24 de Febrero, esto es, de la misma fecha que la real orden, decía al Sr. Tavira el subsecretario de Estado, D. Miguel Bañuelos: «El deseo del Gobierno es quedar bien, sin prevención ninguna de exigir humillaciones, y menos de buscar querellas. Cualquiera explicación conveniente y decorosa sobre uno y otro punto nos deja en buen lugar, y lo mejor de todo es estar en paz con esas lejanas Repúblicas mientras la dignidad lo consienta. Y hasta con Chile no hay enormidad alguna, por más que conste su mala intención».

quier otro país. En el caso de que esta reclamación no fuese atendida, debía presentarla en forma de *ultimátum* luego que el jefe de la escuadra le anunciase hallarse en disposición de secundar sus gestiones; y, no obteniendo satisfacción, declararí rotas las relaciones, retirándose á bordo de un buque, y declarando en su comunicación al ministro de Relaciones exteriores que la responsabilidad recaería sobre el Gobierno (1). No obstante esto, convencido de que no conseguiría que se saludase previamente al pabellón español, no tuvo inconveniente en aceptar, aunque sólo *ad referendum*, la solución que dos días antes había convenido con el comisionado del Gobierno chileno, solución que consistía en pasar una nota enumerando todos los agravios, y que se le contestase con otra explicando lo ocurrido en sentido amistoso para España. Tavira, encontrando contradicción entre las instrucciones de 24 de Febrero y las de 25 de Marzo, optó por atenerse á las primeras. Hizo mal como funcionario dependiente del Gobierno, pero demostró más tacto político y más conocimiento de la realidad, no ya que el general Pareja, sino que el Gabinete español, pues con razón creía que la guerra no sería ni gloriosa, ni productiva, ni conveniente; que costaría á España inmensos gastos, de que Chile no podría reembolsarla; que perjudicaría inmensamente á nuestros compatriotas; que serían perseguidos, y que sufriría mucho el comercio en grande que ejercían los extranjeros (2).

Abrigando tales ideas, llevó á cabo el Sr. Tavira lo que había convenido, aunque con una modificación: la de aceptar las explicaciones sin cláusula *ad referendum*. En efecto: el 13 de Mayo pasó la nota exponiendo las quejas de España, y el 16 se le contestó en los términos acordados, exponiéndole el pesar del Gobierno chileno de que se hubiera apreciado poco

(1) Real orden del Sr. Benavides, ministro de Estado, al ministro residente en Chile; fecha, 25 de Marzo de 1865.

(2) Despacho del Sr. Tavira al ministro de Estado; fecha, 1.º de Junio.

favorablemente su bien intencionada política, y añadiendo otras frases amistosas. La solución, sin que pueda calificarse de excelente, no era digna de la censura de que fué objeto.

Pareja, sin embargo, no podía aceptarla. En la situación en que se encontraba, necesitaba un rompimiento; y, hallando en la correspondencia que con él había sostenido Tavira argumentos contra éste, se dirigió al Gobierno español, formulando severos cargos contra el ministro de S. M. en Chile (1), al que acusó de haber faltado al cumplimiento de las instrucciones que había recibido, de haber lastimado por completo el decoro y la honra de la nación, y de haber procedido con evidente y notoria deslealtad. Hasta llegó á dar por cierto que el Sr. Tavira se había dejado sobornar, aserto tan grave como gratuito, según luego se demostró (2).

El Gobierno, tan pronto como tuvo noticia de lo ocurrido, se apresuró á separar al Sr. Tavira, ordenándole hiciese entrega de la Legación al secretario y se presentase en Madrid; y con fecha 24 de Julio se envió al general Pareja su credencial de plenipotenciario de S. M. cerca del Gobierno de Chile, remitiéndole al propio tiempo instrucciones que respondían al temperamento belicoso del nuevo Gabinete en las cuestiones del Pacífico (3).

Prescindiendo por completo del arreglo convenido por el Sr. Tavira, se ordenaba al almirante que exigiese á Chile las reparaciones que se juzgaban indispensables, debiendo formar parte esencial de aquéllas el saludo de 21 cañonazos al pabellón español; y se le preceptuaba que, de no obtenerlas tan amplias como era preciso, declarase rotas las relaciones y formulase un *ultimátum*. Desatendido éste, debía declarar en estado de bloqueo los puertos de la República, procurando que

(1) Despacho del general Pareja al ministro de Estado; fecha, 11 de Junio.

(2) Entre Pareja y Tavira mediaron muy duras comunicaciones.

(3) Habiendo dimitido el Gabinete Narváez, fué sustituido el 21 de Junio por el que presidió el general O'Donnell.

fuese lo más efectivo posible para impedir todo género de comercio con Valparaíso, la extracción de combustibles por el puerto de Sota y la exportación de cobre por el de Caldera. Si después de un mes de bloqueo no cedía Chile y continuaba negándose á dar las satisfacciones que se le reclamaban, debían emprenderse operaciones militares, bien contra Valparaíso ó bien contra las minas carboníferas de Sota.

Respondiendo completamente tales instrucciones al criterio del general Pareja, apresuróse éste á cumplirlas, saliendo del Callao y dirigiéndose á Valparaíso. No bien hubo llegado á este puerto (17 de Septiembre), envió al Gobierno chileno copia de sus credenciales y una nota recapitulando las quejas de España, exponiendo las satisfacciones que demandaba, y añadiendo que si en el término de cuatro días no recibía contestación satisfactoria, quedarían rotas las relaciones entre ambos países. La respuesta del ministro chileno no se hizo esperar, pues fué entregada á las cuarenta y ocho horas; y en ella, después de recordar las negociaciones seguidas con el Sr. Tavira, se decía, con no escasa lógica: «Hoy el Sr. Pareja no hace sino reproducir los motivos de queja presentados entonces, y, sin embargo, entonces sólo se pidieron á Chile declaraciones, y hoy se le piden explicaciones satisfactorias y un saludo de reparación á la bandera española. Y ¿cómo se dirigen las nuevas exigencias, que no se justifican por ningún nuevo capítulo de queja? Se dirigen por medio de un *ultimátum* perentorio, amenazante, agresivo, en que no se han salvado ni siquiera las formas de la conciliación y la benevolencia, y que se ha entregado al infrascrito en el día de más gratos recuerdos para los chilenos, en medio de la gran festividad nacional (1), como si se hubiera querido asestar así un nuevo golpe á los sentimientos y dignidad del país». «El Gobierno de la República—añadíase—no puede confesarse culpable de

(1) El *ultimátum* fué entregado el día que Chile celebraba el aniversario de su independencia.

imaginarios agravios contra España, ni aceptar la indecorosa y humillante proposición que se le hace de saludar su bandera; proposición que rechaza perentoriamente y con vivo disgusto».

El 22 de Septiembre, y en vista de tan terminante repulsa, manifestó el general Pareja al Gobierno chileno que si á las seis de la mañana del día 24 no había cambiado éste de parecer, quedarían rotas las relaciones diplomáticas y se vería precisado á exigir además una indemnización de guerra; pero Chile no cedió, declarando que no compraría la paz á costa de su dignidad y de sus derechos.

Antes de esto, el 23, recibió el general Pareja una nota firmada por los representantes de Inglaterra, Francia, Prusia, Estados Unidos, Colombia y Guatemala, pidiendo se abriesen nuevas negociaciones para obtener un arreglo pacífico; pero como Chile contestó negativamente al *ultimátum*, el jefe de la escuadra, al participar esto al Cuerpo diplomático acreditado en Chile, declaró que quedaban rotas las hostilidades.

Consecuencia inmediata de esto fué el establecimiento del bloqueo. Al notificárselo á los representantes y cónsules de las potencias extranjeras, el comandante general de la escuadra, teniendo en cuenta que los buques de que podía disponer eran insuficientes para cumplir la condición fijada en los artículos 1.º y 2.º del Reglamento de bloqueos (1), declaró que antes de comenzar el bloqueo de un puerto precedería aviso del comandante de los buques que lo hubieran de sostener; pero los representantes extranjeros protestaron, estimando que de esa suerte el bloqueo era ficticio y no real y permanen-

(1) *Reglamento concerniente al bloqueo de puertos y á la captura de buques enemigos ó sospechosos*, firmado en Madrid á 26 de Noviembre de 1864, por acuerdo de los ministros de Estado y de Marina, para su aplicación en la guerra del Pacífico. Según los artículos 1.º y 2.º, se considera bloqueado un puerto cuando cierra su entrada el número de buques suficiente para que sea peligroso el paso; y añaden que el bloqueo debe ser efectivo y constante para que se considere válido.

te, y el comodoro inglés Harvey, en una conferencia que celebró á bordo de la *Villa de Madrid* con el general Pareja, tachó de ilegal aquella medida, alegando que los puertos chilenos eran 51, y que la escuadra española sólo tenía fuerzas para bloquear tres ó cuatro, por lo que debía haberse fijado éstos. Consideró también ilegal la notificación individual. Pareja defendió lo que había hecho, pero posteriormente comunicó al decano del Cuerpo diplomático los puertos que declaraba y estaban bloqueados, que eran seis.

Harvey propuso que, á semejanza de lo estipulado en Méjico durante el bloqueo que en los puertos de aquella República habían sostenido los franceses, pudieran los vapores de la «Compañía del Pacífico», conductores de la correspondencia de Europa, entrar en los puertos bloqueados; proposición que aceptó Pareja, con la condición de que los vapores sólo condujesen correspondencia y pasajeros, y que se comprometiese la Compañía á llevar la correspondencia oficial y particular de la escuadra y algunos individuos de ésta, si por cualquier causa necesitase enviarlos (1).

Decretado el bloqueo, los chilenos desmontaron los cañones de las fortalezas, creyendo así evitar el bombardeo, puesto que éste sólo perjudicaría á los extranjeros, que eran dueños de casi todo el litoral. Al mismo tiempo el Gobierno de Chile dispuso, por decreto de 17 de Octubre de 1865, que los súbditos españoles residentes en la República fueran trasladados á Santiago, donde habrían de ser matriculados por la autoridad local, quedando bajo la inmediata inspección de ésta. También decretó con igual fecha la prohibición de exportar carbón de piedra, á menos de dar fianza del doble del valor para respon-

(1) La Compañía inglesa de vapores en el Pacífico se negó á conducir la correspondencia del comandante de la escuadra española, por lo cual se la negó la entrada en los puertos bloqueados. El Gobierno francés manifestó al español su deseo de que se permitiese la entrada y salida de la correspondencia, y el ministro de Estado hizo notar que el general Pareja siempre había estado dispuesto á consentirlo.

der de que no se desembarcaría ni trasbordaría en lugar ocupado por la escuadra española (1).

España, como es fácil comprender, no declaró el carbón de piedra contrabando de guerra (2), y aun en la aplicación de los reglas que sobre esto dictó hubo de proceder con cierta lenidad. Así, habiendo apresado la fragata *Blanca* 760 barriles de pólvora, que se encontraron á bordo de la fragata inglesa *Patagonia*, aunque *prima facie* la pólvora era contrabando de guerra; como reclamase el Gobierno inglés, alegando que la pólvora en cuestión se destinaba *bona fide* para barrenos, es decir, para un objeto civil y no militar, por el Ministerio de

(1) Durante la guerra de Crimea y la de *secesión* no se consideró contrabando el carbón de piedra; pero en 1865 no sólo lo declararon tal contrabando Chile y otras Repúblicas de América, sino también Italia.—España sólo estimó contrabando los cañones, morteros, fusiles y toda especie de armas; las bombas, granadas, balas, cápsulas, mechas, pólvora y salitre; los objetos de equipo, como uniformes, correajes ó sillas de caballo y bridas, y, en general, todos los instrumentos ú objetos fabricados para la guerra. (Art. 10 del *Reglamento de bloqueos*.)

(2) No le declaró en el Reglamento de bloqueos; pero el general Pareja, en bando dictado el 29 de Enero de 1866, decretó lo siguiente: 1.º, queda declarado contrabando de guerra el carbón mineral de las diferentes minas de Chile; 2.º, los buques neutrales á cuyo bordo encuentren los de esta escuadra carbón mineral de Chile, cualquiera que sea el puerto de su destino, quedarán sujetos á lo que previene el art. 4.º de las Instrucciones de bloqueo; 3.º, esta declaración no tiene por objeto sentar precedente alguno respecto al principio general de que el carbón de piedra no es contrabando de guerra; y 4.º, esta declaración tendrá el carácter de *interina*, hasta que resuelva el Gobierno de S. M.

El Cuerpo consular de Valparaíso formuló una protesta colectiva contra dicha declaración, y el ministro de Estado, por Real orden de 7 de Abril, dirigida al jefe de la escuadra, manifestó que «el Gobierno de S. M., considerando que con esta medida pueden irrogarse graves perjuicios al comercio de los neutrales, y teniendo en cuenta los principios que en la materia ha contenido el Gabinete español, ha determinado que modifique V. S. dicha medida, declarando que el carbón de piedra será considerado contrabando de guerra sólo cuando el cargamento proceda de las minas de Chile y vaya destinado á los buques enemigos. De esta manera se evitarán protestas, hasta cierto punto fundadas, de potencias extranjeras, y no se dará motivo para que se nos niegue aquel artículo en los puertos neutrales».

Estado se ordenó al comandante general de la escuadra que recayese resolución favorable en el asunto, puesto que el tribunal de presas se había establecido á bordo de la *Villa de Madrid*.

Esta resolución del general Pareja, es decir, el establecimiento del tribunal de presas á bordo de la *Villa de Madrid*, dió lugar á múltiples reclamaciones. Había una razón que disculpaba ese acuerdo, y era la carencia de fuerzas para conducir á la Península los buques apresados; pero, así y todo, resultaban infringidos los artículos 33 y 34, título 5.º, tratado 6.º de las Ordenanzas de la Armada de 1748; el 4.º adicional de la de 1.º de Julio de 1779; el 12 de la de Corso de 1801, y otras disposiciones posteriores, según las cuales, los tribunales competentes para conocer en primera instancia de los juicios de presas eran las Juntas económicas de los Departamentos y Apostaderos respectivos con sus auditores (1). Además, podía ocurrir que el jefe de las fuerzas navales españolas se encontrase de apresador y juez á un tiempo, y no cabía negar que cualquier tribunal formado en la escuadra había de resentirse de la influencia indirecta del general Pareja.

Inglaterra fué la que reclamó, con motivo del apresamiento del vapor inglés *Matías Cousiño*. Formuladas en forma imperiosa ante el jefe de las fuerzas españolas reclamaciones acerca de ese asunto, las reprodujo luego el representante británico en Madrid, Mr. Crampton, alegando que el neutral apresado tiene derecho á que se le juzgue con toda imparcialidad, pudiéndose valer de defensor, y á que se le dé un tribunal de apelación que en la escuadra no podía encontrar, y calificando lo hecho por el general Pareja de nulo, inadmi-

(1) Con arreglo á los artículos 48 y 49 de las Ordenanzas de 1748, los tribunales de presas no obran como tribunales de justicia ni revisten sus actuaciones formas judiciales, sino que se limitan á declarar buenas ó malas las presas, reservando á los Consejos de guerra y tribunales que determina la Ordenanza lo relativo á la parte criminal y conducta del apresador.

sible y contrario á los principios del derecho de gentes (1).

No podía el ministro de Estado dejar indefenso al jefe de la escuadra, y así es que en su contestación alegó que lo acordado por éste era lo más conveniente para los neutrales, dada la distancia á que se encontraban los puertos españoles más próximos (los de Cuba, Puerto Rico y Filipinas), y aun sostuvo que toda vez que los buques forman parte del territorio nacional, no podía decirse que el tribunal se había establecido fuera de éste; pero, sin embargo, concluyó manifestando que el Gobierno de la reina no tenía inconveniente en que se constituyese otro tribunal de presas en un puerto español si insistía el Gabinete británico en su deseo de que así se hiciera (2). Claro es que el plenipotenciario inglés aceptó el ofrecimiento; pero al hacerlo hubo de añadir que, según el derecho internacional, los neutrales tienen derecho á exigir que el tribunal de presas esté presidido por un *juez civil de suficiente experiencia legal* (3), á lo que replicó el ministro de Estado que «siendo el soberano del país del buque apresador el juez reconocido por el derecho de gentes á quien corresponde determinar la legalidad é ilegalidad del apresamiento, aquél delega su autoridad en la persona ó personas que juzga conveniente, sin que nación alguna tenga facultad para indicarle la clase ó categoría á que hayan de pertenecer». «De esa indisputable atribución del soberano, añadía, nace la diversidad de disposiciones que cada país ha dictado respecto al tribunal que ha de entender de las presas hechas por sus cruceros, y en España el conocimiento de las causas de presas es privativo de los comandantes de Marina (4), pudiendo apelarse de la decisión de

(1) Nota del ministro plenipotenciario de S. M. B. al ministro de Estado; fecha, Madrid, 5 de Diciembre de 1865.

(2) Nota del ministro de Estado al plenipotenciario de S. M. B.; fecha, 11 de Diciembre de 1865.

(3) Nota de Sir Crampton al ministro de Estado; fecha, 28 de Diciembre.

(4) Esto es un error. No son los comandantes de Marina, sino las Juntas económicas de los Departamentos, los que deben entender en las causas de presas.

éstos al Consejo de Estado (1). Sin duda no debió penetrarse bien el Gobierno inglés de los propósitos manifestados por el español, puesto que aún hizo observaciones, tratando de obtener que de los tribunales de presas no formasen parte los oficiales de la escuadra (2), á lo cual replicó el Sr. Bermúdez de Castro que nunca había pensado en semejante cosa, y que dichos tribunales se formarían con arreglo á las ordenanzas (3).

Otra cuestión interesantísima dió lugar al propio tiempo á un activo cambio de notas entre los Gobiernos español é inglés.

Habiéndose recibido noticias de que el Gobierno de Chile, después de rotas las relaciones diplomáticas con España y declarado el bloqueo, había enviado varios agentes á los Estados Unidos é Inglaterra con patente de corso para el armamento de buques, el Ministerio de Marina, por Real orden circular de 26 de Noviembre de 1865, declaró que serían considerados y juzgados como piratas, con todo el rigor de las leyes, los buques cuyos capitanes, oficiales y mayoría de la tripulación no fuesen súbditos chilenos y no hubiesen recibido directamente la patente de corso del Gobierno de la República de Chile.

No bien tuvo conocimiento de esto el plenipotenciario inglés, dirigió una nota al ministro de Estado manifestando que dicha disposición era contraria al derecho de gentes, y que su Gobierno creía que los demás Gabinetes, cuyos súbditos podían ser tratados como piratas en virtud de aquella medida, no podrían asentir á semejante proceder (4), á lo cual contestó el Sr. Bermúdez de Castro citando las opiniones de Pistoya et

(1) Nota del ministro de Estado al representante de S. M. B.; fecha, 6 de Enero de 1866.

(2) Despacho de Lord Clarendon á Sir Crampton; fecha, Londres, 27 de Enero de 1866.

(3) Despacho del ministro de Estado al plenipotenciario de S. M. en Londres; fecha, Madrid, 17 de Febrero de 1866.

(4) Nota de Sir Crampton al ministro de Estado; fecha, Madrid, 5 de Diciembre de 1865.

Duverdy, Ortolán, Hautefeuille y Wildman; invocando el principio consignado por Inglaterra en el Tratado que celebró en 1794 con los Estados Unidos, de que eran piratas los súbditos de una y otra nación que ejercieran el corso contra cualquiera de ellas; recordando que ningún Gobierno protestó contra la declaración del vicealmirante francés Baudin en 8 de Enero de 1839 (1), más severa que la Real orden española, y diciendo, en fin, que si Rusia, durante la guerra de Crimea, hubiese logrado colocar las patentes que deseaba en los Estados Unidos, los aliados habrían tratado como piratas á los corsarios (2).

Mediaron otras varias contestaciones entre ambos Gobiernos, adquiriendo la discusión un carácter teórico y doctrinal. Lord Clarendon, fundándose en que un buque corsario se encuentra legítimamente autorizado con la bandera y la patente, sea cual fuere el número y carácter de los súbditos neutrales que sin autorización de sus Gobiernos formen parte de su tripulación, insistía en negar á España la competencia y el derecho para tratar como piratas á los corsarios chilenos cuyo capitán y la mayor parte de la tripulación no fuesen chilenos; añadiendo que el reglamentar el número de tripulantes que deben ser súbditos del Estado que expide la patente toca á las leyes municipales de cada país y no al derecho internacional (3).

(1) El vicealmirante francés M. Ch. Baudin, con motivo de un proyecto de reglamento del corso que el Gobierno mejicano había propuesto al Congreso, dirigió en 8 de Enero de 1839 una comunicación al ministro de Guerra y Marina de aquella República, en la que, entre otras cosas, decía: «No serán considerados como mejicanos más que los buques armados en uno de los puertos de Méjico y provistos de una patente de corso regular y emanada directamente del Gobierno de este país, cuyo capitán y las dos terceras partes, por lo menos, de la tripulación, sean naturales de Méjico. Todo corsario con pabellón mejicano que no lleve estas condiciones será considerado pirata...»

(2) Nota del ministro de Estado al plenipotenciario de S. M. B.; fecha, Madrid, 11 de Diciembre de 1865.

(3) Despacho de Lord Clarendon á Sir Crampton; fecha, Londres, 27 de Marzo de 1866.

Por su parte, el Sr. Bermúdez de Castro sostenía (1) que las conclusiones de Lord Clarendon respecto á la declaración del Gobierno español no estaban fundadas en razón; que los súbditos ingleses que sin autorización de su Gobierno hacían la guerra á España y caían en poder de ésta después de haber violado las leyes de la neutralidad, estaban sujetos á la jurisdicción española y no tenían título alguno á la protección inglesa; que España, como potencia independiente, no estaba obligada á tener en cuenta los resultados que puedan tener para los extranjeros que la hostilizaban directamente, por su cuenta y riesgo, de una manera odiosa y más eficaz aún que sus enemigos, las disposiciones que crea conveniente adoptar respecto á la guerra, siempre que esas disposiciones sean conforme al derecho de gentes; que la declaración sobre corsarios chilenos publicada por el Gobierno español estaba ajustada á las prescripciones de la razón, reconocida siempre como la primera y principal fuente del derecho internacional; que, á excepción de Marteus, todos los publicistas que se ocupan del caso lo resuelven en el sentido de la declaración, y los que no tratan la cuestión de un modo concreto sostienen una doctrina favorable á los principios en que está basada; y, por último, que una declaración más severa aún que la del Gobierno español había estado en práctica con el asentimiento de todas las naciones del mundo, menos una» (2).

El Gobierno español no cedió, y reiteró al jefe de la escuadra que estaba vigente la Real orden de Marina.

¿Qué había sucedido en el Pacífico en tanto que los Gobiernos español é inglés discutían sobre todos esos asuntos verdaderamente doctrinales?

(1) Despacho del ministro de Estado al plenipotenciario de S. M. en Londres; fecha, 25 de Abril de 1866.

(2) Alude á la declaración del almirante Baudin, ya citada, contra la que sólo protestó Inglaterra; pero la declaración no fué retirada, y la nota de Lord Palmerston, por circunstancias especiales, quedó sin respuesta por parte del Gobierno francés.

Importantes acontecimientos habían tenido lugar. La goleta *Covadonga*, que bloqueaba el puerto de Coquimbo, habiendo sido relevada por la fragata *Blanca*, recibió la orden de regresar á Valparaíso, orden tardía cuando llegó, pues su prolongada detención en aquel puerto la colocó á merced del enemigo. En efecto: enterada la corbeta chilena *Esmeralda*, por el vapor inglés *Valparaíso* y por el cónsul norteamericano de Coquimbo, de las condiciones, armamento y tripulación de la *Covadonga*, la salió al paso, dispuesta á utilizar su inmensa superioridad para realizar una captura de escaso valor material, pero que había de tener, como tuvo, una gran resonancia. La *Esmeralda* montaba 22 cañones, su tripulación era de 200 hombres, llevaba además á bordo dos compañías de infantería de marina, y su marcha era superior en cuatro millas por hora á la de su enemigo. La *Covadonga* sólo montaba dos cañones en cobia, siendo su tripulación de 125 hombres y teniendo sus calderas en muy mal estado. Con tal desproporción, la lucha parecía imposible é inevitable el vencimiento del buque, y así sucedió, en efecto, pues después de una hora de desigual combate, en la madrugada del 26 de Noviembre, y no sin haber tenido la *Esmeralda* que recurrir á estratagemas más ó menos lícitas, hubo de rendirse la *Covadonga*, que quedó con los botes destrozados, la arboladura con bastantes balazos, la maniobra cortada, roto el timón, el casco acribillado, y 26 hombres fuera de combate.

Dos días después supo Pareja lo ocurrido, y al siguiente se suicidó en su camarote disparándose un tiro de revólver (1).

(1) Sobre las causas que indujeron al general Pareja á adoptar tan extrema resolución, dice el Sr. Novo y Colson que pueden concretarse las siguientes: 1.^a El arrepentimiento de haber extremado su política enérgica en Chile por juzgarla errónea, en vista de los hechos, y poco conveniente á España. 2.^a Ciertas dudas de haber acusado con no perfecta razón y fundamento á Tavira de traidor y desleal, pues parece ser que éste poseía una carta del mismo presidente del Consejo (general Narváez) en que le mandaba no hiciera caso de las instrucciones oficiales y procurara la paz (no he podido confirmar la existencia de esta carta). 3.^a El disgusto

Habiendo tomado el mando de la escuadra el brigadier Méndez Núñez, comandante de la *Numancia*, redujo el bloqueo á Valparaíso y Caldera, primero, y luego sólo á aquel puerto, mostrándose resuelto á emprender operaciones que pudieran justificar honrosamente la retirada de las fuerzas navales españolas, cuya campaña no podía prolongarse mucho, dada la situación en que se encontraba.

Las circunstancias, en efecto, habían variado esencialmente, agravándose de tal modo, que constituían un verdadero peligro; porque después de la retirada de Valle-Riestra de Madrid, el Perú y Chile habían concertado una alianza, cuya inmediata consecuencia fué que la primera de dichas Repúblicas declarase la guerra á España, siguiendo su ejemplo las de Ecuador y Bolivia. De modo que en Enero de 1866 se encontró la escuadra española con que en una extensión de tres á cuatro mil millas geográficas no existía un puerto donde pudiera abastecerse; y entregada así á los escasos recursos de que aún disponía, y á los pocos que recibía de la madre patria, no le era dado continuar indefinidamente la campaña. Y, sin embargo, por aquellos días recibió Méndez Núñez una comunicación del Ministerio de Estado ordenándole que la escuadra no abandonase las aguas del Pacífico hasta alcanzar la paz, bien por medio de las armas ó porque Chile accediese á otorgar las satisfacciones pedidas (1); lo cual le decidió á

que le producían las repetidas instrucciones contradictorias del Gobierno español, que pudieran calificarse con el vulgar nombre de *pasteleras*, procedimiento que á aquél repugnaba. 4.^a El recelo de que el Perú, unido á Chile, lograra colocar á la escuadra en situación difícilísima, por la escasez de recursos con que había de luchar y el abandono en que España la tenía. 5.^a En que, obedeciendo á órdenes reservadas, no podía continuar su propósito de obtener desagravio á todo trance ó castigar con un bombardeo á la República, retirándose después con la escuadra, á la que un largo bloqueo le era perjudicial. Si á todas estas circunstancias reunidas se añade el apresamiento de la *Covadonga*, que vino á representarse como el principio de la realización de sus tristes presagios, no puede sorprender tanto lo trágico de su fin.

(1) Real orden de 23 de Noviembre de 1865.

enviar las fragatas *Villa de Madrid* y *Blanca* en busca del enemigo, no logrando sino sostener un peligroso cañoneo en Abtao, y salir él mismo á recorrer el archipiélago de Chiloe con igual objeto, sin más resultado que producir la admiración general por la audacia y por la temeridad que revelaba tal empresa.

Mientras que la escuadra española buscaba inútilmente á los buques enemigos, varias potencias trabajaban cerca de ambos Gobiernos beligerantes, para poner fin al conflicto.

Ya en el mes de Septiembre de 1865, el representante de los Estados Unidos en Madrid se había acercado al Sr. Bermúdez de Castro, ofreciéndole la mediación de la República norteamericana; pero el ministro de Estado español declinó con gratitud la propuesta, fundándose en que si se obtenía resultado podría parecer que Chile cedía por consideración al mediador, y no por reconocer la justicia que asistía á España, si bien añadiendo que cabía que los Estados Unidos ejerciesen sus buenos oficios cerca de la República chilena. Mr. Perry manifestó que creía á su Gobierno completamente dispuesto á realizar esa indicación, y rogó al ministro que para dar tiempo convenía se ampliase por quince días el plazo del bloqueo, fijado en un mes. En virtud de esto se dieron las oportunas órdenes al general Pareja; mas como llegaron tarde, nada se hizo por entonces (1).

Agravadas las circunstancias, y queriendo evitar Francia é Inglaterra los perjuicios que sufrían los beligerantes, y sobre todo el comercio de los neutrales, encargaron á sus representantes en Santiago que entregasen al ministro de Relaciones exteriores de Chile un *Memorándum*, redactado de acuerdo con el Gabinete de Madrid, en el cual se proponía el restablecimiento de relaciones amistosas entre los dos países, por medio de un cambio de Notas. Chile debía declarar que no había te-

(1) Real orden al comandante en jefe de la escuadra; fecha, 13 de Septiembre de 1865.

nido por su parte intención de ofender á España, cuyo honor y dignidad respetaba; que deseaba permanecer en relaciones de amistad con ella; que, considerando su Tratado de paz con esta Potencia como si no hubiera sido anulado por la declaración de guerra, deseaba que este Tratado fuese mirado como en pleno vigor, y se comprometía á observar sus disposiciones. España declarararía que reanudaba con gran satisfacción sus precedentes relaciones de amistad con Chile; que olvidaba las causas que habían producido su suspensión momentánea; que no tenía ninguna mira de conquista ó adquisición territorial en América, y que no buscaba ninguna influencia exclusiva en las Repúblicas americanas, cuya independencia y autonomía respetaba. Después del canje de estas Notas, se confirmaría el restablecimiento de las relaciones diplomáticas, según uso, por un cambio de saludos, que tendría lugar en un puerto chileno. El pabellón español sería allí enorbolado y saludado por Chile con veintiún cañonazos, que serían inmediatamente devueltos, tiro por tiro, por un buque de guerra español.

Presentado el *Memorándum* por el representante de Francia en Enero de 1866 (1), el Gobierno chileno contestó que, siendo un hecho su alianza con el Perú, cualquiera tentativa para dar un desenlace pacífico á la contienda no podría ser secundada por Chile si no tomase en cuenta la causa de su aliado, y que no habiendo podido llenarse este requisito esencial en aquel documento, era inútil examinar las bases propuestas (2). Pocos días después, el encargado de Negocios de Prusia en Santiago manifestó al ministro de Relaciones exteriores que tenía orden de su Gobierno para adherirse á los acuerdos y gestiones de los representantes de Inglaterra y Francia, y que, en su virtud, le pedía considerase el *Memorándum* como pro-

(1) Nota del encargado de Negocios de Francia al ministro de Relaciones exteriores de Chile; fecha, Santiago, 29 de Enero de 1866.

(2) Nota del ministro de Relaciones exteriores al representante de Francia; fecha, 31 de Enero.

puesto también por el Gobierno prusiano, á lo cual no tuvo inconveniente en acceder aquél.

Así las cosas, y pendientes aún las conferencias á que había dado lugar la gestión iniciada por los representantes inglés y francés, el plenipotenciario de los Estados Unidos ofreció al Gobierno chileno el arbitraje de la República norteamericana para solucionar el conflicto entre Chile, Perú y España (1); pero, como era lógico suponer, y como no podía ocultarse que sucedería á Mr. Nelson, el ministro de Relaciones exteriores de Chile hubo de contestar que declinaba esta nueva oferta, porque era incompatible el aceptarla con la prosecución de aquellas otras gestiones (2). En realidad, tanto por parte del representante norteamericano como por la de los ministros de Inglaterra y Francia, no se mostró mucha decisión en favor de la paz.

Sin embargo, reemplazado Mr. Nelson por el general Kilpatrick, éste y el jefe de la escuadra de la Unión, el comodoro Rodgers, gestionaron cerca de Méndez Núñez, cuando éste regresó á Valparaíso, y del Gobierno chileno, á fin de obtener un arreglo pacífico; pero como el almirante español fijase un plazo, pasado el cual anunció procedería al bombardeo, los comandantes de las fuerzas inglesas y norteamericanas manifestaron que se opondrían por la fuerza. La actitud digna y enérgica de Méndez Núñez hizo desistir al contralmirante Denman, y el comodoro Rodgers no se decidió á oponerse solo con su escuadra á los fuegos de la nuestra (3); en cambio propuso al almirante español que diese un manifiesto expresando que, puesto que nada podía impedirle el bombardeo, desistía de él

(1) Nota del ministro plenipotenciario de los Estados Unidos al ministro de Relaciones exteriores de Chile; fecha, Santiago, 12 de Febrero de 1866.

(2) Nota del ministro de Relaciones exteriores de Chile al representante de los Estados Unidos; fecha, 17 de Febrero.

(3) Despacho del comodoro Rodgers al secretario de Marina de los Estados Unidos; fecha, Valparaíso, 31 de Marzo.

y perdonaba á Valparaíso, pues este rasgo de generosidad creía él sería correspondido por el Gobierno chileno, accediendo espontáneamente á las satisfacciones pedidas. Como á Méndez Núñez le repugnaba la idea de cañonear á una población indefensa, aceptó, con la condición de que un miembro del Gobierno chileno le garantizase, ante el representante de los Estados Unidos, que semejante proceder sería apreciado y correspondido. La proposición del comodoro fué rechazada en Santiago, pero en cambio Chile propuso una especie de duelo internacional, en el que tomaran parte iguales fuerzas marítimas, debiendo ser su resultado el fin de la guerra. Méndez Núñez, con la aprobación de todos los jefes de las escuadras extranjeras, se negó á aceptar tan peregrina idea.

En vista de todo esto, habiendo publicado el 21 de Marzo un manifiesto anunciando su intención de bombardear los puertos chilenos, el almirante español notificó el día 27 al gobernador de Valparaíso que cuatro días después rompería el fuego sobre la ciudad; y aunque los representantes extranjeros le crearon algunas dificultades, y los cónsules extranjeros protestaron en forma tan descompuesta que obligaron á Méndez Núñez á devolverles su comunicación, el bombardeo se llevó á cabo, produciendo en Valparaíso grandes pérdidas materiales, aunque escasas desgracias personales (1).

Terminado aquel triste episodio—porque sólo por la fuerza de las circunstancias se decidió Méndez Núñez á atacar á una plaza que no le ofrecía resistencia—y en cuanto hubo completado sus preparativos, zarpó la escuadra (14 de Abril) con rumbo al Callao, deseosa de encontrar un enemigo digno de su bravura, porque el Callao era una plaza fuerte perfectamente artillada, con torres blindadas, con poderosas defensas; de modo que nadie creía que los buques españoles, tan maltra-

(1) Las pérdidas materiales las evaluaron los chilenos en más de catorce millones de duros, de los cuales más de ocho pertenecían á los extranjeros; y las personales consistieron en dos muertos y dos heridos.

tados por una ya larguísima campaña, se atreviesen á acometer semejante empresa. Sin embargo, la flota española, repetimos, no ansiaba más que encontrar un adversario con quien combatir, ya que hasta entonces había tenido que emplearse en correr tras las escuadras aliadas, ó en bombardear una plaza que no ofrecía resistencia.

El 25 de Abril llegó la escuadra á las aguas del Callao, deteniéndose en la isla de San Lorenzo. Allí acudieron el encargado de Negocios de Francia y el ministro residente de Italia, á los cuales anunció el general Méndez Núñez su propósito de dirigir un manifiesto al Cuerpo diplomático, como lo hizo con fecha del 27, reseñando todo lo ocurrido con el Perú, especialmente las repetidas infracciones del derecho de gentes cometidas desde la declaración de guerra á España, y señalando un plazo de cuatro días para iniciar las hostilidades.

Durante este plazo, el ministro residente de Italia, M. Migliorati, llevó á cabo insistentes gestiones para obtener un acuerdo entre los beligerantes, que evitase un sangriento combate. Al efecto, conferenció primero con el secretario de Estado del Perú, y luego con éste y los representantes de Chile y Bolivia, pero la actitud de éstos hizo que fracasase el noble propósito del ministro italiano; y habiendo expirado dicho plazo el día 1.º de Mayo, el 2 por la mañana penetró la escuadra en el puerto del Callao é inició el ataque. La lucha fué terrible: por una y otra parte se sostuvo el combate con heroísmo; pero la jornada no ofreció ni para el Perú ni para España resultado alguno definitivo. Ambos combatientes se atribuyeron la victoria; mas ni los defensores del Callao lograron destruir la escuadra española, ni nuestros marinos consiguieron apagar por completo los fuegos de la plaza. Fué un combate honroso para unos y otros: ni más ni menos.

Nada restaba ya que hacer á la escuadra española, y así fué que para el 9 de Mayo notificó Méndez Núñez al decano del Cuerpo diplomático de Lima que quedaba levantado el bloqueo del Callao, y que se retiraba de las aguas del Pacífico.

La campaña había terminado, pero la guerra entró en un segundo período, de guerra *técnica*, guerra de Gabinete, que aún se prolongó algunos años, durante los cuales ocurrieron múltiples incidentes, que dieron no poco que hacer á la diplomacia.

Las Repúblicas aliadas celebraron como una victoria el combate del Callao, y se apresuraron á adoptar disposiciones que revelaban la animosidad contra España de que estaban poseídas. El Perú prohibió á los españoles entrar en el territorio nacional, declarando peruanos á los que residían desde antes de 28 de Julio de 1821, y expulsando á los que hubiesen entrado en el país después de 1.º de Enero de 1850. El Ecuador declaró traidor é infame, é impuso pena de muerte, á todo el que de cualquier modo ayudase á la escuadra española, y expulsó á los españoles que no se naturalizasen. Chile y el Perú invitaron á la República Argentina á entrar en la alianza; pero ésta se excusó, no sólo por hallarse en guerra con el Paraguay, sino por creer que era preciso determinar bien el *casus fœderis*.

Honduras y Colombia adoptaron originales acuerdos acerca de la cuestión de presas.

La primera, por decreto de 12 de Septiembre de 1866, estableció que, «resuelta á permanecer neutral en la actual contienda entre Chile, el Perú, el Ecuador y Bolivia, por una parte, y España por la otra, acepta los principios que arreglan los derechos y las obligaciones de los neutrales; y, en consecuencia, reconoce el que tienen los buques de la Marina militar y los armados en corso, así de España como de Chile, el Perú y sus aliados, para llevar á los puertos de la República, en ambos mares, las presas que recíprocamente se hagan; reconociendo también el derecho que asiste á los beligerantes para establecer en dichos puertos los respectivos tribunales del caso, calificar tales presas, venderlas y hacer todo lo que en territorio y aguas neutrales es lícito á las potencias que se hacen entre sí la guerra».

Colombia decretó, en 17 de Noviembre del mismo año: 1.º, que los corsarios de las Repúblicas aliadas del Pacífico en la guerra con España podían conducir sus presas marítimas á cualquier puerto de la República, pero que el juzgamento de ellas correspondía á la corte suprema federal, entendiendo que el hecho de conducir las presas era prueba de la aquiescencia del soberano del captor de que fuesen juzgadas por dicho tribunal; 2.º, que los corsarios de España podrían hacer lo mismo, en iguales condiciones; 3.º, que la primera autoridad política del puerto adonde llegase una presa formaría proceso, remitiéndolo á la Corte suprema; 4.º, que los buques que fuesen declarados buena presa podrían ser vendidos en los puertos de la República; 5.º, que se permitiría á los corsarios llegar á los puertos de la República de arribada, por avería ó por cualquiera otra causa grave que les impidiese continuar la navegación, pero que su permanencia en los puertos no podría pasar de veinticuatro horas, ó del término indispensable para reparar el daño, á juicio de la primera autoridad política de los puertos (1).

El decreto de Honduras consignaba una verdadera exageración de los derechos de los beligerantes; pero el de Colombia, por el contrario, atribuía á los tribunales y autoridades de la República facultades que sólo competen á aquéllos. El primero es natural que no provocara protestas; mas el segundo era inadmisibile, y así es que los Estados Unidos hubieron de declarar que lo consideraban nulo, sin valor ni eficacia para la confederación (2).

Continuando el estado de guerra, aunque de hecho estuviesen suspendidas las hostilidades, los Gobiernos de una y otra parte vigilaban sin cesar los recíprocos armamentos, im-

(1) Los fundamentos de ambos decretos pueden verse en la *Colección oficial de Tratados del Perú*, tomo VI.

(2) Nota de Mr. Seward al general Salgar, ministro de Colombia en Washington; fecha, 13 de Febrero de 1867.

niendo á los neutrales todas las trabas y todas las dificultades que causa al comercio la lucha armada.

En Septiembre de 1866 contrató Chile con la casa Arnaud, de Burdeos, antecesora de Forges et Chantier del Océano, la construcción de dos monitores de coraza. Nuestro cónsul, aunque no tenía pruebas de esto, gestionó para que se impidiese la salida de dichos buques, y el comisario general de Marina dió seguridades de que no saldrían ínterin no se probase cumplidamente que no pertenecían á los beligerantes; pero Mr. Arnaud concluyó por confesar la verdad, y entonces los monitores fueron embargados, entrando en tratos el Gobierno francés para adquirirlos.

En Inglaterra se construyeron por cuenta de España dos fragatas, la *Victoria* y la *Arapiles*, y por cuenta de Chile dos corbetas, *O'Higgins* y *Chacabuco*. Advertidos ambos Gobiernos, solicitaron recíprocamente el embargo, y así lo decretó el Gabinete de Londres; pero, algún tiempo después, Chile y España se pusieron de acuerdo sobre el desembargo y entrega recíproca de los buques, á condición de que Chile quedase autorizado para emplear como le conviniese en efectos de guerra la diferencia de valor entre las fragatas y las corbetas, pues las primeras se habían ajustado en 540.000 libras y las segundas en 137.000. Al fin, consintió España en que por ese exceso se entregasen al Gobierno chileno los dos monitores de Burdeos.

Más ruidosa que las anteriores fué la cuestión suscitada en los Estados Unidos con motivo de la venta en pública subasta de varios buques de guerra, entre otros los monitores *Catawa* y *Oneota*, que fueron adjudicados á la casa Swift y Compañía, de Cincinatti.

Sabíase que Mr. Swift era un mero agente peruano; pero no por esto, sino por ser notorio que había recibido del Perú dos millones de pesos para comprar los monitores, por los que únicamente abonó él á los Estados Unidos 755.000 pesos, la prensa declaró la adjudicación fraudulenta é ilegal, alegando

que se habían desechado proposiciones más ventajosas. Sobre el ulterior destino de dichos barcos, conferenció varias veces el plenipotenciario español, Sr. Goñi, con el secretario de Estado, Mr. Seward, quien manifestó que sin pruebas no podía tomar providencia alguna oficial, pero que particularmente haría lo posible por que no se violasen las leyes de la neutralidad; y, en efecto, llevada la cuestión al Congreso, éste decidió (en 8 de Abril de 1868) la ocupación y detención de los monitores, declarando que existían motivos para creer se habían adquirido para traspasarlos á los agentes del Perú, *hoy en guerra con una potencia amiga*. En virtud de esto, se ordenó al colector de la Aduana de Nueva Orleáns se hiciese fuego sobre los barcos si trataban de evadirse.

Los monitores estuvieron detenidos hasta que, después de la Revolución de Septiembre, el Gobierno español consintió la salida, dando seguridades el Gabinete de Washington y el representante peruano de que no se emplearían contra España.

En este incidente obró el Gobierno norteamericano á remolque de la opinión, excitada, no porque se infringiesen las leyes de la neutralidad, sino porque creía ver un negocio en la venta de los buques. Así es que en otros hechos ocurridos por la misma época no procedió con igual corrección. Ejemplo de la exactitud de este aserto, la conducta de aquél en los casos de la barca *Patmos* y la fragata *Alice-Ball*.

Habiéndose presentado en San Thomas, en 1867, la barca americana *Patmos*, procedente de Nueva York, con cargamento de 27 cañones y otros pertrechos para el Callao, el Gobierno español reclamó al de Dinamarca, y el gobernador de las Antillas dinamarquesas ordenó á las autoridades de San Thomas que hiciesen saber á los encargados del barco que no se les permitiría reexportar el material de guerra para ningún puerto beligerante, sino para uno neutral. Con esta reserva se trasbordó parte del material á la fragata americana *Sarah Neuman*, de la cual se dijo al poco tiempo que había naufraga-

gado, pero sólo sufrió una varadura, y los efectos se trasbordaron á la fragata *Alice Ball*, dando seguridades el propietario de ésta y Mr. Seward de que se dirigiría directamente á Nueva York, como así se efectuó. La *Alice Ball* permaneció cuatro días en dicho puerto, repuso el material estropeado y se hizo á la vela, con rumbo al Callao, el 18 de Junio. Sin embargo de esto, en el *Shipping list* de 1.º de Julio se daba como en puerto el mencionado buque.

La neutralidad de las grandes potencias suele ser así.

Buena prueba de ello suministra el caso ruidosísimo del *Tornado*, cuyo carácter sospechoso denunció una y otra vez nuestro ministro en Londres, sin que, por falta de la *evidencia legal* que exigía Lord Clarendon, adoptasen las autoridades inglesas las medidas oportunas para impedir su armamento y salida. El *Tornado*, como el *Cyclone*, lograron burlar una vigilancia que no era muy estrecha, aunque con diversa suerte, porque el *Cyclone* llegó á su destino y se incorporó á la Armada chilena, mientras que el *Tornado* fué apresado por la fragata de guerra *Gerona*, al Oeste de la isla Funchal, en la noche del 22 de Agosto de 1866, y conducido á Cádiz.

El Gobierno inglés, que no había impedido la salida de dichos buques, y que no podía ignorar que tanto el *Tornado* como el *Cyclone* pertenecían á Chile (1), suscitó mil dificultades á España, ya sosteniendo la absurda especie de que los tripulantes apresados habían sido objeto de malos tratamientos, ya pretendiendo que acomodásemos nuestros procedimientos judiciales al capricho del *Foreign office*. Lord Stanley llegó al extremo de declarar nula y de ningún valor la sentencia, como «incompatible con la justicia natural y con la costumbre y práctica de todos los países civilizados».

Como España no se hallaba en la situación que los Estados

(1) El *Araucano*, periódico chileno, y *El Nacional*, de Lima, habían afirmado que el *Cyclone* y el *Tornado* pertenecían á Chile, en virtud de compra realizada á la sazón.

Unidos, no pudo reclamar, aunque motivos sobrados tenía para ello, porque más de un Alabama salió de las costas inglesas durante la guerra con las Repúblicas del Pacífico.

Las hostilidades, como queda dicho, terminaron en Mayo de 1866; pero hasta el 11 de Abril de 1871 no se firmaron en Washington, por mediación de los Estados Unidos, los Artículos de armisticio, prólogo poco afortunado de una paz que se retrasó aún bastante.

JERÓNIMO BÉCKER

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
SENADO DE LAS CORTES

EL DESCANSO DOMINICAL EN EL IMPERIO ALEMÁN

I.—ANTECEDENTES.

De antiguo viene establecido el descanso dominical, no ya por la costumbre solamente, sino por la ley. Antes de la publicación del Código industrial del Imperio existían en los diversos Estados alemanes multitud de leyes, reglamentos y ordenanzas regulando la materia, aunque informados por distinto espíritu: entonces se trataba de consagrar prácticas religiosas (*Sonntagsfeier*); hoy se trata en primer término de dar descanso al obrero (*Arbeiterschutz*). De ahí que la legislación antigua se limitara, en general, á prohibir las ocupaciones públicas y ruidosas, muy especialmente á las horas de los oficios religiosos.

II.—LEGISLACIÓN VIGENTE.

a) *Fuentes legales*.—La legislación vigente en el Imperio alemán sobre el descanso dominical y días festivos, está incluida en el *Reichsgewerbeordnung* (Código industrial imperial) de 1.º de Junio de 1891 (apartado 105 a á 105 i—41 a-55 a), disposiciones que empezaron á regir para el *Comercio* desde 1.º de Julio de 1892 (Ordenanza imperial de 28 de Marzo de 1892) y para la *Industria* y los *Oficios* desde 1.º de Abril de 1895 (Ordenanza imperial de 4 de Febrero de 1895) (1).

(1) El Código industrial alemán, modificado, se publicó en virtud de Ordenanza del canciller de 26 de Julio de 1900. Véase *Annuaire de la Légis-*

Es complemento del apartado 105 e del citado Código la *Ordenanza del Consejo federal* de 3 de Abril de 1901, fijando las excepciones que á dicha ley autoriza ese apartado.

b) *Principios generales*.—Las disposiciones del Código industrial alemán relativas al descanso están comprendidas en su título VII, que trata de los obreros industriales, entre los que comprende á los oficiales, ayudantes, aprendices, empleados, contramaestres, jefes de taller y obreros de fábrica; por consiguiente, tan sólo á éstos, que tienen el concepto legal de obreros, se pueden referir.

La ley distingue fundamentalmente entre la industria y el comercio.

Industria.—El apartado 105 a sienta, en cuanto á ella, el principio general de que los patronos *no pueden obligar* á sus obreros á trabajar los domingos ni días festivos, y el 105 b dice que en las explotaciones de minas, salinas, establecimientos de preparación mecánica de minerales, canteras, explotaciones mineras, fábricas metalúrgicas, fábricas, talleres, talleres de construcción, astilleros, fábricas de ladrillos y empresas de construcción de todo género, *no podrán ser ocupados los obreros* en dichos días. De donde se deduce que el principio del descanso está prescrito en la ley con todo rigor, es decir, no quedando á voluntad del obrero, en los casos que taxativamente se expresa, y de un modo relativo en los demás, para los que sólo se preceptúa que *no puede obligarse* á trabajar; pero no se prohíbe el trabajo.

Quedan, pues, desde luego fuera de la ley los obreros que no caigan dentro de la enumeración al principio indicada, y una porción de industrias é industriales, como los agrícolas, forestales, hortícolas, vinícolas y de pesquería; las artes y profesiones liberales; los conciertos, teatros, cafés y restaurants; las industrias de transportes; los artesanos que no tienen ta-

lation du Travail, publié par l'office du Travail de Belgique, 4.º année, 1900, pág. 294 (traducción francesa).

ller y que trabajan en la casa del cliente (costureras, sastres, lavanderas, etc.); los mozos; los industriales que trabajan solos en su casa ó ayudados por su familia, etc.

Pero hay que tener presente, antes de juzgar de las omisiones de la ley, que ella misma admite que pueden los Estados particulares extender la prohibición del trabajo á otras industrias por medio de leyes ó reglamentos particulares, como asimismo puede hacerse por ordenanza imperial con el asentimiento del Consejo federal é informe del *Reichstag* (apartado 105 g).

La duración mínima del descanso es la de veinticuatro horas por domingo ó día feriado; de treinta y seis por cada dos domingos ó días feriados consecutivos; de cuarenta y ocho para Navidad, Pascua y Pentecostés, no pudiendo ser interrumpido el descanso y regulándose en detalle para los relevos de obreros.

La determinación de los días festivos queda á los Gobiernos de los Estados, teniendo en cuenta las condiciones locales y religiosas.

La ley alemana no ha tratado de prohibir el trabajo dominical en absoluto, y al lado de la regla general admite la excepción que luego examinaré.

Comercio.—En cuanto al Comercio, la regla general es la *prohibición absoluta de todo trabajo el primer día de las tres grandes fiestas del año* (Navidad, Pascua y Pentecostés), y la *limitación á cinco horas los domingos y fiestas ordinarias*.

Este precepto rige para los dependientes, aprendices y obreros del comercio, y comprende el comercio al por mayor y al por menor, el de dinero y crédito (bancas, agencias de cambio, etc.), establecimientos de préstamos, comercio de expedición y comisión y trabajos de oficina de fábricas, agencias, seguros, etc.

La regla general puede ser modificada, á título de excepción, por las autoridades municipales, que tienen facultad para limitar la duración del trabajo á menos de las cinco ho-

ras, y hasta para prohibirlo por completo; y por la autoridad gubernativa, que puede, por el contrario, en los cuatro domingos que preceden á Navidad y en ciertos domingos y días feriados en que por las circunstancias locales la venta es muy activa, aumentar el número de horas de trabajo y de venta hasta un máximum de diez (§ 41-b).

También se prohíbe el trabajo dominical á los pequeños comerciantes que ejerzan por sí solos su profesión ó auxiliados por su familia; pero esta prohibición no se refiere á los pequeños industriales (zapateros, sastres, etc.) que trabajan solos ó con su familia exclusivamente.

Se prohíbe todo comercio ambulante (§ 55 a).

c) *Excepciones.*—Una ley de este género tiene que establecer, al lado de la regla general, la excepción, bien detallándola por sí misma cuando el caso es notorio, evidente y general, ó bien dejando su determinación á las autoridades locales, gubernativas ó municipales, en contacto más directo é íntimo con la realidad. Estas excepciones pueden clasificarse en los siguientes grupos:

a) Desde luego las previstas por el § 105-c: trabajos urgentes, por necesidad ó interés público; un domingo al año para los trabajos que requiere la formación de los inventarios que las leyes mandan hacer; vigilancia de los edificios, trabajos de limpieza y conservación necesarios; trabajos para impedir el deterioro de materias primas ó pérdidas de productos; vigilancia de esos mismos trabajos.

Todas estas excepciones son aplicables tanto á la industria como al comercio, y el que se encuentre en estos casos no necesita autorización para trabajar; está autorizado desde luego por la ley, sin más obligación que llevar un registro en el que consigne las veces que hace uso de la excepción legal, con el detalle de obreros, trabajo, horas, etc., que someterá al inspector del trabajo y autoridades correspondientes.

El obrero ó empleado que trabaja en domingo tendrá ese mismo día horas especiales de descanso. Si ha estado ocupado

más de tres horas, ó no ha podido asistir á los oficios divinos, el patrono tiene que concederle cada tercer domingo treinta y seis horas de descanso, ó doce cada segundo. Otro párrafo dice que las autoridades pueden dispensar al patrono de esta obligación, si el trabajo excepcional no impide al obrero cumplir con sus deberes religiosos, ó si goza de un día de descanso de veinticuatro horas durante la semana en vez del domingo.

b) Fuera de las citadas, la ley no detalla más excepciones, limitándose á autorizar para que las fijen:

1.º Al Consejo federal (§ 105-d), para industrias cuyos trabajos sean de naturaleza continua; para las que se ejerzan temporalmente, y para las de estación determinada; fijación que ha de hacer guardando conformidad en los establecimientos de la misma rama industrial.

2.º A la autoridad gubernativa superior, para ciertas ramas de la industria y del comercio cuyo ejercicio, total ó parcial, es necesario los domingos y fiestas para satisfacer necesidades cotidianas del consumidor, ó necesidades especialmente sentidas esos días, y para las que usan del viento ó del agua como fuerza motriz irregular.

3.º También la autoridad gubernativa (§ 105-f) puede dar permiso especial al industrial que, para evitar un daño desproporcionado, se ve obligado, de un modo imprevisto, á trabajar en domingo ó fiesta.

4.º A los Gobiernos de los Estados, para conceder excepciones especiales para ciertas fiestas que no caigan en domingo, salvo las de Navidad, Año Nuevo, Ascensión, Pascuas y Pentecostés.

La ley, además, mantiene en vigor toda disposición legal especial de un Estado, cuando es más restrictiva del trabajo dominical.

Por último: el Código industrial determina cuáles son los organismos encargados de velar por su ejecución (inspectores del trabajo, autoridades gubernativas y de justicia) (§ 139-b); la sanción penal correspondiente á las infracciones (§§ 146-a

y 149), y sienta como principio que, caso de inobservancia de la ley, se considera culpable al patrono ó su sustituto, pero no al obrero.

III. — EJECUCIÓN DE LA LEY.

Comercio. — Por lo que se refiere á la ejecución de la ley, hay que distinguir entre el Comercio y la Industria.

Para el primero, el Código de 1.º de Junio de 1891 empezó á regir desde 1.º de Abril de 1892. Hemos visto que en él se establece como principio general *la prohibición absoluta de venta el primer día de las fiestas legales de Navidad, Pascua y Pentecostés, y la limitación á cinco horas del trabajo los domingos y demás fiestas*; y que á este principio general se admiten excepciones. Queda, pues, por fijar cuáles han de ser estas excepciones, y cuáles han de ser las cinco horas de trabajo dentro de las veinticuatro del día, lo cual ha de hacerse por la autoridad administrativa de cada Estado, por medio de reglamentos particulares que determinen la aplicación práctica de la ley. Si el régimen de la uniformidad legal absoluta es inaceptable por su rigidez é inflexibilidad, y por la imposibilidad de que descienda al detalle y á la necesidad impuesta por la realidad de momento á momento, el régimen de la reglamentación ofrece también el peligro de ser excesivamente vario y casuístico. Para evitar este inconveniente, se han dictado, por algunos Estados, instrucciones generales (*Anweisungen*), á las que ha de someterse la reglamentación local. Tales son, por ejemplo, la prusiana, de 10 de Junio de 1892, y la de Wurtemberg, de 16 de Abril de 1892.

Aquí entra la dificultad. Los reglamentos, de que pueden ser ejemplos la ordenanza del presidente de la policía de Berlín (20 Junio 92), y las del *Regierungs-Präsident* de Colonia (20 Junio y 18 Octubre 1892), son muchísimos y descienden á fijar las distintas horas que en las diversas fiestas han de abrir los diferentes establecimientos. Basta enunciar esto para comprender

que las dificultades prácticas para precisar este detalle y las excepciones legales, obligan á continuas modificaciones de los reglamentos, como ha pasado en Sajonia, donde, desde Junio del 92 á Abril del 94, se modificaron tres veces, y en Munich, donde se dieron: uno en 31 de Julio del 92; otro en 15 de Agosto del 94, y otro en 17 de Diciembre del mismo año. Y aun así no se ha podido, en algunos casos, dejar de perjudicar á ciertos comercios, por no incluirlos entre los exceptuados, como pasó con el del pescado salado, en Hamburgo, que sufrió una pérdida de 6 por 100 con la ley de descanso dominical. Para formar idea de la infinita variedad de la reglamentación, basta citar un ejemplo tomado de la información hecha por la federación alemana de las asociaciones comerciales mixtas de patronos y dependientes. El precepto que permite á la autoridad local autorizar el trabajo en cualquiera de los domingos del año, se ha aplicado con la siguiente variedad: en tres ciudades se ha autorizado un domingo anual, variando en cada una de ellas de ocho á diez horas; en diez y seis ciudades, dos domingos, de cuatro á diez horas; en siete ciudades, tres domingos, de cinco á diez horas; en seis ciudades, cuatro domingos, de dos á diez horas; en dos ciudades, cinco domingos, diez horas; y en cinco ciudades, seis domingos, de cinco á diez horas.

Aunque puede decirse que la causa del descanso dominical va ganando á los comerciantes y al público, y que la práctica legal va entrando en las costumbres, no deja la ley de ser objeto de críticas más ó menos fundadas. En general, se censura la excesiva variedad reglamentaria á que me he referido; y en particular, se han señalado ciertos inconvenientes. Tales son: 1.º, la competencia ventajosa que los establecimientos de bebidas, restaurants, etc., exentos de descanso, hacen á una porción de comerciantes que están sometidos á él; 2.º, la pérdida ocasionada á ciertos comercios, como los de tabacos, cuya mayor venta es en los días festivos precisamente; 3.º, la competencia ventajosa del vendedor ambulante, que, aunque no

puede vender en domingo, lleva en la semana al campesino los géneros que éste compraba antes el domingo en los comercios fijos de la ciudad; 4.º, que siendo el fin de la ley favorecer al dependiente y al obrero, no tenía para qué aplicarse á los dueños que no tienen dependientes, excediéndose en su fin y atentando á la libertad individual, anomalía sostenida para evitar el perjuicio que ocasionaría á los comerciantes en grande la competencia de estos otros en los domingos, pero en contradicción, y agravada por el hecho de que, en cambio, los pequeños industriales están autorizados para trabajar en domingo; 5.º, la dificultad de la inspección, siendo difícil saber si los dependientes trabajan después de cerrado el establecimiento, y de vigilar la venta en los comercios *mixtos*, que venden los artículos más variados.

Industria.—El Código industrial de 1.º de Junio de 1891 no ha regido para la Industria hasta 1.º de Abril de 1895, por haber sido necesario ese largo lapso de tiempo para que el Gobierno, previa toda clase de investigaciones cerca de patronos y de obreros, pudiera llegar á determinar cuáles habían de ser las excepciones admitidas por la ley. Usando de la autorización concedida por el § 105-d, se han exceptuado del descanso dominical 78 ramas de industrias, químicas la mayor parte; y en vista del § 105-c, se han exceptuado la fabricación de gas y electricidad, la venta de flores, la panadería y la carnicería; aguas, prensa, telégrafos, cocina, etc.; y se han dictado disposiciones generales y especiales para ciertas industrias, por la ordenanza del Consejo Federal de 3 de Abril de 1901. (*Annuaire du Travail* citado, año de 1901.)

La costumbre del descanso dominical en la industria venía arraigada de antiguo, siendo, por tanto, más fácil el cumplimiento de la ley por lo que á ella atañe que en sus aplicaciones al comercio. Además, una vez fijadas las excepciones, autorizadas las industrias para trabajar *en caso necesario bajo su responsabilidad*, y otorgada la facultad de conceder permisos especiales, resulta la ley de una condición flexible para su

cumplimiento, no obstante aquellas dificultades que siempre surgen en la práctica en casos dados, como, por ejemplo, para definir y precisar cuáles son la *necesidad imprevista* y el *daño desproporcionado* que autorizan el trabajo; y, en otro orden, para ejercer la inspección con exactitud y eficacia en las pequeñas industrias y en los oficios, que tan fácilmente pueden escaparse de ella.

JUAN UÑA Y SARTHOU

RECUERDOS

Subía yo por las ásperas laderas que conducen á la explanada conocida con el nombre de «Desierto de las Palmas», improvisado observatorio del eclipse, revolviendo en la imaginación *multitud de ideas*, que á mí grandemente me preocupaban, aunque para el resto de la creación y para el admirable espectáculo que se preparaba fuesen menos que insignificantes: una serie de ceros sin ninguna cifra significativa ante todo un infinito.

Realmente, ¿qué le importaba á la Naturaleza, ni al sol, que espléndido brillaba en el centro del cielo, ni á la luna, que majestuosa é invisible iba girando alrededor de la tierra, ni á su sombra, que corría sobre la superficie de nuestro planeta, que yo tuviera prisa por llegar á lo alto, que me preocupara la idea del cólera, que me apurase el temor de no volver á tiempo para coger la diligencia, ni la amenaza de que declarasen á Valencia puerto sucio, ni todas aquellas pequeñeces que para mí eran asuntos muy serios y muy graves?

Lo que á mí pueda importarme, y aún menos, del trajín de la hormiga alrededor de su hormiguero.

Pues no debía ser así, y aun no estoy muy seguro de que así sea.

Las diferentes ideas, sentimientos, anhelos y ansias del sér humano suponen vibraciones distintas en el cerebro y en el sistema nervioso; de suerte que, aun desde el punto de vista material y puramente mecánico, todas estas vibraciones deben

tener resonancia en nuestro sistema solar, y aun en todas las esferas.

Porque, meditemos un poco en este problema semifantástico.

Yo bien sé que las acciones internas y las acciones y reacciones mutuas de un sistema, mejor dicho, de sus diferentes partes, no alteran el movimiento del centro de gravedad; pero esto nada prueba para el problema que yo persigo, acaso como se persiguen en sueño los fantasmas.

Dos puntos unidos por atracciones y repulsiones mutuas caminan por el espacio y pasarán al lado de otro cuerpo sin tocarle. Pero si estalla entre los dos puntos un explosivo, que los separa, aunque el centro de gravedad continuará imperturbable, cada uno de los dos puntos en cuestión cambiará su trayectoria y podrá chocar con otro tercer cuerpo, con el cual antes no hubiera chocado, y podrán aparecer fenómenos que en otro caso no hubieran aparecido.

Lo cual prueba que pequeñas causas pueden ser causas determinantes de grandes acontecimientos en el orden de la Mecánica.

Acaso el lector no comprenda lo que quiero decir, pero yo me entiendo, y aun podría explicar mi pensamiento de modo que el lector me entendiese; mas la digresión sería larga y, sobre todo, me separaría del objeto principal de este artículo: y así, dando de mano á lucubraciones entre filosóficas y mecánicas, seguiré mi camino, para llegar lo más pronto posible al término de mi viaje.

Y al fin llegué al Desierto de las Palmas, en el que ya reinaba gran actividad.

D. Antonio Aguilar y los demás astrónomos andaban preparándose para la observación; de modo que sólo cambié algunas palabras de cortesía con dicho señor, al cual no me ligaban por entonces estrechas relaciones, porque hasta cinco ó seis años después no ingresé en la Academia de Ciencias.

También andaba por allí, preparando sus aparatos fotográ-

ficos, un distinguido profesor de Física, de Valencia, que, si no recuerdo mal, se llamaba el Sr. Monserrat, aunque bien hubiera podido llamarse de otro modo distinto, pues en esto de nombres propios mi memoria ha sido siempre infelicitísima.

Recuerdo, sin embargo, que dicho profesor obtuvo varias fotografías del sol, en el momento del eclipse, que fueron muy notables y muy celebradas por varios profesores del extranjero.

Este era el aspecto científico y serio del eclipse; pero entre astrónomos y profesores, andábamos perdidos los curiosos, y sobre todo el elemento popular: mujeres, hombres y chiquillos del campo, que con sus movimientos, risas, conversaciones y ocurrencias chistosas, daban la nota pintoresca en aquella escena, á la cual acudían el interés científico y la curiosidad del vulgo.

Faltaba poco para el eclipse, cuando llegó una nueva cabalgata. El personaje principal era un señor alto, algo corpulento, de aspecto aristocrático, con apariencias de extranjero, y que, pendientes de una correa que le cruzaba el pecho, llevaba, en elegante estuche, unos enormes gemelos.

Era el duque de Montpensier, que venía á observar el próximo eclipse total.

En París había observado algún tiempo antes otro eclipse, el de la monarquía de Julio, con el destronamiento de su padre Luis Felipe, rey de los franceses.

Pasó el duque entre todos nosotros, saludando afectuosamente, y se fué á hablar con los astrónomos, sin que ninguno de nosotros rompiera los límites de la cortesía y del respeto que nos separaban de las eminencias científicas ó sociales.

Al poco tiempo empezaron los preparativos del eclipse, y el eclipse empezó.

La parte interesante de un eclipse solar no está al principio en los astros de la conjunción, sino en la palidez de que se va cargando el cielo, en alguna que otra estrella que brilla,

en la sombra que desde las grandes alturas se ve llegar como inmensa marea que avanza, en la sorpresa y el recogimiento de la Naturaleza, en el silencio solemne que crece, en las aves que van á buscar sus nidos, sorprendidas de la inesperada noche, en un ambiente general melancólico y solemne; en todo esto más que en el punto del cielo en que la sombra de la luna va mordiendo en el rojo disco del sol.

El eclipse es, en cierto modo, externo.

Y cuenta que todo esto es, hasta cierto punto, efectismo de la Naturaleza; apariencias de solemnidad, más que solemnidad verdadera en los espacios.

Es solemnidad para el hombre, para su pequeñez, para sus terrores religiosos ó sus intereses científicos. Para la Naturaleza, no; porque ¿qué le importa al mundo astronómico que tres astros se pongan en línea recta; es decir, que en línea recta se convierta un triángulo más ó menos agudo?

Esto sucederá de continuo en el espacio, sin que ningún astro se asombre por ello; y en nuestro planeta y en el movimiento de sus átomos, en cada millonésima de segundo, millones y millones de partículas, tomadas de tres en tres, pasarán del triángulo á la línea recta, sin que ningún microbio se asombre ni pretenda calcular estas conjunciones atómicas.

Pero el hombre es como es, y lleva en su cerebro gérmenes de asombros para llenar con ellos la creación entera.

El eclipse iba avanzando, y las conversaciones y las risas entre las gentes del campo no cesaban.

El eclipse no les imponía, ni creo yo que les asombraba más de lo justo.

Pero el eclipse total se aproximaba, y debo aprovechar los últimos instantes para hacer una observación.

He visto muchos eclipses parciales, sólo uno total: este del Desierto de las Palmas que voy describiendo. Y bien: entre cualquier eclipse parcial, por grande que sea, y un *eclipse total*, media un abismo.

De un salto se pasa de un espectáculo interesante, curiosí-

simo, algo conmovedor, grandioso si se quiere, pero nada más, á un espectáculo verdaderamente sublime, que sobrecoge el ánimo, lo asombra y lo maravilla, y que si se ha visto una vez no se olvida jamás.

Cuarenta y cuatro años han pasado, casi medio siglo, desde que presencié el eclipse total de sol en el Desierto de las Palmas, y aún me parece que lo llevo grabado eternamente en los ojos.

Porque al desaparecer el último punto luminoso del sol, el astro se cambia y brota en el cielo un astro que parece inmenso, y que no tiene semejanza con ningún otro astro de los que esmaltan la bóveda del firmamento.

El disco del sol se ha hecho todo él negro, y alrededor ha brotado instantáneamente una aureola inmensa de rayos de luz, que imita en escala sublime la que rodea la cabeza de los santos en los altares.

Es una especie de estrella inmensa, cuyo centro es negro, y que está rodeada por un admirable nimbo en forma de rayos de luz.

Es una mezcla sorprendente de luz y sombra, destacándose en un cielo de azul muy obscuro. Es como un sol estupendo al cual le hubiera agujereado de parte á parte una gigantesca bala de cañón. Es algo, en suma, de una gran sencillez y de una inexplicable sublimidad, que no puede pintarse ni con el pincel ni con la pluma, y que, por desgracia, pocas veces logra verse.

En el momento de presentarse aquel astro en el cielo, todo quedó en silencio, un silencio profundo en la Naturaleza y en las gentes. Las del campo callaron sobrecogidas: ni más conversaciones ni más risas; parecía que la visión apocalíptica del astro nuevo les había robado la voz y hasta el movimiento; no había más que ojos para mirar, y hasta creo que se paralizaban los latidos del corazón.

¡No perder nada de aquel espectáculo, aprovecharlo todo, hasta el último segundo de tiempo! ¡era la suspensión

de todos los sentidos; cada retina había quedado clavada en el espacio, en el mismo punto en que le sorprendió el eclipse total!

Todos éramos de piedra: piedras chiquitas que miran inmóviles á una piedra redonda y muy grande que pasa delante de un luminar.

En aquella temporada, es decir, en aquellos meses, vi yo muchas cosas muy grandes, muy hermosas y, sobre todo, muy nuevas para mí: París, Londres, Italia, los Alpes, los espectáculos más asombrosos de la civilización moderna y de la Naturaleza; pero nada, absolutamente nada me produjo la impresión sublime de aquel eclipse total.

Llegó al fin el término del eclipse total. Apareció un punto, sólo un punto de luz en el disco solar por uno de sus bordes, y como por arte de encantamiento desapareció la maravillosa aureola y sólo quedó la mancha negra.

El drama astronómico había llegado á la cumbre y empezaba á decrecer el interés.

El público de nuestro teatro hubiera silbado tal vez la obra celeste.

No es ésta la estructura que le gusta: pretende que las condiciones dramáticas vayan en escala y ascienda sin cesar el interés hasta el último instante.

Colocar la escena de más intensidad estética en el centro del drama y desde ella ir descendiendo hacia el fin, es correr el peligro de que la obra no guste.

Pasaron ya los tiempos de *El tanto por ciento*, en que la máxima intensidad está en el penúltimo acto, y el último es un desenlace sencillo y natural.

Pero la Naturaleza se preocupa poco de lo que piensen ó sientan sus espectadores; dijérase que los desprecia soberanamente.

Ella es lo que es; tiene sus leyes eternas. En las montañas tiene picachos, y todo alrededor la montaña descende. En cambio los volcanes terminan en punta de fuego. Eso quiere

el público, que los dramas terminen en punta de fuego, y perdonezeme la comparación.

*
* *

Desde que la aureola desapareció, cesó el silencio de los espectadores y el recogimiento religioso: los comentarios, las conversaciones, las risas, volvieron como al principio.

Yo mismo ya no sentía gran interés por el espectáculo; estaba deseando que concluyese para marcharme. Otro tanto le sucede al público muchas veces en los estrenos de obras dramáticas.

Yo estaba impaciente. Volví á pensar en mi viaje, en el tiempo que necesitaría para regresar á Castellón, en cómo encontraría á mi mujer, y temblaba pensando en que pudiera estar peor; la palabra cólera sonaba en mis oídos de nuevo, y á cada momento consultaba el reloj.

Acabó el eclipse; empezaron á retirarse los espectadores, y yo, sin despedirme de los astrónomos por no perturbarles en sus trabajos, sin mirar por curiosidad siquiera en dónde estaba el duque de Montpensier, decidí marcharme también.

Sólo aquel día, en aquel momento, en los breves instantes de un eclipse, he visto al hijo de Luis Felipe de Orleáns.

Por entonces, ni él me conocía, ni sabía siquiera que yo existiese.

Después, andando el tiempo, ya lo supo, y por su secretario particular y discípulo mío, Bruno Moreno, me mandó una afectuosa enhorabuena. Pero jamás nos vimos ni cruzamos en esta vida una sola palabra.

Cruzamos, sí, nuestro pensamiento, por medio de tercera persona, algo así como embajador plenipotenciario, sobre cuestión política de trascendental importancia, para él sobre todo, más que para mí.

Y con su representante diplomático celebré una entrevista *misteriosa y pública*, de que daré cuenta á mis lectores en momento oportuno.

Terminó, como decía antes, el eclipse; monté á caballo, y prescindiendo del guía, porque yo tengo buena memoria topográfica, y abrigaba la seguridad de que no había de perderme, salí del Desierto de las Palmas, y al trote unas veces, y otras á galope, cuando el terreno lo permitía, bajé la ladera en busca del llano de Castellón.

Bien hice en darme prisa, porque media hora después mi mujer y yo tomamos la diligencia que había de conducirnos á Valencia.

Bien hice en darme prisa, repito, que fácilmente hubiera podido perder el prosaico vehículo; prosaico é incómodo, pero salvador.

Aquella noche de viaje fué muy angustiosa: mi mujer no estaba peor, pero tampoco estaba buena; el interior de la diligencia, que es en el que íbamos, estaba repleto; los compañeros de viaje no hablaban más que del eclipse y del cólera, mostrando todos desmedido terror y aprensiones peligrosísimas para el que se hubiera declarado enfermo.

Yo ni me atrevía á preguntar á mi mujer cómo seguía, por no alarmar á nuestros medrosos compañeros, y toda la noche fuí forjando en la imaginación complicaciones y catástrofes, que terminaban por obligarnos á bajar á mi mujer y á mí, abandonándonos en la carretera.

Afortunadamente, nada de esto sucedió.

Con el día llegamos á Valencia, y entramos en la fonda que, si no recuerdo mal, se llamaba de Vilarrasa.

Día de ansiedades, que pasó pronto, sin contrariedad alguna ni el menor entorpecimiento.

Todo como una seda; por algo estaban cerca Murcia y Alicante, los países de la seda.

El puerto *no se cerró*, aunque los casos de cólera menudeaban y no terminó la semana sin cerrarse.

Mi mujer se puso mejor, desapareciendo casi mi más cruel ansiedad.

El vapor de las *mensajerías imperiales* había llegado.

Habían llegado los tres alumnos de la Escuela de Caminos con los que tenía que ir á visitar el gran túnel de los Alpes.

De suerte que á la una ó las dos nos embarcamos todos alegres y esperanzados.

¡Ver París, ver Londres, recorrer la Italia, penetrar en las entrañas de los Alpes con las nuevas perforadoras; y para hacer boca, haber empezado por un eclipse tótal de sol!

A mi edad y con mis ilusiones, el programa era admirable.

Aunque el bueno de D. Calixto Santa Cruz me había hecho perder con sus escrúpulos y rectitudes una fortuna, casi le perdoné el daño, que era enorme, por el placer que me proporcionaba nombrándome para tan apetitosa comisión.

Sí, nos embarcamos. Y me embarqué yo con más ilusiones y más entusiasmos, si cabe, que Colón al montar sus carabelas.

Yo era un navegante heroico y glorioso.

Iba á descubrir Francia, Inglaterra é Italia.

Verdad es que ya estaban descubiertas cuando yo subí al vapor de las mensajerías imperiales; pero también América lo estaba para los indígenas cuando Colón zarpó de Palos.

Él no había visto jamás la tierra americana; yo tampoco había visto Francia, Italia é Inglaterra.

Estábamos iguales.

Al pasearme sobre cubierta debía yo tener aire de triunfador.

Y llegaba al triunfo al través del peligro: cruzando por la *ciudad colérica* y despreciando al cólera.

¡Mucho me importaba á mí el cólera!

Nunca le tuve miedo, como ya referiré más adelante, si me acuerdo, que sí me acordaré, porque de mis heroicidades no me olvido fácilmente.

Y para estar orgulloso tenía yo otro motivo muy serio.

Iba cayendo la tarde; el vapor se alejaba de Valencia, trepando por el lomo azul del Mediterráneo; la costa valenciana se perdía á lo lejos, y yo veía que á mi alrededor se aclaraban

las filas. Todos se iban mareando y desaparecían de cubierta.

Yo, impasible, tranquilo, paseando con serenidad olímpica, como diciendo: «ustedes se marean, es natural; ustedes son seres vulgares; yo soy profesor de la Escuela, el sér superior».

En aquel momento hubiera podido inventar, si hubiera caído en la cuenta, la teoría del *super-homo*.

Yo no me mareaba, tenía la seguridad de no marearme.

Y mi seguridad se fundaba *en hechos*.

Cuatro ó seis años antes, estando de ingeniero en Almería, había ido por mar hasta Cádiz, y luego había pasado la barra del Guadalquivir y había vuelto á Almería, y ni á la ida ni á la vuelta había sufrido ni conatos de mareo.

Con la circunstancia, verdaderamente honrosa para mí, que el tiempo fué malísimo: un temporal deshecho, una tempestad que no le faltó mucho para ser horrorosa. Y la prueba de que no exagero es que no pudimos pasar *el estrecho*, y de arribada forzosa entramos en Gibraltar, donde estuvimos detenidos tres días, sin poder lanzarnos al mar en continuación de nuestro viaje.

Pues á pesar de todo, vuelvo á repetirlo (las cosas importantes deben repetirse), yo no sufrí el más pequeño mareo.

Luego yo era superior al mar. El mar no me achicaba. El mareo no podía conmigo.

Tenía este convencimiento profundo, y paseaba con la altivez y la serenidad propias del caso por la cubierta del vapor en aquella noche plácida de verano.

Dando paseos me encontré con un señor que dijo ser francés.

Él paseaba de popa á proa, yo de proa á popa, y viceversa; y á fuerza de cruzarnos, una vez nos detuvimos y trabamos conversación.

Aquel señor me fué simpático desde luego.

Simpático, por ser francés: mis simpatías por Francia siempre han sido grandes.

Simpático, porque resultó que también era ingeniero.

Simpático, porque, según me dijo, había inventado unas perforadoras; precisamente mi viaje tenía por objeto, en primer lugar, mi recreo y solaz, pero además el estudio de las perforadoras de Mont-Cenis.

Simpático, en fin, porque me hablaba en francés y yo *le entendía*; y en francés, ó algo así, le hablaba yo, y *parecía entenderme*.

Realmente no sé si aquel señor era francés; y me ocurre esta duda, porque muy mal debía hablar dicho idioma, cuando yo le entendía con tanta facilidad.

Ello es que simpatizamos; simpatía de una cubierta de buque, pero simpatía al fin.

Conversamos sobre literatura, ciencias, política y economía, y las horas pasaron deliciosas en aquel comercio intelectual.

Lo único que me chocaba algo en mi compañero de viaje era su entusiasmo por las *perforadoras* en general, y por las que él había inventado en particular. Porque sépase que él había inventado por lo menos una perforadora.

Quizá era una atención que tenía conmigo al enterarse de que el objeto de mi expedición era estudiar las perforadoras de los Alpes.

Los franceses son muy corteses.

Sin embargo, el entusiasmo ó la cortesía, ó lo que fuese, iba pasando, á mi entender, la línea de lo discreto, para penetrar resueltamente en las regocijadas regiones de lo cómico.

Porque á cada momento, con razón ó sin ella, salían á relucir y se intercalaban en el diálogo las interesantes máquinas.

Estábamos hablando, pongo por caso, de las novelas francesas, y de pronto mi compañero se detenía, apoyaba su mano en mi brazo, levantaba los ojos al cielo, paseaba su vencedora mirada por el mar y exclamaba con arrebató: «*Mon Dieu, comme je suis content d'avoir trouvé le perforateur à double action!*»

Y seguíamos nuestros paseos sobre cubierta.

Al cabo de un rato, no muy largo, en aquella conversación á *bastones rotos*, como dicen los franceses, y traduciría, en prueba de atrevida independendencia, algún modernista intrépido, pasábamos á la guerra de Crimea; y mi nuevo amigo volvía á detenerse, á detenerme á mí, á mirar al Mediterráneo y á la azulada altura y á exclamar otra vez: «Mon Dieu, comme je suis content d'avoir trouvé le perforateur à double action!»

Y así una y otra y otra vez.

Cada vez parecía «más contento de haber encontrado el perforador de doble acción».

Motivo era, sin duda de ningún género, de cierto regocijo interno; pero, con todo, el regocijo iba pareciéndome excesivo.

Hasta hubo un momento en que pensé si querría tomarme el pelo.

Pero no: era una buena persona, de una gran ingenuidad, y el invento me lo explicó técnicamente. No era una idea portentosa, pero era una idea racional, y acaso útil. Algo parecido he visto después en algunas obras especiales.

Y así pasamos la noche.

Él, admirándose cada diez minutos de su invento de *doble acción*; yo, haciendo esfuerzos de cortesía por acompañarle en sus admiraciones y sus entusiasmos.

Al principio, utilicé todas las interjecciones francesas de mi repertorio, que, á decir verdad, no eran muchas.

Después, repetí el repertorio dos ó tres veces. Pero el francés estaba *tantas veces* contento con su invención, que no tuve más remedio que acudir á mi propia lengua. Y cada vez que empezaba «mon Dieu!», yo le salía al paso con un «¡ya, ya!... ¡Demonio, y qué invento!»

Dió la una, y nos separamos.

Yo fui á ver cómo estaba mi mujer, que había experimentado síntomas de mareo y se había acogido á la cámara de señoras, y después me retiré á mi camarote, donde dormí ocho

horas, tranquilo, reposado y casi *tan contento* como mi nuevo y simpático amigo, aunque por entonces no había tenido la dicha de descubrir ningún perforador de doble acción, ni siquiera de acción sencilla.

Sólo interrumpí mi sueño dos ó tres veces para ir á ver cómo seguía mi mujer del mareo.

El resto de la noche, en un sueño.

Sueño absoluto: la nada; el espacio negro y sin ruidos ni vibraciones; el reposo de la muerte.

Porque los sueños de color, ya verdes, ya de color de rosa, azules ó amarillos, son la fatiga y el vivir, con sus agitaciones y sus agotamientos. Los sueños de color de rosa son tonterías de los poetas.

El color del sueño debe de ser negro aterciopelado.

El sueño es negrura y silencio: un coqueteo de la vida con la nada.

¿Estoy viviendo? Pues ya no existo: á dormir.

¿Estoy durmiendo? Pues á despertar.

Y así dormí yo aquella noche.

A las nueve de la mañana desperté, completamente bueno y reposado, como si hubiese dormido en mi cama de Madrid.

Ni sombra, ni conato, ni sospechas de mareo.

Ignoraba todavía lo que el mareo fuese.

Al despertar, oí cerca de mí algo como suspiros ahogados y esfuerzos antiartísticos de bascas angustiosas.

Era uno de los alumnos de la Escuela de Caminos; si no recuerdo mal, Vasconi, que tenía su camarote cerca del mío y que estaba horriblemente mareado.

—¿Está usted malo?—le pregunté.

—Sí, señor, muy malo: yo no llego á Marsella.

—¿Qué tiene usted? El mareo, ¿verdad?

—El mareo, pero espantoso: una noche de agonía. Y usted, D. José, ¿cómo está?

—Yo, muy bien—le contesté con tono de vencedor.

—¿No se ha mareado usted?

—Absolutamente nada.

Y yo sentía cierto orgullo.

Después de todo, era natural: por algo existen clases y categorías.

Natural es que el alumno se maree, y que no se maree el profesor.

Lo contrario sería alterar todas las reglas de la sociedad.

Así va hoy la sociedad: hoy por igual se marea todo el mundo; así estamos.

—No, yo no me mareo—insistí.—Ya sabía yo que no me mareaba.

Y me preparé para levantarme.

Pero ¡qué pronto caen las torres!

¡Cómo las vanidades se abaten!

¡Qué castigos prepara la Justicia Suprema en general, y el Golfo de León en particular, á los orgullosos!

JOSÉ ECHEGARAY

LA MUERTE DE LOS DIOSES

(LA NOVELA DE JULIANO EL APÓSTATA)

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ARZOBISPO MARCO ANTONIO

(CONTINUACIÓN)

VII

En Nicomedia, en Pérgamo, en Esmirna, Juliano, de diez y nueve años de edad y en busca de la sabiduría helénica, había oído hablar del célebre sofista y teurgo Yámblico de Caldea, discípulo de Porfirio el neoplatónico, el *divino* Yámblico, como se le llamaba. Juliano fué á verle á Efeso; Yámblico era un vejete flacucho y apergaminado. Gustaba de quejarse de sus males: la gota, el reumatismo, la cefalalgia; lanzaba invectivas á los médicos, pero cuidaba de seguir sus consejos; hablaba con delicia de infusiones y medicamentos. Llevaba siempre, hasta en verano, una túnica forrada; no lograba nunca calentarse y gustaba del sol como un lagarto.

Desde su adolescencia se había acostumbrado Yámblico á no tomar carne y hablaba de ella con repulsión, sin comprender cómo se podía comer carne animal. Su sirviente le preparaba un caldo especial hecho con cebada, vino caliente y miel, porque el anciano, completamente desdentado, no podía comer pan.

Estaba siempre rodeado de numerosos discípulos, admiradores devotos, originarios de Roma, Antioquía, Cartagena, Egipto, Mesopotamia y Persia.

Todos creían á Yámblico capaz de hacer milagros, y él los trataba como un padre á quien molestara ver á su alrededor tantos niños débiles. Cuando comenzaba á discutir y á disputar, el maestro hacía grandes gestos, seguidos de una mueca que expresaba el dolor físico. Hablaba dulcemente, y su voz era agradable; y cuanto más gritaban los otros, más bajo hablaba él. No soportaba el ruido, detestaba las voces chillonas y los escándalos ruidosos.

Juliano, desencantado, miraba, perplejo, á aquel anciano caprichoso, friolero y enfermizo, sin comprender qué era lo que podía atraer hacia él á todo el mundo. Recordaba lo que decían algunos discípulos asegurando que una noche, el *divino*, durante la oración, fué elevado á diez codos del suelo por una fuerza invisible, envuelto en una aureola de oro. Otro relato mencionaba el milagro por el cual el maestro, en la ciudad siria de Gadara, hizo que surgiesen de dos manantiales calientes á Eros y Arteros, los dos genios del Amor, alegre el uno, taciturno el otro. Ambos se acariciaron junto á Yámblico como unos niños, y desaparecieron á una orden de él.

Escuchando lo que decía el maestro, Juliano no llegaba á descubrir el poder en sus palabras.

La metafísica de la escuela de Porfirio le parecía muerta, seca y dolorosamente compleja.

Yámblico, como jugando, salía siempre victorioso de las discusiones dialécticas más difíciles. Su enseñanza sobre Dios, sobre el Mundo, sobre las Ideas, era de una erudición profunda, pero privada de chispa vital. Juliano había esperado otra cosa. Y, sin embargo, aguardaba y no se marchaba. Los ojos de Yámblico eran raros, verdes; se destacaban vivamente en su rostro bronceado. Juliano estaba persuadido de que aquellos ojos no humanos, y aún menos divinos, debían de concentrar en sí la sabiduría oculta, *la sabiduría de la serpiente*, de la que Yámblico no hablaba nunca á sus discípulos. Pero cuando el *divino*, con voz cascada, preguntaba por qué no estaba dispuesto su caldo de cebada y se quejaba de la gota, el encanto se desvanecía.

Una vez, paseaba Yámblico con Juliano á orillas del mar, por las afueras de la ciudad; el atardecer era dulce y melancólico. A lo lejos, tras el fuerte de Panormos, blanqueaban los terrados del célebre templo de Artemisa de Efeso, ornados de estatuas.

Los cañaverales de la arenosa ribera, en la que, según la tradición, Latona dió á luz á Artemisa y á Apolo, no se movían. La humareda de los numerosos altares del bosque sagrado de Ortegia se elevaba en rectas columnas hacia el cielo.

Al Sur azuleaban las montañas de Samos. La brisa era tranquila como la respiración de un niño; las transparentes ondas morían suavemente en la costa. El sol se había ocultado tras las nubes, dorando sus enormes masas. Yámblico se sentó en una roca; Juliano se dejó caer á sus pies. El maestro acariciaba los cabellos negros y abundantes del discípulo.

—¿Estás triste?

—Sí.

—Ya sé. Buscas y no encuentras. No tienes ánimo para decir *Él es* y no te atreves á decir *Él no es*.

—¿Cómo lo has adivinado, maestro?

—¡Pobre niño! he aquí cincuenta años que sufro del mismo mal... y sufriré hasta mi muerte. ¿Acaso *le* conozco yo más que tú? ¿Porventura he encontrado? Estas son las continuas torturas generativas. Ante ellas, las otras torturas no son nada. Las gentes piensan que sufren hambre, sed, pobreza; en realidad, sufren al pensar que tal vez *Él* no exista. Este es el único sufrimiento universal. ¿Quién se atreverá á decir *Él no existe* y qué fuerza sobrehumana se necesitará quizás para decir *Él es*?

—¿Y tú, ni siquiera tú te has acercado nunca á *Él*?

—Tres veces en mi vida he experimentado el éxtasis de sentirme enteramente unido á *Él*. Plotino, cuatro veces; Porfirio, cinco. He tenido tres momentos en mi existencia que valían la pena de vivir.

—He preguntado á tus discípulos acerca de este asunto: no saben nada.

—¿Acaso se atreverían á saber? Les basta con poseer la certeza de la sabiduría. El corazón, para casi todo el mundo, es mortal.

—Pues bien: que yo muera, maestro, pero dámelo.

—¿Te atreverías?

—Sí; habla, habla.

—¿Qué puedo decirte? Yo no sé... ¿Y acaso es preciso? Escucha la calma de la tarde: te lo dirá mejor que con palabras.

Seguía acariciando la cabeza de Juliano, que pensó: "¡He aquí, he aquí lo que yo esperaba!", Y abrazando las rodillas de Yámblico, balbuceó implorando:

—¡Maestro!... ¡ten piedad!... ¡muéstramelo todo, no me abandones!

Con los ojos verdes extrañamente inmóviles, fijos en las nubes, Yámblico murmuró, como hablándose á sí mismo:

—Sí... todos hemos olvidado la voz de Dios. Como los niños separados, desde la cuna, de su padre, le oímos y no le reconocemos. Es preciso para escuchar *su* voz, es preciso que todo eco terrestre se calle en nuestras almas. Mientras que el razonamiento brilla é ilumina nuestra alma, permanecemos en nosotros y no vemos á Dios. Pero cuando nuestra razón declina, el éxtasis desciende á nosotros como el rocío de la noche. Los malos no pueden conocer el éxtasis; solamente los justos se transforman en lira vibrante bajo la mano de Dios. ¿De dónde procede el rayo que ilumina el alma? Lo ignoro.

Llega inopinadamente, cuando no se le espera. No se puede buscarle. Dios no está lejos de nosotros. Hay que prepararse, hay que permanecer tranquilo y esperar, como los ojos esperan, según la expresión del poeta, que *el sol se alce del sombrío Océano*. Dios no viene, Dios no se va. Aparece. Es la negación del Universo, la negación de cuanto existe. ¡Él no es nada y Él es todo!

Yámblico se levantó y lentamente extendió sus brazos enflaquecidos.

—¡Dulcemente, dulcemente, os digo! ¡Escuchadle todos! Hele aquí. ¡Que la tierra y el mar se callen, como el cielo mismo! ¡Escuchad!... Quien llena el Universo es Él; los átomos están penetrados por su aliento; Él es el que ilumina la materia, el caos—*objeto de terror para los dioses*,—como el sol poniente ilumina esa sombría nube.

Juliano escuchaba, y le parecía que la voz del maestro, tenue y serena, llenaba el mundo, llegaba hasta el cielo, hasta los últimos confines de la mar. Pero la tristeza de Juliano era tan grande, que se escapó de su pecho en un suspiro involuntario.

—Padre mío, perdóname; pero si es así, ¿por qué vivir? ¿Por qué este eterno cambio de la vida y de la muerte? ¿Por qué el sufrimiento? ¿Por qué el mal? ¿Por qué el cuerpo? ¿Por qué la duda? ¿Por qué la tristeza de lo imposible?

Yámblico le contempló con dulzura, y pasando de nuevo la mano por los cabellos de Juliano, respondió:

—He ahí dónde reside el misterio, hijo mío. No hay mal, no hay cuerpo, no hay Universo, si Él existe. Ó Él, ó el Universo. El cuerpo, el mal, el Universo, son una ilusión, un engaño de la vida. Todos hemos reposado en otro tiempo en el seno de Dios, en la luz invisible. Pero una vez miramos desde lo alto la materia sombría y muerta, y cada cual vió en ella su propia imagen como en un espejo. Y el alma se dijo: “¡Yo puedo, yo quiero ser libre! ¡Soy semejante á Él! ¿Por qué no me atrevería á dejarle y encerrar todo en mí mismo?,” El alma, como Narciso en el arroyo, se deleitaba con su propia imagen reflejada en su cuerpo. Y entonces ella cayó, quiso caer hasta el fin, separarse de Dios para siempre, y no pudo. Los pies del mortal tocan la tierra, su frente sobrepasa los cielos.

Por la escala eterna de los nacimientos y de la muerte, las almas y los seres suben y bajan, unas veces á Él, otras de Él; tratan de dejar al Padre, y no lo consiguen. Cada alma quiere ser Dios, en vano; llora el seno del Padre, no tiene reposo en la tierra y no aspira sino á volver al Único. Debemos retornar á Él, y entonces todos

seremos Dios y Dios estará en todos. ¿Crees tú ser el único en suspirar por Él? Todo suspira por Él... ¡Escucha!

El sol se había puesto. Los bordes dorados, enrojecidos, de las nubes palidecían. El mar se ensombrecía suavemente; el cielo se hacía más profundo. Por el camino pasaron, en un carro, un hombre y una mujer, dos enamorados tal vez. La mujer cantaba una melancólica canción de amor. Después, todo volvió al silencio y se hizo más triste todavía. La noche de Oriente descendía acelerada sobre la tierra. Juliano murmuró:

—¡Cuántas veces me he preguntado por qué era tan triste la Naturaleza, y por qué es más triste cuanto más soberbia!...

Yámblico respondió sonriendo:

—Sí... sí... Mira, ella quisiera decir por qué, y no puede. Es muda. Duerme y trata de acordarse de Dios en sus sueños, y la materia la abrumba. Ella no le ve sino vagamente. Todo en el Universo, las estrellas y la mar y la tierra y los animales y las plantas y las gentes, son sueños de la Naturaleza que sueña con Dios. Lo que de esa suerte contempla nace y muere. Crea por contemplación como en el sueño, fácilmente, sin esfuerzos, sin obstáculos. He aquí por qué sus obras son tan bellas y tan libres, sin objeto y tan divinas. El juego de los sueños de la Naturaleza es semejante al sueño de las nubes, sin principio y sin fin. No existe nada en el mundo fuera de la contemplación. Cuanto más profunda es, es tanto más silenciosa. La voluntad, la acción, la lucha, no son sino contemplaciones debilitadas y falseadas de Dios. La Naturaleza, en su grandiosa indolencia, crea formas como el geómetra, para el cual no existe nada más que lo que ve. Hace que broten de su seno maternal las formas, una tras otra. Pero su contemplación muda no es sino la imagen de la exactitud. La Naturaleza, Cibele dormida, no abre jamás sus párpados y no encuentra jamás las palabras, que solamente el hombre ha encontrado. El alma humana es la Naturaleza que ha abierto sus ojos, despierta al fin y presta á ver á Dios, no ya en una somnolencia, sino realmente cara á cara.

Las primeras estrellas brillaron en el firmamento; tan pronto se extinguían como fulguraban sus destellos, como diamantes prendidos en el azul obscuro. Encendiéronse nuevas, fueron haciéndose cada vez más numerosas, incalculables. Yámblico las designó á Juliano.

—¿Con qué compararé el Universo, todos esos soles, todas esas estrellas? Lo compararé con una red arrojada por los pescadores en el mar. Dios llenará el Universo como el agua llenará la red que se mueve, pero que no puede retener el agua; y el Universo quiere,

pero no puede retener á Dios. La red se mueve, pero Dios está inmóvil. Si el Universo no se moviera, Dios no crearía nada, no saldría de su calma; porque, ¿adónde se precipitaría y por qué? Allá abajo, en el reino de las eternas madres, en el seno del alma de la Paz, se ocultan las simientes, Ideas-Formas, de todo lo que es, ha sido y será; el germen del grillo y del átomo, y al lado de ellos el del dios olímpico.

Entonces Juliano exclamó—y su voz resonó en el silencio de la Naturaleza como un grito de dolor mortal:

—¿Quién es Él, pues? ¿Por qué no nos responde Él cuando le llamamos? ¿Cuál es su nombre? Quiero conocerle, oírle y verle. ¿Por qué huye de mi pensamiento? ¿En dónde está?

—¡Pobre niño! ¿Qué significa el pensamiento ante Él? No tiene nombre. Es tal, que nosotros sabemos decir que debe ser, pero nos es imposible decir que es. Pero ¿puedes tú sufrir, amar, maldecir sin cantar sus alabanzas? El que ha creado todo es Él mismo, sin nada semejante á sus creaciones. Cuando tú dices "*Él no es*," le alabas tanto como si dijeras "*Él es*,". No se puede afirmar nada concierne á Él, porque está por encima de la existencia, de la realidad, de la vida. He aquí por qué te he dicho que Él es la negación del Universo y de tu pensamiento. Renuncia á todo lo que existe, y allá abajo, en el abismo de los abismos, en lo más profundo de la obscuridad semejante á la luz, le encontrarás. Dale los amigos, la familia, la patria, el cielo y la tierra y tú mismo y tu razón. Entonces ya no verás la luz, la serás tú mismo. No dirás Él y yo, porque sentirás que El y tú sois "*uno*," y tu alma se reirá de tu cuerpo como de un espejismo. Reinará el silencio y no encontrarás ya palabras. Y si en tal instante se derrumba el mundo, serás feliz, porque poco te importará el mundo, puesto que estarás con Él. Tu alma no deseará, porque Él no tiene deseos; no vivirá, porque Él está por encima de la vida; no pensará, porque Él está por encima del pensamiento. El pensamiento es la pesquisa de la luz y Él no, porque es la luz misma. Él penetra toda el alma y la encierra en sí. Y entonces, imparcial y solitaria, ella reposa más alta que la razón, más alta que el bien, más alta que el reino de las ideas, más alta que la belleza, en el infinito, en el seno del Dios, Padre de las Luces. El alma se convierte en Dios ó, por mejor decir, se acuerda que en la noche de los siglos ha sido, es y será Dios... Tal es, hijo mío, la vida de los olímpicos; tal es la vida de los hombres sabios y heroicos: la renuncia del Universo, el desprecio de las pasiones terrestres, la huída del alma hacia Dios, al que ve cara á cara.

Yámblico se calló; Juliano cayó á sus pies sin atreverse á tocarlos, y besó el suelo que pisaban. Después alzó la cabeza y contempló aquellos ojos verdes, extraños, en los que brillaba "*la sabiduría de la serpiente*". Parecían más tranquilos y más profundos que el cielo, como si un poder milagroso emanase de ellos.

Juliano murmuró:

—Maestro, tú puedes todo. ¡Creo! Manda á las montañas, se acercarán. ¡Sé como Él! ¡Haz un milagro, crea lo imposible, atiéndeme! ¡Creo!

—¿Qué pides, pobre hijo mío? ¿No es más bello el milagro que pueda realizarse en tu alma que los que "*yo*", pueda hacer? Hijo mío, el milagro más asombroso y conveniente es el poder en cuyo nombre te atreves á decir: "Él es; y si Él no es, no importa—*El será*"; y tú dices: "¡Que sea, lo quiero así!"

VIII

Cuando Yámblico y Juliano, de regreso de su paseo, atravesaban el Panormos, la populosa rada de Efeso, observaron una efervescencia extraordinaria.

Muchas personas corrían, blandiendo antorchas y gritando:

—¡Los cristianos destruyen los templos!... ¡Ay de nosotros!

Otros vociferaban:

—¡Mueran los dioses olímpicos!... ¡Astartea es vencida por Cristo!

Yámblico creyó que podría pasar por calles apartadas; pero la muchedumbre impetuosa les arrastró hacia el templo de Artemisa de Efeso.

El soberbio templo, construído por Dinocrates, se destacaba, austero, sombrío, en el cielo estrellado.

El reflejo de las antorchas temblaba sobre las gigantescas columnas ornadas de elegantes grupos de cariátides á modo de pedestal. Hasta entonces, no solamente los romanos, sino todos los pueblos de la tierra, adoraban á la diosa. Uno entre la multitud exclamó con vez temblona:

—¡Gloria á la divina Artemisa de Efeso!

Cientos de voces respondieron:

—¡Mueran los dioses olímpicos y tu Artemisa!

Por encima del monumento del Arsenal se elevaba un resplandor sangriento. Juliano miró á su divino maestro y no le reconoció. Yámblico se había transformado de nuevo en un viejo tímido y en-

firmizo. Se quejaba de cefalalgia, temía un ataque de reumatismo y que la sirviente se hubiese olvidado de preparar la colación. Juliano le dió su manto. Pero seguía teniendo frío, y se tapaba los oídos con un gesto de dolor para no oír los gritos y las risas.

Yámblico temía á la multitud: decía que no había nada más bestial ni más repugnante que el genio del pueblo. Señalaba á su discípulo los rostros de las gentes que pasaban.

—Mira qué monstruosidad, qué trivialidad y qué seguridad en el derecho!... ¿No es vergonzoso ser hombre, tener el mismo cuerpo que el de ese fango?

Una vieja cristiana decía:

—Y mi nieto, enfermo, me dijo: “Abuela, hazme sopa de carne.” Bien, le dije: “Querido mío, iré al mercado en seguida.” Y pensaba para mí: “La carne ahora está menos cara que el pan.” He comprado cinco óbolos de carne, la hago cocer. Y he aquí la vecina que me grita:

—¿Qué cueces ahí? ¿no sabes que la carne ha sido mancillada esta mañana en el mercado?

—¿Cómo?

—Los sacrificadores de la diosa han rociado todo el mercado con el agua de los sacrificios. Ningún cristiano de la ciudad come la carne impura. Matan á los sacrificadores y destruirán el diabólico templo de la diosa.

—He echado la sopa al perro. ¡Cinco óbolos! ¿no es una desgracia? No se ganan en un día... Pero no he mancillado á mi nietecito.

Otros contaban que el año anterior un cristiano había comido carne impura, que le había podrido los intestinos, y que su infección fué tal que los mismos parientes hubieron de abandonarle.

En la plaza se alzaba un lindo templete de Diana Selene Febea Astartea, la triple diosa Hécate, madre de los dioses. Como moscardones encarnizados sobre una rebanada de miel, unos frailes rodeaban por todas partes el templo, se deslizaban á lo largo de las elegantes cornisas blancas, trepaban por escalas, rompían las estatuas y los bajorrelieves, entonando cánticos. Las columnas temblaban sobre su base, los pedazos de mármol saltaban. Se hubiera dicho que el edificio sufría como un cuerpo vivo. En fin, se intentó incendiar el templo; pero, construído por completo de mármol, los esfuerzos para conseguirlo resultaron vanos.

De repente, repercutió en el interior un ruido extraño, ensordecedor y melodioso, mientras que el pueblo lanzaba al espacio triunfantes vociferaciones:

—¡Cuerdas, cuerdas!... ¡Tapad sus impúdicas piernas!

En medio de oraciones cantadas y de risas, la multitud, con más cuerdas, arrastró afuera del templo, resonando sobre las gradas, el soberbio cuerpo de plata de la diosa, obra de Scopas.

—¡Al fuego, al fuego!

Y la arrastraron por la plaza fangosa. Un fraile jurista declamaba un pasaje del célebre edicto de Constantino, hermano de Constantino:

—*Cesset superstitio, sacrificiorum aboleatur insania!* (¡Que la superstición cese y que los sacrificios sean abolidos!)

—¡No temed nada: romped y saqueadlo todo en el demoníaco templo!

Otro, á la luz de las antorchas, leyó en un rollo de pergamino estas líneas del libro *De errore profanarum religionum*, de Fírmino Materno:

“¡Santos emperadores! Venid en ayuda de los desgraciados paganos. Vale más salvarles á la fuerza que dejarles perecer. Arrancad los ornamentos de los templos, y que sus tesoros enriquezcan vuestro fisco. Que el que sacrifique á los ídolos sea arrancado de la tierra con sus raíces, *sacrificans diis eradicabitur!* ¡Le entregarás á la muerte, le apedrearás, aunque sea tu hijo, tu hermano, tu mujer que duerme sobre tu corazón!”

Y por encima de la muchedumbre pasaba el grito triunfante:

—¡Mueran los dioses olímpicos!

Un enorme fraile arriano, con los cabellos negros pegados al sudoroso rostro, levantó sobre la diosa un hacha, buscando el lugar en donde herir.

Uno aconsejó:

—¡En el vientre, en su abominable vientre!

El cuerpo de plata se retorció, mutilado; los golpes sonaban implacablemente, dejando profundas mellas.

Un anciano pagano se tapaba el rostro para no ver el sacrilegio, y lloraba pensando que había llegado el fin de todo, el fin del mundo; que la tierra no querría ya dar ni una espiga para los hombres.

Un ermitaño venido de los desiertos de Mesopotamia, vestido con una piel de cordero, calzado con groseras sandalias, provisto del báculo, con una calabaza estriada pendiente del hombro, se acercó á la estatua.

—Cuarenta años hace que no me lavo para no ver mi desnudez y no ser tentado. Y en cuanto uno llega á las ciudades, no se ve otra cosa que estos malditos dioses, sin la menor vestidura. ¿Habrá que

soportar por mucho tiempo todavía las demoníacas tentaciones, y sufrir en todas partes á estos abominables ídolos: en las casas, en las calles, en los tejados, en los baños, allí donde se mire?... ¡Jamás tendré bastante saliva para escupir mi asco! (Y escupió tres veces.)

Lleno de odio hacia aquel cuerpo de mujer, el viejo le pisó con su sandalia, con un encarnizamiento en el que se manifestaba todo el horror del pecado. Pisoteaba el seno desnudo, que le parecía vivo; se obstinaba en triturarle con los clavos agudos de sus sandalias. Balbuceaba, ahogándose de rabia:

—¡Toma, toma!... ¡Por tu impúdica desnudez!... ¡Toma, libertina!...

Bajo sus pies, los labios de la diosa conservaban como antes su tranquila sonrisa.

La muchedumbre comenzó á levantar del suelo á la estatua para arrojarla á la hoguera. Un obrero borracho, con el aliento apestando á ajo, escupió en el rostro de la diosa.

La hoguera, formada por todas las barracas mancilladas del mercado, era enorme; pero, no obstante la espesa humareda que desprendía, las estrellas brillaban en lo alto por encima de la muchedumbre. Precipitaron la estatua á las llamas para fundir su cuerpo de plata, el cual, al caer en los maderos encendidos, dejó oír un sonido tierno y melodioso.

—Un lingote de cinco talentos. Treinta mil piezas de plata. Enviaremos la mitad al emperador para los soldados; la otra mitad será para los hambrientos. Cibele aportará así, por lo menos, un alivio á los hombres. Treinta mil monedas para los soldados y los indigentes.

—¡Leña!... ¡Más leña!

La llama se alzó más viva, y todos se alegraron.

—Veremos si sale el diablo volando. ¡Puesto que cada ídolo contiene un diablo, y las diosas dos y tres!

—Cuando comience á fundirse, el demonio tendrá demasiado calor y se escapará por la inmunda boca bajo la forma de una serpiente roja.

—No, habría que haber hecho antes la señal de la cruz; sin esto, es capaz de deslizarse bajo tierra. El año último se destruyó el templo de Afrodita. Uno la roció con agua bendita. Y ¿queréis creerme? Por debajo de la estatua salieron huyendo unos diablillos. Yo mismo los vi: verdes y negros, muy peludos. Y cuando se rompió la cabeza de Afrodita, salió el grande del cuello, con unos cuernos inmensos y un rabo pelado como el de un perro sarnoso.

Pero un escéptico interrumpió:

—No lo discuto: tal vez hayáis visto los demonios. Pero cuando rompieron últimamente en Gaza el ídolo de Zeus, en vez de demonios no se encontró más que una tal suciedad que da asco hablar. Exteriormente, parecía terrible, noble, todo de marfil y oro, y en sus manos tenía el rayo. En el interior no había más que telas de araña, ratas, polvo, viguetas carcomidas, clavos, alquitrán que apestaba, y el diablo sabe qué horrores. ¡He ahí los dioses!

En aquel momento, Yámblico, abatido, con la mirada apagada, cogió á Juliano de la mano y le llevó aparte.

—Mira: ¿ves esos dos hombres? Son espías de Constancio. A tu hermano Galo le han llevado escoltado á Constantinopla. ¡Ten cuidado! Hoy mismo redactarán un informe sobre ti.

—¿Qué hacer, maestro? Estoy habituado á ello. Sé desde hace mucho tiempo que me vigilan.

—¿Desde hace mucho tiempo? ¿Por qué no me lo has dicho?

La mano de Yámblico tembló en la de Juliano.

—¿Qué cuchichean? Fijaos; deben de ser impíos... ¡Eh, viejo!, muévete; ¡trae leña!—gritó un desarrapado sintiéndose ya triunfador.

Yámblico murmuró al oído de Juliano:

—Despreciemos y resignémonos. La bestialidad humana no puede ofender á los dioses.

Y el "divino," Yámblico tomó de manos de un cristiano un enorme madero, que arrojó al fuego. Juliano, al pronto, no dió crédito á sus ojos; pero los espías, sonriendo, le miraban con curiosa fijeza.

Entonces, la debilidad, el hábito de la hipocresía para con los otros y para consigo mismo, se apoderaron del alma de Juliano. Sintiendo siempre sobre él las miradas de los espías, se acercó á un montón de leños, eligió el mayor y, después de Yámblico, lo arrojó á la hoguera, en la que se fundía ya el mutilado cuerpo de la diosa.

Veía cómo la plata fundida corría sobre el rostro de la diosa, semejante al sudor que precede á la muerte, mientras que los labios conservaban siempre su invencible y tranquila sonrisa.

IX

—Mira todas esas gentes vestidas de negro, Juliano. Son las sombras de la noche, las sombras de la muerte. Pronto no habrá ya ni una sola vestidura antigua, blanca, ni un solo pedazo de mármol bañado por el sol... ¡Ha concluído!

Así hablaba el joven sofista Antonino, hijo de la profetisa Sospatra y del neoplatónico Edesis. Estaba con Juliano en el terrado de Pérgamo, inundado de sol, en el azulado cielo. Al pie de la balaustrada estaba esculpida la rebelión de los titanes. Los dioses triunfaban; los cascos de los caballos alados trituraban los cuerpos de serpientes de los antiguos gigantes. Antonino designó el altorrelieve á Juliano.

—Los olímpicos vencieron á los titanes; ahora, los olímpicos, á su vez, serán vencidos por los dioses bárbaros. Los templos serán tumbas...

Antonino era un hermoso adolescente que recordaba, por las líneas del rostro y del cuerpo, las estatuas antiguas; pero sufría desde hacía muchos años de un mal incurable, que hacía que su rostro, del más puro tipo helénico, estuviese amarillo, macilento, lleno de tristeza—enfermedad desconocida por sus antepasados.

—Ruego á los dioses—siguió diciendo Antonino,—ruego á los dioses que no me dejen ver esa noche, que muera antes. Retóricos, sofistas, sabios, poetas, artistas—todos estamos de más. Hemos llegado demasiado tarde..., y todo ha concluído para nosotros.

—¿Y si te engañases?—murmuró Juliano.

—No; todo ha concluído... Estamos enfermos...; la fuerza nos falta...

El rostro de Juliano parecía tan pálido como el de Antonino. El labio inferior, prominente, le daba una expresión de arrogancia taciturna. Las espesas cejas se fruncían obstinadas y malévolas. Á los lados de su nariz, demasiado larga, se formaban ya precoces arrugas. Los ojos, siempre extraños, ardían con un fuego seco, febril, desagradable. Llevaba el hábito monacal. Por el día, como antes, iba á la iglesia, adoraba las reliquias, leía públicamente los Evangelios, se preparaba á tomar las órdenes. A veces, su hipocresía se le antojaba inútil. Sabía que Galo no escaparía á la muerte, y que él mismo debía esperarla en todo momento.

En cuanto á las noches, Juliano las pasaba en la biblioteca de Pérgamo, en donde estudiaba las obras del mayor enemigo del Cristianismo: Libanio. Seguía las lecciones de los sofistas griegos Edecio de Pérgamo, Crisantio de Cerdeña, Priscio de Tesefro, Eutemio de Minos, Preres y Ninfidiano. Le hablaban de lo que ya había oído al lado de Yámblico, de la *triada* de los neoplatónicos y del éxtasis sagrado. Y se decía:

—Todo esto no es lo que yo busco; me ocultan algo.

Priscio, imitando á Pitágoras, había pasado cinco años en el si-

lencio, siguiendo el régimen vegetariano, no usando ni vestiduras de lana ni sandalias de cuero. Llevaba una clámide de puro lino blanco y sandalias de palma.

—En nuestro siglo—decía,—lo importante es saber callarse y pensar en perecer dignamente.

Y Priscio, despreciándolo todo, esperaba lo que llamaba la catástrofe, es decir, la victoria completa de los cristianos sobre los helenistas.

El malicioso y prudente Crisantio, cuando le hablaban de los dioses, alzaba los ojos al cielo, asegurando que no se atrevía á hablar de ellos por no saber nada y haber olvidado lo que aprendiera.

Aconsejaba á los otros que hicieran lo mismo. En cuanto á la magia, á los milagros, á las apariciones, no quería oír hablar, afirmando que no eran sino criminales engaños prohibidos por las leyes imperiales.

Juliano comía mal, dormía poco; su sangre bullía de impaciencia apasionada. Todas las mañanas, al despertarse, pensaba:

—¿Será hoy?

Molestaba á los pobres filósofos teurgos con sus preguntas, referentes á los misterios y los milagros. Algunos se burlaban de él, sobre todo Crisantio, que tenía la costumbre de asentir á todas las opiniones que más ineptas le parecían.

Una vez, Edecio, prudente y tímido anciano, compadecido de Juliano, le dijo:

—Hijo mío, quiero morir tranquilo. Todavía eres joven. Dirígete á mis discípulos; ellos te lo revelarán todo. Sí, hay muchas cosas de las que tememos hablar. Cuando estés iniciado en los misterios te avergonzarás tal vez de haber nacido hombre simplemente, y de haber permanecido tal hasta ahora.

Eutemio de Minos, discípulo de Edecio, mezquino y envidioso, declaró á Juliano:

—Ya no hay milagros; no los esperes. Los hombres han molestado harto á los dioses. La magia es una mentira, y los que en ella creen son unos imbéciles. Pero si la sabiduría te importuna y quieres á toda costa ilusionarla, vete al lado de Máximo. Desprecia nuestra dialéctica, y sin embargo él... Pero no quiero hablar mal de mis amigos. Oye más bien lo que ocurrió últimamente en un templo subterráneo de Hécate, adonde nos llevó Máximo para probar su arte. Cuando hubimos entrado y adorado á la diosa, nos dijo: "Sentaos; veréis un milagro.". Nos sentamos. Echó en el altar un grano de mirra, murmurando algo, un himno, sin duda. Y vimos que la

estatua de la diosa nos sonreía. Máximo nos dijo: "No temáis nada cuando veáis que las dos antorchas que tiene la diosa se encienden solas. ¡Mirad!," Antes de que hubiese acabado su frase, las teas se inflamaron.

—¡Se había realizado el milagro!—exclamó Juliano.

—Sí. Nuestra turbación fué tal que nos prosternamos. Pero, cuando salimos del templo, me preguntaba: ¿Es digno de la filosofía lo que hace Máximo? Lee á Pitágoras, á Platón; en ellos encontrarás la sabiduría. ¿No es más bello que todos los milagros elevar el corazón por la dialéctica?

Juliano no le escuchaba; sus ojos relampaguearon al mirar el rostro lívido de Eutemio, y dijo al salir de la escuela:

—¡Quedaos con vuestros libros y vuestra dialéctica! Yo quiero la vida y la fe. ¿Puede existir sin milagros?... Gracias, Eutemio. Me has indicado el hombre que busco hace mucho tiempo.

Con una sonrisa irónica, replicó el sofista:

—No has progresado sobre tus antepasados, sobrino de Constantino. ¡Sócrates no tuvo necesidad de milagros para creer!

X

A la media noche, Juliano se despojó, en el vestíbulo que precedía á la gran sala de los misterios, de sus hábitos de *novicio*, y los mistagogos sacrificadores, que iniciaban en los sacramentos, le revistieron con la túnica de los hierofantes, tejida con los filamentos de papiro. En las manos le pusieron una palma. Con los pies descalzos, Juliano penetró en una larga sala baja.

Dos filas de columnas de oricalco sostenían las bóvedas. Cada columna, que representaba dos serpientes enlazadas, servía de apoyo á unas cazoletas sobre altos y delgados pies, de las que salían las llamas en largas lengüetas rojas. Una espesa humareda llenaba la sala.

En el fondo brillaban dos toros alados, de oro, sosteniendo un soberbio trono, sobre el cual, semejante á un dios, estaba sentado, vestido con una túnica negra con profusión de bordados de oro, esmeraldas y carbunclos, el sumo hierofante, Máximo de Efeso.

La voz monótona del hieródulo anunció el comienzo de los misterios.

—¡Si hay en la asamblea un impío, un cristiano ó un epicúreo, que salga!

Advertido de antemano para las respuestas que debía dar, dijo Juliano:

—¡Que salgan los cristianos!

El coro de hieródulos, oculto en la obscuridad, entonó tristemente:

—¡Las puertas, las puertas! ¡Que los cristianos salgan! ¡Que los impíos salgan!

Entonces se destacaron de la penumbra veinticuatro adolescentes, enteramente desnudos y con sendos sistros de plata en forma de media luna. Con un conjunto perfecto, los adolescentes elevaron sobre sus cabezas los vibrantes instrumentos, y con elegante ademán hicieron resonar las cuerdas lánguidas y quejumbrosas.

Máximo hizo una señal.

Uno se acercó á Juliano por la espalda, le vendó fuertemente los ojos, y le dijo:

—Anda. No temas ni al agua, ni al fuego, ni á los espíritus, ni á los cuerpos, ni á la vida, ni á la muerte.

Le llevaron.

Una puerta de hierro se abrió rechinando. Le empujaron. Juliano sintió en su rostro un ambiente ahogado, y notó que sus pies se apoyaban en unos escalones tortuosos y resbaladizos.

Comenzó á descender una escalera interminable, en medio de un silencio sepulcral, y le parecía que se encontraba profundamente bajo tierra. Luego cruzó un corredor estrecho, cuyas paredes tocaba con sus manos, caídas á lo largo del cuerpo. De repente, bajo sus pies desnudos sintió la humedad; oyó ruido de manantiales; el agua le llegó á los tobillos. Continuó andando. A cada paso el nivel del agua subía, llegando á las pantorrillas, después á las rodillas, luego á la cintura. Los dientes de Juliano castañeteaban de frío. El agua le subió hasta el pecho, y pensó:

—¿Será tal vez un lazo? ¿Querrá matarme Máximo para agradar al emperador?

Pero no se intimidó, y siguió su camino.

Disminuyó el agua, y le envolvió un calor como de un horno. El suelo le quemaba los pies. La sangre le azotaba las sienes. A veces, el calor tomaba la intensidad de una llama que se acercase al rostro.

Juliano no flaqueó.

A su vez disminuyó el calor, pero unos olores nauseabundos cortaban la respiración. En varias ocasiones Juliano tropezó con objetos redondos, en los que reconoció huesos y cráneos de muertos.

Le pareció que alguien marchaba á su lado, deslizándose sin rui-

do, como una sombra. Una mano helada cogió la suya. Dió un grito. Después dos manos se acercaron á su cuerpo. Observó que al través de la piel apergaminada salían descarnados huesos. Aquellas manos, al recorrer su cuerpo, hacían los movimientos ligeros y las caricias repugnantes de las mujeres perdidas. Juliano sintió en su mejilla un hálito impregnado de fetidez y humedad. Y, de repente, percibió en su oído un murmullo rápido, semejante al rumor nocturno de las hojas en otoño.

—¡Soy yo!... ¡soy yo, yo! ¿No me reconoces? ¡soy yo, yo!

—¿Quién, tú?—balbuceó Juliano.

Y al punto recordó su promesa de mutismo.

—Yo, yo... ¿Quieres que te quite esa venda de los ojos y me reconocerás, me verás?

Los dedos huesudos, con el mismo repugnante apresuramiento, se agitaron sobre su rostro, tratando de quitarle la venda.

El frío de la muerte penetró en Juliano hasta el corazón, é involuntariamente, por hábito, se santiguó tres veces, como cuando tenía un mal sueño siendo niño. Repercutió un trueno, la tierra osciló bajo sus pies; Juliano sintió que caía en lo desconocido, y perdió el conocimiento.

Cuando recobró el sentido, la venda no ocultaba ya sus ojos, y estaba tumbado en unos cojines en una enorme gruta semiobscura. Le hacían respirar una tela empapada en perfumes penetrantes. Frente á Juliano se encontraba un hombre flaco, desnudo, con la piel bronceada: el gimnosofista, ayudante de Máximo.

Tenía inmóvil sobre la cabeza de Juliano un disco metálico. Alguien dijo:

—¡Mira!

Juliano fijó los ojos en el círculo, de un brillo casi doloroso. Le miró largo rato; los contornos de los objetos se esfumaban; una agradable debilidad se apoderó de su sér. Le pareció que el círculo luminoso no brillaba ya en el vacío, sino en él; sus párpados se bajaron; una sonrisa fatigada y sumisa erró por sus labios.

Varias veces una mano rozó su frente, y una voz preguntó:

—¿Duermes?

—Sí...

—Mírame á los ojos.

Juliano, haciendo un esfuerzo, obedeció, y vió á Máximo inclinado sobre él.

Era un anciano de unos setenta años, cuya barba, blanca como la nieve, descendía hasta la cintura. Sus cabellos, diseminados so-

bre los hombros, tenían reflejos dorados; sus mejillas y su frente tenían surcos bellos y profundos, llenos de pensamientos y de voluntad, y no de sufrimiento. La sonrisa era parecida á la de las mujeres muy espirituales, mentirosas y cautivadoras. Pero lo que más agradó á Juliano fueron los ojos de Máximo: bajo cejas espesas, brillaban vivos, escrutadores, penetrantes, alternativamente burlescos y tiernos.

Máximo preguntó:

—¿Quieres ver el maravilloso Titán?

—¡Sí!

—¡Mira, pues!

El mago le señaló el fondo de la gruta, en donde se alzaba un trípode de oricalco, que arrojaba enormes copos de humo. Un ruido de huracán llenó la gruta.

—¡Hércules!... ¡Hércules, libértame!

El cielo azul apareció al través de la humareda disipada. Juliano, extendido, inmóvil, pálido, con los párpados á medio cerrar, miraba las visiones que se desarrollaban ante él, y se le antojaba que no las veía él mismo, sino que alguien le ordenaba verlas.

Veía nubes y montañas cubiertas de nieve; oía á lo lejos el rumor de las olas.

Percibía un cuerpo enorme. Estaba encadenado de pies y manos á unas rocas. Un milano devoraba el hígado del Titán. Gotas de sangre negra corrían á lo largo de sus flancos. Las cadenas tintinaban, todo el cuerpo palpitaba en dolor.

—¡Libértame, Hércules!

Y el Titán alzó su cabeza hirsuta; sus ojos se encontraron con los del hipnotizado.

—¿Quién eres? ¿á quién llamas? — preguntó Juliano, hablando en sueño.

—¡A ti!

—Yo no soy más que un débil mortal.

—Tú eres mi hermano; ¡libértame!

—¿Quién te ha encadenado de nuevo?

—Los humildes, los tiernos que perdonan á sus enemigos por cobardía. ¡Unos esclavos, unos esclavos!...

—¡Libértame!

—¿Cómo podré?

—Sé como yo.

La humareda del trípode ocultó la aparición. Juliano se despertó momentáneamente, y el hierofante le preguntó:

—¿Quieres ver al Réprobo?

—Quiero.

—Mira.

En la humareda blanca se delineó débilmente una cabeza entre dos alas gigantescas. Las plumas pendían como ramas de sauce llorón; una neblina azulada temblaba tristemente sobre ellas.

Alguien llamó á Juliano desde lejos:

—¡Juliano!... ¡Juliano!... ¡Reniega en mi nombre del Galileo!

Juliano se callaba. Máximo murmuró á su oído:

—Si quieres ver al Gran Angel, reniega.

Y Juliano dijo:

—Reniego.

Sobre la cabeza de la aparición brilló la estrella matutina, la estrella de la aurora, y el Angel repitió:

—¡Juliano! ¡reniega en mi nombre del Galileo!

—Reniego.

Por tercera vez repitió el Angel con voz próxima y triunfante:

—¡Reniega!

Y Juliano respondió:

—Reniego.

El Angel dijo:

—¡Ven á mí!

—¿Quién eres tú?

—Yo soy la Luz, soy el Oriente, soy la estrella de la mañana.

—¡Qué hermoso eres!

—Sé semejante á mí.

—¡Qué tristeza hay en tus ojos!

—Sufro por todos los vivos. No hace falta nacer, no hace falta morir... Venid á mí. Soy la sombra, soy el reposo, soy la libertad.

—¿Cómo te llaman los humanos?

—El mal.

—¡A ti!

—Me rebelé.

—¿Contra quién?

—Contra Aquel de quien soy igual. Quería ser solo; somos dos.

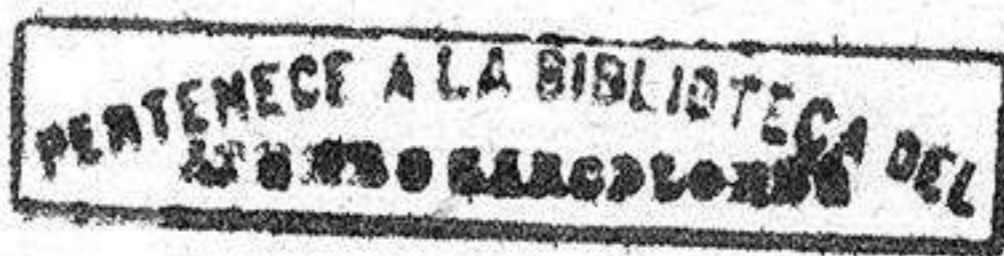
—Hazme semejante á tu imagen.

—Rebélate. Te daré la fuerza.

—Enséñame.

—Viola la ley, ámame; maldice á Él y sé como yo.

El Ángel desapareció. El viento arremolinado avivó la llama del trípode, que se inclinó y corrió por el suelo; después el trípode se



cayó y se apagó la llama. En la obscuridad se oía el ruido de pasos numerosos, de gritos y de gemidos, como si un ejército invisible, huyendo del enemigo, atravesara los aires. Juliano, aterrorizado, dió con el rostro en tierra. La larga túnica negra del hierofante, que flotaba sobre él, luchaba contra el viento.

—¡Huíd, huíd!—gemían indistintas voces.—¡Las puertas del infierno se abren!... ¡Es Él, Él, el Vencedor!

El viento silbaba en los oídos de Juliano; legiones y más legiones pasaban arrastradas por encima de él.

Súbitamente se restableció la calma; un hálito celeste llenó la gruta, y una voz murmuró:

—¿Por qué me persigues? ¡Saulo, Saulo!

Le parecía á Juliano haber escuchado ya aquella voz en su infancia. Volvió á decir dulcemente:

—¿Por qué me persigues? ¡Saulo, Saulo!

Cuando Juliano al despertarse alzó la frente del suelo, vió á un hierofante encendiendo una lámpara. La cabeza le daba vueltas, pero se acordaba exactamente de todo lo que había pasado. Le vendaron de nuevo los ojos y le hicieron beber vino con especias, que le devolvió las fuerzas. Subió la escalera, y esta vez su mano se apoyaba en la mano firme de Máximo. Le parecía que una fuerza invisible le levantaba sobre alas.

El hierofante le dijo:

—Interroga.

—¿Le has llamado tú?—preguntó Juliano.

—No. Pero cuando una cuerda de la lira vibra, otra le responde. Y viceversa.

—¿Por qué hay un tal poder en sus palabras, si no son más que mentiras?

—Son la verdad.

—¿Qué dices? ¿Entonces el Titán y el Angel mienten?

—También ellos son la verdad.

—¿Dos verdades?

—Dos, en efecto.

—Me tientas...

—Yo no, sino la verdad completa. Si tienes miedo, cállate.

—No temo nada. Dilo todo. ¿Tienen razón los galileos?

—Sí.

—¿Por qué entonces he renegado de ellos?

—Hay también otra verdad.

—¿Más alta?

—No; igual.

—¿Pero á quién se debe creer? ¿Dónde está el Dios que yo busco?

—Aquí y allí. Sirve á Arimán, sirve á Ormuz, al que te plazca; pero no olvides que ambos son iguales: el reino de Lucifer y el reino de Dios.

—¿Adónde ir?

—Elige uno de los dos caminos y no te detengas.

—¿Cuál?

—Si crees en Él, toma la cruz, síguele como lo ha ordenado, sé humilde, sé casto, sé el cordero sin voz en manos de los verdugos. Véte al desierto, dale tu cuerpo, tu alma, tu razón. ¡Cree!... Es un camino, y los mártires galileos alcanzan la misma libertad que Prometeo y Lucifer.

—¡No quiero!

Entonces, elige el otro camino. Sé poderoso como los antiguos. Sé fuerte y altivo, implacable y soberbio. ¡Nada de piedad, nada de amor, nada de perdón! ¡Levántate y conquístalo todo!... Que tu cuerpo sea semejante al de los semidioses de mármol. Toma y no des. Gusta del fruto prohibido, pero no te arrepientas. No creas y no dudes; y el mundo será tuyo, tú serás el Titán y el Angel rebelde contra Dios.

—Pero no puedo olvidar que las palabras del Galileo contienen la verdad; no puedo admitir dos creencias.

—Entonces serás como todos los mortales, y más vale perecer. Pero tú puedes... ¡atrévete!... serás emperador.

—¿Yo, emperador?

—Tendrás en tus manos lo que no tuvo el héroe macedonio.

Juliano sintió que salían del subterráneo. La brisa matinal de la mar les envolvía. El hierofante quitó la venda que cubría los ojos de Juliano. Estaban sobre una alta torre de mármol—observatorio astronómico del gran teurgo—construída con arreglo al modelo de las antiguas torres caldeas, en una roca elevada sobre el mar.

Abajo se extendían lujosos jardines, palacios y propíleos que recordaban las columnatas de Persépolis. Más lejos, el Artemisión y Éfeso se destacaban sobre las montañas por las que debía alzarse el sol.

Juliano miró en todas direcciones contemplando la extensión; tuvo que apoyarse en el brazo de Máximo. Juliano, sonriendo, cerró los ojos, y el sol levante chispeó, coloreando sus vestiduras blancas con un rayo de púrpura.

El hierofante extendió el brazo.

—Mira, todo eso es tuyo.

—¿Cómo puede ser, maestro? Espero la muerte á cada momento. Soy débil y estoy enfermo.

—¡El sol, dios Mitra, te corona con su púrpura! Es la púrpura del emperador romano. Todo es tuyo. ¡Atrévete!

—¿Qué me importa, puesto que la verdad unida no existe, y no encuentro al Dios que yo busco?

—Une si puedes la verdad del Titán y la verdad del Galileo, y serás más que todos los hombres engendrados por mujeres.

.....

Máximo de Éfeso poseía bibliotecas maravillosas, tranquilas salas de mármol llenas de aparatos científicos, y espaciosos gabinetes anatómicos. En uno de estos últimos, el sabio Oribazy, joven doctor de la escuela de Alejandría, con el escalpelo en mano, operaba una vivisección nueva sobre un animal raro enviado de las Indias á Máximo.

La sala era redonda, y las paredes desaparecían bajo urnas de estaño, retortas, aparatos de Eolifes y de Arquímedes, "*mæquinas de fuego*," de Ktesio y de Geren. En el silencio de la biblioteca inmediata caían sonoras las gotas del péndulo hidráulico inventado por Apolonio. Allí también se veían globos, mapas geográficos metálicos, la reproducción de las esferas de Hiparco y Eratóstenes.

Bajo la luz suave y clara que caía de la claraboya del techo, Máximo, vestido como un simple filósofo, examinaba curiosamente los órganos todavía calientes, puestos sobre la mesa de mármol.

Oribazy, inclinado sobre el hígado del animal, decía:

—¿Cómo Máximo, el gran filósofo Máximo, puede creer en todos esos absurdos milagros?

—Creo y no creo en ellos—respondió el teurgo.—¿No es el más extraordinario de los milagros la naturaleza que tú y yo estudiamos? ¿No constituyen un soberbio misterio estos vasos sanguíneos, estos nervios, la admirable combinación de los órganos que examinamos como augures?...

—Ya sabes de qué quiero hablar—interrumpió el joven doctor.—¿Por qué has engañado á ese joven?

—¿A Juliano?

--Sí.

—El mismo quería ser engañado.

Oribazy frunció el entrecejo.

—Maestro, si me quieres, dime quién eres. ¿Cómo puedes sufrir semejantes mentiras? ¿Acaso no conozco yo la magia? Ponéis en el fondo de la cámara oscura luminosas escamas de pescado, y el discípulo á quien iniciáis en los misterios cree que el cielo desciende hacia él por orden del hierofante. Fabricáis con cera y piel una cabeza de muerto, á la que adaptáis un cuello de cigüeña, y pronunciáis ocultos las predicciones. El discípulo cree que el cráneo le revela los secretos de la tumba. Y cuando es necesario que la cabeza desaparezca, la aproximáis una estufilla: la cera se funde y el cráneo se deshace. Mediante hábiles proyecciones de luz, transformáis los tintes de la humareda aromática y hacéis creer á los cándidos que tienen ante los ojos la imagen de los dioses. Al través del agua de una piscina, cuyos bordes son de piedra y el fondo de cristal, mostráis, con ayuda de un esclavo complaciente, á Apolo vivo, así como á Afrodita representada por una prostituta. ¡Y llamáis á eso los misterios sagrados!

La habitual sonrisa equívoca erró por los delgados labios del hierofante, que respondió:

—Nuestros misterios son más profundos y más bellos de lo que piensas. Los hombres tienen necesidad de entusiasmo. Para el que tiene fe, la prostituta es verdaderamente Afrodita, y la escama luminosa el cielo estrellado. Dices que las gentes oran y lloran ante las apariciones producidas por una lámpara de cristales de colores. ¡Oribazy, Oribazy!... ¿Pero acaso la Naturaleza que asombra á tu ciencia no es un espejismo producido por sentimientos tan engañosos como la linterna del mago? ¿En dónde está la verdad? ¿En dónde empieza la mentira? Tú crees y sabes. Y yo no quiero creer, no puedo saber. La verdad existe para mí en el mismo lugar que la mentira.

—¿Te lo agradecería Juliano, si supiese que le engañas?

—Ha visto lo que quería ver. Le he dado el entusiasmo, la fuerza y la audacia. ¿Dices que le he engañado? Si hubiera sido necesario, lo hubiese hecho y le hubiese tentado. Me gusta la mentira que contiene una verdad. ¡Me place la tentación! No abandonaré á Juliano hasta su muerte. Le dejaré probar todos los frutos prohibidos. Es joven, vivirá en él una segunda existencia; le revelaré los misterios seductores y criminales, y tal vez será grande por mí.

—Maestro, no te comprendo.

—Por eso te hablo así. No lo haría con otro—replicó Máximo fijando en Oribazy su mirada penetrante é impasible.

Un rayo de sol cayó sobre la barba del anciano, blanca como la

plata. Los surcos del rostro parecían aún más profundos y más sombríos, y en sus labios se dibujaba una sonrisa traidoramente seductora—como la de una mujer.

XI

Juliano vió á su hermano Galo al pasar por Constantinopla. Le encontró rodeado de un enjambre de traidores á las órdenes de Constancio: el cuestor Leontino, astuto y elegante cortesano, reputado por su habilidad en escuchar á las puertas é interrogar á los esclavos; el tribuno Bainobadués, mudo é impenetrable bárbaro, que daba la impresión de un verdugo disfrazado; el altivo maestro de ceremonias del emperador, *comes domesticorum*, Lucilio, y, por último, Marco Escoda, el antiguo tribuno de Cesarea en Capadocia, el cual, merced á la protección de algunas viejas damas, había llegado al deseado puesto.

Galo, como siempre, en buena salud, alegre y aturdido, ofreció á Juliano una excelente cena, muy orgulloso especialmente de un gordo faisán de Caldea, relleno de frescos dátiles tebanos. Reía como un chiquillo y evocaba los recuerdos de Macelo, cuando, de repente, Juliano le habló de su mujer, Constancia. El rostro de Galo se descompuso: sus ojos se llenaron de lágrimas, y dejó en el plato el succulento trozo de faisán que se disponía á engullir.

—¿No sabes, Juliano, que Constancia murió de repente, á consecuencia de una fiebre infecciosa, al dirigirse á ver al emperador para disculparme á sus ojos? He llorado durante dos noches al saber la noticia...

Dirigió una mirada de temor hacia la puerta, y acercándose á Juliano, le dijo al oído:

—Desde entonces, me burlo de todo. Ella sola podía salvarme. Era una mujer asombrosa... Sin ella, estoy perdido... no puedo y no sé nada... "Ellos," hacen de mí lo que quieren...

Bebió de un trago una copa de vino.

Juliano se acordó de Constancia, hermana de Constancio, una viuda de edad madura, que había sido el genio malo de su hermano, haciéndole cometer crímenes innumerables y estúpidos, á menudo por futilidades; y le preguntó, queriendo conocer por qué poder sometiera á Galo una tal mujer:

—¿Era bella?

—¿No la viste nunca?... No; era fea, muy fea. Pequeña, broncea-

da, flacucha; y tenía una fea dentadura, cosa que no puedo soportar en una mujer. Sin embargo, conociendo ese defecto, procuraba no reirse nunca. Se dice que me engañaba; que por las noches, disfrazada, iba al hipódromo como Mesalina, á ver á un arrogante mozo. ¡Qué me importaba!... ¿No la engañaba yo? Decían que era cruel; ¡sabía reinar, Juliano! No gustaba de los autores de epigramas, en los cuales los miserables le censuraban sus malos modales y la comparaban con una esclava de cocina, vestida de mujer de César... ¡Le gustaba la venganza!... ¡y qué talento, Juliano, qué talento!... Yo estaba tranquilo con ella, como tras un muro de granito. ¡Ah! ¡cuántas locuras hemos hecho! ¡cómo nos hemos divertido!

Sonreía al evocar los agradables recuerdos y se pasaba la lengua por los labios, húmedos todavía por el vino de Chío.

—Sí, nos hemos divertido mucho, no hay que negarlo—repitió con cierto orgullo.

Cuando Juliano acudió á la entrevista con su hermano, pensaba despertar en él sentimientos de pesar, y hasta había preparado un discurso contra los tiranos, al estilo de Libanio. Esperaba encontrar un hombre agobiado bajo el yugo de Nemecis, y no el rostro colorado y lleno de un hermoso atleta. Las palabras expiraron en los labios de Juliano. Miraba sin repugnancia á aquel “afable animal,” (así denominaba mentalmente á su hermano), y pensaba que era tan inútil como á un hermoso potro endilgarle un sermón. Juliano se contentó, pues, con murmurar al oído de Galo:

—¿Por qué vas á Mediolan? ¿No lo sospechas?

—Sí... Callate... Pero es demasiado tarde.

Y, mostrando su cuello blanco, añadió:

—El nudo corredizo de la muerte está aquí, ¿comprendes? Él lo aprieta poco á poco. ¡Me desenterraría de bajo tierra, Juliano! No, más vale no hablar de ello. Cuestión terminada... Nos hemos divertido... ¡se acabó!

—Te quedan dos legiones en Antioquía.

—Ni una sola. Él me ha quitado mis mejores soldados, poco á poco, ¡y siempre por mi bien!... Todo lo hace con tal fin... ¡Cómo se ocupa de mí! ¡Qué prisa tiene de verme y escuchar mis consejos! Juliano, ese hombre es terrible. Todavía no sabes, y Dios quiera que no sepas nunca, lo que es ese hombre. Lo ve todo, conoce mis más íntimos pensamientos, hasta los que no confío ni aun á la almohada. También ve en ti, hermano. ¡Tengo miedo de él!...

—¿Pero no puedes huir?

—¡Cállate!... habla más bajo.

Las facciones de Galo tomaron una expresión de infantil terror. —No, ¡se acabó! Estoy cogido como un pez en el anzuelo. Él tira con suavidad para que el sedal no se rompa. Un César, cualquiera que sea, es un pez que pesa. Sé que es imposible escapar de Él: me atraparé pronto ó tarde... Veo el cebo, y acudo á él, sin embargo, por miedo. Desde hace seis años, desde siempre, he temblado ante Él. Como un chiquillo, he correteado bastante... ¡Hermano mío! Él me degollará como un cocinero degüella un pollo... Pero me martirizará antes con mil astucias y mil ternuras... Prefiero acabar más pronto.

Los ojos de Galo brillaron de repente, y exclamó:

—¡Ah! si ella estuviera aquí, á mi lado, me salvaría seguramente. ¡Era una mujer tan asombrosa, tan extraordinaria!

El tribuno Escoda, entrando en el triclinio, anunció, con un servil saludo, que al día siguiente, en honor de la llegada de César, habría carreras en el hipódromo de Constantinopla, y que el célebre Korax tomaría parte en ellas. Galo se alegró mucho de la noticia, y ordenó preparar una corona de laurel para, en caso de victoria, coronar él mismo ante el pueblo á su favorito Korax.

Después comenzó á hablar de carreras, alabando la habilidad de los conductores de carros.

Galo bebía mucho, reía como un hombre cuya conciencia está tranquila, sin la menor huella de su reciente miedo en la cara. Pero al despedirse abrazó muy fuerte á Juliano y lloró.

—Dios te ayude, Dios te ayude—balbuceó súbitamente enternecido.—Tú solo me has querido, tú y Constancia...

Después murmuró al oído de Juliano:

—Espero que te salvarás, hermano... Sabes disimular... siempre te lo he envidiado. ¡Que Dios te proteja!

Juliano se compadeció de él: sabía que su hermano no escaparía á Constancio.

Al día siguiente Galo salió de Constantinopla con la misma escolta. En Andrinópolis no dejaron á Galo sino diez carruajes de posta; hubo que abandonar todos los bagajes. El otoño estaba muy adelantado. Los caminos estaban atroces. La lluvia caía sin cesar durante días enteros. Despacharon á Galo, sin darle tiempo para descansar y dormir. Hacía dos semanas que no se había bañado.

Uno de los más penosos sufrimientos de Galo era precisamente el contacto demasiado directo con la suciedad. Toda su vida había atendido mucho á su cuerpo sano y cuidado hasta el exceso, y con profunda tristeza contemplaba sus uñas no cortadas y la púrpura de

su clámide manchada por el polvo y el lodo de los caminos. Escoda no le dejaba ni un minuto, y Galo temía con razón á aquel solícito compañero. El tribuno, portador de un mensaje del emperador, apenas llegó á Antioquía ofendió con una alusión á Constancia, la mujer de Galo, la cual, bajo el imperio de un acceso de loco furor, dió orden de infligir al tribuno romano cierto número de latigazos, y meterle en seguida, como un esclavo, en un calabozo.

Pero, pensando en las consecuencias, Constancia se apresuró á poner en libertad al tribuno, que se presentó entonces en el palacio de Galo como si nada hubiera pasado, y “tragándose la afrenta,, ni siquiera dió parte, tal vez por temor de que un castigo tan vergonzoso perjudicase á su carrera de cortesano.

Durante todo el viaje de Galo, desde Antioquía á Mediolan, Escoda fué en el mismo carro que el César, sin abandonarle un instante, provocando sus confidencias y tratándole como un niño obstinado y enfermo, al que quería hasta el punto de no poder separarse nunca de él.

El tribuno tenía una mirada extrañamente pensativa mientras contemplaba, con sonrisa dulzona, el cuello de Galo, blanco y fino como el de una joven. El César, sintiendo fija en él aquella mirada demasiado atenta, experimentaba un malestar y se volvía. En tales instantes se dominaba, para no abofetear al amable tribuno. Pero el pobre prisionero se reponía al punto, y se contentaba con suplicar en tono lacrimoso—pues, á pesar de todo, su apetito seguía siendo sorprendente—que se detuvieran para comer un poco.

En Petobión, en Nórica, fueron recibidos por dos nuevos enviados del emperador, acompañados de una cohorte de legionarios de la corte.

Entonces desaparecieron los disimulos. Rodearon el palacio de Galo de centinelas armados, como si fuera una cárcel. Por la noche el prefecto Barbacio entró, sin observar la menor etiqueta, en donde se encontraba Galo, y le ordenó que se despojase de la clámide cesariana y se pusiera la simple túnica y el paludamento. Escoda se apresuró de tal manera á quitarle la clámide, que desgarró la púrpura.

Al día siguiente por la mañana hicieron subir al prisionero á una “karpenta,, vehículo de dos ruedas y sin techo, empleado en el servicio de los funcionarios de baja categoría.

Soplaba un viento frío, intermitente; la nieve, fundida, caía helada.

Escoda tocó el nuevo ropaje de Galo, y dijo:

—¡Cómo abriga! Para mí vale más que la púrpura, que no da calor... Está forrada de lana esta túnica...

Y, como para comprobarlo, Escoda deslizó una mano bajo el paludamento; después, bajo la túnica, y de pronto, con una risa discreta, sacó la hoja de un puñal que Galo había conseguido ocultar.

—¡Está mal!—exclamó Escoda.—Puede uno herirse por descuido... ¡Qué niñada!

Arrojó el puñal al camino.

Un infinito cansancio se apoderó de Galo; cerró los ojos y sintió que Escoda le abrazaba con acariciadora ternura. Galo creyó ser presa de una pesadilla.

Se detuvieron en la fortaleza de Pola, en Istria, á orillas del mar Adriático. Algunos días antes, en aquella misma ciudad se cometió el asesinato del joven héroe Prisco, hijo de Constantino el Grande.

La ciudad, llena de soldados, estaba triste. Interminables cuarteles, construídos al estilo de Diocleciano, reemplazaban á las casas. La nieve cubría los tejados, el viento silbaba en las calles desiertas y la mar bramaba.

Galo fué conducido á un cuartel. Le sentaron ante una ventana, de manera que la luz le diese en pleno rostro. El más hábil policía del emperador, Eustafio, un vejete arrugado y amable, de voz penetrante é insinuante como la de un confesor, comenzó el interrogatorio, frotándose las manos amoratadas por el frío. Galo, mortalmente fatigado, decía todo lo que se le antojaba á Eustafio. Pero ante las palabras "traición al Imperio," palideció y se sobresaltó.

—¡No soy yo... no soy yo!—balbuceó aterrado.—Constancia lo manejó todo... Sin ella, nada hubiera yo hecho... Ella exigió la muerte de Teófilo, de Clemente, de Domiciano y de otros... Dios sabe que no fuí yo... Nada me dijo ella... Yo, ni siquiera sabía...

Eustafio le miró sonriendo.

—Está bien—dijo.—Declararé al emperador que su propia hermana Constancia, esposa del ex César de Oriente, es la única culpable.

Y volviéndose á los legionarios:

—El interrogatorio ha terminado. Llevadle.

No tardó en llegar la sentencia de muerte, decretada por el emperador Constancio, que consideró como una ofensa personal la acusación lanzada contra su difunta hermana.

Al escuchar la lectura de la sentencia de muerte, Galo perdió el conocimiento y cayó en brazos de los soldados. El desgraciado esperó el indulto hasta el último momento. Y hasta en aquel instante,

pensaba que le concederían por lo menos algunos días, algunas horas, para prepararse á la muerte. Pero circulaba el rumor de que los soldados de la legión tebana se sublevaban y se disponían á libertar á Galo. Le llevaron en seguida al suplicio.

Amanecía. La nieve caída durante la noche se mezclaba con el barro negro. Un sol sin calor iluminaba la nieve, cuya reverberación cegadora llenaba la habitación á la que habían conducido á Galo.

No se tenía confianza en los soldados, los cuales casi todos querían y compadecían al desgraciado emperador. Se eligió para verdugo á un carnicero que se encargaba á veces de ejecutar á los ladrones y foragidos de Istria. El bárbaro no sabía servirse de la espada romana, y aportó para el suplicio un hacha de doble filo, con la que despedazaba los cerdos y carneros. Le ocultaron el nombre del condenado, y creía que se trataba de decapitar á un ladrón vulgar.

Ante la muerte, Galo se hizo humilde. Permitía hacer de él cuanto quisieran. Pero al ver al verdugo afilar el hacha, tembló con todos sus miembros.

Le llevaron á una habitación inmediata. Allí, el peluquero, conienzudamente, le cortó sus finos y dorados cabellos, belleza y orgullo del joven César. Al volver del cuarto del peluquero, Galo permaneció un momento á solas con el tribuno Escoda; y, de repente, cayó de rodillas ante su más cruel enemigo.

—¡Sálvame, Escoda! Sé que puedes. Esta noche he recibido un mensaje de los soldados de la legión tebana. Déjame decirles una palabra: me libertarán. Tengo treinta talentos escondidos en el tesoro del templo de Micenas. Nadie lo sabe. Te los daré... y más aún... los soldados me quieren. Haré de ti mi amigo, mi hermano, mi corregente, ¡César!

Loco de esperanza, abrazó las rodillas del tribuno; y Escoda, estremeciéndose, sintió en sus manos los labios del César. No respondió, y, sonriendo, se desprendió lentamente. Ordenaron á Galo que se desnudase. No quiso quitarse las sandalias: sus pies estaban sucios. Cuando estuvo casi desnudo, el verdugo comenzó á atarle las manos á la espalda, como acostumbraba á hacer con los ladrones. Escoda se precipitó para ayudarle. Cuando Galo sintió el contacto de los dedos del verdugo, se enfureció. Se escapó de las manos del verdugo, cogió á Escoda por la garganta y trató de ahogarle.

Desnudo, no se parecía á un hombre, sino á una fiera fuerte y terrible.

Le arrancaron del tribuno sofocado, y le ataron de pies y manos. En aquel momento, en el patio del cuartel, repercutieron los gritos de los soldados tebanos:

—¡Largo reinado á César Galo!

Los asesinos se apresuraron; pusieron un tronco á manera de tajo. Arrodillaron ante él á Galo. Barbacio, Bainobadués y Apodemo le sujetaron por los hombros, las manos y los pies; Escoda le puso la cabeza contra el tajo. Con sonrisa voluptuosa sujetaba con toda su fuerza aquel cráneo, que resistía en vano. Sentía bajo sus dedos, fríos por la emoción, la piel recién afeitada, húmeda aún por el jabón, y contemplaba con entusiasmo el cuello blanco y delicado como el de una tierna virgen.

El carnicero era un torpe verdugo.

Al dejar caer el hacha, dió en la nuca, pero el golpe era incierto. Entonces, levantándola por segunda vez, gritó á Escoda:¡

—¡Más á la derecha!... ¡pon la cabeza más á la derecha!

Galo forcejeó y rugió como un buey medio herido.

Se oían cada vez más cerca y más claros los gritos de los soldados.

—¡Largo reinado á César Galo!

El carnicero volvió á dejar caer el hacha. Un chorro de sangre brotó sobre las manos de Escoda. La cabeza rodó, rebotando en las losas.

En aquel momento invadieron el cuartel los legionarios. Barbacio, Apodemo y Escoda se precipitaron hacia la salida opuesta. El verdugo permanecía perplejo; pero Escoda le murmuró al oído:

—Llévate la cabeza del ajusticiado César, á fin de que no la reconozcan los legionarios. Es cuestión de vida ó muerte para todos nosotros.

—¿No era, pues, un ladrón?— balbuceó el verdugo, confundido.

No sabía cómo llevarse aquella cabeza afeitada. Primero se la puso bajo un brazo, pero le pareció incómodo. Entonces metió un dedo en la boca, haciendo gancho, y se llevó así el cráneo de aquel que hizo en vida inclinarse tantas cabezas humanas.

.....

Juliano, al saber la muerte de su hermano, pensó:

—¡Ahora me toca á mí!

XII

En Atenas, Juliano debía pronunciar sus votos, hacerse fraile.

Era una fresca mañana de primavera; el sol no se había levantado aún. Juliano, al salir de la iglesia, en la que había asistido á los maitines, siguió, durante varios estadios, las márgenes del Ilisus, ocultas por plátanos y viñas silvestres. Había descubierto, no lejos de Atenas, un lugar solitario en la orilla del torrente. Desde allí admiraba, al través de la neblina, las rojizas rocas de la Acrópolis, las puras líneas del Partenón apenas iluminadas por la aurora.

Juliano se descalzó y siguió el curso del Ilisus. El aire estaba impregnado del aroma de las flores y de la uva moscatel. Había en aquel perfume un gusto anticipado del vino, como en la adolescencia palpita el sentimiento del amor.

Juliano, con los pies en el agua, se sentó en una raíz de plátano. Abrió *Fedra*, y se puso á leer. Sócrates, en su diálogo, decía á Fedra:

—Vamos por aquí y sigamos el curso del Ilisus. Elegiremos un lugar solitario para sentarnos.

Fedra.—Por fortuna, no me he calzado esta mañana; y tú, Sócrates, vas siempre con los pies desnudos. Podemos andar por el lecho del arroyo. Mira las ondas aquí sonrientes y transparentes.

Sócrates.—¡Por Palas! he aquí un maravilloso lugar. Debe de estar consagrado á las ninfas y al dios Aqueloo, á juzgar por estas estatuillas. ¿No te parece aquí la brisa más tierna y más perfumada? Aquí, en el mismo canto de los grillos hay algo dulce que recuerda el verano. Pero lo que más me place son esas altas hierbas...

Juliano se volvió con una sonrisa; todo estaba como ocho siglos antes. Los grillos comenzaban su canto...

—¡Sócrates ha hollado este suelo con sus pies!—pensó.

Y, metiendo la cabeza entre los juncos, besó con fervor aquella tierra sagrada.

—Buenos días, Juliano. Has elegido un rincón delicioso para la lectura. ¿Puedo sentarme á tu lado?

—Siéntate, me alegraré mucho. Los poetas no violan la soledad.

Juliano miró al mezquino personaje, que llevaba un manto desmesuradamente largo, el poeta Publio Pórfiro, y pensó:

—Es tan poca cosa en cuanto á su cuerpo, que, en efecto, se podría creer que pronto va á transformarse en langosta, según los mitos de Platón sobre los poetas.

Publio, como las langostas, sabía vivir casi sin alimento; pero los dioses no le habían concedido el poder de despreciar el hambre y la sed. Su rostro terroso, afeitado, sus labios lívidos, tenían el sello del hambre jamás saciada.

—¿Por qué llevas un manto tan largo, Publio?—le preguntó Juliano.

—No es mío—respondió el otro con filosófica indiferencia.—Tengo alquilada una habitación con un joven, Hefestio, venido á Atenas para estudiar la elocuencia. Será un soberbio abogado. Mientras tanto, es pobre como yo, pobre como un poeta lírico, que es cuanto hay que decir... Tenemos un manto para los dos. Por la mañana salgo yo y él estudia á Demóstenes; por la tarde se pone él la clámide y yo escribo versos. Por desgracia, no somos de la misma estatura. ¡Pero qué importa! Me paseo, como las antiguas troyanas, ampliamente vestido.

Se echó á reír de todo corazón y después siguió diciendo:

—Hablemos de otra cosa. ¿Quieres venir conmigo?

—¿Adónde?

—Ten confianza... me lo agradecerás.

—¿Algún misterio?

—No me preguntes nada. Verás á la diosa.

—¿Qué diosa?

—Artemisa cazadora.

—¿Un cuadro? ¿Una estatua?

—Algo mejor. Si te agrada la belleza, sígueme. Una condición. No digas nada y no te asombres de nada. De otro modo, desaparecería el encanto. Estamos á dos pasos del lugar.

Salieron á la polvorienta carretera.

Bajo los primeros rayos del sol, el escudo de acero de Palas Atenea despedía rayos sobre la Acrópolis, teñida de rosa.

Abandonaron á los pocos pasos el camino y se acercaron á la alta pared de una palestra. Los alrededores estaban desiertos. Dos corderos negros triscaban por la hierba. Cerca de la puerta cerrada había un carro enganchado á dos caballos blancos con las crines cortadas como los caballos de los bajorrelieves. Cuidaba de ellos un esclavo viejo. Era sordomudo, pero amable. En seguida reconoció á Publio, y le indicó con un gesto la puerta cerrada de la palestra.

—Préstame tu bolsa—dijo Publio á Juliano;—tomaré un dinero ó dos para este tipo.

Le arrojó la moneda, y, con serviles ademanes y gruñidos de satisfacción, el mudo les abrió la puerta.

Entraron en un oscuro y largo peristilo. Entre las columnas se veían las *Ksystes*, galerías destinadas al ejercicio de los atletas. Las *Ksystes*, en vez de arena, estaban llenas de hierba. Los dos amigos penetraron bajo un amplio pórtico interior. La curiosidad de Juliano se exasperaba con todos aquellos misterios. Publio le llevaba de la mano, sin pronunciar una palabra.

Sobre el segundo pórtico daban las puertas de las "exedras", salas de mármol, cubiertas, que servían de lugar de reunión á los oradores. Todo estaba en silencio. De pronto, se oyó una voz de mujer y un ruido de disco golpeando en el mármol, seguido de risas.

Deslizándose como ladrones, se ocultaron en la penumbra formada por las columnas del eleofesión, lugar donde los antiguos luchadores se unguían con aceite.

Desde aquel sitio se descubría el efebión, plaza cuadrangular á cielo abierto, destinada al juego del disco y alfombrada de fresca arena.

Juliano miró, y tuvo un movimiento de retroceso.

A veinte pasos de él estaba una joven enteramente desnuda; abarcó en una mirada todo su maravilloso cuerpo. Tenía un disco en la mano.

Juliano quiso alejarse; pero vió en los ojos de Publio y en su rostro lívido y demacrado una tal admiración, que comprendió que el adorador de la Hélada no había tenido ningún pensamiento lujurioso al llevarle á aquel lugar. Su entusiasmo era sagrado.

Publio, estrechando la mano de Juliano, murmuró:

—¡Mira! Nos encontramos ahora nueve siglos atrás en la antigua Laconia. ¿Te acuerdas de los versos de Propercio?

*Multa lux, Sparte, miramur jura palestræ
Sed mage virginei tot bona gymnasii,
Quod non infames exerceret corpore ludos,
Inter lucutantes nuda puella viros!*

—¿Quién es?—preguntó Juliano.

—No sé, no he querido saberlo...

—Está bien. Cállate...

Se puso á contemplar ávidamente á la jugadora de disco, sin avergonzarse, comprendiendo que tal sentimiento era indigno de un filósofo.

Ella se alejó algunos pasos, se inclinó y, avanzando la pierna izquierda, tomó impulso en un movimiento de todo el cuerpo; lanzó tan alto el círculo de metal, que resplandeció al sol brillante, y, al

caer, fué á dar en la última columna. Juliano creyó ver una estatua de Fidias.

—Ha sido el mejor golpe—dijo una muchachita de unos doce años, vestida con una rica túnica y que estaba apoyada en una columna.

—Mirra, dame el disco—replicó la jugadora.—Puedo lanzarle más alto todavía, ya verás. Merohé, aléjate; te podría lastimar, como Apolo hirió á Jacinto...

Merohé, una vieja esclava egipcia á juzgar por sus vestiduras multicolores y su rostro bronceado, preparaba en unas ánforas los perfumes para el baño. Juliano comprendió que el mudo y el carro de caballos blancos debían de pertenecer también á aquellas dos apasionadas de los juegos laconios.

Habiendo terminado el juego del disco, la joven tomó de manos de la pálida Mirra el arco y el carcax, del que sacó una larga flecha empenachada. Apuntaba á un círculo negro colocado en el extremo opuesto del efebión. Vibró la cuerda. La flecha voló silbando y se fijó en el blanco—luego otra y otra después.

—¡Artemisa cazadora!—suspiró Publio.

De improviso, un rayo de sol, deslizándose entre las dos columnas, fué á dar en el rostro y en el seno casi adolescente de la joven. Tirando el arco y las flechas, deslumbrada, se tapó la cara con las manos.

Las golondrinas, lanzando gritos agudos, se perseguían por encima de la palestra y se sumergían en el azul del cielo.

Ella descubrió su rostro y levantó los brazos sobre su cabeza.

Sus cabellos rubios, dorados en la punta, como miel amarilla al sol, enrojecían hacia la raíz. Sus labios se entreabrían en una sonrisa feliz, y el sol se deslizaba por su cuerpo, descendiendo cada vez más. Permanecía en pie, pura y vestida de luz y de belleza, como con las más púdicas vestiduras.

—¡Mirra!—murmuró lentamente la joven, pensativa.—Mira el cielo; daría gusto sumergirse en él como las golondrinas. ¿Te acuerdas cuando decíamos que los hombres no pueden ser felices porque no tenían alas? Cuando miro los pájaros, los envidio. Habría que ser ligera y estar completamente desnuda—como yo, en este momento—y en lo alto, muy en lo alto, en el cielo, y sentir que siempre sería así... que no habría otra cosa más que cielo y sol en torno del cuerpo, ligero, libre y desnudo...

Erguida, con los brazos levantados, suspiró tristemente, como lamentando una cosa para siempre ida.

El sol rodeó su talle con una abrasadora caricia. Entonces la joven se estremeció y tuvo vergüenza, como si un sér viviente y apasionado la hubiese codiciado; ocultó con una mano el pecho y con la otra el vientre, con el eterno gesto púdico de Afrodita de Cuido.

—¡Merohé! ¡dame pronto mis vestiduras, Merohé!—exclamó con ojos asustados.

Juliano no se dió cuenta de cómo salió de la palestra. Su corazón ardía. El rostro del poeta tenía una expresión solemne y triste como la del hombre que sale de un templo.

—¿No estás enojado?—preguntó á Juliano.

—¡Oh, no!... ¿por qué?

—Tal vez es una tentación para un cristiano...

—No ha habido tentación. ¿No lo comprendes?

—Sí, sí. Pensaba bien.

De nuevo se encontraron en la polvorienta carretera, que el sol quemaba ya, y se dirigieron hacia Atenas.

Publio dijo dulcemente, como hablándose á sí mismo:

—¡Oh! ¡qué miserables y deformes somos ahora! Tenemos miedo de nuestra desnudez mezquina y lamentable; la ocultamos, porque nos sentimos feos é impuros. Y antes... Hubo un tiempo en el que todo era de otra suerte, Juliano. Las jóvenes de Esparta salían á la palestra desnudas y arrogantes ante el pueblo. Y nadie temía la tentación. Los puros contemplaban á los puros. Eran como niños, como dioses. ¡Y decir que jamás volverá ese tiempo, que jamás se renovarán en la tierra aquella libertad, aquella pureza, aquella dicha! ¡Jamás!

Publio inclinó la cabeza sobre el pecho y suspiró penosamente.

Llegaron á la calle de los Trípodas, y, no lejos de la Acrópolis, los dos amigos se separaron, silenciosos ambos.

Juliano penetró en la sombra de los propíleos, evitó Stoa Poikilea y las pinturas de Parrasio representando las batallas de Maratón y Salamina; después el templete de la Victoria Apta, y se acercó al Partenón.

No tenía más que cerrar los ojos para volver á ver el soberbio cuerpo de Artemisa cazadora. Cuando los abría, el mármol del Partenón, bajo el sol, parecía vivo y dorado como el cuerpo de la diosa. Y delante de todos, despreciando la muerte, quería enlazar con sus brazos aquel mármol tibio, caldeado por el sol, y besarle como una cosa santa.

A pocos pasos de él, vestidos con sombrío ropaje, con los rostros pálidos y severos, estaban dos jóvenes, Gregorio Nacianceno y

Basilio de Cesarea. Los helenistas les tenían por sus más poderosos enemigos, y les temían. Los cristianos esperaban que los dos amigos llegarían á ser un día padres de la Iglesia.

Miraban á Juliano.

—¿Qué tiene hoy?—dijo Gregorio.—¿Es eso un fraile? ¡Qué movimientos! ¡Cómo cierra los ojos! ¡Qué sonrisa!... ¿Crees tú verdaderamente en su piedad, Braulio?

—Yo mismo he visto cómo lloraba y rezaba en la iglesia...

—¡Hipocresía!

—¿Por qué, entonces, viene á vernos, busca nuestra amistad y discute las Escrituras?

—Se burla ó quiere seducir. No le creas. ¡Es el tentador!... Acuérdate, hermano mío, de que el imperio romano tiene en ese joven un gran peligro. Es un enemigo.

Los dos amigos se alejaron con los ojos bajos. Las severas cariatides del Erecteión, el azul riente, el templo blanco de Aptera, los propileos, la maravilla del universo, el Partenón, no les seducían. No deseaban sino una cosa: destruir todas aquellas guaridas de demonios. El sol proyectaba dos largas sombras negras de los frailes sobre las gradas del Partenón.

—¡Quiero verla!—pensaba Juliano.—¡He de saber quién es!

XIII

—Los dioses no han enviado á los mortales al Universo sino para hablar con elegancia.

—Perfectamente dicho, Mamertino. Repítelo, si te acuerdas. Lo inscribiré con los otros apotegmas — dijo á Mamertino, abogado de moda en Atenas, su amigo y admirador el profesor de elocuencia Lampridio, sacando del bolsillo unas tabletas.

—Digo — insistió Mamertino con una sonrisa de satisfacción, — digo: los hombres han sido enviado por los dioses...

—No, no; no lo has dicho así, Mamertino. Lo has dicho mejor: los dioses no han enviado á los mortales...

—¡Ah! sí... Los dioses no han enviado á los mortales al Universo sino para hablar con elegancia.

Y Lampridio, entusiasmado, inscribía las palabras del abogado como la sentencia de un oráculo.

Ocurría esto en una cena literaria de amigos, que daba el vene-

rable senador romano Hortensio, no lejos del Pireo, en la casa de su joven y rica pupila Arsinoe.

Mamertino, aquel mismo día, había pronunciado un brillante discurso en defensa del banquero Baruawa. Nadie ponía en duda que Baruawa fuese un tunante; pero, sin hablar de su indecible elocuencia, el abogado poseía una voz tal, que una de sus innumerables adoradoras aseguraba:

—Yo no escucho nunca las palabras de Mamertino; no necesito saber lo que dice ni de qué habla. Me embriago con el sonido de su voz, sobre todo cuando languidece al final de sus frases. Es increíble: no es una voz humana, es un néctar divino, los suspiros de un arpa eólica.

Aunque la gente del pueblo llamase al usurero Baruawa “bebedor de sangre, devorador de los bienes de huérfanos y viudas”, los jueces de Atenas absolvieron con entusiasmo al cliente de Mamertino.

El abogado había recibido del cliente cincuenta mil sextercios, y se sentía muy en vena en la cena que daba en su honor Hortensio. Pero acostumbraba á quejarse, para que le mimasen más todavía.

—¡Ah! ¡qué fatigado me encuentro hoy, amigos míos!—decía quejumbrosamente. —Estoy completamente rendido... ¿Dónde está Arsinoe?

—Vendrá en seguida. Arsinoe acaba de recibir del museo de Alejandría un nuevo aparato de física que la tiene muy intrigada. Pero voy á mandar que la llamen—contestó Hortensio.

—No, no es preciso—replicó negligentemente el abogado.—¡Pero qué absurdo!... ¡una joven y la física! ¿Qué puede haber de común entre ellas? Aristófanes y Eurípides flagelaron, con razón, á las mujeres sabias. Tu Arsinoe es una caprichosa, Hortensio... En verdad que si no fuera tan seductora, parecería, con su escultura y sus matemáticas...

No concluyó la frase, y echó una ojeada hacia la ventana.

—¿Qué hacer?—dijo Hortensio;—es una niña mimada, una huérfana de padre y madre... Yo no soy más que su tutor, y no quiero contrariarla en nada...

—Sí... sí...

El abogado no le escuchaba, harto preocupado consigo mismo.

—Amigos míos, siento...

—¿Qué?... ¿Qué es?—interrogaron varias voces ansiosas.

—Siento... me parece... una corriente de aire...

—Cerraremos las maderas—propuso el anfitrión.

—No; nos ahogaríamos. ¡Pero he cansado de tal manera mi voz hoy!... Mañana tengo que informar de nuevo... Ponedme una alfombra bajo los pies y dadme mi pechero; temo constiparme con el fresco de la noche.

Hefestio, el amigo de Publio y discípulo de Lampridio, se precipitó para buscar el pechero de Mamertino.

Era una especie de bufanda de lona blanca lindamente bordada, y de la que no se separaba nunca el abogado, á fin de abrigar su preciosa garganta, á la menor sospecha de enfriamiento.

Mamertino se cuidaba amorosamente. Se amaba á sí mismo con una gracia tan ingenua, una ternura tan honda, que obligaba involuntariamente á los que le rodeaban á que le quisieran de igual manera.

—Este pechero lo bordó para mí la venerable Fabiola — declaró con una sonrisa.

—¿La mujer del senador?—preguntó Hortensio.

—Sí. Os contaré sobre ella una anécdota. Una vez escribí un billetito—cierto es que muy elegante, pero, verdaderamente, una bagatela, — cinco líneas en lengua griega, á otra dama, admiradora mía también, que me había enviado una cesta de maravillosas cerezas. Le dí los gracias, bromeando, en una imitación de Plinio. Pero, imaginaos, amigos míos, que á Fabiola la acometió un deseo tan violento de leer mi carta y copiarla para su colección, que mandó á dos de sus esclavos para que acechasen en el camino á mi enviado. Asaltado éste por la noche en un lugar desierto, cree que tiene que habérselas con unos ladrones; no le hacen ningún daño, le dan dinero y no le cogen más que mi carta... que Fabiola fué la primera en leer, aprendiéndosela de memoria.

—¡Es curioso, es curioso! ¡Oh! es una mujer notable — exclamó Lampridio.—Todas tus cartas las tiene encerradas en su casa en una cajita de madera de limonero. Las he visto. Las aprende de memoria, y asegura que son superiores á todas las poesías. Fabiola piensa, con razón: “Puesto que Alejandro Magno guardaba los poemas de Homero en un cofrecillo de cedro, ¿por qué no guardaría yo las cartas de Mamertino en una cajita preciosa?”

—Amigos míos, este hígado de pato con salsa de azafrán es el colmo de la perfección. Os aconsejo que lo probéis. ¿Quién lo ha preparado, Hortensio?

—Mi cocinero Dédalo.

—¡Gloria á él!... Es un verdadero poeta.

—Te trastorna un poco el hígado de pato, querido Garguilo. ¿Se

puede llamar poeta á un cocinero? ¿No es ofender á las divinas Musas, nuestras protectoras?

—Afirmo, y afirmaré siempre, que la gastronomía es un arte tan elevado como los otros. Tiempo es ya de despojarse de prejuicios, Lampridio.

Garguilo, director de la cancillería romana, era un hombre enorme, muy gordo, de triple barbilla, escrupulosamente afeitado y perfumado, con los cabellos grises cortados al rape. Su rostro era inteligente y noble. Hacía años que se le consideraba como el convidado indispensable de toda reunión literaria en Atenas.

A Garguilo no le gustaban más que dos cosas en la existencia: una buena mesa y un buen estilo. La gastronomía y la literatura se unían para él en una gemela satisfacción.

—Supongamos que tomo una ostra — declamaba, llevándose á la boca el molusco con sus lindos dedos cargados de amatistas y de rubíes...—Tomo una ostra y me la trago...

La tragó, en efecto, cerrando los ojos.

—La trago y conozco inmediatamente que la ostra procede de Bretaña, y no de Austrasia ó de Tarento. ¿Queréis verlo? Cerraré los ojos y distinguiré de qué mar procede el pescado.

—Pero ¿qué tiene que ver eso con la poesía? — interrumpió Martertino, impacientado, puesto que no gustaba de que nadie más que él acaparase la atención.

—Imaginaos, amigos míos—siguió diciendo imperturbablemente el gastrónomo, — que desde hace mucho tiempo no he estado á orillas del Océano, al que amo y siempre echo de menos. Puedo aseguraros que una buena ostra tiene un tal sabor á mar, salobre y fresco, que basta tragarla para creerse uno á orillas del mar inmenso. Cierro los ojos y veo las olas, veo las rocas, siento la brisa de *la mar brumosa*, como dice Homero... Decidme sinceramente: ¿qué verso de la *Odisea* evocará tan claramente en mí la poesía del mar como el olor de una ostra fresca? ¿Y cuando parto un albérchigo y aspiro su jugo? ¿O es que el perfume de la violeta ó de la rosa son más poéticos que el sabor de un albérchigo? Los poetas describen las formas, los colores, los sonidos; ¿por qué no puede ser tan perfecto el gusto? Estos son prejuicios, amigos míos. El gusto es un inmenso y todavía desconocido don de los dioses. La reunión de los sabores forma una armonía tan refinada como la reunión de los sonidos. Afirmo que hay una décima Musa: ¡la Musa de la Gastronomía!

—Admitamos las ostras y los albérchigos; ¿pero qué armonía ó

E. M.—*Septiembre 1904.*

qué belleza se puede encontrar en un hígado de pato con salsa de azafrán?

—¿No encuentras tú belleza, Lampridio, no solamente en los idios de Teócrito, sino también en las más groseras comedias de Plauto?

—En efecto.

—Pues bien, amigo mío; para mí hay una poesía gastronómica en el hígado de pato. En verdad, me encuentro dispuesto á coronar de laureles á Dédalo, como coronaría una oda olímpica de Píndaro.

En el umbral aparecieron dos nuevos invitados, Juliano y el poeta Publio. Hortensio cedió el puesto de honor á Juliano, mientras que Publio devoraba con los ojos los innumerables platos. A juzgar por su clámide nueva, había mejorado de posición.

La charla continuó.

Lampridio refirió cómo una vez oyó, por curiosidad, en Roma, á un predicador cristiano que tronaba contra los "gramáticos," paganos. Los gramáticos, aseguraba el predicador, no estiman á las gentes por su virtud, sino por su bello estilo. Piensan que es menos criminal matar á un hombre que pronunciar la palabra *homo* con mala aspiración. Y Lampridio afirmaba que si los predicadores cristianos odiaban hasta tal punto el estilo de los retóricos, es porque sabían que ellos no poseían más que un estilo bárbaro, que destruía la antigua elocuencia y mezclaba la ignorancia y la virtud, y que, para ellos, el que hablaba bien se hacía sospechoso.

—¡El día en que perezca la elocuencia, perecerá la Hélada y perecerá Roma! Las gentes se transformarán en animales mudos, y para llegar á ese fin emplean los predicadores cristianos su estilo bárbaro.

—¡Quién sabe!—murmuró Mamertino, pensativo.—Tal vez el estilo sea más importante que la virtud, puesto que los esclavos, los bárbaros y los que carecen de inteligencia pueden ser virtuosos.

Hefestio explicaba á su vecino lo que significaba exactamente el consejo de Cicerón: *Causam mendaciunculis adspergere*.

—*Mendaciunculis*, es decir, mentirillas. Cicerón aconseja sembrar de pequeños embustes el discurso. Admite la mentira si embellece el estilo del orador.

Entáblase con este motivo una discusión general, sobre si debe comenzar un discurso por anapesto ó dáctilo.

Juliano se aburría.

Confesó sinceramente que nunca había pensado en aquello, y

que, en su opinión, debía atender mucho más á la Idea, madre de su discurso, que á semejantes pecadillos de estilo.

Mamertino, Lampridio y Hefestio se indignaron. Según ellos, la materia de un discurso importaba poco; debía ser indiferente á un orador el hablar en pro ó en contra. El sentido mismo tenía poco interés; lo principal consistía en el conjunto de los sonidos, en la melodía, la asonancia musical de las letras, que permitían, hasta á un bárbaro desconocedor del griego, el sentir la belleza del discurso.

—Voy á citaros, como ejemplo, dos versos latinos de Propercio—dijo Garguilo.—Veréis el poder de los sonidos y la nulidad del sentido. Escuchad:

*Et veneris dominæ volucres, mea turba, columbæ,
Tingunt Gorgoneo punica rostra lacu.*

¡Qué delicia! cada letra canta... ¿Qué importa el sentido? Toda la belleza reside en los sonidos, en la combinación de vocales y consonantes. Por esos sonidos daría la virtud cívica de Juvenal y la filosofía de Lucrecio. Fijad vuestra atención; ¡cuánta dulzura en este murmullo!

Et veneris dominæ volucres, mea turba, columbæ,

Dió un chasquido de saboreo con la lengua.

Todos recitaron los versos de Propercio, sin hartarse de su encanto, y excitándose mutuamente á una orgía literaria.

—Escuchad—murmuraba Mamertino con su voz eólica:

Tingunt Gorgoneo...

—¡*Tingunt Gorgoneo!*—repetía el director de la cancillería.—¡Por Palas! es hasta agradable al paladar. Se diría que se está bebiendo vino mezclado con miel ática.

Tingunt Gorgoneo...

—Observad cuántas g sucesivas. Y después:

...punica rostra lacu.

—¡Asombroso! ¡Inimitable!—murmuraba Lampridio cerrando los ojos.

Á Juliano le avergonzaba y le divertía al mismo tiempo aquella embriaguez de sonidos.

—Es preciso que las palabras estén ligeramente desprovistas de sentido—declaró Lampridio gravemente.

En el umbral de la puerta, de la que Juliano no apartaba los ojos, apareció sin ruido, como una sombra, una blanca y esbelta figura.

Por las ventanas abiertas penetraba la claridad de la luna, que se fundía en el rojo reflejo de las antorchas sobre el mosaico del suelo, reluciente como un espejo, y sobre los frescos que representaban á Eudimión dormido bajo las caricias de Febea.

La aparición permanecía inmóvil como una estatua.

El *peplum* griego, antiguo, de lana ligera y blanca, caía en largos pliegues, sujetos bajo el pecho por un cinturón. La luz de la luna iluminaba el *peplum*; el rostro quedaba en la sombra. La aparecida miraba á Juliano, y Juliano la miraba. Se sonreían uno á otro, sabiendo que nadie les observaba. Con un dedo en los labios, escuchaba ella lo que decían los convidados.

De repente, Mamertino, que discutía las particularidades gramaticales del primero y del segundo aoristo, exclamó:

—¡Arsinoe!... ¡Por fin!... ¿Te has decidido á abandonar por nosotros la física y las estatuas?

Ella entró, saludando á todos con una sonrisa.

Era la misma jugadora de disco que viera un mes antes Juliano en la palestra abandonada. El poeta Publio, que conocía todo y á todos en Atenas, se hizo presentar á Hortensio y Arsinoe, y llevó á Juliano á la casa.

El padre de Arsinoe, antiguo senador romano, Helvidio Prisco, murió en los últimos años del reinado de Constantino el Grande, legando los dos hijos que tuvo de una prisionera goda, Arsinoe y Mirra, á Helvidio, á quien estimaba por su amor á la antigua Roma y su odio al cristianismo. Un pariente lejano de Arsinoe, poseedor de grandes fábricas de púrpura en Sidón, dejó su incalculable fortuna á la joven.

Las virtudes cristianas y las costumbres patriarcales de Roma parecían igualmente odiosas á Arsinoe, y únicamente las figuras de mujeres independientes, como Aspasia, Cleopatra y Safo, cautivaban su pensamiento desde su infancia.

Un día, con gran espanto de Hortensio, declaró ingenuamente que preferiría llegar á ser una cortesana, bella y libre, que transformarse en madre de familia, esclava de su marido "como todas las otras,,. Estas cuatro palabras "como todas las otras,, bastaban para llenarla de tristeza y de repugnancia. Llegó un momento en que Arsinoe fué arrastrada por la Historia Natural y trabajó con ilustres sabios en el Museo de Alejandría. Las teorías atomistas de Epicuro,

Demócrito y Lucrecio la cautivaron; gustaba del estudio que emancipaba á su alma del "temor á los dioses",.

Con la misma pasión casi enfermiza se dedicó después á la escultura, y había ido especialmente á Atenas para estudiar las obras más bellas de Fidias, Escopas y Praxiteles.

—¿Seguís discutiendo la gramática?—dijo irónicamente á los convidados la hija de Helvidio Prisco al entrar en la sala del festín.—No os preocupéis, continuad. No me enfadaré: tengo demasiada hambre después de mi jornada de trabajo. Esclavo, échame vino...

—Amigos míos—siguió diciendo Arsinoe, sentándose,—os hacéis desgraciados con todas vuestras citas de Demóstenes y vuestras reglas de Quintiliano... ¡Tened cuidado! La retórica os perderá... Quisiera ver, en fin, un hombre que no se cuidara ni de Homero ni de Cicerón, que hablase sin pensar en las aspiraciones, en la sintaxis ni en la conjunción de las letras. Juliano, iremos á orillas del mar después de la cena; no quiero oír hoy discusiones sobre los dáctilos y los anapestos.

—Has adivinado mi pensamiento, Arsinoe—balbuceó Garguilo, que había abusado del hígado de pato, y que, casi siempre al acabar de cenar, sentía una aversión por la literatura á medida que le iba pesando el estómago.

Literarum intemperatia laboramus, como decía Séneca. Esta es nuestra desgracia. Padecemos de intemperancia literaria. Nos envenenamos á nosotros mismos...

Y, pensativo, sacó de su bolsillo un mondadientes, mientras que su rostro expresaba disgusto y fastidio.

XIV

Bajaron por la calle de cipreses que conducía al mar, y que la luna argentaba hasta el horizonte. Las olas se estrellaban en la ribera. Allí se encontraba un banco semicircular. Encima, Artemisa cazadora, con corta túnica, la media luna en los cabellos, la aljaba al hombro y dos lebreles á sus pies, parecía viva.

Se sentaron.

Arsinoe designó á Juliano la colina de la Acrópolis, con las columnas apenas perceptibles del Partenón, y reanudó la conversación de sus primeros encuentros.

—¡Mira qué hermoso, Juliano!... ¿Y querrías destruirlo?

Él, sin replicar, bajó los ojos.

—He pensado mucho en lo que me dijiste la última vez respecto á vuestra humildad—continuó dulcemente Arsinoe.—¿Fué humilde Alejandro, hijo de Filipo? ¿Y no fué, sin embargo, grande y poderoso?

—¿Y Bruto, Bruto, el matador de César? Si Bruto hubiese puesto la mejilla izquierda cuando le pegaran en la derecha, ¿crees que hubiera sido más sublime? ¿O es que vosotros, los galileos, le consideraréis como un criminal? ¿Por qué se me antoja á veces, Juliano, que eres un hipócrita, y que ese negro ropaje se despega de tu cuerpo?

Se volvió bruscamente hacia él con el rostro iluminado por la luna, y le miró con fijeza.

—¿Qué quieres, Arsinoe?—murmuró Juliano palideciendo.

—¡Quiero que seas abiertamente mi enemigo!—exclamó la joven.—No puedes continuar así, sin decir lo que eres. A veces, pienso que valdría más que Atenas y Roma cayesen en ruinas. Vale más quemar un cadáver que dejarle sin sepultura. Y todos nuestros amigos, los gramáticos, los retóricos, los poetas de panegíricos imperiales, son el cuerpo putrefacto de Grecia y Roma. Dan miedo como los muertos... ¡Oh! podéis triunfar, galileos... Pronto no habrá más en la tierra que cadáveres y ruinas. Y tú, Juliano... ¡Pero no!... ¡Es imposible! No creo que tú estés con ellos contra la Hélada—¡contra mí!...

Juliano permanecía ante ella pálido y silencioso. Quiso marchar ella le retuvo por la mano.

—Dime que eres mi enemigo—dijo ella con acento de desafío.

—¡Arsinoe!... ¿Por qué?...

—Dilo todo... Quiero saber. ¿No sientes lo cerca que estamos?... ¿O es que tienes miedo?...

—Dentro de dos días dejo Atenas—murmuró Juliano.

—¿Por qué?... ¿Adónde vas?

—El emperador me llama á su corte... para morir, tal vez. Me parece que te veo por última vez...

—Juliano, ¿crees en Él?—exclamó Arsinoe, tratando de leer en los ojos del fraile.

—¡Más bajo... más bajo!

Juliano se levantó, anduvo con precaución, exploró con la mirada el camino argentado por la luna, la maleza, el mismo mar, como si temiese ver surgir algún espía del emperador.

Después se volvió á sentar tranquilo. Apoyando una mano en el mármol, aproximó sus labios al oído de Arsinoe, tan cerca que ella sentía su hálito caliente, y murmuró:

—¡Creer en Él!... Escucha: voy á decirte ahora lo que jamás me

he atrevido á decirme á mí mismo. ¡Odio al Galileo!... Pero he mentido desde que me conozco. La mentira ha llenado mi alma, se ha agarrado á ella como este ropaje negro á mi cuerpo. Te acordarás de la túnica envenenada de Neso. Hércules la arrancaba con jirones de su carne, y, sin embargo, le ahogó. Yo también me ahogaré bajo la mentira galilea...

Articulaba las palabras con penoso esfuerzo. Arsinoe le miró. El rostro de Juliano, alterado por el sufrimiento y por el odio, le pareció extraño.

—Cálmate, amigo mío—murmuró ella.—Dímelo todo; te comprenderé mejor que nadie.

—Quisiera hablar y no sé—dijo Juliano.—Me he callado demasiado tiempo. Mira, Arsinoe: el que cae en manos de ellos es cosa perdida... Los humildes sabios le desfiguran hasta tal punto, le enseñan tan bien á mentir y disimular, que se le hace imposible enmendarse...

Toda la sangre afluyó á su frente, hinchándole las venas, y con los dientes apretados murmuró:

—Cobardía, cobardía galilea es el odiar á su enemigo, como yo odio á Constancio; y perdonarle, arrastrarme á sus pies como una serpiente, suplicarle con la acostumbrada humildad cristiana: “Un año, concede un año más á tu esclavo, débil de espíritu, Juliano; después haz lo que te plazca y lo que plazca á tus consejeros, amado de Dios,,... ¡Qué bajeza!

—No, Juliano—protestó Arsinoe.—¡Vencerás!... La mentira constituye tu fuerza... Acuérdate de la fábula de Esopo *El asno con piel de león*. En lo que nos ocupa es todo lo contrario: el león está en la piel del asno, y el héroe bajo el hábito del fraile... ¡Y cómo se espantarán cuando les muestres de repente tus garras!... ¡Qué alegría y qué terror!... Di, ¿tú quieres el poder?

—¡El poder!—exclamó Juliano embriagándose con el sonido de aquella palabra, respirando á plenos pulmones el aire fresco de la noche...—¡El poder!... ¡Oh! solamente un año, algunos meses, unos días, y les enseñaré á todos esos seres rastreros y venenosos lo que quiere decir la frase del maestro: “Al César, lo que es del César,,. Juro por el dios Sol que devolverían al César lo que le pertenece.

Levantó la cabeza; sus ojos brillaron de orgullo y de rabia, y su rostro rejuvenecido se iluminó. Arsinoe, sonriendo, le contemplaba. Pero al poco rato inclinó de nuevo la cabeza, volvió á caer en el banco, y cruzando por costumbre, como los frailes, sus brazos sobre el pecho, balbuceó:

—No, no; ¿para qué hacerse ilusiones? Eso no sucederá nunca. Pereceré. La cólera me ahogará... Oye: por las noches, después de haber pasado el día de rodillas en las iglesias, vuelvo á casa fatigado, rendido; me arrojo en el lecho, y sollozo, muerdo mis vestiduras para no gritar de dolor. ¡Oh! todavía no sabes, Arsinoe, lo que son la infección y el horror galileos, en los que agonizo desde hace veinte años sin poder morir; porque nosotros, los cristianos, somos como la serpiente, que vuelve á unirse aunque la corten en pedazos... He buscado consuelo entre los teurgos y los sabios. En vano. No soy ni una cosa ni otra. Soy malo, y lo quisiera ser más todavía. ¡Ser fuerte y terrible como el diablo, mi único hermano!... Pero ¿por qué no olvidar que hay belleza? ¿Por qué te me apareciste tú, cruel?

Con un movimiento espontáneo, Arsinoe rodeó con sus brazos desnudos el cuello de Juliano, le estrechó fuertemente contra su cuerpo, y murmuró:

—¿Y si yo hubiera llegado á ti como una profética sibila para anunciarte la gloria? Tú eres el único vivo entre los muertos. Eres soberbio. ¿Qué me importa que tus alas no sean blancas como las de los cisnes, sino negras y retorcidas; que tus uñas sean semejantes á las garras de las aves de rapiña? Yo amo á todos los rebeldes y á todos los réprobos; ¿lo oyes, Juliano? Me gustan las águilas altivas y solitarias más que los cisnes blancos. Pero... sé todavía más soberbio; sé aún peor. Atrévete á serlo hasta el fin. Miente sin vergüenza: más vale mentir que humillarse. No temas el odio: es la fuerza impetuosa de tus alas. ¿Quieres que hagamos un trato? Tú me darás el poder; yo te daré la belleza. ¿Quieres, Juliano?

Al través de los ligeros pliegues del peplum antiguo, de nuevo, como en la palestra, veía las puras líneas del cuerpo desnudo de Artemisa cazadora, y le parecía que brillaba tierno y dorado al través de la tela ligera.

La cabeza le dió vueltas; en la penumbra lunar que les envolvía, observó que á sus labios se acercaban otros labios rientes y arrogantes.

Pensó otra vez:

“Hay que marchar. Ella no me ama ni me amará nunca. Quiere solamente el poder...”

Pero en seguida añadió con débil sonrisa:

“¿Y qué? Si es engaño... ¡que lo sea!”

Y el frío del insaciable y extraño beso de Arsinoe le llegó hasta el corazón como el frío de la muerte.

Le parecía que la misma Artemisa, en la transparencia lunar, había descendido hasta él y le besaba engañosamente como un fugitivo rayo.

.....

Al día siguiente, por la mañana, Basilio Nacienceno y Gregorio de Cesarea encontraron á Juliano en una basílica de Atenas. Reza-
ba arrodillado. Los dos amigos le miraron con sorpresa. Jamás
habían visto en sus facciones semejante expresión de humildad
serena.

—Hermano—murmuró Basilio á Gregorio,—hemos pecado; ese á
quien acusamos en nuestro pensamiento es un justo.

Gregorio meneó la cabeza.

—Que el Señor me perdone si me he engañado—dijo lentamente,
sin apartar de Juliano su mirada profunda, penetrante.—Acuérdate
solamente, Basilio, de que, á menudo, bajo el aspecto de los más pu-
ros ángeles se aparece á los hombres el diablo mismo, padre de la
mentira.

XV

Sobre el soporte de una lamparilla en forma de delfín estaban
colocadas unas tenacillas de peluquero. La llama parecía pálida; los
rayos matinales, cayendo á plomo sobre los cortinones, llenaban la
habitación de un reflejo de violeta. La seda de las cortinas tenía el
tinte de la más rica púrpura de Tiro.

—¿Hipóstasis? ¿Qué es la divina hipóstasis de la Trinidad? Nin-
gún sér humano puede concebirlo. Toda la noche la he pasado en
vela pensando en ello. Pero no he sacado más que un violento dolor
de cabeza... Adolescente, dame la toalla y el jabón...

Así hablaba un personaje importante, con mitra, semejante al so-
berano sacrificador ó á un señor asiático: era el gran barbero y pe-
luquero de la sagrada persona del emperador Constancio.

La navaja, en sus manos hábiles, volaba con una gracia y una
ligereza incomparables. El barbero parecía desempeñar una cere-
monia misteriosa y sagrada. Estaban presentes, además de Eusenio,
el gran chambelán de las habitaciones particulares del augusto
amo, el hombre más poderoso del Imperio, innumerables *cubicula-
rios* con diferentes objetos de tocador, y dos niños con grandes aba-
nicos.

Durante la ceremonia del rasuramiento abanicaban al empera-

dor. El barbero, en cuanto concluyó con la imperial mejilla derecha, empezó con la izquierda, previamente jabonada con espuma de esencias árabes, denominada *Espuma de Afrodita*. Murmuraba inclinado hacia Constancio, de manera que nadie pudiera oírle:

—¡Oh señor muy amado de Dios! Solamente tu espíritu universal puede decidir lo que es la hipóstasis del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. No escuches á los obispos. Haz lo que “te,, agrade y no lo que “les,, agrade á ellos. Deberías ejecutar á Atanasio, el patriarca de Alejandria, como desobediente, blasfemo, rebelde. Dios creador enseñará á Tu Santidad en qué y cómo deben creer tus súbditos. En mi opinión, los arrianos afirman con razón que hubo un tiempo en que “el Hijo,, no existía. Del mismo modo la consustancialidad...

Pero en aquel momento Constancio se miró en el enorme espejo de plata pulimentado, y, pasándose una mano por la mejilla recientemente afeitada, interrumpió al barbero:

—Me parece que no está bastante lisa... Dame otra pasada... ¿Qué me decías de la consustancialidad?

El barbero, á quien habían dado un talento de oro los obispos de corte Ursacio y Valentín para preparar al emperador á la nueva profesión de fe, murmuró, insinuante, al oído de Constancio, paseando su navaja con infinita dulzura por el cuello imperial, al que parecía acariciar. Pero en aquel instante se acercó al emperador el jefe de los silenciarios, Pablo, apodado Catena.

Le llamaban así porque sus pérfidos informes envolvían á la víctima elegida en anillos indisolubles. Su afeminado rostro era imberbe y bello, y, á juzgar por su exterior, podía suponérsele una modestia angélica. Sus ojos eran negros y de mirar lánguido; andaba sin hacer ruido, con graciosos movimientos felinos.

Pablo Catena, con un ademán ligero y autoritario, alejó al barbero y cuchicheó al oído de Constancio:

—Una carta de Juliano. La he interceptado esta noche. Dígnate leer.

Constancio arrancó prontamente la carta de manos de Pablo, la abrió y leyó. Después exclamó:

—¡Bah! simplezas... lucubraciones retóricas. Envía de regalo cien bayas vinosas á un sofista, y escribe una alabanza en honor de las frutas y del número ciento...

—¡Oh! ¡Es una astucia!—observó Catena.

—¿De veras?—preguntó Constancio.—¿Hay pruebas?

—Ninguna.

—Entonces, ó es muy hábil, ó bien...

—¿Qué quiere decir Tu Eternidad?

—O bien es inocente.

—Como te plazca—balbuceó Pablo.

—¿Como me plazca? Quiero ser justo, justo sencillamente, ¿no lo sabes? Necesito pruebas...

—Espera; las encontraremos.

Se acercó otro informante: un joven persa llamado Mercurio, casi un adolescente. Le temían tanto como á Pablo Catena, y, en broma, le habían denominado "el dignatario de los sueños". Si el sueño profético podía tener un sentido desfavorable para la persona del emperador, Mercurio escuchaba y se apresuraba á redactar su informe. Muchas víctimas habían pagado con sus bienes y su carrera la imprudencia de ver en sueños lo que no hubieran debido ver jamás. Sabiendo esto, los astutos cortesanos aseguraron que sufrían de insomnio, y envidiaban á los legendarios habitantes de la Atlántida, que duermen, según Platón, sin soñar nunca. El persa alejó á los dos eunucos etíopes que anudaban los cordones de los zapatos verdes bordados de oro del emperador. Besó los pies del soberano, y le miró acariciadoramente, como un perro que acecha la orden de su amo.

—Que Tu Eternidad me perdone—murmuró Mercurio;—no he podido por menos de acudir á ti. Gaudencio ha tenido un mal sueño. Te ha visto con la clámide desgarrada y coronado de espigas vacías...

—¿Qué quiere decir?

—Las espigas vacías anuncian el hambre, y la púrpura desgarrada... No me atrevo...

—¿La enfermedad?

—Peor aún; tal vez. La mujer de Gaudencio me ha confesado que su marido ha consultado á los augures. ¡Dios sabe lo que le habrán dicho!

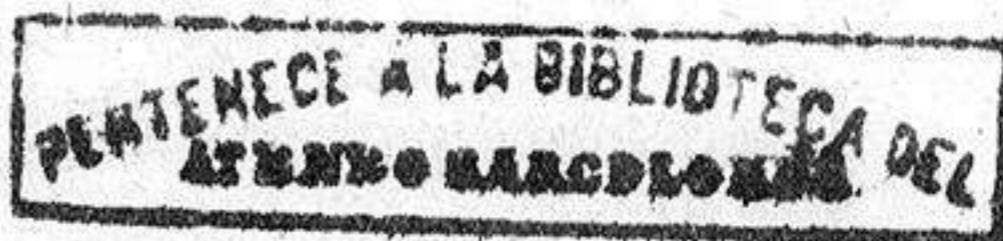
—Bien; volveremos á hablar de esto. Ven esta noche.

—No, en seguida. Permite una pregunta ligera... Sin pasión... Hay también el asunto de los manteles...

—¿Qué manteles?

—¿Lo has olvidado? En un festín, en Aquitania, la mesa tenía dos manteles con bordados de púrpura, tan anchos que formaban la clámide imperial.

—¿De más ancho que dos dedos? Por la ley he autorizado dos dedos...



—¡Ah! mucho más; una clámide imperial... ¿Se puede autorizar semejante sacrilegio?

Mercurio quería dar todos sus informes.

—En Delfos ha nacido un monstruo: cuatro orejas, cuatro ojos, todo cubierto de pelo... Los augures dicen que es un mal presagio... que el santo imperio será dividido...

—Ya veremos. Escríbelo todo, con orden, y sométete.

El emperador acababa su tocado matinal. Se miró una vez más al espejo, y con un pincel fino tomó una gota de afeite rojo de un cofrecillo de filigrana de plata, coronado por una crucecita. Constancio era devoto. Las cruces de esmalte y el monograma de Cristo adornaban el menor juguete. Preparaban para su uso afeites muy raros y muy caros, llamados *purpurissima*, fabricados con la espuma rosa cogida sobre las conchas de púrpura en ebullición. Hábilmente Constancio se extendió una ligera capa de colorete sobre sus mejillas secas y morenas. De la habitación llamada *Porfiria*, en la que, en un armario pentagonal, se conservaban las vestiduras imperiales, los eunucos trajeron la dalmática imperial, tiesa, pesada por el oro y las pedrerías, con leones y dragones bordados en la púrpura de color de amatista.

Aquel día debía celebrarse en la gran sala del palacio el concilio Arriano.

El emperador se dirigió á ella siguiendo una galería de mármol.

Los guardias de palacio, los palatinos, formaban en doble fila, silenciosos como estatuas, empuñando las espadas. Llevada por el oficial de las Larguezas imperiales (*Comes sacrarum Largitionum*) la bandera de tela de oro de Constantino, el *Labarum* con el monograma de Cristo encima resplandecía. Los guardias *silenciaris* corrían por delante, y con gestos imponían silencio á cuantos encontraban.

En la galería el emperador se cruzó con la emperatriz Eusebia Aurelia. Era una mujer ya madura, de rostro pálido y fatigado, de facciones finas y nobles. A veces brillaba en sus ojos penetrantes una malicia burlona. Cruzando los brazos sobre el omoforio cuajado de rubíes y de zafiros tallados en forma de corazón, la emperatriz bajó la cabeza y pronunció el habitual saludo matinal:

—He venido para regocijarme con tu presencia, esposo muy amado de Dios. ¿Cómo se ha dignado dormir Tu Santidad?

Después, ante una señal de ella, las damas de honor que la acompañaban se alejaron, y murmuró dulcemente en tono más sincero y más sencillo:

—Juliano se debe presentar hoy ante ti. Acógele con benevolencia. No creas en los informes. Es un pobre é inocente adolescente. Dios te recompensará si le concedes tu gracia, señor.

—¿La solicitas tú para él?

El marido y la mujer cambiaron una rápida mirada.

—Sé—dijo ella—que siempre tienes confianza en mí; que sea lo mismo esta vez. Juliano es un fiel esclavo. No me niegues... Sé bueno con él...

Y le gratificó con una de aquellas sonrisas que hasta entonces ejercían un poder irresistible sobre el corazón del emperador.

En el pórtico, separado de la gran sala por un tapiz tras el cual gustaba de escuchar el emperador lo que ocurría durante los concilios, un fraile, tonsurado en cruz, vestido con una túnica con capuchón de burdo paño, se acercó á él.

—Saludo á mi bienhechor, el triunfante y glorioso emperador Augusto Constancio. Que Tu Santidad me perdone.

—Nos alegramos de verte, hijo mío.

El primo de Juliano le puso magnánimamente la mano en los labios. Juliano besó aquella mano que se había manchado con la sangre de su padre, de su hermano, de todos sus parientes.

Después se irguió, pálido, con la mirada fulgurante fija en su enemigo. Apretaba el mango de un puñal oculto entre los pliegues de su hábito. Los ojos grises del emperador brillaban orgullosos, y únicamente de cuando en cuando huían llenos de maliciosa prudencia. Era más bajo que Juliano, ancho de hombros, fuerte y sólido, con piernas torcidas como las de viejos guerreros habituados á montar mucho tiempo á caballo. Sus labios eran delgados, y se fruncían como los de las gentes que gustan ante todo del orden y de la puntualidad. Tal expresión se ve á menudo en los antiguos profesores pedantes.

Todo esto parecía detestable á Juliano; sentía apoderarse de él un furor animal. Sin fuerza para pronunciar una palabra, bajó los ojos y respiró penosamente.

Constancio sonrió, pensando que el joven fraile no había podido sostener su imperiosa mirada y debía hallarse turbado por la sobrehumana majestad del emperador romano.

Dijo, con tono pretencioso y benévolo:

—No temas nada. Parte en paz. Nuestra bondad no te hará ningún mal, y en adelante colmará al huérfano de mercedes.

Juliano penetró en la sala del concilio, y el emperador, oculto tras el tapiz, prestó oído, é, irónico, escuchó.

Reconoció primero la voz del principal dignatario de la posta imperial, Gaudencio, el que tuvo un mal sueño.

—Un concilio sigue á otro—decía quejándose Gaudencio.—Unas veces en Sirmia, otras en Sardes, en Antioquía, en Constantinopla. Discuten siempre sin llegar á entenderse; pero hay que compadecerse también de los caballos de posta. De diez caballos en un relevo, apenas se encuentra uno que no esté reventado por los obispos. Con cinco concilios más, mis caballos no servirán más que para ser descuartizados, y no quedará un carro con ruedas... Y, á pesar de todo, ya veréis cómo los obispos no se ponen de acuerdo en el asunto.

—¿Por qué no presentas un informe al emperador?

—Por miedo de que no se me crea y se me acuse de impiedad, de falta de respeto hacia las necesidades de la Iglesia...

En la enorme sala redonda, con una cúpula sostenida por columnas de mármol frigio, reinaba un calor sofocante. Los rayos oblicuos del sol penetraban por los ventanales. El rumor de las voces recordaba el zumbido de una colmena. En una eminencia estaba preparado el trono imperial, *sella aurea*, sobre pies de león tallados en marfil.

Cerca del trono, el gran sacerdote Pafnutis, con el rostro encendido por la discusión, aseguraba:

—Yo conservaré en mi pensamiento lo que me enseñaron mis padres. Con arreglo al símbolo de nuestro santo padre Atanasio, patriarca de Alejandría, se debe adorar á un solo Dios en la Trinidad y á la Trinidad en un solo Dios. El Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios, y sin embargo no forman más que un solo Dios.

Y como si aplastara á un enemigo invisible, golpeó con su puño derecho en la palma de la mano izquierda y paseó una mirada victoriosa por la concurrencia.

—¡Tal como he recibido la tradición de mis padres, tal la guardaré!

—¿Qué pasa? ¿Qué dice?—preguntó Ozio, anciano centenario, contemporáneo del Concilio de Nicea.—¿En dónde está mi trompetilla?

Leíase en su rostro una lamentable perplejidad. Era sordo, casi ciego. El diácono que le acompañaba le acercó al oído la trompetilla acústica.

Un fraile, flaco y pálido, se agarraba á los hábitos de Pafnutis.

—¡Padre Pafnutis—gritaba para dominar las voces.—Pero ¿qué es esto?... ¡Por una sola palabra!... ¿Hase visto cosa semejante?

El fraile se puso á contar los horrores que había visto en Alejandría y en Constantinopla.

Los arrianos, á los que no querían recibir el Santo Sacramento en las iglesias heréticas, les abrían la boca con unas pinzas de madera, introduciéndole á la fuerza la Sagrada Forma. Sometían á los niños al tormento. Cortaban ó quemaban los senos de las mujeres. En la iglesia de los Santos Apóstoles se entabló una lucha tan encarnizada entre arrianos y ortodoxos, que la sangre llegó hasta la plaza. En Alejandría, el gobernador Sebastián había hecho azotar á unas vírgenes de tal manera que muchas sucumbieron, y sus cuerpos permanecían sin sepultura á las puertas de la ciudad. Todo esto por una letra: *iota*.

—Padre Pafnutis—insistía el fraile,—¡por una *iota*! La Sagrada Escritura ni siquiera contiene la palabra *sustancial*. ¿Por qué, pues, hemos de atormentarnos?... Pensad, padre; esto es horrible.

—¿De manera—interrumpió el gran sacerdote, impacientado—que hay que reconciliarse con esos perros impíos que encierran en su corazón la idea de que hubo un momento en que el Hijo de Dios no existía?

—¡Un solo pastor, un solo rebaño!—clamaba el fraile.—Hagámosles una concesión.

Pero Pafnutis no quería oír nada, y gritaba, á riesgo de romperse las venas del cuello:

—¡Que se callen los enemigos de Dios!... Jamás cederé. ¡Anatema sobre la herejía arriana! Tal como recibí la fe de mis padres, tal la guardaré.

Ozio, el centenario, meneaba afirmativamente su cabeza blanca de luenga barba. En otro lado, dos archidiaconos hablaban entre sí:

—Estás muy tranquilo, padre Dorofé. ¿No discutes hoy?

—Estoy ronco, padre Flavio. He perdido la voz anatematizando á los malditos sectarios.

En otro grupo peroraba el diácono en Antioquía, Aecio, discípulo fervoroso y atrevido de Arrio, y considerado como ateo por su enseñanza temeraria y burlona de la Santa Trinidad. Su rostro estaba alegre é irónico. La vida de Aecio era notable por su extraordinaria diversidad. Empezó siendo esclavo, y después fué transformándose sucesivamente en calderero, mecánico, retórico, doctor, alumno de los filósofos de Alejandría, y, por último, llegó á ser diácono.

—El Dios Padre es por la sustancia extraño á su Hijo—declamaba Aecio, complaciéndose en el espanto de sus oyentes.—Hay Trinidad, según la hipóstasis, diferenciada por la gloria. Dios es indeci-

ble para el Hijo, porque Él no ha dicho lo que Él es para sí mismo. El Hijo no conoce su sustancia, porque el que tuvo un principio no conoce lo que es eterno.

—¡No blasfemes!—exclamó un obispo, indignado.—¿Hasta dónde llegará, hermanos míos, la impudencia satánica de los herejes?

—No arrastres al error, con tus discursos, á los simples de espíritu—añadió otro.

—Probadme con deducciones filosóficas, y asentiré. Pero los gritos y las injurias no prueban más que la impotencia—replicó Aecio, muy tranquilo.

—Se dice en las Escrituras...

—¡Qué me importa!... Dios ha dado la inteligencia á los hombres para que le comprendan. Creo en la dialéctica y no en los textos. Razonad conmigo, apoyándoos en los silogismos y categorías de Aristóteles...

Y, con sonrisa despreciativa, se envolvió en sus hábitos, como Diógenes en su manto, cínico.

Algunos obispos comenzaban á concertarse para una profesión de fe universal, mediante mutuas concesiones, cuando se mezcló el obispo arriano Narciso de Neroniades, profundo conocedor de todos los estatutos de los concilios, símbolos y cánones; hombre poco querido, acusado de adulterio y de usura, pero admirado de todos por su erudición teológica.

—¡Eso es una herejía!—declaró terminantemente.

—¿Cómo una herejía? ¿Por qué?—preguntaron varias voces.

—Así lo tiene declarado el concilio de Paflagonia.

—¡El concilio de Paflagonia!—repitieron los obispos, desesperados.—No nos acordábamos. ¿Qué hacer?

—Que Dios tenga piedad de nosotros, pobres pecadores—murmuraba el buen obispo Ozio.—No comprendo ya nada... No acierto á aclarar... La cabeza me da vueltas, los oídos me zumban á fuerza de oír palabras griegas. Camino entre tinieblas, y yo mismo no sé ya lo que creo y lo que no creo: en dónde está la herejía, en dónde no está... ¡Jesús, ayúdanos!... perecemos en lazos diabólicos.

En aquel momento, el ruido y los gritos cesaron; el obispo Ursacio de Singidión, uno de los favoritos del emperador, subió á la tribuna. Tenía en la mano un largo pergamino. Dos silenciarios, habiendo hallado sus finas plumas de cálamo, se disponían á inscribir los debates del concilio. Ursacio leía el mensaje del emperador á los obispos:

—Constancio, vencedor, triunfador, glorioso y eterno Augusto, á todos los obispos reunidos en este concilio...

El emperador exigía la destitución de Atanasio, patriarca de Alejandría, al que calificaba *del más inútil de los hombres, de traidor, de cómplice del audaz y abominable Majencio*.

Los cortesanos, Valente, Eusebio, Ajencio, se apresuraron á firmar la carta. Pero se elevó un murmullo.

—Todo esto es una maquinación abominable, una astucia de los arrianos. No dejaremos ofender á nuestro patriarca.

—El emperador se hace llamar *eterno*... Nadie es eterno más que Dios. Eso es burlarse de las cosas santas.

Constancio, que continuaba tras el tapiz, oyó claramente las últimas frases, y penetró bruscamente en la sala. Los guardias, armados de lanzas, le rodearon. Su rostro expresaba la cólera. Se hizo un gran silencio.

—¿Qué sucede? ¿qué sucede?—preguntaba el viejo Ozio, perplejo é inquieto.

—¡Padres!—exclamó el emperador, conteniendo su cólera:—permítidme que yo, servidor del Altísimo, lleve mi celo á buen fin. Atanasio es un rebelde, el primer violador de la paz ecuménica...

De nuevo se alzó un murmullo.

Constancio calló y paseó una mirada de sorpresa por los obispos. Una voz dijo:

—Anatema sobre la abominable herejía arriana.

—La fe contra la que os rebeláis—replicó el emperador—es la mía. Si es herética, ¿por qué el Todopoderoso Nos ha dado la victoria sobre todos Nuestros enemigos? ¿Constante, Vetrano, Galo, el abominable Majencio? ¿Por qué Dios mismo ha puesto en Nuestra mano sagrada el poder del mundo?

Los obispos se callaban. Entonces, el cortesano Valente, obispo de Murza, se inclinó con humildad servil.

—Dios revelará la verdad á Tu Sabiduría, señor muy amado de Dios. Lo que tú crees no puede ser una herejía. Cirilo de Jerusalén vió en el cielo, el día de la victoria sobre Majencio, una cruz coronada por el arco iris...

—¡Así lo quiero!—interrumpió Constancio, levantándose del trono.—Atanasio será desposeído por el poder que Dios me ha dado. Rogad para que cesen de una vez todos estos conflictos y todas estas controversias, y que sea abolida la herejía de los sabeos, partidarios de Atanasio, y que brille en todos los corazones la verdad...

De repente, el emperador palideció; las palabras expiraron en sus labios.

—¿Cómo? ¿Cómo le han dejado entrar?

E. M.—Septiembre 1904.

Designaba á un anciano de rostro severo y majestuoso porte. Era el obispo Hilario de Pictkavia, desterrado y destituido por su fe, uno de los mayores enemigos del emperador arriano. Había venido sin que le convocaran al concilio, pensando tal vez encontrar allí la muerte del mártir. El anciano alzó una mano al cielo, como para atraer la maldición sobre la cabeza del emperador, y su fuerte voz vibró en el silencio:

—¡Hermanos! mirad que llega Cristo, porque el Anticristo ha vencido ya. ¡El Anticristo es Constancio! No os maltrata, pero os halaga; no os encarcela, pero os atrae á sus palacios... Emperador, escucha: te digo lo que hubiera dicho á Nerón, á Decio, á Maximiano, á los perseguidores de la Iglesia. Tú no eres asesino de los hombres, sino del mismo Amor Divino. Nerón, Decio, Maximiano, sirvieron más al Dios de verdad que tú... Bajo su reinado, vencimos al diablo; la sangre de los mártires corría, purificando la tierra, y los huesos de los mártires producían milagros. Mientras que tú, cruel entre los crueles, matas y no nos das la gloria de la muerte... ¡Señor! ¡envíanos un verdadero tirano semejante á Nerón, y que la bienhechora arena de tu cólera resucite á la Iglesia deshonrada por los besos de Judas Constancio!

El emperador se levantó de un salto.

—¡Apoderaos de él y de los rebeldes!—balbuceó, señalando á Hilario.

Los guardias se arrojaron sobre los obispos. Prodújose una confusión indescriptible. Las espadas brillaron.

Los soldados romanos, arrancando las vestiduras de Hilario, arrastraron al anciano.

Muchos se precipitaron alocados hacia las puertas de salida, cayeron y se pisotearon.

La mesa y los tinteros rodaron por el suelo; la tinta roja se esparció por el suelo de jaspe azul; algunos exclamaron á la vista de la mancha de púrpura:

—¡Sangre... sangre... sangre!

Otros rugían:

—¡Mueran los enemigos del muy piadoso Augusto!

Pafnutis, con voz tonante, insistía, mientras le arrastraban los guardias:

—¡Reconozco el concilio de Nicea!... ¡Anatema sobre la herejía arriana!

El ciego Ozio permanecía sentado, inmóvil, olvidado de todos, en su sillón episcopal, y murmuraba en voz baja:

—¡Jesucristo, hijo de Dios, ten piedad de nosotros!... ¿Qué sucede, hermanos, qué sucede?

Pero en vano tendía sus débiles manos hacia los amigos alocados: nadie le veía ni le escuchaba, y las lágrimas corrían por sus mejillas centenarias.

Juliano observaba la escena con una sonrisa de desprecio, y triunfaba silenciosamente.

Aquel mismo día, por la tarde, dos frailes de Mesopotamia, enviados por los obispos sirios al concilio, caminaban por la calma del desierto. Con gran trabajo habían escapado á los guardias del palacio, y marchaban contentos hacia Rávena para embarcarse cuanto antes en la nave que debía volverles á su país. La fatiga y la tristeza se leían en sus rostros. Efraim, uno de ellos, era un viejo; el otro, Pimenes, un adolescente.

Efraim dijo á Pimenes:

—Tiempo es ya de que volvamos al desierto, hermano. Vale más oír los rugidos del chacal y del león que lo que hemos oído en el palacio imperial. Felices los mudos. Felices los que se esconden en el desierto, adonde no llegan las discusiones de los jefes de la Iglesia. Felices los que han comprendido la inutilidad de las palabras; felices los que no discuten. Feliz el que no trata de comprender los misterios de Dios, y canta al Señor. ¡Feliz el que ha comprendido qué difícil es saber y qué dulce amarte, Señor!

Efraim se calló y Pimenes murmuró: "Amén,,."

El gran silencio de la noche los envolvió, y animosamente, guiándose por las estrellas, los dos frailes se dirigieron hacia Oriente, complaciéndose en la imponente calma del desierto.

XVI

Una mañana llena de sol, en la ciudad de Mediolan, la multitud se dirigía por todas las calles á la plaza pública.

Oyéronse aclamaciones, y en el carro triunfal tirado por veinte caballos blancos como cisnes, apareció el emperador. Iba tan en alto, que las gentes tenían que levantar la cabeza para verle. Sus vestiduras, cubiertas de piedras preciosas, tomaban reflejos deslumbradores bajo los rayos del sol. En la mano derecha llevaba el cetro, y en la izquierda el globo imperial rematado por una cruz.

Inmóvil como una estatua, escandalosamente pintado, miraba ante sí sin volver la cabeza. Durante todo el trayecto, aun con los

vaivenes del carro, el emperador no hizo un movimiento, no meneó un dedo, no tosió, no pestañearon sus grandes ojos abiertos.

Constancio había adquirido tal inmovilidad tras largos años de esfuerzos, estaba muy satisfecho de ella y la consideraba como su atributo indispensable de la etiqueta imperial. En tales instantes, hubiera preferido sufrir la tortura antes que demostrar su naturaleza mortal secándose el sudor de su frente, estornudando ó tosiendo.

De estatura baja, con las piernas torcidas, se imaginaba ser un gigante. Cuando el carro penetró bajo el arco de triunfo, no lejos de las termas de Maximiano Hérculo, el emperador inclinó la cabeza, cuando hubiera podido pasar con comodidad un cíclope.

A cada lado del camino formaban los paladios, con cascos y corazas de oro, y aquellas dos filas de guardias de honor fulguraban como relámpagos bajo los rayos del sol.

En torno del carro imperial iban desplegados amplios estandartes en forma de dragones. La púrpura, hinchada por el viento que se metía por las abiertas bocas de los monstruos, producía un sonido agudo semejante al silbido furioso de las serpientes, y las largas colas de los dragones daban vueltas en el espacio.

En la plaza estaban reunidas todas las legiones acuarteladas en Mediolan.

Una tempestad de aclamaciones acogió al emperador.

Constancio quedó satisfecho: el ruido no había sido ni demasiado débil ni demasiado fuerte, combinado de antemano, con arreglo á la más severa fórmula. Se enseñaba á los soldados y á los ciudadanos á gritar su entusiasmo de un modo moderado y respetuoso.

Constancio, imprimiendo á cada uno de sus movimientos y de sus pasos una enfática y pedante solemnidad, descendió de su carro y subió á la tribuna erigida en la plaza y adornada con profusión de estandartes y águilas metálicas.

De nuevo resonaron las trompas, señal guerrera dada para expresar que el jefe deseaba hablar al ejército, y en la plaza reinó el silencio.

—*Optimi reipublicæ defensores!*—comenzó á decir Constancio. (¡Óptimos defensores de la república!)

Su discurso estaba lleno de escolásticas flores de retórica.

Juliano, en traje de corte, subió las gradas de la tribuna, y el fratricida revistió al último descendiente de Constancio Cloro con la púrpura sagrada de los Césares.

Al través de la seda ligera se filtraron los rayos del sol, en el momento en que el emperador levantaba la púrpura para ponerse-

la á Juliano, arrodillado; el reflejo sanguíneo dió en el rostro lívido del nuevo César, que murmuró mentalmente este verso de la *Iliada*:

“Con los ojos cerrados por la muerte purpúrea y la poderosa Moira.,”

Y mientras tanto, Constancio le decía:

—*Recepisti, primævus, poriginis tuæ splendidum florem, amatissime mihi omnium frater!* (Tan joven todavía, has recibido ya el galardón de tu nacimiento real, tú, el más amado de todos mis hermanos.)

Entonces, entre todas las legiones corrió un grito de entusiasmo. Constancio se ensombreció ligeramente: aquel grito sobrepasaba la medida establecida por la etiqueta. Juliano había debido de agradar á los soldados.

—¡Gloria y prosperidad á César Juliano!—gritaban cada vez más fuerte, sin querer contenerse.

El nuevo César dió gracias á los legionarios con una benévola sonrisa, y los soldados golpearon sus rodillas con los escudos, en señal de alegría.

Le parecía á Juliano que no era la voluntad del emperador, sino la voluntad de los dioses, la que le elevaba á tal eminencia.

.....

Todas las noches tenía la costumbre Constancio de consagrar un cuarto de hora al pulimento de sus uñas.

Mientras se dedicaba á tal operación, aquella noche, preguntó alegremente á su eunuco favorito, el gran chambelán Eusebio:

—¿Crees que Juliano vencerá pronto á los galos?

—Creo—respondió Eusebio—que recibiremos pronto la noticia de la derrota y muerte de ese joven.

—En verdad, me apenaría mucho... Pero yo he hecho cuanto he podido... Únicamente podrá acusarse á sí mismo...

Constancio sonrió é, inclinando la cabeza, admiró sus uñas.

—Tú venciste á Magencio—murmuró el eunuco;—venciste á Vetricion, á Constante, á Galo... Vencerás á Juliano. Entonces no habrá más que un pastor y un rebaño... ¡Dios y tú!

—Sí, sí. Pero, aparte Juliano, está Atanasio. No me encontraré tranquilo hasta que no esté en nuestras manos, muerto ó vivo.

—Juliano es más temible que Atanasio, y tú le has puesto hoy la púrpura de la muerte. ¡Oh sabiduría de la Providencia divina! ¡De qué manera concluye por vías inescrutables con todos los enemigos

de Tu Eternidad! Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, ahora y siempre por los siglos de los siglos!

—Amén—dijo el emperador.

Se acercó á la antigua bandera de Constantino, al lábaro; se arrodilló, y contemplando el monograma de Cristo, empezó á rezar. Dirigíase á Dios con una fe imperturbable, como el que no duda jamás de su virtud.

Terminadas las oraciones, Constancio se levantó con el corazón alegre. Los eunucos le desnudaron. Se acostó en el lecho imperial, sostenido por querubines de plata maciza con las alas desplegadas.

El emperador se durmió con la sonrisa en los labios, como se duermen los niños inocentes.

XVII

En Atenas, en uno de los lugares más frecuentados, estaba expuesta la estatua, obra de Arsinoe, que representaba á Octavio, vencedor, con la cabeza de Bruto en la mano. Los atenienses aclamaban en la hija del senador Helvidio Prisco á la renovadora del arte de las épocas más bellas. Pero los dignatarios especiales encargados de vigilar las disposiciones políticas de los espíritus, y á quienes apodaban *los curiosos*, dirigieron un informe á quien correspondía, en el que declaraban que la estatua podía despertar en el pueblo sentimientos liberales.

En la cabeza de Bruto se encontraba un parecido con la de Juliano, y en el conjunto una alusión criminal al suplicio reciente de Galo. Se esforzaban en descubrir en Octavio semejanzas con el emperador Constancio. El asunto tomó las proporciones de un crimen de lesa majestad, y estuvo á punto de caer en manos de Pablo Caterna. Por fortuna, la Cancillería imperial envió la orden severa del magistrado oficiante, no solamente de que se hiciera desaparecer la estatua, sino de que se rompiese en presencia de los dignatarios imperiales.

Arsinoe quiso ocultar la estatua; pero Hortensio estaba tan asustado, que amenazó á su pupila con entregarla él mismo á los denunciadores.

Llena de repugnancia hacia la bajeza humana, Arsinoe permitió que hicieran con su obra cuanto agradase á Hortensio. La estatua fué despedazada.

Arsinoe salió de Atenas por haberla convencido su tutor de que le siguiera á Roma, en donde los amigos le habían prometido desde hacía tiempo el ventajoso puesto de cuestor imperial. Se instalaron no lejos del monte Palatino.

Los días transcurrían en la inacción, habiendo comprendido Arsinoe que ya no había lugar para el arte antiguo, grande y libre. En los momentos de desaliento quería dejarlo todo para ir á la Galla á reunirse con el joven César, y vencer ó perecer con él.

Pero cayó gravemente enferma. En los largos y tranquilos días de convalecencia encontró en su fiel admirador Anatolio, centurión imperial, hijo de un rico comerciante de Rodas, un consuelo abnegado.

Era centurión romano, como él mismo decía, únicamente á causa de una mala inteligencia. No había abrazado la carrera militar sino para satisfacer el vanidoso capricho de su padre, que consideraba como el colmo del honor ver á su hijo vestido con la armadura dorada. Emancipándose de la disciplina mediante generosos dones, Anatolio pasaba la vida en una lujosa inacción, en medio de las obras de arte y de los libros, en festines y en cómodos y dispendiosos viajes. No poseía ya la profunda nitidez de alma de los antiguos epicúreos. Se quejaba á sus amigos:

—Sufro de una enfermedad mortal...

—¿Cuál?—le preguntaban con desconfianza.

—La que llamáis mi espíritu irónico, y que me parece una triste y extraña locura...

Sus facciones, demasiado finas, afeminadas, expresaban un extremo cansancio. A veces se despertaba; emprendía con pescadores, durante un huracán, un inútil paseo por mar, ó bien marchaba á cazar el jabalí y el oso; soñaba con una maquinación contra la vida de César; buscaba la iniciación de los espantosos misterios de Mitra y de Adonis. En tales momentos era capaz de sorprender, por su bravura y temeridad, aun á las personas que ignoraban su género ordinario de existencia.

Pero, evaporada la excitación, volvía á su desocupación.

—No se puede hacer nada de ti, Anatolio—le decía Arsinoe.

Pero sentía una gracia helénica en aquel último epicúreo. Gustaba de leer en sus ojos fatigados la burla triste de todo y de sí mismo, cuando él decía:

—El sabio sabe encontrar su parte de goce en sus más tristes pensamientos, como las abejas del monte Heineo hacen la miel más hermosa con el jugo de las plantas amargas.

Las pláticas tranquilas mecían y consolaban á Arsinoe, que, en broma, llamaba á Anatolio "mi curador,,.

Curó, en efecto, pero no volvió al taller; la vista de los pedazos de mármol la llenaba de tristes pensamientos.

Mientras tanto, Hortensio organizaba para el pueblo maravillosos juegos en el Anfiteatro de Flavio. Estaba en continuos viajes y preocupaciones; recibía de diferentes partes del mundo caballos, leones, osos, perros de Escocia, cocodrilos, cazadores intrépidos, hábiles jinetes, comediantes y gladiadores.

Se acercaba la fecha del espectáculo y los leones no llegaban, los osos estaban flacos, hambrientos y tímidos como corderos.

Hortensio no dormía de inquietud.

Dos días antes de las fiestas, los gladiadores, prisioneros sajones, hombres altivos é intrépidos, por los que se había pagado una suma colosal, se mataron entre sí, por la noche, en su prisión, considerando un deshonor el servir de diversión al pueblo romano.

Hortensio, ante esta inesperada nueva, estuvo á punto de perder la razón. Ahora toda la esperanza se concentraba en los cocodrilos, que excitaban la curiosidad del populacho.

—¿Has probado el darles carne fresca de cerdo?—preguntaba el senador al esclavo encargado de la vigilancia de los preciados animales.

—Sí; no la comen.

—¿Y carne de ternera?

—Tampoco la quieren.

—¿Y pan de trigo mojado en leche?

—Lo dejan y se duermen. Deben de estar enfermos ó demasiado fatigados. Hasta les hemos abierto las fauces y les hemos metido á la fuerza el alimento: lo arrojan.

—¡Oh! ¡Por Júpiter! Me harán morir esos asquerosos animales. Es preciso soltarles desde el primer día á la arena, ó se van á morir de hambre—gimió Hortensio cayendo en una silla.

Arsinoe le contempló con envidia: él, por lo menos, no se aburría.

Entró ella en una habitación aislada cuyas ventanas daban al jardín. Allí, en la tranquila luz lunar, su hermanilla Mirra, de diez y seis años á la sazón, hacía vibrar dulcemente las cuerdas de un arpa y las notas salían como llanto.

Arsinoe besó á Mirra, que le respondió con una sonrisa, sin dejar de tocar.

Un estridente silbido resonó tras el muro del jardín.

—Es él—dijo Mirra levantándose.—Vamos pronto.

Apretó fuertemente con la suya la mano de Arsinoe.

Las dos jóvenes se echaron sobre los hombros unos mantos oscuros, y salieron. El viento barría las nubes, y la luna se ocultaba unas veces y se mostraba radiante otras.

Arsinoe abrió una puertecilla practicada entre el follaje. Un joven, envuelto en una cogulla de fraile, les esperaba.

—¿No estamos retrasados, Juventino?—preguntó Mirra.—¿Temía tanto que no vinieses!

Anduvieron largo rato por un camino estrecho, después por entre unas viñas, y por fin salieron á la llanura romana.

A lo lejos se perfilaba el acueducto de ladrillos de tiempos de Servio Tulio.

Juventino se volvió y dijo:

—Alguien nos sigue.

Las dos jóvenes se volvieron á su vez; la luz de la luna les daba de lleno, y el individuo que les seguía exclamó alegremente:

—¿Arsinoe! ¿Mirra!... ¡Por fin os encuentro! ¿Adónde vais?

—Adonde los cristianos—respondió Arsinoe.—Ven con nosotras, Anatolio; verás cosas curiosas...

—¿Qué oigo? ¿Con los cristianos? Siempre has sido enemiga de ellos—exclamó el centurión.

—Con los años, amigo mío, se llega á ser mejor é indiferente á todo. Es una superstición, ni mejor ni peor que las otras. Y además, algo hay que hacer para no aburrirse... Voy por Mirra. Esto le agrada...

—¿Dónde está la iglesia? Estamos en la llanura—murmuró Anatolio.

—Las iglesias son destruídas ó profanadas por sus correligionarios los arrianos, que creen en Cristo de otra manera que ellos. Tú has debido de oír en la corte discusiones... Ahora los adversarios de los arrianos oran secretamente, en los subterráneos, como en los tiempos de las primeras persecuciones.

Mirra y Juventino se habían quedado un poco atrás. Arsinoe y Anatolio podían hablar con libertad.

—¿Quién es?—preguntó el centurión indicando á Juventino.

—El último vástago de la antigua familia patricia de los Furio—contestó Arsinoe.—La madre quiere hacer de él un cónsul y él no piensa más que en huir á alguna tebaida para rogar á Dios. Ama á su madre y se oculta de ella como de una enemiga.

—¿Los descendientes de los Furio, frailes?... ¡Triste siglo!—suspiró el epicúreo.

Se acercaron á los *arenarium*, antiguas minas de piedra blanda, y bajaron una estrecha escalera hasta el fondo de la cantera. La luna iluminaba los bloques de tierra roja volcánica.

Juventino cogió de un nicho sombrío una pequeña lámpara de barro y la encendió. Penetraron por los caminos laterales del *arenarium*; Juventino guiaba á sus acompañantes en el laberinto, y se detuvo, al fin, ante un pozo, del que quitó la tapa de madera. Bajaron prudentemente una escalera resbaladiza. En el fondo existía una puerta estrecha. La puerta se abrió, y un fraile les introdujo por un corredor. Las paredes laterales, desde el suelo hasta el techo, estaban llenas de losas de mármol que servían para cerrar las tumbas.

El estilo de las inscripciones era tierno y brillante: "Sofronia querida, vive en Dios,"; y un poco más allá: «Sofronia, ¡vives!», Como si el que había escrito tales palabras hubiera comprendido que la muerte no existía.

En ninguna parte se decía: "Aquí yace," sino: "Aquí está depositado por cierto tiempo,".

En los nichos había lámparas, de llama inmóvil en la atmósfera comprimida, y bonitas ánforas que exhalaban penetrantes perfumes.

Los pasillos, en forma de anfiteatro, continuaban en descenso. Al final de uno vieron un sepulturero que cantaba alegremente mientras abría unos nichos en la pared. En torno del principal inspector de las tumbas, el *fossor*, había varios cristianos. El *fossor* había heredado la libre disposición de una galería de las catacumbas, y tenía el derecho de ceder por dinero los sitios libres de su distrito, más apreciado porque poseía las reliquias de San Lorenzo. Aunque gozaba ya de una bonita fortuna, el *fossor*, en aquel instante, regateaba con un rico y avaro curtidor. Arsinoe se detuvo para escuchar el debate.

—¿Y estará mi tumba lejos de las reliquias?—preguntaba el corredor desconfiando, al pensar en la gruesa suma exigida por el *fossor*.

—No; á seis codos.

—¿Encima ó abajo?

—A la derecha, un poco al sesgo. El sitio es excelente; no pido nada de más. Por lleno de pecados que estés, te encontrarás redimido. Entrarás directamente en el reino celeste.

Con mano experta, el *fossor* tomó la medida de la tumba, como el sastre toma las medidas de un traje. El curtidor insistía para que

le dieran el mayor espacio posible, á fin de que pudiera reposar á gusto.

Una vieja se acercó al sepulturero.

—¿Qué quieres, abuela?

—Traigo el dinero del suplemento.

—¿Qué suplemento?

—Para la tumba “derecha”.

—¡Ah, sí!... ¿no quieres la que está sesgada?

—No; mis viejos huesos crujen de antemano. ¡Dios sabe hasta cuándo habrá que esperar la resurrección! Si tomase una tumba no derecha, me encontraría muy mal...

Anatolio escuchaba maravillado.

—Esto es mucho más curioso que los misterios de Mitra—decía á Arsinoe con sonrisa burlona.—¡Lástima no haberlo sabido antes! Jamás he visto un cementerio tan alegre.

Penetraron en un lugar bastante espacioso, en el que ardían una porción de lámparas; un sacerdote rezaba el oficio de la tarde. Mirra, arrodillada y con los ojos llenos de amor, miraba al Buen Pastor representado en el techo.

En las catacumbas se había restablecido la costumbre de los primeros tiempos del cristianismo: al final del oficio, los asistentes, considerándose todos como hermanos y hermanas, se daban el “ósculo de paz”. Arsinoe, siguiendo el ejemplo general, besó sonriendo á Anatolio.

Después, los cuatro subieron á los pisos superiores, por donde se iba al retiro secreto de Juventino, antigua tumba pagana separada de la vía Apia.

Allí, esperando la llegada de la nave que debía llevarle á Egipto, país de los anacoretas, se sustraía á su madre y á los dignatarios del prefecto y vivía con Didimo, virtuoso anciano de la Baja Tebaida, al que Juventino testimoniaba una ciega y completa confianza.

Mirra, á la que profesaba afecto el anciano, le besó respetuosamente su rugosa mano, y le rogó que le contase algo referente á los padres anacoretas. Nada le agradaba tanto como aquellas maravillosas y terribles narraciones de Didimo.

Todos se instalaron en torno del anciano, cuya sonrisa misteriosa estaba llena de bondad, y cuya cabeza estaba rodeada de cabellos blancos, como de una aureola.

Mirra le contemplaba con ojos febriles y oprimía con sus manecitas su corazón palpitante. Todos callaban, escuchando los ruidos

lejanos de Roma, cuando de repente llamaron en la puerta interior que comunicaba con las catacumbas.

Juventino se levantó, se acercó á la puerta y preguntó, sin abrir:

—¿Quién es?

No respondieron; pero volvieron á llamar con mayor suavidad aún, como suplicando.

No sin precauciones, Juventino entreabrió la puerta, palideció y retrocedió: una mujer de elevada estatura penetró en el columbario.

Llevaba amplias vestiduras blancas, y un velo ocultaba su rostro. Andaba como una convaleciente ó como una mujer de mucha edad. Con un rápido movimiento se quitó el velo, y Juventino exclamó:

—¡Mi madre!

Didimo se levantó severo.

La mujer se arrojó á los pies de su hijo y los abrazó. Mechones de cabellos grises caían sobre su rostro pálido y enflaquecido, que conservaba aún los restos de una belleza completamente patricia. Juventino había cogido entre sus manos la cabeza de su madre y la besaba.

—¡Juventino!—llamó el anciano.

El joven no respondió.

Su madre, como si estuvieran solos, murmuraba alegremente, con precipitación:

—Creía que no te volvería á ver nunca, hijo mío... Quería marchar á Alejandría... ¡Oh! te hubiera encontrado hasta en el mismo desierto... Pero ahora todo ha concluído, ¿no es verdad?... Dime que no te marcharás... Espera á que yo muera... Después... podrás hacer lo que quieras.

El anciano volvió á decir:

—¡Juventino! ¿no me oyes?

—¡Anciano!—exclamó la patricia.—¡No arrebatrás un hijo á su madre!... ¡Escucha! si es preciso, renegaré la fe de mis padres... creeré en el Crucificado... me haré religiosa...

—Tú no comprendes la ley de Cristo, pagana... Una madre no puede entrar en religión, una religiosa no puede ser madre.

—Yo le he tenido en medio de sufrimientos: ¡es mío!

—No es al alma, sino al cuerpo al que tú amas.

La patricia lanzó á Didimo una mirada llena de odio.

—¡Malditos seáis con vuestras palabras engañosas!—exclamó.—
¡Malditos los que quitáis los hijos á las madres! ¡los que tentáis á los inocentes!... ¡gentes con hábitos negros, que teméis la luz celes-

te, servidores del Crucificado!... ¡destructores de cuanto es bello y alegre!

Su rostro se alteró; estrechó con mayor fuerza á su hijo y añadió, sofocada:

—Yo te conozco, hijo mío... no partirás... no puedes... no... no puedes marcharte...

El anciano Didimo, con la cruz en la mano, permanecía junto á la puerta abierta que conducía á las catacumbas.

Dijo, en tono solemne:

—¡Por última vez, en nombre de Dios, te ordeno, hijo mío, que me sigas y que la dejes!

Entonces la patricia soltó á Juventino y balbuceó:

—Está bien... déjame... marcha... si puedes.

Ya no brotaban las lágrimas de sus ojos; sus brazos caían inertes, con un gesto de desolación, á lo largo de su cuerpo. Esperaba. Todos callaban.

—¡Señor!... ¡ayúdame!... ¡inspírame!—rogaba Juventino, presa de mortal angustia.

—“El que quiera seguirme y no abandone por mí á su padre, á su madre, á su mujer, á sus hijos, á sus hermanos y hermanas y su vida misma, ese no puede ser mi discípulo,”—recitó Didimo volviéndose por última vez hacia Juventino.

—Quédate en el mundo. Has renegado de Cristo. Maldito seas en este siglo y en el otro.

—¡No! ¡no me rechaces, Padre! Soy contigo... ¡Señor!... ¡aquí me tienes!—exclamó Juventino, siguiendo á su maestro.

Su madre no hizo un movimiento para detenerle, ni un músculo se contrajo en su rostro; pero, cuando se hubo extinguido el ruido de los pasos, se escapó de su pecho un estridente sollozo: cayó aniquilada.

—¡Abrid... en nombre del muy piadoso emperador Constancio!

Eran los soldados del prefecto, que, por denuncia de la patricia, madre de Juventino, venían á buscar á los rebeldes “sabeos,” enemigos del emperador, que se ocultaban en las catacumbas. Golpeaban fuertemente en la puerta para echarla abajo. El edificio temblaba en su base, las urnas de plata vibraban como quejándose. La mitad de la puerta fué derribada.

Anatolio, Mirra y Arsinoe se precipitaron por las galerías interiores. Los cristianos corrían por los estrechos corredores, como hormigas en desbandada, dirigiéndose todos hacia las salidas secretas que comunicaban con la cantera. Pero Arsinoe y Mirra no co-

nocían la exacta disposición de las galerías. Se perdieron en el laberinto y llegaron al último piso inferior, situado á cincuenta codos bajo tierra. Era difícil respirar allí. Bajo los pies se filtraba un agua cenagosa. La luz de las lámparas vacilaba. Miasmas pútridos envenenaban el aire. Mirra sintió que su cabeza daba vueltas, y perdió el conocimiento.

Anatolio la cogió en brazos.

A cada momento temían encontrarse con los legionarios. Podían tapar las salidas: corrían el riesgo de ser enterrados vivos.

Por fin, oyeron la voz de Juventino:

—¡Por aquí... por aquí!

Inclinado, llevaba á hombros al anciano Didimo. Al cabo de algunos minutos, llegaron á la salida secreta que daba á la Campania.

De vuelta á casa, Arsinoe se apresuró á desnudar y acostar á Mirra, que continuaba desvanecida. Arrodillada, la hermana mayor besó las manos inertes, delgadas y amarillas de la niña. Un penoso presentimiento angustiaba su corazón.

El rostro de la dormida tenía una expresión extraña: jamás había reflejado un encanto tan inmaterial. Todo su cuerpecito parecía diáfano y frágil como las delgadas láminas de un ánfora de alabastro iluminada por un fuego interior.

Aquel fuego no debía apagarse sino con la vida de Mirra.

XVIII

Ya de noche avanzada, por un bosque pantanoso, no lejos del Rhin, entre la plaza fortificada *Tres Tabernæ* y la ciudad romana *Argentoratum*, conquistada desde hacía poco por los alemanes, caminaban cautelosamente dos guerreros extraviados. Llamábase el uno Aragaris, y era un gigante desgarrado de cabellos rojos, sármata al servicio de Roma; el otro, Strombix, un siriaco delgado y enfurruñado.

La obscuridad llenaba los espacios entre los troncos de los árboles. El aire era tibio, y estaba saturado de una lluvia fina. Los arbustos esparcían olor á hojas húmedas. Un cuco cantaba á lo lejos.

A cada crujido de las ramas, Strombix se ponía á temblar y cogía la mano de su compañero.

—¡Primo!... ¡eh, primo!

Llamaba á Aragaris primo, no por parentesco, sino por amistad. Se habían afeccionado en el ejército romano. El bárbaro del Norte,

voraz y casto, despreciaba al siriaco medroso, voluptuoso y sobrio en el comer y en el beber. Pero aunque se burlaba de él, le compadecía como á un niño.

—¡Primo!...—gimoteó Strombix.

—¿Qué quieres?... ¡Déjame en paz!

—¿Hay osos en el bosque?

—Sí—respondió Aragaris secamente.

—¿Y si nos encontramos con uno?

—Le mataremos, venderemos su piel y nos iremos á beber.

—Y si es él quien nos...

—¡Cobardón! Ya se conoce que eres cristiano.

—¿Por qué ha de ser cobarde un cristiano? —dijo Strombix, picado.

—Tú mismo me has dicho que en tus libros se dice: “Si te pegan en la mejilla izquierda, pon la derecha,,.”

—Así es.

—Pues si es así, me parece que no se debe guerrear. El enemigo te pegará en una mejilla, y tendrás que presentarle la otra. Sois todos unos cobardes.

—El César Juliano es cristiano, y no tiene nada de cobarde —replicó Strombix.

—Lo que sé —insistió Aragaris — es que sabéis perdonar á los enemigos cuando se presentan en el combate. ¡Gallinas!... Tu vientre no es más grueso que mi puño; con unos cuantos ajos estás repleto para todo el día. Por eso tu sangre no es más que agua de charca.

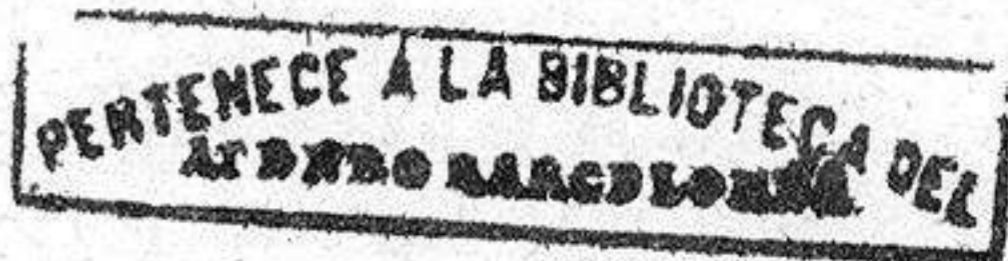
—¡Ah, primo!—exclamó Strombix con amargura.—¿Por qué has hablado de comer? ¡Tengo el estómago vacío! Dame un poco de pan, si todavía te queda algo en el saco.

Aragaris le dió, con un juramento, el último pedazo de su galleta de soldado.

—¡Atención!—dijo deteniéndose.—Se oye la trompa... No estamos lejos del campamento... Hay que seguir hacia el Norte... No tengo miedo á los osos, pero el centurión...

Los soldados habían apodado á aquel centurión detestado “Cedo Alteram,,,” es decir, “Dame una nueva,,,” porque gritaba alegremente, cada vez que se rompía la verga con que golpeaba al soldado que faltaba: ¡*Cedo alteram!*

—Estoy seguro —dijo el bárbaro,—estoy seguro de que *Cedo alteram* me va á medir las costillas. Es abominable, primo, es abominable.



Se habían quedado rezagados del ejército, porque Aragaris, según su costumbre, se había emborrachado hasta perder el conocimiento, en un pueblo saqueado; y á Strombix le habían dado una tunda. El de Siria hizo una tentativa infructuosa para obtener los favores de una hermosa franca. Aquella belleza de diez y seis años, hija de un bárbaro muerto en el combate, le administró dos bofetadas tales, que le tiró de espaldas. Después le pisoteó.

—No era una muchacha, sino el diablo —refería Strombix. — Por poco me tritura.

El sonido de la trompa se oía cada vez más claro. A eso de la media noche llegaron al campamento romano. Todo estaba silencioso. El puente levadizo hacía tiempo que estaba levantado. Los dos amigos hubieron de dormir en el bosque.

Al amanecer resonó la trompa. En el brumoso bosque, el ruiseñor cantaba aún; se calló, asustado por los sonos guerreros. Aragaris olfateó el olor de la sopa, y despertó á Strombix; el apetito de ambos les hizo olvidar las vergas de *Cedo alteram*. Penetraron en el campamento, y se sentaron junto á los hogueras. En la tienda principal, cerca de las puertas pretorianas, el César Juliano velaba.

Desde el día en que fué nombrado César en Mediolan, gracias á la protección de la emperatriz Eusebia, Juliano se dedicó con celo á los ejercicios guerreros. No solamente estudiaba, bajo la dirección de Severo, el arte de la guerra, sino que deseaba conocer también el oficio de simple soldado. Al son de las trompas, en los campamentos, en el campo de Marte con los nuevos reclutas, durante días enteros, aprendía á marchar, á tirar al arco y á la espada, á correr con el peso del equipo completo, á saltar fosos. Dominando la hipocresía monacal, se despertaba en el joven la sangre de la raza de Constantino, raza formada por varias generaciones de austeros y tenaces guerreros.

—¡Ah, divinos Yámblico y Platón! ¡Si vierais en lo que se ha convertido vuestro discípulo! —exclamaba á veces, enjugándose el sudor que inundaba su frente.

Y señalando su armadura, añadía:

—¿No es verdad, Severo, que esa armadura me sienta tan mal, á mí, alumno filósofo, como una silla de guerra á un buey perezoso?

Severo no respondía, y sonreía maliciosamente. Sabía que aquellos suspiros y lamentos no eran sinceros, y que, en realidad, Juliano estaba satisfechísimo de sus progresos militares.

En pocos meses se había de tal manera transformado, virilizado,

que á muchos les costaba trabajo reconocer al "pequeño griego", como le llamaban en otro tiempo en la corte de Constancio. Solamente los ojos no habían cambiado, y brillaban con un fuego extraño, demasiado agudo, casi febril, que les hacía inolvidables. Juliano se sentía cada día más fuerte, no solamente física sino moralmente también. Por la primera vez en su existencia experimentaba la felicidad del amor de las gentes sencillas.

A los legionarios les había agradado, desde luego, ver que un verdadero César, primo del Augusto, aprendía el oficio militar en los cuarteles, sin repugnancia por la grosera vida de los soldados. Los rostros austeros de los veteranos se iluminaban con tierna sonrisa, cuando admiraban la creciente destreza del César, y se asombraban de sus rápidos progresos.

Juliano se acercaba á ellos, hablaba, escuchaba las narraciones de las campañas pasadas, los consejos concernientes á la manera de ceñirse la coraza, cómo había que poner el pie para evitar la demasiada fatiga de las marchas forzadas.

Circulaba el rumor de que el emperador Constancio había enviado al inexperimentado joven á pelear con los bárbaros de la Galia, para que encontrase allí la muerte, y desembarazarse de un concurrente; que los generales, siguiendo los consejos de los eunucos imperiales, hacían traición al joven César.

Todo esto inflamaba aún más el amor de los legionarios por Juliano.

Con el arte de conquistar voluntades, contraído durante su educación monacal, Juliano procuraba robustecer el cariño de que era objeto y el odio hacia el emperador. Delante de los soldados hablaba de su *hermano* Constancio con una humildad de doble sentido, bajando los ojos y afectando la actitud de víctima. Le era tanto más fácil cautivar á los guerreros por su intrepidez, cuanto que la muerte en un combate le parecía envidiable, en comparación de la que sufrió Galo y que le reservaba tal vez el emperador.

Juliano había organizado su vida con arreglo al ejemplo austero de los antiguos conquistadores. La educación estoica del pedagogo Mardonio le ayudó á soportar la carencia total del lujo. Dormía menos que un simple soldado, y no en cama, sino sobre una grosera y peluda alfombra. La primera parte de la noche estaba consagrada al sueño, la segunda á los asuntos de Estado y de la guerra, la tercera á las musas.

Los libros preferidos de Juliano no le abandonaban en las campañas. Se inspiraba en Marco Aurelio, Plutarco, Suetonio, Catón el

Viejo. Por el día se esforzaba en poner en práctica lo que pensó por la noche con sus libros. La memorable mañana precursora de la batalla de Argentoratum, cuando oyó el toque de diana Juliano se apresuró á ponerse la armadura y ordenó que le trajesen el caballo. Mientras tanto, se retiró al lugar más oculto de su tienda. Había allí una elegante estatuita de Mercurio, alado, con el caduceo: dios del movimiento, del triunfo y de la alegría. Juliano se inclinó y echó en un trípode pequeño algunos granos de incienso. Según la dirección de la humareda, el César, que se preciaba de conocer el arte de los adivinos, trataba de adivinar la influencia del día. Por la noche había oído por tres veces el grito del cuervo, signo nefasto.

Juliano estaba hasta tal punto convencido de que sus inesperados triunfos militares en Galia se debían á una fuerza sobrenatural, que cada vez se iba haciendo más supersticioso.

Al salir de su tienda tropezó. El rostro del César se ensombreció. Todos los presagios eran desfavorables. Resolvió en sí mismo dejar la batalla para el día siguiente.

El ejército se puso en marcha. El camino al través del bosque era penoso: troncos amontonados lo interceptaban á cada momento. El día prometía ser caluroso. El ejército no había recorrido más que la mitad del camino, y hasta el campo de los bárbaros, situado en la margen izquierda del Rhin, en una extensa llanura cerca de la mitad de Argentoratum, había que andar aún, á mediodía, más de veintiún mil pasos.

Los soldados estaban fatigados.

En cuanto hubieron salido del bosque y se encontraron en campo abierto, Juliano los reunió á su alrededor y los colocó en círculo, como los espectadores en un anfiteatro, de manera que fuese él el centro de las centurias y de las cohortes, que se irradiaban en largos rayos circulares. Esta era, por lo demás, la costumbre del ejército romano, para que el mayor número pudiese oír las palabras del general.

Juliano explicó á las legiones, en pocas y sencillas frases, que el cansancio podía perjudicar al éxito, que sería más razonable disponer allí el campamento, descansar, y atacar á los bárbaros al día siguiente por la mañana.

Se oyó un murmullo. Los soldados golpearon los escudos con las lanzas, lo que era signo de impaciencia. Exigían á gritos que Juliano les llevase sin tardanza al lugar del combate. El César miró en redor y comprendió, por la expresión de los rostros, que cometería una gran falta resistiendo.

Saltó á caballo, y dió la señal de continuar la marcha adelante. Un grito entusiasta le respondió, y el ejército se puso en movimiento.

Cuando el sol comenzaba á declinar llegaron á la llanura de Argentoratum. Entre las colinas bajas brillaba el Rhin. Al sur se alzaba la sombría masa de los Vosgos.

De pronto, sobre la colina más próxima aparecieron tres jinetes. Eran los bárbaros.

Los romanos se detuvieron y formaron en orden de combate. Juliano, rodeado de seiscientos jinetes bardados de hierro, los *clibanarios*, mandaba la caballería del ala derecha; á la izquierda se extendió la infantería, á las órdenes de Severo, al cual, por lo demás, obedecía el mismo Juliano. Los bárbaros opusieron su caballería á la de Juliano: al frente marchaba el rey Clodomiro; frente á Severo, el joven sobrino de Clodomiro, Agenarico, dirigía la infantería.

Resonaron las trompas y los cuernos guerreros. Los estandartes, las insignias con los nombres de las cohortes, los dragones de púrpura, las águilas romanas, se acercaron al frente de las legiones. Hacia adelante, con los rostros tranquilos y severos, avanzaban á paso firme y regular, que hacía retemblar el suelo, los hacheros y los primipilares habituados á la victoria.

De repente, la infantería de Severo se detuvo. Los bárbaros, ocultos en un foso, saltaron afuera de su emboscada y atacaron á los romanos. Juliano, desde lejos, vió la turbación que se produjo, y acudió á socorrerles. Se esforzaba en tranquilizar á los soldados y se dirigía tan pronto á una cohorte, tan pronto á otra, imitando el estilo conciso de Julio César. Cuando decía *Exurgamus, virifortes*, ó bien: *Advenit, socii, justum pugnandi jamtempus*, aquel joven de veinte años pensaba con orgullo: "Ahora me parezco á tal ó cuál célebre jefe conquistador.". Y en el mismo ardor de la acción se rodeaba mentalmente de sus libros y se felicitaba de que todo se deslizase precisamente como lo describían Tito Livio, Plutarco y Salustio. El experimentado Severo moderaba su ardor con su sangre fría, y, sin dejar de dar cierta libertad á Juliano, no abandonaba la dirección general del ejército.

Las flechas silbaron, así como las lanzas de los bárbaros, sujetas por largos lazos; las máquinas de guerra proyectaron enormes piedras.

Los romanos se encontraban al fin frente á frente con los terribles y misteriosos habitantes del Norte, respecto á los cuales circu-

laban tan increíbles leyendas. Éstos llevaban monstruosos equipos; algunos tenían las espaldas cubiertas con pieles de osos, y, á manera de cascos, cubrían sus cabezas con bocas de animales. Otros tenían cascos con cuernos de ciervos ó de bueyes. Los alemanes despreciaban la muerte hasta tal punto, que se lanzaban á la pelea completamente desnudos, sin más que la espada y la lanza.

Sus cabellos rojos, atados en la coronilla, caían por la espalda como crines.

Algunos de ellos eran tan salvajes que no empleaban el hierro y combatían con lanzas terminadas por puntas de huesos, impregnadas de un violento veneno que las hacía aún más peligrosas: bástaba un pinchazo de aquella arma primitiva para morir lentamente, entre atroces sufrimientos.

Había también sajones, de ojos azules, á quienes el mar nunca espantaba, pero que temían la tierra; sicambrios, hércules de pupilas verdes como el agua del Océano; batavios y sármatas, medio hombres, medio fieras, cuyos terribles rostros no veían los romanos sino en el momento de la muerte.

Los primipilares, reuniendo sus escudos, formaron una compacta muralla de acero, invulnerable á todos los golpes, que avanzaba con movimiento continuo y lento. Los alemanes se precipitaron sobre ella con gritos feroces, semejantes á los roncós rugidos de los osos. El combate comenzó pecho contra pecho, escudo contra escudo. Se levantó un polvo tan denso por encima del llano, que interceptó los rayos del sol.

En aquel momento, en el ala derecha, la caballería de hierro de los clibanarios volvió grupas y emprendió la fuga. Podía arrollar á las legiones de la retaguardia. A través de la nube de flechas y de lanzas, en pleno sol, brillaba el estandarte color de fuego del gigantesco rey Clodomiro.

Juliano acudió al galope de su negro corcel, blanco de espuma. Comprendió la astucia. La infantería bárbara, colocada expresamente entre los jinetes, se deslizaba bajo las patas de los caballos romanos y les abrían el vientre con la espada. Los caballos caían, arrastrando á sus jinetes, que no podían levantarse, abrumados bajo el peso de su armadura.

Juliano se colocó en medio del camino. Debía, ó detener á los jinetes fugitivos, ó ser aplastado por ellos. El tribuno de los clibanarios chocó con él. Reconoció á Juliano; se detuvo, pálido de vergüenza y de espanto. Toda la sangre afluyó al rostro de Juliano, que, olvidándose de sus libros clásicos, se inclinó, cogió al fugitivo

por la garganta y gritó, con una voz que le pareció á él mismo desconocida, salvaje:

—¡Cobarde!

Después volvió al tribuno de cara al enemigo. Entonces, los jinetes se detuvieron, reconocieron el dragón de púrpura, el dragón imperial, y quedaron confundidos. En un minuto, toda la masa de hierro se lanzó de nuevo sobre los bárbaros.

El choque fué rudo. Una lanza dió á Juliano en mitad del pecho; debió la salvación á su coraza. Una flecha silbó en su oído, rozándole la mejilla con las plumas.

En socorro de la caballería, que flaqueaba, Severo envió unas legiones de coruntes y brakates, aliados semisalvajes de los romanos. Acostumbraban á no cantar su himno guerrero, el *barrith*, sino en el momento de la embriaguez sanguinaria del combate.

Entonaron su canto en voz baja y quejumbrosa: los primeros sonos eran tranquilos como el ruido nocturno de las hojas; después, poco á poco, el *barrith* se hacía más fuerte, más solemne y terrible; por último, se transformaba en un furioso y ensordecedor rugido, semejante al del mar desencadenado al estrellarse contra las rocas. Se embriagaban con aquel canto hasta olvidarse de sí mismos.

Juliano cesó de ver y de comprender lo que ocurría en torno suyo. Sentía solamente una sed intolerable y un gran dolor de cansancio en la mano que tenía la espada. Hasta perdió la noción del tiempo. Pero Severo conservaba toda su presencia de espíritu, y dirigía el combate con incomparable tacto. Perplejo y excitado, vió Juliano el estandarte rojo de Clodomiro en el corazón mismo de las legiones. La caballería bárbara había penetrado de flanco en el centro del ejército romano: *¡Ha terminado, todo se ha perdido!* Se acordó de los presagios *desfavorables* de la mañana, y dirigió una postrera oración á los dioses olímpicos.

—¡Venid en mi ayuda! ¿porque quién sino yo restablecerá vuestro poder en esta tierra?

En el centro del ejército se encontraban los veteranos de la legión de los "petulantes", denominados así por su bravura. Severo contaba con ellos, y no se engañaba.

Uno de ellos exclamó:

—*Viri fortissimi!* ¡Bravos de bravos! No traicionemos á Roma y á nuestro César. ¡Muramos por Juliano!

—¡Gloria y prosperidad á César Juliano!... ¡Por Roma!... ¡Por Roma!...—respondieron voces enérgicas.

Y los veteranos, envejecidos bajo las banderas, marcharon una vez más á la muerte, tranquilos y severos.

El soplo de la gran Roma corrió sobre el ejército.

Juliano, con los ojos llenos de entusiastas lágrimas, se lanzó hacia los veteranos para morir con ellos. De nuevo sintió la fuerza del amor sencillo, del amor del pueblo, que le levantaba sobre sus alas y le llevaba á la victoria.

Entonces se apoderó el terror de las masas bárbaras. Temblaron y emprendieron la fuga.

Y las águilas de las legiones, con sus picos rapaces, con sus alas desplegadas brillando al sol, volaron una vez más, anunciando á las tribus derrotadas la victoria de la Ciudad Eterna.

Los alemanes y los francos espiraban combatiendo hasta el último aliento.

Arrodillado en un charco de sangre, el bárbaro, con mano desfalleciente, manejaba la espada ó la lanza, y en sus ojos mortecinos no se leía el miedo ni la desesperación, sino solamente la sed de venganza y el desprecio frente al vencedor. Hasta aquellos á los que se creía muertos se incorporaban, mordían en las piernas de sus enemigos y hacían presa con tal fuerza que los romanos les arrastraban en pos de sí. Seis mil bárbaros cayeron en el campo de batalla ó se ahogaron en el Rhin.

Aquella tarde, cuando César Juliano miraba desde una colina, envuelto como de una aureola por los rayos del sol poniente, le llevaron al rey Clodomiro, hecho prisionero á orilla del río. Respiraba penosamente con su enorme masa; estaba sudoroso y lívido. Tenía atadas las manos á la espalda. Se arrodilló ante su vencedor, y el joven César de veintidós años puso su mano pequeña sobre la enmarañada cabeza del rey bárbaro.

XIX

Era la época de la vendimia. Durante todo el día vibraban en el aire las canciones á orillas del alegre golfo de Nápoles.

En la campiña preferida por los romanos, en Bay, célebre por sus baños sulfurosos; Bay, de donde los poetas del tiempo de Augusto decían:

Nullus in orbe locus Baiis preluceat amœnis,

las personas desocupadas se deleitaban en la Naturaleza, más refinada y voluptuosa que ellas mismas.

Era un rincón inviolado del elegante país, que seducía la imaginación de Horacio, de Propercio y de Tíbulo. Ni una sola sombra del siglo monacal había obscurecido aún aquel soleado litoral que se extendía entre el Vesubio y el cabo Misena. No se negaba allí el cristianismo, pero se desembarazaban de él con ligeras bromas. Las pecadoras no se arrepentían; antes bien, las mujeres honradas se asustaban de la virtud como de una moda rancia. Cuando llegaban las nuevas de profecías de sibilas amenazando al mundo decrepito con una ruina total, ó bien las de los nuevos crímenes y mojigaterías del emperador Constancio, de la invasión de los persas en Oriente, de las amenazas de los bárbaros del Norte, los felices habitantes de Bay, cerrando los ojos, aspiraban la fina brisa llena de los perfumes de los racimos de Falerno, apenas triturados en la prensa, y se consolaban con epigramas. Para olvidar las desgracias de Roma, las predicciones del fin del mundo, les bastaba con escribir breves composiciones poéticas, que se enviaban uno á otro como regalo:

*¡Calet unda, friget æthra
Simul innatat choreis
Amathusium renidens
Salis arbitra et vaporis,
Flos siderum Dione!*

Algo viejo é infantil se leía en los rostros de los más alegres epicúreos.

Ni la fresca agua salada de los baños de mar, ni los calientes manantiales sulfurosos, podían curar por completo el cuerpo de aquellos jóvenes caducos y decrepitos, calvos ya á los veinte años, y envejecidos, no por su desenfreno personal, sino por el libertinaje de sus antepasados, hartos ya de literatura, de la sabiduría de las mujeres espirituales é impotentes, y que llevaban en sus venas la sangre sin calor de las generaciones tardías.

En uno de los rincones más floridos y más agradables, entre Bay y Puteolis, entre las negras cumbres de los Apeninos, se destacaba la nota viva de las paredes de mármol de una finca de recreo.

Cerca de un ventanal abierto directamente sobre el mar, de tal suerte que desde el cuarto no se veía más que las olas y el cielo, Mirra yacía en un lecho.

Los médicos no acertaban con su enfermedad; pero Arsinoe, que veía á su hermana perder fuerzas y desmejorar de día en día, se trasladó de Roma á orillas del mar.

Mirra, á pesar de su enfermedad, á imitación de las religiosas y de los anacoretas, arreglaba su cuarto, traía el agua y procuraba lavar la ropa y cocinar. Durante mucho tiempo, hasta que no pudo resistir más, se negó á acostarse, pasando la noche en oración; y un día, Arsinoe, aterrada, encontró un cilicio sobre el débil cuerpo de su hermana. Mirra había hecho que quitasen de su cuarto todos los objetos de lujo y adorno, no dejando más que la cama y una tosca cruz de madera. El cuarto, con sus paredes desnudas, parecía una celda. Mirra observaba un ayuno severo, y le era difícil á Arsinoe luchar contra aquella voluntad obstinada y dulce.

El tedio desapareció de la vida de Arsinoe. Pasaba continuamente de la esperanza del restablecimiento de Mirra á la desesperación de perderla; y aunque no la quisiera más que antes, dominada por el temor de la separación eterna, comprendía mejor su cariño.

A veces, con piedad maternal, Arsinoe contemplaba aquel rostro fino y demacrado, que exhalaba una gracia celeste, aquel cuerpecito abrasado por un fuego interior demasiado vivo. Cuando la enferma rehusaba el vino y la alimentación que prescribían los médicos, Arsinoe decía:

—¿No lo estoy viendo, Mirra? Buscas la muerte. ¿Qué haces de ti?

—¿No es lo mismo vivir que morir?—respondía la joven, con tal convicción que Arsinoe no sabía sino replicar:

—No me quieres...

Pero Mirra, cariñosamente, decía:

—¡No sabes cuánto te quiero, querida! ¡Oh! Si pudieses...

La enferma no concluía jamás la frase, y no preguntaba á Arsinoe si tenía fe. Pero fijaba en su hermana una mirada triste, como si quisiera decirle algo y no se atreviese. Arsinoe sentía en aquella mirada una queja muda, y, sin embargo, tampoco hablaba ella de la fe, y no tenía valor para comunicarle sus dudas, por temor á arrebatarse tal vez la esperanza loca de la inmortalidad.

Mirra se debilitaba de día en día, se consumía como la cera de los cirios, y al mismo tiempo se mostraba más alegre y más tranquila.

Juventino, que había huído de Roma por temor á la persecución de su madre, y esperaba con Didimo, en Nápoles, la partida de la nave para Alejandría, iba á verla todas las tardes.

Leía el Evangelio y relataba las leyendas de los santos.

¡Oh! ¡Cómo hubiera querido Mirra ir á habitar en aquellas som-

brías cavernas, cerca de aquellos grandes y misteriosos seres! El desierto no se le antojaba triste y estéril, sino florido como el paraíso terrenal, lleno de maravillas, iluminado por una luz como no se encontraría otra en ninguna parte de la tierra. Se ahogaba en la casa. A veces, febril por los sufrimientos de la enfermedad, suspirando por la Tebaida, miraba desaparecer á lo lejos las blancas velas de las naves, y tendía hacia ellas sus manecitas. ¡Oh! ¡Si también ella pudiese marchar y respirar el aire puro del desierto lleno de silencio! Otras veces trataba de levantarse, aseguraba que se encontraba mejor, que se curaría pronto, y abrigaba la secreta esperanza de que la dejarían marchar con Didimo y Juventino cuando llegara el barco de Alejandría.

Anatolio, el fiel adorador de Arsinoe, vivía también en Bay. El joven epicúreo organizaba admirables paseos en trirreme dorada, desde el lago de Albano al golfo, con alegres compañeros y mujeres bonitas. Se deleitaba á la vista de las velas de púrpura flotando sobre la mar dormida, de las fusiones de tintes crepusculares sobre las rocas de Caprea y de Ischia, que parecían enormes amatistas; se regocijaba con las bromas de los amigos sobre la fe, con el aroma del vino, con los besos embriagadores de las cortesanas.

Pero siempre que entraba en la apacible celda de Mirra, comprendía que el otro aspecto de la vida le era también accesible. La inocente gracia del pálido rostro de la joven le conmovía. Quería creer en todo lo que ella tenía fe: el dulce Galileo y el milagro de la inmortalidad. Escuchaba las narraciones de Juventino, y le parecía sublime la vida de los anacoretas.

Anatolio observaba con sorpresa que, para él, la verdad existía en la embriaguez de la vida y en su renuncia, en el triunfo de la materia y en el del alma, en la castidad y en la voluptuosidad.

Su pensamiento permanecía claro. No experimentaba remordimientos.

Hasta las dudas le placían como un nuevo juego; aquellas suaves y profundas olas de la vida, aquellas transiciones del paganismo al cristianismo, no le atormentaban, más bien le mecían.

Una tarde, Mirra se durmió ante la ventana abierta. Al despertar, dijo á Juventino con radiante sonrisa:

—He tenido un sueño extraño...

—¿Cuál?

—No me acuerdo. Era un buen sueño. ¿Crees tú que se salvará todo el mundo?

—Todos los justos; los pecadores serán castigados.

—¡Los justos! ¡los pecadores!... Yo no pienso así—respondió Mirra con la misma sonrisa, como si tratase de acordarse de su sueño; —mira, Juventino: yo creo que se salvarán todos, todos, y que Dios no perderá ni un sér.

—Así pensaba el gran maestro Orígenes; decía: “Mi Salvador no puede alegrarse mientras que yo permanezca en la iniquidad.” Pero eso es una herejía.

Mirra no escuchaba, y seguía diciendo:

—Sí, sí. Así debe ser, lo he comprendido ahora: todos se salvarán, hasta el último. Dios no permitirá que se pierda ni una sola de sus criaturas.

—Quisiera también creerlo—murmuró Juventino,—pero temo...

—No hay que temer. Donde hay amor no hay miedo. Yo no temo nada.

—¿Y... “Él,”?—preguntó Juventino.

—¿Quién?

—El que no debe nombrarse. ¡El Rebelde!

—¡Y Él también, Él también!—exclamó Mirra con acento de atrevida fe. —Mientras exista un alma que no se haya salvado, ninguna criatura gozará de felicidad completa. Si el amor no tiene límites, todo estará en Dios, y Dios estará en todo. ¡Qué felicidad, amigo mío! Todavía no nos hemos dado cuenta de ella. Hay que bendecirlo todo, ¿comprendes?

—¿Y el mal?

—No hay mal si no hay muerte.

Por la ventana abierta llegaba el eco de las canciones báquicas de los compañeros de Anatolio, que se divertían en las trirremes purpúreas, sobre la mar enrojecida por el crepúsculo.

Mirra les señaló.

—Y también eso es bello, también hay que bendecirlo—murmuró.

—¿Unos cantos culpables?—preguntó Juventino con recelo.

Mirra meneó la cabeza.

—No. Todo está bien, todo es puro. La belleza procede de Dios. ¿De qué tienes miedo, amigo mío?... ¡Oh! ¡cuánta libertad se necesita para amar!... y no temas nada. No sabes aún la felicidad que da la vida.

Dió un gran suspiro y añadió:

—¡Y qué felicidad da la muerte!

Esta fué su última conversación. Mirra permaneció acostada varios días, inmóvil y muda, sin abrir los ojos. Tal vez sufría mucho, porque, á ratos, sus cejas se fruncían dolorosamente, pero una son-

risa dulce y resignada corregía en seguida aquella involuntaria contracción, y ni una queja ni un gemido se escaparon de sus labios cerrados.

Una vez, á media noche, llamó á Arsinoe, que estaba sentada á su lado. La enferma hablaba con dificultad. Preguntó sin abrir los ojos:

—¿Es de día?

—No, todavía es de noche; pero no tardará en amanecer—contestó Arsinoe.

—No entiendo... ¿Quién eres?—murmuró Mirra, casi ininteligiblemente.

—Soy yo: Arsinoe.

La enferma abrió de pronto sus ojos grandes, luminosos, y miró fijamente á su hermana.

—Me pareció—dijo Mirra con un esfuerzo,—me pareció que no eras tú... que estaba yo sola.

Después, muy lentamente, con dificultad, juntó las manos diáfanas, con expresión temerosa y suplicante. Sus labios temblaron, sus cejas se arquearon.

—No me abandones... Cuando muera, no pienses que ya no existo.

Arsinoe se inclinó sobre ella; pero Mirra estaba demasiado débil para abrazarla: lo intentó en vano. Entonces Arsinoe acercó su mejilla á los ojos de su hermana, y la joven la acarició el rostro con sus largas pestañas. Era una de sus costumbres de la infancia, inventada por Mirra; se hubiera creído que sobre la mejilla palpitaban las aterciopeladas alas de una mariposa.

Esta última caricia recordó á Arsinoe toda su vida juntas, toda su afección. Cayó de rodillas, y, por primera vez desde hacía muchos años, sollozó irresistiblemente. Le parecía que su corazón se deshacía en lágrimas.

—No, Mirra—decía,—no te abandonaré... Estaré siempre contigo...

Los ojos de Mirra se animaron alegremente. Balbuceó:

—Entonces, tú...

—¡Sí, quiero creer, creeré!—exclamó Arsinoe.

Y en seguida se asombró de sus palabras inesperadas; le parecieron un milagro y no un engaño, y no quiso recogerlas.

—Iré al desierto, Mirra; como tú, en tu puesto—continuó diciendo en un transporte de cariño.—Y si Dios existe, deberá hacer de manera que no haya muerte, que estemos siempre juntas.

Mirra cerró los ojos escuchando á su hermana, y, con sonrisa de infinito sosiego, murmuró:

—Ahora voy á dormir. Ya no necesito nada. Me encuentro bien.

No volvió á abrir los ojos ni á hablar. Su rostro estaba tranquilo y severo como el de los muertos. Vivió así varios días aún.

Cuando acercaban á sus labios una copa de vino daba algunos sorbos. Cuando la respiración se hacía penosa é irregular, Juventino, inclinado sobre ella, entonaba una oración ó un himno sagrado, y entonces Mirra comenzaba á respirar más suavemente, como mecida.

Un anochecer, cuando el sol se hubo puesto tras Ischia y Caprea; cuando la mar, inmóvil, se fundía con el cielo, y la primera estrella comenzaba á temblar, Juventino cantaba á la moribunda:

*Deus creator omnium,
Polique rector vestiens,
Diem decore lumine
Noctem sopora gratia...*

Tal vez Mirra exhaló el último suspiro á los sonos de aquel himno solemne. Nadie había observado que no respiraba ya. La vida y la muerte eran iguales para ella, porque su vida se había fundido con la eternidad, sin sufrimientos, como lo tibio de un hermoso crepúsculo se funde con la frescura de la noche.

Arsinoe enterró á su hermana en las catacumbas, y, con su propia mano, inscribió en la lápida: “*¡Mirrha, vivis! — ¡Mirra, vives!*”

Casi no lloró. Llevaba en su corazón el desprecio del mundo y la resolución de creer en Dios, ó, por lo menos, de hacer todo lo que de ella dependiera para creer en Él. Quería distribuir su fortuna entre los indigentes y marchar á la Tebaida. El mismo día en que Arsinoe comunicó sus proyectos á su tutor, indignado, recibió de la Galia una breve y enigmática carta del César Juliano:

“Juliano, á la muy noble Arsinoe: ¡salud!

„¿Te acuerdas de lo que hablamos en Atenas, ante la estatua de Artemisa? ¿Te acuerdas de nuestra alianza? ¡Grande es mi odio, pero mayor es mi amor! Pronto tal vez el león se despojará de la piel de asno. Y mientras tanto, seamos dulces como palomas, astutos como serpientes, según las palabras de Cristo Nazareno,,

DMITRY DE MEREJKOWSKY

(Continuará.)

LECTURAS AMERICANAS

REVISTAS.—*España*.—Desafinaciones hispanoamericanas.—Buenos consejos.—La venta de los libros españoles en América.—El celibato y la enseñanza.—El Club español de Buenos Aires.—Para qué sirve la Asociación Patriótica Española.—*El Pensamiento Latino*.—Documentos y descripción de las fiestas hechas en homenaje á la paz chilenoargentina.—Los escritores chilenos y los críticos brasileños.—*Revista Positiva*.—El conflicto rusojaponés.—El Centenario del *Quijote*.—*Revista Jurídica y de Ciencias Sociales*.—Los concejos españoles y los cabildos coloniales.—Proyectos de reforma universitaria.—*El Foro del Porvenir* (San Salvador).—La nueva ley de arbitrios y el *referendum*.

Cuando se trata de establecer relaciones permanentes é íntimas entre pueblos que, procedentes ó no de un mismo tronco, se han diferenciado más ó menos por obra de la Historia, es preciso, ante todo, que los encargados de realizar el propósito posean dos cualidades: entusiasmo y prudencia. Necesítase el entusiasmo para no desmayar ante las dificultades seguras que han de presentarse; la prudencia, para no dejarse arrastrar por idealidades, generosas y altas muchas veces, pero irrealizables, y para no herir suspicacias nacidas de las diferencias de costumbres. De aquí que cada una de las partes deba atender, tanto como á sus propias iniciativas, á las advertencias y consejos de la otra. En este sentido tienen grandísima importancia las observaciones que en el núm. 48 (2 Junio) de *España* hace el Sr. Atienza y Medrano, presidente de la Asociación Patriótica Española de Buenos Aires, quien, á su condición de español, une la de residente muchos años ha en la

República Argentina. El Sr. Atienza, cuya memoria como publicista no se ha borrado entre nosotros, es hombre que, á un talento natural nada común, junta una cultura refinada y extensa que, en vez de extraviarle en idealismos fantasmagóricos, le ha servido para mejor apreciar la realidad, adquirir la difícil ciencia del trato humano y de la dirección de los intereses más complejos.

En el citado artículo, el Sr. Atienza examina, bajo el título de *Desafinaciones hispanoamericanas*, algunos de los acuerdos recientes de la *Unión Iberoamericana*, cuyo celo en pro de la intimidad entre la antigua metrópoli y las nuevas naciones de la América latina reconoce y elogia como es justo.

El primero de esos acuerdos se refiere á la creación de «una Sociedad de escritores en todos los Estados americanos que mantienen relaciones con España». Después de advertir que esta forma de redacción puede llevar á suponer que hay Estados que carecen de esas relaciones, lo cual no es exacto y pudiera ofender á alguno, el Sr. Atienza examina particularmente el acuerdo y lo reputa por inútil, pues en los países donde hay elementos intelectuales importantes, ellos mismos se organizan por la fuerza de su vitalidad; y donde no los haya, no cabe improvisarlos.

El segundo de los acuerdos se refiere á la creación de Academias de Música en las capitales americanas.

«No sabemos lo que pasará—escribe el Sr. Atienza—en las demás Repúblicas americanas de origen hispano ó hispánico, como ahora han dado en decir, en punto á vulgarización de la música, aunque algo se nos alcanza de lo que debe acontecer, por la rapidez con que el divino arte ha extendido sus dominios; mas por lo que hace á la República Argentina, y sin contar la enseñanza privada, los conservatorios y academias musicales existen por docenas. La escuela gratuita de música de nuestro poderoso colega *La Prensa* instruye anualmente en la música instrumental y en el canto á más de 1.500 alumnos; otros tantos recibirán enseñanza en el conservatorio que

dirige el Sr. Alberto Williams, y no se ven menos concurridos otros establecimientos de igual índole, entre ellos el que ha fundado recientemente nuestro compatriota Sr. Andrés Gaos, eximio violinista.

»Agregar á todos estos institutos una academia más, sería, como bien se comprende, un esfuerzo inútil, si obedeciera á un impulso altruísta; y si á fines utilitarios, un mal negocio».

El tercer acuerdo es de redactar un epítome de Gramática española destinado á circular en América. Respecto de él hace notar el Sr. Atienza que si sus iniciadores se hubiesen informado previamente de la organización de la enseñanza del idioma en América, se hubiesen podido ahorrar aquella determinación. Así, por ejemplo, en los colegios argentinos de segunda enseñanza figura el estudio del castellano en tres años consecutivos de sus planes y programas; alumnos y profesores conocen la Gramática y el Diccionario (bastante deficiente por cierto) de la Academia Española; en todas las bibliotecas públicas y de hombres cultos figura la Colección de Autores de Rivadeneyra; las obras maestras de nuestros escritores antiguos y modernos andan en manos de todas las personas ilustradas; americanos, y no españoles, son Caro, Bello y Rufino Cuervo, cuyo Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana, que se publica en París, es el más valioso monumento que se ha levantado á nuestro idioma; y, en fin, si es cierto que la lengua castellana está sufriendo en este medio una transformación profunda, en parte para responder á las exigencias de una vida nueva, y en gran parte también por el influjo de otros idiomas, que, manejados por manos inexpertas, no pueden menos de propender á corromperla y plagarla de barbarismos, verdad es igualmente que hay aquí escritores que no desmerecen de los que ocupan más honroso lugar en la literatura de nuestra Patria».

El Sr. Atienza aconseja que, en vez de estos proyectos literarios y artísticos, que no tienen objeto, la Unión Ibero-

americana debe estudiar otros, conducentes «á fomentar las relaciones industriales y mercantiles, en las cuales incluimos en preferente lugar el comercio de libros, que es insignificante, porque falta quien organice una propaganda extensa y activa y quien procure abaratar el costo de las obras.

»Los precios á que éstos se venden aquí son por lo general exorbitantes. Se puede asegurar sin exageración que el cálculo se hace por los libreros á razón de un peso papel por peseta, es decir, tres veces el costo de la obra en España. ¿Cómo pretender que se lean aquí libros españoles?»

Igual observación hemos leído recientemente en cartas de Chile, de Venezuela y de Puerto Rico. La compra de libros españoles se hace allí tan difícil, que cuando un particular quiere adquirirlos, ha de encargarlos á un amigo de España ó girar cantidades á un librero de aquí, si es que por ventura conoce á alguno. De otro modo, ó no los encuentra ó tiene que renunciar á comprarlos, por el precio elevadísimo que allí les ponen los *corresponsales*. Hay que remediar esto, y mucho puede hacer en ese sentido la Unión Iberoamericana, en cuyas comisiones abundan las personas de cultura y de experiencia.

En el núm. 47 de la misma Revista, doña Carlota Gómez de Plaza protesta contra el decreto del Consejo escolar de Nueva York, que ha prohibido el matrimonio á las maestras. El Consejo se ha fundado en varias razones muy discutibles: la primera de ellas es que «una mujer casada no puede atender debidamente á la educación de la niñez, á causa *de las preocupaciones inherentes al estado matrimonial*».

«De esta afirmación—dice la Sra. Gómez—se deducen, entre otras muchas cosas, estas dos: la primera, que, por lo visto, las solteras en Nueva York, á semejanza del librepensador de una conocidísima zarzuela, no *piensan en nada*; y la segunda, que las *preocupaciones inherentes al estado matrimonial* no rezan con los hombres, que indudablemente no se preocupan, puesto que el santo yugo no les imposibilita para ser ministros, jefes de Estado... ó consejeros escolares.

»Otra de las razones en que fundan su resolución dichos señores, es que la mujer debe tener su sostén natural en el marido. Este argumento sí que me parece de gran fuerza, y opino que el Gobierno federal debe hacerlo suyo y aplicarle, no sólo á los cónyuges de las maestras, sino á los de todas las mujeres que ejercen un oficio, el cual con harta frecuencia es tan antihigiénico como mal retribuído».

La autora cree, por el contrario, que el día en que toda madre tenga la cultura de una maestra, y toda maestra la ternura de una madre, estará muy cerca de realizarse el ideal del perfeccionamiento de la especie humana.

«Pero los señores que componen el Consejo escolar de Nueva York no lo entienden así, y están más de acuerdo con las tendencias de los Gobiernos que disfruta España de algunos años á esta parte, los cuales también tratan de entronizar el celibato en el Magisterio, y llevan camino de lograrlo, aunque para ello se valen de medios menos ruidosos que los decretos del tantas veces mencionado Consejo. Recomiendo á éste que imite el procedimiento. Solicite del Gobierno español la inmediata remesa de un par de docenas de comunidades religiosas de las que allí monopolizan la enseñanza; ponga á su cargo todas las escuelas de Nueva York, y habrá conseguido con la mayor brevedad y sencillez la realización de su ideal, no teniendo sino maestras *despreocupadas* ó célibes, que, por lo visto, en lenguaje pedagógico yanqui son sinónimos.

»A bien que los españoles no habíamos de protestar por eso...»

En el mismo número, D. Justo Solsona describe minuciosamente la lujosa instalación del Club español de Buenos Aires, cuyos salones adornan cuadros de buenos pintores de la Península. De Nicolau y Cutanda, posee *El cadáver del general Alvarez ante el pueblo de Figueras*, y el *Idilio*; de Palao, *Un baturro*; de Alabés, *Un estudiante*; y otros varios de Bas, Mayol, Villar, Placent, Meifren, con una acuarela de Villegas. La Biblioteca está muy nutrida de libros, revistas y diarios.

E. M.—Septiembre 1904.

En las reformas últimas hechas en el local se han invertido 10.000 pesos.

El Club fué creado en 1864, con 130 socios. De él «han salido toda clase de iniciativas de socorros cuando la madre patria ha sufrido crueles quebrantos, lo mismo para las calamidades de nuestras guerras civiles, como para las víctimas de inundaciones y terremotos. Y bueno es recordar el pueblo de Alhama, destruído por uno de estos fenómenos seísmicos, reedificado sobre sus ruinas con dineros recogidos en suscripción iniciada en sus salones.

»Es, además, origen de la Sociedad Española de Beneficencia, que ha levantado y sostiene el hospital español, orgullo justísimo de nuestra colonia; de la Sociedad Española de Socorros Mutuos, de la Cámara de Comercio y de otras muchas.

»Sus salones han sido visitados por artistas eminentes: Gayarre, Elena Sanz, Aramburu, Bonaplata, Carrera, Barrientos, Biel, Constantino, Calvo, Valero, Vico y tantos otros, y se han dado notables conferencias científicas, artísticas y literarias.»

Conviene hacer constar que el Club español no es el único círculo que nuestros compatriotas tienen en Buenos Aires. Antes bien, el autor advierte que «ninguna de las agrupaciones extranjeras posee en la ciudad de Buenos Aires tantos centros recreativos como la colonia española, que obedezcan á más distintas tendencias y á diferentes modos de ser. Se puede afirmar que cada región tiene el suyo, y alguna hasta dos y tres. Esto indica la especial característica de la tierra de España y lo apasionado al terruño de sus habitantes, fenómeno lógico y natural, conocida la etnología ibérica».

El Club español es general, como lo es la Asociación Patriótica Española.

De ésta, precisamente, trata el número 48 de *España*, en un artículo titulado *¿Para qué sirve la Patriótica?* El motivo de contestar la Revista á esa pregunta es el siguiente:

«Aunque no con tanta frecuencia como hace algún tiempo,

se repite todavía por algunos compatriotas la pregunta con que encabezamos estas líneas, y uno á quien estimamos mucho hizo constar en cierta ocasión no muy lejana que no quería aportar su óbolo á la Asociación Patriótica, para no contribuir á la disgregación social de la colectividad española.

»Aquella pregunta y esta aseveración son motivadas, sin duda alguna, por el desconocimiento completo de los fines que persigue la Asociación Patriótica; pues no es posible pensar, conociendo las prendas de carácter de algunos de los que así se expresan, que les guíe ninguna mala pasión; y con objeto de que se den perfecta cuenta de la misión que actualmente lleva á cabo esta modesta institución, que es, sin embargo, y dicho sea modestamente, la más popular en América, nos vamos á tomar la molestia de reproducir los artículos pertinentes de sus estatutos, y á indicar la manera como los cumple.

»Los fines de la Asociación Patriótica, según sus estatutos, son:

»1.º Responder al llamamiento de la patria siempre que necesite del concurso, bien personal, bien intelectual ó pecuniario, de sus hijos.

»Los voluntarios que fueron á Cuba, el crucero *Río de la Plata*, la Cruz Roja española, la Universidad de Oviedo, las víctimas de Santander, León, Asturias y Galicia, y el Congreso Iberoamericano de 1900, son prueba fehaciente de la manera como ha cumplido la Asociación Patriótica su primordial objeto.

»2.º Salir á la defensa del buen nombre y del honor de España, cuando fuere necesario.

»La generosa hospitalidad que nos brinda la República Argentina, así como el respeto que nos guardan sus hijos, no ha hecho necesario el cumplimiento de este deber.

»3.º Fomentar el espíritu de confraternidad entre españoles y americanos.

»El solo hecho de la fundación de la Asociación Patriótica fué bastante para que la confraternidad hispanoargentina se

convirtiera en una realidad; y buena prueba de ello es el noble espíritu con que el Gobierno argentino, interpretando fielmente las aspiraciones de este generoso país y correspondiendo á los anhelos de la colectividad española, reglamentó el canto del himno nacional y dió lugar á la fiesta más hermosa de confraternidad de que guardamos memoria.

»Los juegos florales que se están organizando para el 12 de Octubre próximo es un nuevo vínculo que unirá á España con la República Argentina.

»4.º Repatriar á los españoles que sean acreedores á este beneficio.

»Con el concurso de casi todas las Compañías de navegación, se repatría mensualmente á todos los españoles que, por enfermedad ó su edad avanzada, se hallan inutilizados para el trabajo y solicitan ese auxilio para ir á morir en la patria.

»5.º Socorrer á los españoles necesitados.

»Diariamente se reparten bonos de comida y alojamiento. Con este objeto, la Asociación tiene celebrados convenios con varias fondas en todo el radio de la ciudad, que, previo abono del estipendio convenido, prestan tan valioso servicio.

»Asimismo se procura la colocación de los compatriotas que se hallan sin trabajo, contando para ello con el valioso concurso del señor director de inmigración, de los gerentes de las Compañías de tranvías y de muchas casas de comercio.

»Como complemento de estos propósitos, no perdemos ocasión para prestar nuestro modesto concurso á todas las Sociedades españolas que tan en alto colocan el nombre de la patria en esta República. De algunas fiestas celebradas en nuestro beneficio hemos cedido el 50 por 100 al benemérito hospital español; sostenemos dos camas de caridad en dicho establecimiento, y cuando celebró sus bodas de plata nos adherimos á las fiestas que organizó con tal motivo su digna comisión directiva, haciendo un reparto extraordinario de bonos, y dos miembros de la junta ejecutiva fueron los encargados de preparar el festival que más espléndido resultado produjo.»

El autor del artículo cita también como labores útiles de la Asociación, la Biblioteca de obras españolas que está formando y que crece en importancia rápidamente; la revista *España* que publica, y los homenajes rendidos «á los españoles y americanos que se han significado en cualquier forma».

Tiempo hacía que no llegaba á nuestra redacción *El Pensamiento Latino*, de Santiago de Chile. Uno de los últimos correos nos ha traído, con gran satisfacción nuestra, dos voluminosos cuadernos que comprenden los números 14 á 24 (Septiembre á Diciembre 1902, pero impresos en 1903). La materia comprendida en ambos no se presta, por su índole, á ser extractada en estos artículos; pero sí debemos señalarla á nuestros lectores para que la aprovechen en sus lecturas y guarden los números en su Biblioteca.

El primer cuaderno está enteramente dedicado (142 páginas) á la recopilación de documentos y descripción de las fiestas hechas en homenaje á la paz chilenoargentina. Forma, pues, una publicación propiamente histórica, cuyo interés diplomático no es preciso encarecer. El segundo cuaderno lo compone la reunión de una serie de juicios de escritores brasileños, acerca de literatos y políticos de Chile. La traducción de esos juicios se debe á D. Clemente Barahona Vega. Se refieren á periodistas, poetas y estadistas, casi todos ellos muy conocidos en España.

Revista Positiva, en su número de 20 de Mayo, se ocupa con *El conflicto rusojaponés*. El autor del artículo, D. Alfonso Pruneda, después de explicar los antecedentes históricos de Japón y Rusia, y de la lucha entablada, se fija en la significación de esta última.

«Existe, como hemos visto, en Asia, una nacionalidad poderosa por el número de sus habitantes; que ha desechado al militarismo, que desempeña sólo papeles secundarios; que es eminentemente activa, cultiva la tierra y trabaja en industrias admirables, desde tiempo inmemorial; que ha logrado resolver el problema de la felicidad, pues está completamente conforme

con sus creencias y su gobierno; que rinde culto perenne á sus antepasados, manteniendo así, á través del tiempo, la continuidad respetable y sentimental de la familia, en quien ésta está por lo mismo constituída de un modo admirable. La caridad en China está altamente desarrollada: los huérfanos, las doncellas, las viudas y los ancianos, todos cuantos necesitan protección, reciben auxilio en asilos especiales. Una nacionalidad que cuenta con estas dotes, que ha logrado sistematizarse, sin permanecer estacionaria, como erróneamente se cree; que ha extendido su influjo civilizador hacia sus vecinos, reuniéndolos en un mismo grupo con comunidad de ideas; que se ha bastado á sí misma durante muchos siglos, es merecedora indiscutiblemente de respeto por parte del resto del mundo.

»Y, sin embargo, las naciones que se llaman cultas, que se creen portaestandartes de la civilización y del progreso, no han vacilado en atentar, de cuantas maneras les ha sido posible, contra la estabilidad y tranquilidad de una civilización que ha mantenido en orden y desarrollado á cerca de la mitad del género humano. El criterio con que se han cometido estas violencias se ha creído que está basado en la civilización, porque á esta palabra se le confiere con frecuencia un significado que dista en verdad de lo justo; se piensa, en efecto, que llevar á China las supersticiones teológicas y las creencias que se desmoronan; que abrir sus puertas al comercio exterior para dar paso con él á conquistas irracionales é injustas; que cometer faltas á creencias arraigadas y á costumbres respetables; que todo esto, en suma, es hacer una obra civilizadora. Se ha decidido que la China despierte de su pretendido letargo, y para despertarla y hacerla desear el progreso se le enseña éste por medio de rapiñas y cañoneos: no es ésta seguramente la mejor manera de hacer amable una causa».

China—añade el autor—no es sistemáticamente hostil á la civilización occidental, como lo ha probado varias veces; pero no puede cambiar de pronto, ni siquiera tan rápidamente como el Japón, porque las creencias tradicionales tienen allí

mayor arraigo. Por otra parte, no puede afirmarse que las naciones occidentales procedan por fines puramente humanitarios. Antes al contrario, sólo les guía un interés mercantil que, en opinión de los economistas, justifican las intervenciones extranjeras, aunque resulten sacrificadas la Moral y la Justicia.

«Quise ocuparme del conflicto rusojaponés (termina diciendo el Sr. Pruneda), y resulta que mi atención se ha dedicado sobre todo á China: es que ella desempeña en dicho conflicto el papel más interesante: por ella luchan dos pueblos; ella será la víctima forzosa que pagará los gastos del combate, y que verá desmembrarse de nuevo su territorio, si, como es seguro, se levanta para defender su integridad y sus intereses.

»Es necesario considerar las relaciones de los pueblos desde un punto de vista más alto, con un criterio superior y no mezquino: todas las naciones han desempeñado en la historia su papel; han contribuído al mejoramiento general de la Humanidad; las instituciones teocráticas, las feudales, las religiones fetichistas, las monoteístas, han sido en tiempo á propósito muy útiles para guiar á los hombres hacia el progreso; respetemos, pues, á las nacionalidades exóticas; considerémoslas, no como extraplanetarias ó inferiores á las del resto del planeta; llevémosles nuestras ideas sanas, no nuestras supersticiones y nuestras creencias deleznable; alumbremos su vida tranquila con el fanal de la verdad, y hagamos brillar sobre sus rostros la luz magnífica de la justicia; démosles lo bueno que tengamos en nosotros; no los apestemos con nuestros vicios y podredumbres, y también aprendamos, no nos asuste la palabra, aprendamos mucho grande, mucho digno que tienen en su Moral, en sus costumbres, pueblos que nuestro orgullo occidental considera como bárbaros, y que en más de una ocasión han dado ejemplos intachables á los civilizados. Con Amor y con Orden, alcanzará la Humanidad Progreso».

En el mismo número se trata de *El Centenario del Quijote*, aplaudiendo la idea y asociándose á ella calurosamente.

«La fiesta de 1905 debe ser, como afirma Cavia, una fiesta común á todos los pueblos cuyos hijos llevan la sangre del esforzado y noble caballero y «del doncosísimo zafio», del «sublime loco» y del no menos sublime cuerdo; fiesta á la que seguramente prestarán su concurso todas las naciones latino-americanas, convencidas de que, al conmemorar el tercer centenario de la aparición del *Quijote*, rinden el debido honor, no sólo á una gloria española, sino á una gloria suya también. América, pues, responderá al llamamiento, poniendo al servicio de la idea sus entusiasmos de siempre por todo lo castizamente español. Para ello cuenta con inteligentísimos campeones de las letras, alguno de los cuales, como el distinguido escritor uruguayo D. Alberto Nin Frías, se puede ufanar de haberse adelantado con sus iniciativas á muchas de las nobilísimas que á diario aparecen actualmente en la prensa española.

»En 1900 publicó el Sr. Nin Frías un notable artículo, en el que proponía la creación de una Sociedad, especie de club literario para los admiradores de Cervantes, «con el fin de fomentar su lectura, interpretarlo, y ante todo enseñar á amarlo». «El anhelo común, escribía, es que Cervantes sea personificación del pueblo ibero y del americano, porque él ha reunido todas nuestras virtudes y todas nuestras glorias».

«La *Sociedad Cervantes*, añadía, tendrá carácter internacional, en una palabra, extensivo á todo país cuyo idioma sea el castellano, especialmente en América. Alcanzaría de esta suerte á ligar los pueblos hispanoamericanos.

»El Sr. Nin Frías proponía además la fundación de una ciudad que llevase el nombre de Cervantes, cuyo territorio fuese común á todos aquellos pueblos hermanos, y gozase de privilegios especiales; la creación de premios para la mejor obra sobre el *Quijote* ó su autor, etc., etc., recibiendo con tal motivo el Sr. Nin Frías entusiastas felicitaciones y adhesiones de Jorge Damianovich, José Enrique Rodó, Miguel de Unamuno, Dorado Montero y de otras muchas ilustres personalidades.

»Ahora bien: no tenemos noticia de los trabajos que en América se hayan realizado posteriormente con el fin concebido por el citado escritor uruguayo; mas, de cualquier modo, la ocasión actual es altamente favorable para llevar á la práctica esas iniciativas y cuantas tengan por objeto la glorificación de Cervantes y de su libro inmortal. Lo que se haga en tal sentido no será demasiado nunca, dada la personalidad del autor del *Quijote*. Grande por sus talentos, por su heroísmo, por su abnegación, por su intrepidez en el peligro, por su serenidad y resignación ante la adversidad, el mayor homenaje que á Cervantes se tribute resultará siempre pequeño al lado de su colosal, de su brillante figura. Todo, todo cuanto se haga por enaltecer su nombre, será ridículo si no es proporcionado á sus merecimientos.

»Por nuestra parte confiamos en que, en América, todos los que hablan la lengua de Cervantes contribuirán al mayor esplendor de la fiesta de 1905; empresa en la cual cabe esperar mucho de las iniciativas y del apoyo que prestarán indudablemente, tanto los Gobiernos de las Repúblicas hispanoamericanas, como la culta prensa, como, en fin, las Sociedades literarias, científicas y artísticas de dichos países».

Con motivo de un folleto del Sr. Quesada, hemos recogido, en uno de los últimos artículos, indicaciones acerca de la opinión formulada por varios escritores americanos en punto al régimen municipal establecido por las leyes de Indias. El señor Quesada es, como sabemos, defensor de la tesis que concede á aquel régimen un carácter sumamente democrático y precursor de instituciones autonomistas modernas.

El mismo asunto es tratado, en el número de Mayo de la *Revista Jurídica y de Ciencias Sociales*, por el Sr. Lafaille, en un artículo titulado *Los concejos españoles y los cabildos coloniales*. El criterio del Sr. Lafaille es contrario al del Sr. Quesada, y se apoya en juicios de historiadores y juristas americanos, como Del Valle, Montes de Oca y García (hijo). Pero las afirmaciones de estos escritores, según el mismo Sr. La-

faille dice, «se han exagerado, llegando algunos á negar toda conexión entre los cabildos y los concejos, que se suponen destruidos á raíz del combate de Villalar».

El autor del artículo se propone «estudiar la evolución histórica de los concejos (españoles) y la transformación de estos organismos al ser arrancados del suelo que los vió nacer, para aclimatarlos en una región (América) de fisonomía especial». La primera parte de este estudio está hecho sobre fuentes españolas, que sería ocioso repetir aquí. Sólo haremos notar que no figura entre ellas la monografía del Sr. Hinojosa, primera autoridad en el asunto.

Los cabildos americanos fueron, en muchos puntos, diferentes de los concejos españoles, en cuanto su autonomía. Ni dispusieron del nombramiento de los cargos municipales, ni tuvieron facultades políticas. La centralización era grande y no daba lugar (los tiempos habían cambiado mucho) al nacimiento de organismos como los que caracterizan la Edad Media. En cuanto á los llamados «cabildos abiertos», en opinión del autor sólo eran «una reunión de vecinos afincados», «de la parte más sana del pueblo» (como dicen los documentos de la época), á quienes se consultaba sobre algunos puntos de interés general. Sin discutir ahora esta tesis, llamaremos la atención tan sólo acerca de la manera de interpretar la fórmula «la parte más sana del pueblo», usual en los documentos municipales (ordenanzas, bandos, etc.), hasta fecha bien reciente, en las regiones españolas donde el concejo abierto subsiste. En efecto: la «mejor y más sana parte» no quiere decir, por lo común, exclusivamente la de los propietarios ó ricos.

El número 6 de la misma *Revista* dedica gran espacio á los proyectos de ley universitaria presentados á la Cámara por el ministro de Justicia é Instrucción Pública de la Argentina y por los Dres. Cantois y Oliver. Reproduce los proyectos y los discursos con que fueron apoyados, y hace constar que la Comisión parlamentaria ha creído necesario obtener, antes de dar dictamen, «informes de las diversas Facultades

y del Consejo universitario de la capital», para, con todo conocimiento de causa, «eludir el espíritu de imitación servil que informa la gran masa de nuestras leyes... y evitar la aplicación de doctrinas abstractas, cuya implantación ciega podría reportar mayores males que los que se busca conjurar».

Los tres proyectos difieren entre sí, siendo las principales disposiciones del presentado por el ministro, como sigue:

Art. 2.º La Universidad de Buenos Aires comprenderá en su enseñanza y en sus trabajos de investigación científica los siguientes ramos del saber humano:

Derecho y Ciencias sociales.

Ciencias médicas.

Ciencias exactas, físicas y naturales.

Filosofía y Letras.

Organizando otras tantas Facultades, con sus materiales de estudio, sus locales especiales y el cuerpo docente que le sea directamente adscrito.

La Universidad de Córdoba constará, por el momento, de las tres primeras Facultades anteriormente indicadas.

Art. 3.º Las Universidades nacionales estarán dirigidas por las siguientes autoridades:

El rector.

El Consejo Superior.

Los decanos.

Los Consejos de las Facultades.

Las Academias.

El Claustro universitario.

Art. 6.º Cada Facultad estará dirigida por su decano y un Consejo compuesto de tres miembros, nombrados por las Academias respectivas.

El decano es el representante del rector en su Instituto, debiendo cumplir y hacer cumplir estrictamente el reglamento y las ordenanzas dictadas por el Consejo de la Facultad, siempre que estén conformes á las reglas establecidas en los Estatutos universitarios.

Nombra y remueve el personal de la secretaría, contaduría, archivo y biblioteca de la Facultad, y, á propuesta de los profesores, los ayudantes, jefes de trabajos prácticos y jefes de clínica.

Dispone y distribuye los fondos que han sido asignados para los gastos de la Facultad, rindiendo una cuenta anual de su inversión al Consejo Superior. Es personalmente responsable de la malversación de estos fondos.

Da los certificados de estudios y de exámenes, en virtud de los cuales el Estado recibirá las pruebas de idoneidad profesional; pero la Universidad expedirá exclusivamente los diplomas de las respectivas profesiones científicas, los que serán refrendados por el ministro de Instrucción pública.

Los decanos y los miembros de los Consejos de las Facultades serán nombrados por cuatro años, pero los decanos no pueden ser reelectos.

Art. 7.º Los Consejos de las Facultades resuelven los casos no previstos por el reglamento ni las ordenanzas de las respectivas casas de estudios.

Dictan el reglamento y las ordenanzas que, dentro del sistema universitario, juzguen conveniente y necesario para la mayor eficacia de la enseñanza y para mantener la disciplina en sus propios Institutos.

Inician la sanción del presupuesto universitario con el de la Facultad respectiva, el que pasará en revisión al Consejo Superior para su aprobación ó su reforma. En este último caso, la sanción definitiva se obtendrá siguiendo las reglas establecidas, en idéntica circunstancia, por el Parlamento argentino.

Dictan los planes de estudios y los horarios anuales para las escuelas de su superintendencia.

Fijan las pruebas de suficiencia para la promoción de los alumnos de un curso inferior al superior.

Art. 8.º Las academias estarán constituídas por los profesores y exprofesores titulares y sustitutos de cada Facultad.

Sus funciones principales consisten en promover el progreso científico y literario en sus institutos respectivos, y fomentarlo activamente en el gremio intelectual que contribuye á formar, vinculándolo á la Universidad.

Las academias publicarán sus «Anales», con el acta de sus sesiones y de sus trabajos como corporación científica y literaria; solicitarán de los poderes públicos la reunión de Congresos y la celebración de Exposiciones para estimular el adelanto mayor en los estudios que le son especiales, organizando, previa autorización, los comités de propaganda y de trabajos preliminares. Incitarán la labor común y la individual por la concesión de premios, bolsas de viaje de estudios, contrata de profesores en el extranjero, altamente colocados en las ciencias y en las letras, para perfeccionar la enseñanza nacional; divulgarán su pensamiento y su acción en toda la república por medio de la *extensión universitaria*.

La academia designa el candidato único para profesor titular, que por intermedio del Consejo Superior se elevará al Poder Ejecutivo para su nombramiento en la cátedra vacante ó de nueva creación.

Nombra á los profesores sustitutos, de acuerdo con lo especificado en el reglamento de la Facultad, no pudiéndose alterar éste en sus disposiciones pertinentes para un nombramiento inmediato.

Todo académico tiene la obligación moral del adelanto continuo en su enseñanza, debiendo presentar á la academia trabajos originales para su estudio y discusión. La falta de cumplimiento á este deber determinará la cesantía del profesor titular ó del sustituto que no lo cumpla.

Art. 9.º El claustro universitario estará formado por los miembros de todas las academias y por los diplomados universitarios de cada Facultad que concurren á sus sesiones, en la Universidad de Córdoba, y con los diplomados que obtuvieran lauros por sus estudios y que se incorporen á los mismos actos en la Universidad de Buenos Aires.

Dictará los estatutos de la Universidad respectiva, de acuerdo con las bases establecidas en la presente ley, y los reformará, en todo ó en parte, cuando lo estime necesario, ajustándose siempre á los mismos principios.

Nombra el rector.

Resuelve la creación de nuevas Facultades ó la división de las existentes.

Dirime los conflictos que puedan ocurrir entre el Consejo Superior y las Facultades.

Y fija anualmente los subsidios que habrán de pedirse al Estado para costear la enseñanza, la creación de laboratorios, clínicas, etc.

Los profesores titulares serán nombrados por el Poder Ejecutivo; los sustitutos, por la academia correspondiente. Hay también profesores libres ó *privat docentes*.

Aparte los títulos y certificados que otorgan las Universidades, existirá el título *profesional*, que sólo podrá ser concedido mediante un examen ante tribunales especiales que el Poder Ejecutivo nombrará. Para presentarse á este examen hará falta poseer los certificados de estudios expedidos por los profesores de las Universidades.

Cada Facultad gozará, como patrimonio inalienable, 50.000 hectáreas de tierra fiscal que el Estado le asigna.

En *El Foro del Porvenir*, de San Salvador (número de Marzo), el doctor S. Rodríguez estudia la introducción del *referendum* en la administración municipal salvadoreña. El artículo 117 de la Constitución dispone que «las municipalidades son independientes en el ejercicio de sus funciones». Esta independencia es absoluta en todo lo concerniente al régimen económico y administrativo, y por tanto al establecimiento de arbitrios ó impuestos locales.

«Sujetar las disposiciones que sobre tales asuntos dictan las municipalidades á la revisión del Poder Legislativo ó del Ejecutivo, es una evidente violación del principio de la autonomía municipal.

»Sin embargo, entre nosotros ha sido práctica corriente que el Estado se reserve el derecho de dictar ó de aprobar los impuestos locales que perciben las municipalidades para llenar las necesidades de la administración que les está encomendada; práctica inconstitucional que implica nuestra tendencia inveterada á la centralización, como resultado necesario de la educación hereditaria, propia de la organización social en que predomina el estado militar sobre el tipo industrial que corresponde á las sociedades avanzadas.

»Si se quiere, pues, ser consecuente con los principios del gobierno representativo, es menester que en la administración municipal no tengan más participación que los ciudadanos á quienes interesa y que, mejor que ninguno otro, conocen sus necesidades y los medios de satisfacerles, sin detrimento de sus intereses económicos y en la forma más equitativa que posible sea.

»Aplicando este principio á los impuestos municipales, debe admitirse que sólo el poder local tiene derecho á establecerlos y á determinar el objeto y forma de su inversión; y que si se desconfía de la aptitud del municipio para dictar esas medidas, el único juez competente para revisarlas, aprobarlas ó modificarlas, debe ser el conjunto de los ciudadanos de la localidad, que son los que los pagan y á quienes, por lo tanto, interesa únicamente el establecimiento y administración de los tributos municipales.

»Ahora bien: la forma más natural de consultar la voluntad de los ciudadanos sobre tales asuntos, es sin duda la empleada en Suiza por medio del procedimiento referendario.

»Podría, pues, introducirse entre nosotros esa bellísima institución—forma perfecta de la democracia pura y manifestación leal y sincera del principio de la soberanía del pueblo—estableciendo, en *nuestras leyes municipales*, que los arbitrios ó cualquiera otra disposición, ordenanza ó bando municipal, pueda ser sometido al *referendum*, siempre que lo solicite por escrito cierto número de ciudadanos activos y vecinos de la

comprensión municipal; solicitud que sería dirigida á la municipalidad, quien, sin más trámite, convocaría á los electores respectivos para que aprobaran ó rechazaran la providencia á que se hubiere contraído la petición de *referendum*; estableciendo penas judiciales muy severas para los munícipes que se negaran á dar curso ó que desnaturalizaran el procedimiento de la votación municipal».

Las anteriores consideraciones le han sido sugeridas al autor por la nueva ley de arbitrios que lleva la fecha de 10 de Marzo. Esta, á pesar de que reconoce la independendencia del municipio en las funciones económicas, sólo les autoriza para *proponer* los arbitrios, que el Poder Legislativo, previo informe del gobernador, aprobará ó rechazará. La nueva ley, pues, señala una reacción, que aleja la posibilidad de la reforma que pide el Dr. Rodríguez.

«Obedeciendo instintivamente al impulso irresistible del medio ambiente social, hemos borrado con un rasgo de pluma la independendencia económica del municipio, establecida en la Constitución escrita, la cual todavía no ha podido modelar ni dirigir las tendencias personalistas y autoritarias que emanan de la constitución social, en la que predomina la ley hereditaria del centralismo gubernativo y militar.

»Y ¡cosa singular! semejante retrogradación no ha chocado al sentimiento público, ni siquiera ha sido notada por nuestros más prominentes hombres de Estado, ya que ni en el gobierno ni fuera de él se ha dicho una sola palabra de la inconstitucionalidad de esa ley, lo que está probando la persistencia y eficacia de otra ley biológica, la de las influencias del medio ambiente y la de la adaptación de los individuos á la estructura del agregado social á que pertenecen.

»Sugestionados por el prejuicio hereditario de que las corporaciones, como los individuos, no son aptas para ejercer los derechos naturales que las garantiza la Constitución, sin la tutela enervante de la autoridad gubernativa—y olvidando en la conclusión el principio de libertad admitido enfáticamente

en las premisas,—los legisladores llegaron fatalmente, en la nueva ley, al postulado natural de que las municipalidades no pueden, no deben ejercer su independencia económica sin que una autoridad superior las dirija y encamine».

El autor teme, quizá con razón, que este sistema de desconfianza retrase la educación política del pueblo salvadoreño.

HISPANUS

CRÓNICA LITERARIA

El escultor de su alma, drama místico en tres actos, de Angel Ganivet, con prólogo de D. Francisco Seco de Lucena. — Granada, 1904.

Al revés de los iconoclastas, que se buscan la notoriedad demoliendo las ajenas, creo que hay que hablar con respeto hasta de los errores y desaciertos de los grandes literatos. No puede existir trato de igualdad en literatura, ni puede hablarse lo mismo de Homero que de Comella. Cuando uno discrepa de la admiración general que ha inspirado á los hombres alguna obra de arte, ó del aplauso que tributan á un escritor sus contemporáneos, se impone al discrepante un criterio de modestia y de desconfianza de sí mismo. Puede ser él quien esté equivocado, pues es más fácil que yerre uno solo que no muchos. A lo cual se junta una consideración de equidad. No por dormitar deja Homero de ser autor de la *Iliada*, ni pierde el derecho á las consideraciones á que le hicieron acreedor sus obras peregrinas.

No es esto servil rendimiento al criterio de la autoridad. Bien está que aquel á quien no le guste Cervantes lo diga y lo razone; pero al menos hay que pedirle que no lo haga con petulancia, ni se hombree de buenas á primas con el autor del *Quijote*, ni compadezca desdeñosamente á las generaciones que incurrieron en la necedad de admirar las aventuras del ingenioso hidalgo.

Voy, pues, á hablar con respeto del drama místico de An-

gel Ganimet, *El escultor de su alma*, estrenado en Granada el 1.º de Marzo de 1899, cuando ya su autor no pertenecía al mundo de los vivos, y que ahora ha salido impreso mediante la solicitud de D. Francisco Seco de Lucena, amigo de Ganimet y poseedor del manuscrito original de esta obra dramática. Y antes de decir lo que *El escultor de su alma* me sugiere, he de hacer una observación que no se refiere al mérito literario de los escritos de Ganimet, sino á su personalidad moral. El hecho de que sus obras póstumas hayan salido al público acompañadas de testimonios tan calurosos de amistad y de admiración como el discurso del Sr. Navarro Ledesma que precede al *Epistolario*, y el prólogo del Sr. Seco de Lucena al drama, dice en favor del hombre tanto como en alabanza del literato. Muy noble y simpático tenía que ser el carácter de Ganimet, para que tales amistades inspirase en un medio tan poco favorable á la amistad y á los afectos desinteresados como es la vida literaria.

El escultor de su alma aparece calificado de drama místico, y, en efecto, el pensamiento representado en él es el pensamiento fundamental de toda Mística. Es además de místico alegórico, en el sentido de que sus personajes no son individuos propiamente tales, sino personificaciones genéricas. Estos personajes son cuatro no más. El escultor, Pedro Mártir (el hombre natural); Cecilia, su amante (la mujer creyente); Alma (la creación humana), y Aurelio (la vanidad del mundo). Alma es hija del escultor y de Cecilia. Claro es que, dado ese carácter de los personajes, el movimiento pasional de la obra ha de ser escaso, y ha de parecerle al lector ó al espectador lejano y pálido, como un eco remoto de las luchas del mundo, que llega á un paraje escondido y solitario. La acción es muy reducida. Como dice gráficamente el autor en las advertencias preliminares para la representación de la obra, no es un drama de acción, sino plástico.

Sin embargo, ese drama en qué se mueven tan pocos personajes, en que lo individual está reducido al *mínimum*, en

que la acción es tan sobria y tan breve, no es claro. Y su obscuridad no dimana de la índole del pensamiento de que es manifestación alegórica, sino del desarrollo que le dió el autor. Cree el Sr. Seco de Lucena que este drama fué de lo último que escribió Ganivet, cuando ya su espíritu se hallaba perturbado. Hay, en efecto, en esta obra dramática cierta incoherencia y vacilación, y hay también algunos pasajes que, sin revestir caracteres manifiestamente patológicos, acusan, sin embargo, asomos de anormalidad en el espíritu del autor.

Initium vitæ libertas; en esta sentencia latina, que sirve de lema al drama, parece estar compendiado su pensamiento. ¿Qué libertad es esa que sirve de principio á la vida, y qué vida la que aquélla inaugura? Esa libertad parece ser el desasimiento de las cosas del mundo, de lo pasajero, de lo temporal, del fenómeno, de la ilusión de Maya, para llegar á la contemplación, y aun á la identificación con la esencia y realidad del sér ó con el superior principio divino de las cosas, desde el punto de vista panteísta; con Dios, desde el punto de vista cristiano. Ese parece ser el simbolismo del drama, juzgando por el primer acto, en que el escultor se aparta de la mujer á quien ama, y se va á conquistar aquella libertad que cuesta tan cara.

Esta fuga de las seducciones del mundo, este desligarse de los lazos que nos atan á lo sensible y lo aparente, es caso constante en la mística vivida. Así, el príncipe Sidarta, el más famoso y perfecto de los Budas, huyó un día, hace más de dos mil años, de su palacio de Kapilavastu, dejando sus riquezas, sus guerreros, sus carros y sus elefantes de guerra y, lo que valía más para él, á su esposa, la bella y discretísima Gopa; y luego de haber cambiado sus vestiduras de seda por el viejo traje de piel de ciervo de un cazador, y haber cortado su cabellera, se retiró á lugares solitarios, convirtiéndose en el asceta de la casta de los Sakias, nombre con el cual había de pasar á la posteridad entre los fundadores de grandes credos religiosos.

Está, pues, en su papel de personaje místico el escultor cuando en el primer acto le vemos huir de Cecilia y dejar su hogar para emprender la conquista de la libertad que ansía. Lo que le caracteriza es la pretensión de re-crearse á sí mismo, de ser él la estatua que su voluntad ha de labrar; pero aunque eso tome en sus labios formas de arrogancia nietzscheana, en el fondo, con uno ú otro matiz sentimental, con el predominio de esta ó la otra facultad del alma, tal es la aspiración de todo misticismo: la emancipación del espíritu, para llegar á identificarse con la suma realidad, apartando los velos sensibles que la ocultan y nos apartan de ella. Lo que sí puede decirse es que el escultor es un místico que se queda á la mitad del camino: aspira á la libertad y á la emancipación; mas, al parecer, las ama por sí mismas, sin que vislumbre otro fin más lejano y superior á que ellas hayan de conducirle. Es, pues, una mezcla de místico y estoico, un personaje que se coloca á mitad de camino entre ambos tipos espirituales. Esto es al menos lo que parece dibujarse en la penumbra que rodea el alma enigmática de Pedro Mártir.

En el segundo acto, el auto del amor—el primero se llama el auto de la fe, y el tercero el auto de la muerte,—el escultor, en hábito de mendigo, vuelve al lugar que abandonó años atrás, y encuentra allí á su hija Alma, que ama al joven Aurelio. El escultor la quiere para sí solo, y la disputa á aquel amor terrestre con tal vehemencia, que si los personajes del drama fuesen seres individuales en vez de personificaciones abstractas, diríase que pasa en aquel momento por la acción una ráfaga de trágico amor incestuoso.

Al llegar á este punto, la acción penetra en una región de sombras y misterios, de alegorías no explicadas. El escultor se da á conocer á su hija. Esta muere, queda petrificada, como las princesas de los cuentos de hadas que son víctimas de un maleficio. Entonces se le aparece al escultor Cecilia, que había muerto, y le dice que su hija ya mora en los cielos, y que sólo mediante la fe podrá él reunirse con ella. Con arrogancia de

titán ó de demonio, el escultor habla de escalar el cielo para rescatar su creación, su Alma adorada. Cecilia, desesperando de vencer por sí sola á aquel espíritu rebelde, invoca la bondad de Dios. Entonces se aparece Alma, tal como quedó petrificada en una escena anterior y envuelta en una gloria como las vírgenes. El escultor cae de rodillas, y muere adorando la aparición: la fe ha iluminado su alma con un postrer destello.

Tal vez guiándose por lo externo de este desenlace, la interpretación del mito de *El escultor de su alma* (es un verdadero mito, pero que no hará la carrera de los antiguos, por ser ahora las circunstancias poco propicias) podría ser ésta: el hombre busca en vano por su solo esfuerzo la emancipación del alma, mas sólo por virtud de la fe puede separarla de la vanidad del mundo.

Pero esta interpretación sencilla y ortodoxa, aunque esté conforme con el curso material de la acción y con el valor alegórico que el autor ha atribuído á cada uno de sus personajes, pugna con el espíritu que revela el drama en muchos de sus pasajes, con el lenguaje que hablan las personas dramáticas y con la fisonomía general de la obra, que vendría á ser, en tal hipótesis, un auto sacramental moderno algo disfrazado.

Tal vez la incertidumbre que acompaña á estas interpretaciones, esa indecisión en que queda el juicio ante el pensamiento general del drama y el sentido particular de sus diferentes escenas y personajes, y esa necesidad del *parece* de que hay que echar mano á cada paso al hablar de esta obra, no dependa sólo de torpeza mía y falta de sagacidad para penetrar su significación oculta. Quizás esta obra es de aquellas en que la inspiración se le escapa al autor, y en vez de ser por él regida le arrastra en su loca carrera. La obra, en general, deja la impresión de un boceto, de una cosa incompleta, vestida prematuramente de valientes y armoniosos versos.

En el prólogo que ha puesto á *El escultor de su alma*, dice el Sr. Seco de Lucena que Ganivet trató de restaurar nuestros

antiguos autos sacramentales acomodándolos al ambiente intelectual moderno. Sin duda hay algo en el drama de Ganivet que le asimila á nuestro antiguo teatro. Es la forma. El lenguaje y la versificación están llenos de reminiscencias clásicas, y pasajes hay en que pudiéramos creer que oímos á un dramaturgo del siglo xvii y no á un escritor de fines del xix. Sin embargo, aunque *El escultor de su alma* se distinga mucho de los tipos corrientes de nuestra producción dramática moderna, y ofrezca tal vez mayor semejanza con la del siglo de oro, se advierten grandísimas diferencias entre los autos sacramentales y el drama de Ganivet. Los autos sacramentales, escritos para ser representados con motivo de fiestas religiosas, eran de una clara ortodoxia católica, al menos en la intención; eran dramas religiosos, no filosóficos. Solían ser sus asuntos cuestiones teológicas ó escenas de la Sagrada Escritura, y eran obras de un simbolismo tan transparente y de una alegoría tan precisa, que aun hoy, en otro ambiente social desprovisto de la fe y la cultura teológica de entonces, cuesta poco trabajo entenderlos. Su confusión, cuando existe, es puramente verbal, de forma, de culteranismo de expresión, al revés de lo que sucede en el drama de Ganivet, en que el lenguaje es diáfano y nada alambicado, y son los pensamientos los que resultan enmarañados y confusos.

Tiene la obra de Ganivet bellezas y excelencias grandes. Una es su versificación, digna, como antes se indica, de ser puesta en lugar próximo á la de los grandes dramaturgos españoles antiguos. No sólo por la armonía natural del verso, sino por la nobleza y sobriedad de la expresión, por las imágenes que la decoran y los pensamientos que de vez en cuando surgen cristalizados en una forma feliz, la forma externa de *El escultor de su alma* cautivará á las personas algo versadas en literatura castellana que lean este libro. Mérito es también la elevación de su asunto. Un drama que nos lleva á la región de los grandes problemas morales y metafísicos debe ser mirado de otra suerte que un sainete de costumbres chulescas, que,

por acabado que sea en su clase, siempre resultará una producción literaria de un género inferior.

Mas no fué para decir esto para lo que empecé anunciando que hablaría con respeto de la obra de Ganimet. Esas bellezas no pueden ocultar los grandes defectos de esta obra. Es, en primer lugar, un drama frío. Perjudica notablemente á su efecto dramático el que los personajes tengan tan marcado carácter de abstracciones. Si nos interesa la historia de Sidarta y la de los que, como él, huyeron de las vanidades del mundo para hacer vida solitaria y contemplativa en desiertos y Tebaidas, es porque sabemos que eran hombres, sujetos, por tanto, á las limitaciones y ligaduras individuales. Lo que se trata de vencer para alcanzar esa libertad que ansía el escultor, y que es la emancipación del alma, es lo individual, el fenómeno, lo pasajero y aparente de la vida; y claro es que si en el personaje que emprende esta conquista de sí mismo hay muy poco elemento individual, su victoria parecerá menos difícil y nos interesará menos.

Por otra parte, en *El escultor de su alma* no asistimos á la lucha ni á la victoria, sino al propósito y al intento. Vemos al protagonista en el primer acto huir de las seducciones del mundo; mas no asistimos á sus pruebas para desasirse definitivamente de aquéllas, ni sabemos de sus luchas más que lo que brevemente dice al departir con Alma, su hija, cuando regresa disfrazado de mendigo. Ha pasado dolor, trabajos, penalidades; pero el dolor, que es un mal en sí mismo, para que se trueque en bien y se le pueda atribuir influencia purificadora es menester que sea un medio para algún bien que por su virtud se alcance. Así, en la lucha para vencer lo temporal y adherirse á lo eterno, el dolor puede ser un bien si nos disgusta de lo pasajero de la vida. El espectáculo del dolor ajeno y el dolor padecido estuvieron en el origen de muchas conversiones. Así, la contemplación de un enfermo, de un viejo achacoso y de un cadáver, movió al príncipe Sidarta á huir del regalo y los placeres de Kapilavastu; y no hay para qué citar los

casos de San Francisco de Borja, de Raimundo Lulio y del abate de Rancé, porque ellos solos, con tropel de otros, acudirán á la mente del lector por ser tan conocidos y familiares. Mas la eficacia regeneradora del dolor no la vemos tampoco en el drama de Ganivet. El escultor, cuando regresa de sus peregrinaciones, no ha conseguido la libertad que buscó, no se ha vencido á sí mismo, no ha logrado la emancipación de su alma, y se necesita al final un milagro para que alcance su ideal ó tenga al menos una visión gloriosa de él.

Además de frío, es el drama de Ganivet un drama nebuloso y obscuro. No se puede pedir, claro está, á un drama místico, el mismo grado ni la misma clase de claridad que á una comedia de costumbres de la clase media ó del gran mundo, en que se trate del adulterio, de la vanidad social ó de cualquier tópico semejante. Dentro de su índole y de su asunto particular es como hay que juzgar la obscuridad de *El escultor de su alma*; y así mirado, resulta el drama confuso, falto de precisión, habitado por un pensamiento flotante y vago, en estado de nebulosa. Sin entrar aquí en la cuestión de lo claro y lo obscuro en literatura, tan sencilla á primera vista que casi no es cuestión, pero harto compleja si se la examina despacio, como que va envuelta en ella la de la colaboración subjetiva del lector ó del espectador en el efecto artístico de una obra, hay que reconocer que, en general, esa obscuridad, cuando afecta á lo esencial de una obra, perjudica necesariamente á la impresión estética. El arte es un medio de comunicar impresiones ó estados de ánimo. La obscuridad hace que el autor comunique menos de su pensamiento ó de su estado de ánimo, y que la impresión sea, por tanto, menos viva y honda; que entre ella un elemento de indecisión y de duda que la paraliza y la disminuye.

Adolece, además, *El escultor de su alma* de cierta monotonía. Casi no hay en él más que un personaje, el escultor Pedro Mártir, quien de tal suerte domina á los demás, insignificantes y pálidos á su lado, que el drama adquiere caracteres

de monólogo. Faltan la lucha y el contraste, fuentes de interés dramático difíciles de reemplazar.

Con todo esto, el drama de Ganivet no sólo es digno de ser leído, sino que creo yo que representado ante un público culto, despertaría, si no un vivo interés, serenas y hondas emociones estéticas. Algunas de sus escenas, como la del escultor y Alma en el acto tercero, y la apoteosis final, creo que, representadas por buenos actores, habrían de ser de gran efecto.

En el extenso prólogo que ha puesto á *El escultor de su alma* el Sr. Seco de Lucena, traza una semblanza de Ganivet y analiza sus principales obras, exponiendo juicios que, en general, me parecen discretos y acertados, y aportando noticias de interés para la biografía definitiva del escritor granadino.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—HISTORIA: El papado búdico.—COSTUMBRES: Un viajero del siglo XVIII.—CIENCIAS NATURALES: La prosperidad americana amenazada por un insecto.—LITERATURA: La refinación del estilo.—El amor en la tragedia.—PSICOFÍSICA: Los orígenes de la risa.—IMPRESIONES Y NOTAS: Nueva teoría sobre las zonas terrestres.—La instrucción pública en el Japón.—Impresiones de un viaje por los Estados Unidos.—Lloyd.

HISTORIA

EL PAPADO BÚDICO.—El Dalai-Lama, jefe espiritual de la iglesia búdica y rey teocrático del Tibet, representa en la política mundial, desde hace unos diez años, un papel tan inquietante como misterioso. La organización de la iglesia tibetana es, tanto en el sentido social como en el religioso, el fenómeno histórico más curioso, según afirma Ular en *La Revue*, que exista actualmente; y el europeo, que hasta el presente ha prescindido por completo de ese factor de la historia, cuya importancia ha desconocido, comienza á comprender la trascendencia que tiene en el desarrollo de multitud de hechos.

En los tiempos prebúdicos, las supersticiones religiosas habían representado ya entre los tibetanos un papel más considerable que entre otros primitivos. El origen de estas supersticiones no es otro que la interpretación de fenómenos particulares de aquellas regiones, que todavía se reproducen actualmente, y que impresionan hasta al mismo viajero europeo. La elevación considerable del país, la extraordinaria

claridad del aire, la configuración del suelo, el alcance fabuloso de los sonidos y, sobre todo, la apariencia grandiosa de las tempestades, son las que han hecho nacer la religión *bæn*, el chamanismo tibetano. En los largos valles vacíos, muertos, negros, sin árboles ni verdor, sepultados bajo una grosera arena, el huracán se abisma, chocando contra las rocas, girando y cayendo sobre sí mismo; el choque de los vientos produce silbidos de agudeza aterradora; la arena se levanta en columnas gigantescas, y bajo el imperio de encontrados impulsos, sus nubes toman formas monstruosas; mastodontes montados por gnomos licornes, que llevan enormes gigantes, cabalgan trágicamente en los vientos, saltan los abismos, atraviesan los valles y se dan formidables asaltos; el sol se oscurece y las partículas de arena se entrechocan, se golpean y se frotan de mil maneras, oyéndose gritos, aullidos, redobles de tambor, zumbidos de campanas lejanas, llantos, risas, gemidos, sollozos, suspiros, agonías; del cielo sin nubes brotan sin cesar relámpagos; siniestras chispas saltan de un monstruo contra otro, y sin intermitencias, los truenos estallan y ruedan á través de aquella naturaleza en pleno delirio; la tensión eléctrica es tan espantosa, que al mismo europeo despreocupado le sobrecoge, le enloquece y le degrada al nivel de un primitivo, sugiriéndole, en un acceso de histeria pasajero, la realidad de los demonios.

La introducción del budismo produjo en el Tibet una transformación social tan considerable como la intelectual. Mientras que en la India la dulzura del clima permite al fanático vivir vagabundo, en el Tibet el hombre aislado está perdido. De ahí la vida conventual á que se vieron obligados los monjes indios que se establecieron en el Tibet; aquellos conventos fueron los primeros y únicos establecimientos fijos en medio de los nómadas tibetanos, que veían en los reclusos unos seres superiores, y que no tardaron en agruparse en torno suyo. El convento se convirtió así en una fortaleza en tiempos de guerra, y en una feria ó mercado en tiempo de paz. Los monjes

eran así los bienhechores y los amos de la comarca, y como tenían siempre abierto el ingreso en sus Órdenes, atrajeron á miles los adeptos, viéndose el espectáculo prodigioso del desarrollo de aquellos monasterios, semejantes á grandes ciudades habitadas por decenas de millares de eclesiásticos, y en los que ni siquiera faltan las relaciones sexuales en forma de matrimonio colectivo de una mujer con todos los individuos de una familia, dándose el caso de monasterios como los de Kumbum ó Uрга, con 50.000 monjes y 5.000 mujeres.

Impuesto por la superioridad de su cultura y por la creciente magnitud de sus recursos, el budismo monacal aniquiló el chamanismo tibetano, y llegaron á constituir la organización teocrática del lamaísmo, que no llegó, sin embargo, á revestir una forma bien definida hasta el siglo XIII, cuando el convento de Satya, en Lassa, llegó á imponerse á todos los demás, y cuando el gran Djinghiz-khau (Gengiskan) fundó su poderosa dinastía. Kubilai, su nieto, que subió al trono en 1260, es una de las más grandes figuras de la Historia universal; pensador, organizador, político incomparable, escribió en el prefacio de sus *Yassa*: «El pueblo, como multitud, es inaccesible á la razón, é incapaz por lo tanto de someterse á autoridades basadas en la razón; y como estas autoridades son necesarias para el bienestar material del pueblo, es preciso imponerle autoridades apoyadas en otras bases que la razón». Y he ahí cómo el budismo se convirtió en religión de Estado, y la teocracia lamaísta ó el lamismo se organizó: Kubilai invitó al lama de Satya á presentarse en su corte, y le recibió como el discípulo recibe al maestro; el gran Lama quedó erigido en Pontífice, señor político del Tibet, y jefe espiritual de todos los budistas, y el emperador quedó como protector del Tibet. Tal fué el papado búdico, imitación probable del papado romano.

Una reforma radical en las costumbres introducida por Tsong-kha-pa en el siglo XV, y que dió por resultado el celibato eclesiástico y la doctrina de la reencarnación de Dios en el

Dalai-Lama, acabó de consolidar el gobierno teocrático, atrayéndole todos los respetos y rodeando de todos los prestigios al gran Lama, encarnación de Dios, y adorado como tal; cada monasterio se divinizó del mismo modo, y sus lamas se convirtieron en reencarnaciones de las emanaciones de Dios, formando en la tierra una especie de jerarquía de hombres-dioses, paralela á la que existe en el cielo con los Budas, Dhyani-Budas y sus emanaciones.

El Dalai-Lama es ciertamente un muñeco impotente, llamado al trono divino desde la edad de rorro por prácticas que excluyen todo fraude, pero que hacen del sér impersonal de que se apodera la Congregación el instrumento dócil, la encarnación verdadera del espíritu congregacionista; el Dalai-Lama ha sido muerto sin duda cuantas veces se ha sentido adulto y ha querido obrar por sí propio; haciéndose peligroso á la oligarquía anónima de los generales de las grandes congregaciones. Su papel histórico ha sido inmenso, y en estos mismos tiempos domina lo que pudiéramos llamar política mundial, siendo el eje de toda la política de Asia.

COSTUMBRES

UN VIAJERO DEL SIGLO XVIII.—Hacer un viaje de Copenhague á París en el siglo XVIII no era cosa baladí. Claus Seidelin, hijo de un boticario dinamarqués, lo emprendió en 1722, consignando sus impresiones en un Diario sincero que ha sido encontrado por la Sociedad danesa de Historia, y del que la señora Remusat extracta en la *Revue Bleue* algunos curiosos datos.

En Berlín, donde vivió dos años, Seidelin vió varias veces al rey Federico Guillermo I, recogiendo informes curiosos sobre su modo de vivir. Como residía en Potsdam, no tenía mesa en la capital, y salía del paso invitándose á comer en casa de un embajador, de un ministro ó de un general; en su palacio

de Potsdam su comida no podía ser más sencilla, gustándole sobre todo las coles, el tocino y los guisantes secos; nunca comía postre; pero para la reina y las princesas se ponía un plato de bizcochos. Un día, en una calle de Berlín, vió Seidelin al rey hurgar con su bastón en un montón de basura, sacar de él un paquete de horquillas, y hacer señal á una criada que pasaba para que lo recogiera. Otra vez vió al soberano á caballo seguido de dos pajes; de pronto se cayó una herradura, y el rey saltó á tierra, cogió un guijarro, y mientras un paje tenía sujeta la pata del caballo, él clavó la herradura.

En ocasiones, sin embargo, Federico Guillermo sabía salir de su tacañería: para recibir á su suegro, Jorge I de Inglaterra, hizo vestir de nuevo á los gendarmes prusianos y ajustó 24 pajes y 40 lacayos, para quienes mandó hacer ricos vestidos de terciopelo azul bordados con trencillas de oro; hizo además venir del extranjero cantores de ópera, y sacó de las cocheras los soberbios carruajes que no habían salido de ellas desde el reinado de Federico I; pero en cuanto el rey de Inglaterra se marchó, todo volvió á su sitio: los pajes y lacayos fueron despedidos, y sus trajes vistosos guardados para otra vez.

Los famosos granaderos del rey excitaron la admiración de Seidelin por su estatura; el más alto de todos era Jonás, un noruego. Seidelin le visitó como paisano, y pudo comprobar que le cabía la mano entera en uno de los dedos del guante del gigante. Un día, en un acceso de mal humor, el coloso oprimió entre sus piernas á un joven y le mató, sin que nadie se atreviera á castigarle. El rey le protegía por ser la mejor pieza de su colección, aunque, como tenía las piernas torcidas, había ordenado á sus médicos que se las trituraran hasta ponerlas derechas.

El procedimiento empleado para repoblar el Brandeburgo no pudo ser más expedito: el rey mandó reclutar, á la suerte, en los pueblos, solteros y solteras en edad de casarse, en número de 600 parejas; invitó á las jóvenes á escoger, y, una vez emparejados todos, los mandó á la provincia despoblada,

con orden á los pastores de casarlos en el acto. Las chicas, dice Seidelin, iban todas risueñas y contentas; pero la mayor parte de los hombres lloraban y parecían condenados al patíbulo; dos chicas de Berlín se presentaron al rey ofreciéndose espontáneamente á marchar si el rey las casaba con dos comerciantes de su gusto que nombraron; el rey hizo llamar á los comerciantes, y les obligó á casarse con aquellas muchachas; con este ejemplo, todos los jóvenes de Berlín se echaron á temblar, y «yo mismo—dice Seidelin—tuve mis temores; por fortuna, el rey se marchó, y todos se tranquilizaron».

CIENCIAS NATURALES

LA PROSPERIDAD AMERICANA AMENAZADA POR UN INSECTO.—Una de las grandes producciones de los Estados Unidos es el algodón, del que sacan por valor de 2.500 millones de francos anuales. Un insecto, un coleóptero, el *boll weevil*, del tamaño de una cabeza de alfiler, amenaza la existencia misma de la producción algodонера, y en sólo un año, el pasado, ha hecho perder á los Estados de Tejas y Luisiana por valor de 250 millones, la décima parte del producto de tan rico cultivo. La alarma es grande, y sabios y políticos, agricultores y sociólogos se preocupan de la gravedad del mal y de los medios de atajar al terrible insecto en su campaña destructora.

Los trabajos llevados á cabo por el Negociado de Entomología han dado por resultado el hallazgo de otro insecto, un himenóptero, la hormiga roja de Guatemala, única capaz de exterminar la temible raza de los weevil. Dondequiera que una de estas hormigas se encuentra con un weevil, le echa encima la garra, y, como dice el Dr. Roux en la *Revue*, le hunde sus mandíbulas en la cabeza y lo destruye; tiene la hormiga á su favor el tamaño, la fuerza y la agilidad; el weevil sólo puede defenderse con su trompa, y si se escapa, la hormiga lo atrapa de un salto y lo mata. No lo come, sino que, cual si

quisiera proteger á la planta, agarra el cadáver del weevil, y no lo suelta sino á larga distancia del algodnero; entonces lo desgarrá con furor, y lo mismo hace con sus larvas, sin dejar una. Según parece, la hormiga gusta del jugo melífero del algodón, y ésta es la causa de su hostilidad al weevil; como éste destruye la planta, la hormiga la defiende con ardor como un bien propio.

El profesor Cook, convencido de que el único medio de salvar la producción algodnora es oponer un destructor al weevil, pues la Naturaleza ha creado siempre un defensor contra quienquiera que pone en peligro sus productos, empezó á hacer averiguaciones y experimentos, y entonces supo que en Guatemala las plantaciones de algodón, aunque atacadas por el weevil, se defendían perfectamente gracias á la intervención de las hormigas rojas. Comprobados los hechos, Cook ha hecho recoger cierta cantidad de hormigas rojas para transportarlas vivas desde Guatemala á Tejas, y los insectos salvadores han sido expedidos al Negociado de Entomología en cajas de estaño perforado, con fragmentos de azúcar de caña para alimento de las hormigas. Pronto, pues, entrarán en lucha con los weevil y se dará la gran batalla, no menos interesante que la que pueda darse en la Manchuria entre rusos y japoneses.

La hormiga roja vive como sus congéneres en familia, y se defiende durante el invierno en galerías subterráneas bastante profundas, donde hace sus provisiones; tiene gran resistencia, pues puede vivir doce días privada de todo alimento. Como todas las formicídeas, se dividen en obreras ó ápteras estériles, hembras reproductoras y machos; las fecundas sólo viven el tiempo necesario para asegurar su obra, y como son en número menor, tardará algún tiempo en haberlas en cantidad bastante para entablar la lucha en gran escala, tanto más cuanto que su alimentación ha de exigir algunos cuidados.

El weevil es una especie de pulgón que apenas se ve cuando

hunde su trompa en el algodónero para chupar su savia. Podría aniquilársele con el azufre como á la filoxera, si la hembra no se introdujese en la misma planta para poner allí sus huevos, lo que hace que no pueda emplearse para la destrucción del insecto ningún medio que no destruya al mismo tiempo la planta misma. El weevil, por otra parte, es de una fecundidad prodigiosa: una sola pareja puede producir hasta diez millones de individuos en una sola estación, lo que explica la rapidez de la destrucción de las más ricas plantaciones.

Conocidas las famosas hormigas de visita que entran en las casas formadas en orden de batalla para devorar ratas, ratones y cucarachas, y á las que debe la Guyana holandesa haberse salvado de esta plaga, habrá que cantar otro elogio más á las hormigas, merced á las rojas de Guatemala, si logran salvar la producción algodонера.

LITERATURA

LA REFINACIÓN DEL ESTILO. — Huysmans hace notar cuán ignorante es el hombre de cultura media en todo lo que concierne á la técnica artística, y la estupidez particular doctrinal y pomposa con que emite sus juicios personales; esta estupidez enorme en pintura y en música, es desmesurada, imprudente y grotesca en literatura, y «jamás—añade—convendrá nadie en que es completamente inepto para apreciar el arte literario, que es, sin embargo, el más complicado, encerrado y altivo de todos».

No hay que forjarse ilusiones—dice en la *Revue Bleue* Miomandre—sobre la extensión de la vulgarización intelectual en Francia. Al ver en los escaparates de las librerías esa avalancha inagotable de libros, periódicos, revistas y publicaciones de arte, se imagina una multitud inmensa de lectores; al hojear cualquiera de esos volúmenes, repletos de hechos y de documentos, se creería en una adquisición intelectual universal-

mente suficiente en todos, y muy especializada en la mayor parte.

Eso precisamente es lo que engaña: el documento, el hecho, la necesidad de producir apresuradamente, han matado el cuidado de escribir bien, después de haber suprimido tiempo ha el de bien leer. Hoy se devora indistintamente lo succulento, lo substancial, lo pimentado, lo desleído, lo inmundo, todo. La asimilación se hace como se puede, y el primero que se resiente es el paladar, que se estropea.

Frente á los misterios del estilo, un hombre de educación media está poco más ó menos en la misma posición que el vulgo ignaro. Ambos experimentan la misma indiferencia, y ninguno de ellos sabe que cada frase tiene una construcción propia que ha podido costar horas de trabajo y de sufrimiento tras largos años de lecturas y de aprendizaje; todavía no han perdido el prejuicio de que el escritor dice lo que siente, como si de su pluma brotaran las frases como el agua de una fuente. El primero ha leído Flaubert, pero se admiraría tanto como el segundo si se le dijera que en *Madame Bovary* hay algo más admirable que la profundidad de sus psicologías.

Hasta el siglo de Luis XIV la lengua francesa era como un jardín pintoresco y espeso, lleno de toda clase de esencias y de flores; pero después de Malherbe se convirtió en un parque ordenado y frío, con calles simétricas y bosquecillos sin misterios; el odio al neologismo y al arcaísmo, y la fijación de la sintaxis, acabaron aquella tarea eliminadora, en virtud de la cual cada escritor sólo podía disponer, para aderezar sus composiciones, de algunos cientos de flores, sin matices ni perfumes demasiado fuertes. Aquella lengua, seca y precisa, es admirablemente adecuada para la expresión filosófica, pero todo el dominio de lo pintoresco la está vedado; y si á veces, como en el *Telémaco*, se aventura por él, parece como el eco lejano de una obra fuerte y vibrante. Fenelon, Lafontaine y Rousseau han sentido sin duda la naturaleza, pero ésta no ha suscitado estilistas antes de Chateaubriand, y aun en éste la ver-

dadera emoción va velada por la excesiva magnificencia de la frase. Tras el Imperio, toda una generación se esforzó en borrar la falta de coordinación entre las angustias del pensamiento y del sentimiento, y los métodos para expresarlas; y mientras unos, como Lamartine, Musset y Víctor Hugo, sacaban de las antiguas formas el máximo de intensidad de efecto, otros, como Gautier, Nerval y Baudelaire, fueron los primeros en cultivar el arte por el arte, llegando á la cima de este refinamiento Flaubert y los Goncourt.

La complejidad de un cerebro contemporáneo no podría expresarse sino con mil dificultades, en una lengua fija y estrecha; conviene hacer entrar en ella todas las formas, empleando para cada caso la más adecuada, y utilizando para ello todos los recursos del vocabulario y todas las construcciones de la sintaxis, á fin de obtener el efecto de la mayor precisión y de la mayor armonía, encantando el oído por la sonoridad de la frase, y el entendimiento por la claridad diáfana del concepto. El pensamiento espera, desnudo en los limbos de lo desconocido y de lo informe, la caridad de un vestido visible con que presentarse. Sea el que quiera el esfuerzo de los que quieren recoger sus formas exactas, preciso es que las apliquen un tejido, por ligero y transparente que sea; y ahí entra lo exclusivamente subjetivo y personal del artista. Entre esos dos polos de la objetivación del mundo y de la subjetividad de su visión, oscila toda la generación modernista, inquieta, refinada é inteligente, atormentada por el afán de la belleza de la forma.

*
* *

EL AMOR EN LA TRAGEDIA.—Generalmente se cree—dice en *La Grande Revue* G. Boissy—que el amor, si no es el tema esencial de las tragedias, constituye, por lo menos, la mayor parte de las afabulaciones: esto es verdad, si se tienen sólo en cuenta las obras de los siglos xvii y xviii; pero no lo es con referencia á la tragedia griega, la verdadera y la más perfecta de todas.

La tragedia antigua no era ni un juego ni un placer: era una institución nacional, casi sacerdotal, por cuyo medio se comunicaban á la multitud, con ocasión de fiestas patriótico-religiosas, las enseñanzas de los sabios, revelando el sentido de los mitos; de ahí que el amor ocupe en la tragedia griega un lugar restringido.

El primer carácter del amor en la tragedia griega es el ser episódico: sea *Prometeo* quien lance sus lamentos desde lo alto de las rocas; sean las hijas de Danao las que vienen, *Suplicantes*, á implorar del Rey de Argos un auto; sean *Los Siete contra Tebas* ó los *Persas* los que lamenten las calamidades de la guerra, el amor no aparece, y Esquilo sólo lo ha presentado una vez, y para eso en forma ignominiosa: el amor de Clitemnestra por Egisto, en la *Orestia*. Este carácter episódico se conserva en lo sucesivo, y sólo en las *Traquinias*, de Sófocles, y en la *Hipólita*, la *Andrómaca* y la *Medea*, de Eurípides, se muestra preponderante, y para eso ni aun en el mismo Eurípides, el decadente, constituye el asunto del drama. La pasión de Clitemnestra es una de tantas pasiones de las que han acarreado la desgracia á la familia de los Atridas. En las mismas *Traquinias*, el interés primordial es el destino de Hércules más que los celos de Dejanira. El amor más episódico de todos es el de Hemon, en *Antígona*, único ejemplar de amor-flor que nos ofrece la tragedia antigua.

El amor en las obras trágicas griegas es una pasión fatal, puramente física, que destruye en el hombre la conciencia; otras pasiones es humillante sufrirlas, pero sufrir el amor es una vergüenza; cuando se apodera de alguien, es un castigo de los dioses, una venganza de Venus, una necesidad cínica que muestra la debilidad del hombre y el poder envilecedor de la carne; el deber del virtuoso y del sano es evitarlo, y su fortuna es no encontrarlo jamás. En Clitemnestra es literalmente repugnante; en Fedra, monstruoso é insolente. El coro lo deplora en cuanto aparece: «Es Cypris la que, favoreciendo secretamente sus amores, ha servido de intermediaria á la des-

gracia», dicen las Traquinias. «Amor, invencible en la lucha —dicen los viejos de Antígona,—tú, que te introduces en todos los seres, tú vuelves loco al que coges». «Amor, Amor, que derramas por los ojos el deseo, insinuando una dulce voluptuosidad que penetra hasta el corazón, no me seas hostil, ni desencadenes contra mí tu furor; ni el fuego, ni los rayos lanzados por los astros, son más terribles que los dardos de Afrodita, lanzados por las manos del Amor, hijo de Zeus, ruina de los mortales, precipitados en todas las desgracias cuando cae sobre ellos, y cuyo soplo furioso todo lo marchita»: así canta el coro de *Hipólita*.

Es de notar que si en el teatro griego hay algunas «enamoradas», no hay, salvo Hemon, ningún enamorado. ¿Por qué? Porque, en primer lugar, el ideal helénico de orden y de serenidad condena las libertades amorosas que turban la armonía social y moral. En segundo lugar, por el desdén que los griegos profesaban á la mujer, pareciéndoles indigno y vergonzoso el que un hombre se rebajara á ser dominado por el amor. Y en tercer lugar, por la idea misma que en Grecia se tenía del amor, estimado, no como un sentimiento, sino como un deseo ó un derecho, un apetito brutal ó una fatalidad. De ahí el desprecio y la tristeza de las grandes almas al sentirse dominadas por el amor, cual si fuese un castigo ó una maldición que sobre ellas pesara. Sólo después de Platón, del Cristianismo, de la Caballería y del platonismo del Renacimiento, ha adquirido el amor el carácter sentimental que hoy tiene.

Se equivocan, pues, ciertas escuelas modernistas que, haciendo del helenismo un culto, exaltan la sensualidad y la carne, ensayando sistemas de moral fácil, so pretexto de antigüedades griegas. Esas costumbres sólo existieron en épocas de decadencia; y el que pretenda vivir con arreglo á los principios de la buena época helénica y á los preceptos deducidos del estudio de las tragedias griegas, llevaría una vida virtuosa muy próxima al concepto cristiano del vivir.

PSICOFÍSICA

LOS ORÍGENES DE LA RISA.—En la *Revue Bleue* acomete Van-lair la ardua tarea de reconstituir los orígenes de la risa. Del conjunto de las observaciones de Darwin debe deducirse que la mayor parte de los movimientos mímicos reflejos, tales como los de la sorpresa, la cólera, la desconfianza ó el miedo, derivan de movimientos ofensivos y defensivos, en otro tiempo voluntarios; pero, por rara excepción, la risa no figura entre esos movimientos. ¿Cuál fué la mímica primitiva que se ha convertido en la risa actual?

El acto risorio es sin duda antiquísimo; pero cuando apareció, la humanidad probablemente era ya muy vieja. Para los primeros hombres, la lucha constante para satisfacer sus necesidades, la risa, era un artículo de lujo que no tenían ni tiempo ni medios de adquirir. Sus descendientes, agricultores y pastores, fueron más felices, conociendo nuevos goces y sintiendo la necesidad de expresarlos por un nuevo gesto, apropiado á tales satisfacciones: de ahí la aparición de la risa.

El músculo retractor de la mejilla fué el encargado de realizar el nuevo gesto á causa de la acción que ejerce sobre la comisura de los labios. Por eso se siente la tentación de asimilar la sonrisa, como quiere Gratiolet, á un esfuerzo respiratorio, como el que ejecutamos instintivamente cuando se mueve nuestro cuerpo en una atmósfera fresca y pura. En el fisiologismo de la risa no puede verse sólo, sin embargo, una respiración libre y feliz. De ahí que haya habido que recurrir á otras explicaciones más satisfactorias.

La imaginada por Cuyet no deja de ser ingeniosa: el mayor placer de los primeros hombres fué, sin duda, el de comer; de ahí un lazo mental entre el acto premonitorio de la alimentación y la idea de aquel placer, pasando el fenómeno de la disclosión de los labios á ser el signo emblemático de la sonrisa. Entre el movimiento inicial de la comida y el de la risa

no hay, sin embargo, identidad ni casi semejanza; es verdad que en ambos se entreabren los labios; pero mientras la sonrisa oprime éstos contra la arcada dentaria, se inclinan hacia delante cuando queremos atrapar un objeto que nos agrada; mostrar los dientes indica el deseo de morder, más que la alegría de vivir.

Pidderit había ya notado la semejanza de la sonrisa con «el rasgo de la dulzura»; en ambos las mejillas se aplican estrechamente contra la superficie de los dientes; pero aunque esta hipótesis se ajuste á los principios darwinianos, repugna admitir que una función tan secundaria haya podido servir de punto de partida á un fenómeno de tan alto valor como la risa.

Vanlair, por su parte, encuentra el origen de la risa en otra parte. ¿Qué se observa—dice—en los animales cuando se ven expuestos á un contacto peligroso? La célula del amibio recoge sus microscópicos pseudópodos; la anémona marina parece tragarse de un golpe sus flotantes tentáculos; el gusano se envuelve, el caracol se esconde, la araña y los coleópteros ocultan sus patas, el pavo real replega su plumaje, el erizo se hace una pelota, y el perro esconde la cola y arquea el lomo; en cuanto el peligro se aleja, el animal desarrolla de nuevo sus apéndices y siente un doble goce: el de la libertad reconquistada y el placer de saciar su apetito. Lo mismo pasa en el hombre con el temor y la alegría, y esas grandes irradiaciones motrices del placer tienen su equivalente en el acto de la sonrisa. La risa facial queda con esto perfectamente explicada; los grandes espasmos reflejos que la complican son los que quedan sin explicación todavía; y para dársela, el biólogo alemán Ewald Ecker la busca en la *utilidad* de esos movimientos, aunque parece preferible el motivo de la proporción entre la energía del excitante y la intensidad de la reacción, y tal vez el goce mismo del esfuerzo realizado. Sea lo que quiera de todas las hipótesis indicadas, la fisiología comparada nos permite señalar una fecha bastante precisa, no al nacimiento del acto risorio, sino á la fase inicial de su desarrollo embrionario.

Se ha dicho mil veces que la risa es propia del hombre, y nada es menos exacto. El caballo, provisto, como el hombre, de un gran cigomático, sonrío con expresión muy parecida á la humana; el perro posee un músculo risorio especial, y presenta á veces los signos de una hilaridad completa; el rictus de los animales y el del hombre han salido de la misma fuente, y existían virtualmente en un antepasado común (1).

En cuanto á la causa *próxima* de la risa, aparece claramente en el cosquilleo, si bien el espasmo resultante de esta excitación difiere de la risa emocional en que mientras en ésta desempeñan un papel activo los órganos de la ideación, en aquélla no, desarrollándose una sensación y no un sentimiento.

Es de notar que esta sensación es más bien desagradable, y tiene de anómalo que la experimentan con mayor intensidad las partes del cuerpo menos sensibles al tacto, como la planta del pie y los sobacos, en tanto que los dedos y las papilas de la lengua no la perciben siquiera, sin que se acierte á comprender el motivo de esta predilección, como es también otra anomalía que para que el cosquilleo produzca efecto necesita ejecutarlo otra persona, no siendo sensible si se hace cosquillas uno mismo. León Dumont explica la risa física como resultado de una emoción producida por la contradicción entre la previsión y el efecto; pero en la titilación del cosquilleo de los sobacos ó de la planta del pie no hay nada imprevisto, y, sin embargo, entonces es cuando la risa llega á su mayor exaltación.

Mejor definida parece la causa determinante de la risa emocional, que en el niño no es otra que una impresión agradable, y en el hombre el contraste entre dos actos inconcilia-

(1) Dejamos á Vanlair la exclusiva responsabilidad de esta afirmación, que repudiamos por no admitir la existencia de semejantes antepasados comunes, y que, por otra parte, no se aviene con lo antes afirmado acerca de la aparición de la risa cuando el hombre llevaba ya siglos de existencia.

bles; la *vis cómica* no emana de la esencia de las cosas, sino de su yuxtaposición subjetiva incongruente; lo imprevisto de la colisión es lo que conmueve nuestras fibras risorias, y la oposición entre lo que debería ser y lo que es hace estallar la carcajada; basta para ello cualquier cosa, la repetición inesperada de una frase, la entonación con que se dice otra, una guiñada, una mueca, para que los nervios risorios se disparen. ¿Por qué nos reímos cuando vemos caer á una persona? Por el contraste también del hecho de la caída con el de la marcha, por lo imprevisto del accidente.

¿Cómo obra este elemento antilógico provocador de la risa? Según Dumont, de la duplicidad irreductible de las sugerencias resulta en nuestros centros psíquicos una conmoción violenta que despolariza el esfuerzo mental, obligándole á tomar otro curso y transformándolo en gasto de fuerza muscular; algo así como el rayo en que se resuelve el conflicto entre dos nubes diversamente electrizadas. En la fisiogenia de la risa hay un elemento indefinible, un *quid ignotum* que escapa á toda investigación; y, como decía Voltaire, «se siente la causa de la risa, pero no se la analiza».

¿Quién puede decirnos, en efecto, por qué tal invención escénica nos hace reir á carcajadas, y tal otra, no menos ingeniosamente concebida, nos deja completamente fríos? ¿Qué tienen ciertas personas para que de ellas emane como una especie de fluido hilarante, haciéndonos reir su menor gesto, sin que quepa atribuir esta gracia á la alegría misma del sujeto, que generalmente suele ser tristón, como los cómicos que más hacen reir, que son los que no se ríen nunca? ¿Por qué hay personas—la mujer, el niño, el meridional, el negro—que están siempre dispuestas á reir, y otras que jamás desarrugan su ceño? ¿Por qué cuando tenemos un disgusto nada nos hace reir, y cuando estamos contentos nos reímos por cualquier cosa? Se haría mal en creer que las causas de la risa se reducen á la colisión psíquica del contraste; hay risas que no proceden de este motivo: el instinto de la imitación nos hace

también reír, como nos hace bostezar (1). La vista de una figura jocosa en un museo nos hace sonreír involuntariamente. Hay risas, sin embargo, que no son comunicativas, ya por su carácter sarcástico, ya por el timbre desagradable de la voz.

IMPRESIONES Y NOTAS

NUEVA TEORÍA SOBRE LAS ZONAS TERRESTRES.—W. Prinz acaba de exponer una teoría sobre la constitución del interior de la Tierra, que está en oposición con las hipótesis hasta el día admitidas, y que detalla en los términos siguientes la *Revista de Montes*.

Según el eminente profesor de Mineralogía y Geología de Bruselas, el globo terrestre debe estar compuesto de siete zonas ó envolturas concéntricas, que se distinguen por su diferente estado físico, resultante de la temperatura y de la presión. Estas distintas zonas se compenetran insensiblemente y son las siguientes:

1.^a Zona sólida externa ó corteza terrestre; incompletamente rígida. El péndulo horizontal demuestra que posee todavía cierto grado de deformabilidad.

2.^a Zona de plasticidad latente, en la que las presiones se transmiten en todas direcciones. Cuando aquéllas disminuyen, la masa se hace sólida. Los cambios de peso, resultantes del incesante movimiento de las masas superiores, pueden reaccionar sobre el estado de esta zona.

(1) En algunos pueblos de Salamanca existe una costumbre que merece citarse en este sitio. Cuando se reúnen los mozos en un día de fiesta y se hacen proposiciones para pasar el tiempo jugando á tal ó cuál cosa, eligen á veces, sobre todo cuando se han cansado de otros juegos, el jugar á una risa de na(da).—¿Vamos á echar una risa de na?—dice uno.—Vamos—contestan los demás.—Entonces se cogen de las manos haciendo corro, y uno ó varios echan una carcajada; los otros les imitan, y no tarda en oírse una formidable serie de risotadas tan sugestivas como las más motivadas y alegres. Eso es la risa de ná.

3.^a Zona viscosa, inmediatamente debajo de la precedente, pero cuya materia no puede alimentar los volcanes por aberturas.

4.^a Zona líquida, inmediata á la anterior, en la que penetra insensiblemente.

5.^a Zona de los gases ordinarios, susceptible de licuefacción bajo una presión creciente.

6.^a Zona de los gases mixtos, en la cual las temperaturas de los cuerpos son muy diferentes. Algunos de éstos se encuentran en estado gaseoso, y otros no lo han alcanzado todavía.

7.^a Esfera central ó zona de gas monoatómico, en la cual la individualidad de los gases ha desaparecido para formarse una masa perfectamente homogénea á muy alta temperatura y de un peso específico considerable.

*
* *

LA INSTRUCCIÓN PÚBLICA EN EL JAPÓN.—Otra vez puede repetirse, como se dijo después de Sadowa y de Sedán, que el verdadero autor de la victoria no es el ejército, sino el maestro. En veinticinco años, el Japón, con una fuerza de voluntad única en la historia de las naciones, se ha puesto al nivel de los países más adelantados en todos los órdenes de cultura; y toda su maravillosa transformación es debida á la organización pedagógica del país, donde, desde 1880, es obligatoria la instrucción para todos los ciudadanos.

La educación japonesa comienza en los *jardines de la infancia*, sistema Frœbel, para terminar en la Universidad, pasando antes por las escuelas primarias, elementales y secundarias, y escuelas técnicas y profesionales, con los institutos para sordomudos y ciegos. Las escuelas Frœbel son para párvulos ó niños menores de seis años, y son en número crecido, existiendo en todas las capitales y poblaciones de importancia. Las escuelas primarias, que son las más importantes, son de dos categorías: para niños de seis á diez años, y para niños de

diez á catorce, comprendiendo cada categoría ocho clases de seis meses de duración cada una, por el sistema cíclico progresivo.

Con arreglo á la ley escolar de 1890, las poblaciones están obligadas á construir escuelas con locales capaces para toda la población escolar correspondiente y dotados de gimnasio; cuando un municipio es demasiado pobre para sostener una escuela, se une á otro municipio próximo; y si su pobreza le imposibilita del todo, la provincia suple los gastos necesarios y se hace reembolsar por el Estado. Los gastos de la construcción se sufragan con un impuesto escolar, y el que no puede pagarlo en dinero lo paga en especies ó en trabajos de utilidad pública.

Para hacer frente á los gastos, el Japón, vencedor de la China, empezó por destinar toda la indemnización de guerra, ó sean 250 millones de pesetas, á la construcción de escuelas y á la enseñanza. Así se comprende que el número de alumnos, que en 1874 era sólo de 1.700.000, haya llegado en 1901 á 4.600.000, y pase hoy de 5.000.000, es decir, el 10 por 100 de la población total, como en las naciones más adelantadas; y que el número de maestros, que en 1878 era de 17.000, haya pasado á ser de 92.000 en 1901, y se acerque hoy á 100.000. El presupuesto de Instrucción pública, que en 1874 era de 8.000.000, pasó á ser, en 1895, de 21.000.000; subió en 1901 á 75.000.000, y pasa hoy de más de 100.000.000 de pesetas, sin contar unos 67.000.000 que gastan los pueblos y las provincias.

Las escuelas especiales rivalizan á veces con las Universidades, siendo las más importantes la de Seumon y la de Keio-Guidjiku, en las que se enseña Derecho, Literatura y Política. Las Universidades no son más que dos: la de Tokio, que data de 1877, y la de Kyoto, de 1897. Esta puede pasar por Universidad modelo en el mundo, con sus gabinetes, sus jardines, sus pabellones, sus laboratorios, sus museos y sus bibliotecas.

*
* *

IMPRESIONES DE UN VIAJE POR LOS ESTADOS UNIDOS. — El viajero es Julio Huret, y el viaje que describe es *De Nueva York á Nueva Orleáns*. El hotel de moda tiene diez y siete pisos y 1.500 habitaciones, de las cuales tienen su baño particular 1.200; allí todo se hace por ascensores, y nadie sube ni baja una escalera; el hotel tiene su teatro y varios salones de baile, con fábrica de hielo y lavadero, donde se lavan y planchan diariamente 60.000 piezas de ropa blanca.

Una de las cosas que más han sorprendido á Huret es el número de personas que tienen dentadura postiza ó arreglada; en las calles, en los tranvías, en todas partes, en cuanto se abre una boca no se ve más que oro; hasta la camarera que cuidaba de su cuarto tenía dos dientes de oro; y un negro tenía de oro toda la dentadura, haciendo un efecto diabólico cuando se reía. En cada coche de cada tren hay un filtro con agua siempre fresca, y hasta helada; pero no hay más que un vaso para todo el mundo, y todos beben por él sin cuidarse de limpiarlo.

El espectáculo de Nueva York de noche es magnífico. «Fué la primera sensación de verdadera belleza que he encontrado en América, ¡pero tan potente y tan grandiosa!... Por la noche no se ve ya si las casas son ó no feas: centenares de miles de cuadraditos de cristal centellean desde la tierra al cielo; veintenas de pisos de luces se encaraman unas sobre otras, y se tiene la visión de innumerables palacios de fiesta. París, visto por la noche desde las alturas de Montmartre, no es nada en comparación de esto. Se diría que todas las estrellas del cielo han venido á colocarse sistemáticamente á trescientos metros de la mano. Lo colosal y lo desmesurado se convierten en belleza, una belleza enorme, aplastante y espléndida».

*
* *

LLOYD.—Toda persona culta conoce este vocablo inglés y sabe que se refiere á la marina mercante y á los seguros marítimos; pero pocos conocen su verdadera significación, y mu-

chos ignoran que esa palabra misteriosa, como dice Gallio en el *Phare*, de Nantes, es el nombre de un famoso cafetero de Londres del tiempo de Carlos II.

Eduardo Lloyd, en efecto, era un tabernero que vivía en la calle de la Torre, siendo su taberna la preferida por gran número de capitanes y patrones mercantes, que se reunían allí para echar un trago discutiendo de paso los asuntos propios de la navegación. Algunos años después, prosperando sus negocios, Lloyd se estableció en el corazón de la Cité, cerca de la Bolsa, en 1692, y fundó, en 1696, una especie de periódico, el *Lloyd's News*, que servía de circular á sus clientes, y donde los capitanes relataban las noticias de los puertos en que tocaban; con esto, los precios de los mercados y el boletín de ventas se formaba el periódico, que no tardó en ser prohibido por el Parlamento, quizá por la competencia que hacía á la *Gaceta oficial*, reapareciendo treinta años más tarde con el título de *Lloyd's List*, conservado hasta hoy.

Creciendo el crédito de Lloyd, los negocios que se trataban en su café llegaron á ser considerables, y el café mismo se transformó en un inmenso local, que jamás dejó de ocuparse de las transacciones de origen, fletes y seguros marítimos especialmente; de tal modo se hizo célebre por este concepto, que todo seguro privado se hacía en aquella casa; y cuando en 1774 se fundaron las primeras sociedades de seguros marítimos, conservaron el nombre ya consagrado de Lloyd.

FERNANDO ARAUJO

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>El romanticismo en el Ejército y la recluta de oficiales</i> , por Ignotus.	5
<i>Relaciones hispanoamericanas (La guerra del Pacífico)</i> , por Jerónimo Bécker.....	25
<i>El descanso dominical en el Imperio Alemán</i> , por Juan Uña y Sarthou.....	53
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	62
<i>La muerte de los dioses (La novela de Juliano el Apóstata)</i> , por Dmitry de Merejkowsky.....	76
<i>Lecturas americanas</i> , por Hispanus.....	157
<i>Crónica literaria.—El escultor de su alma</i> , drama místico en tres actos, de Angel Ganivet, por E. Gómez de Baquero.....	178
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	187